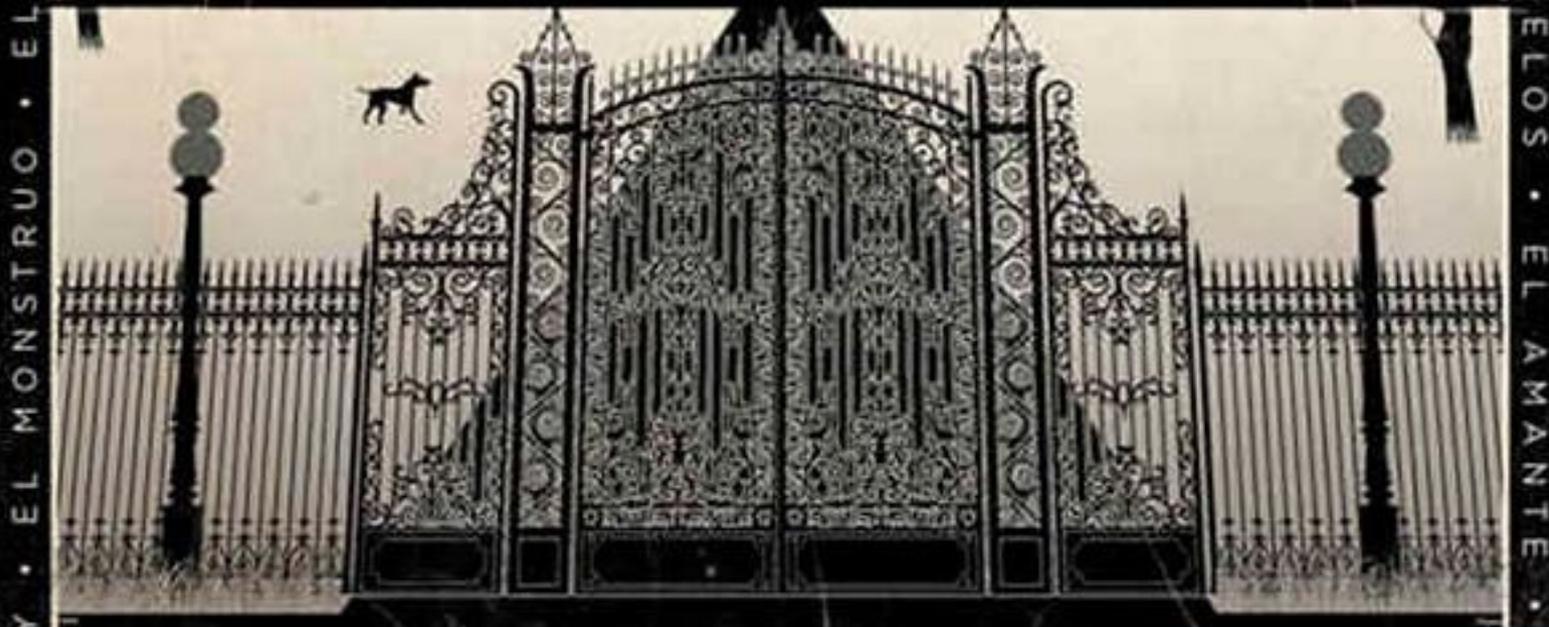


EL GUERRERO • EL GUARDIAN • EL SABIO • EL GENIO



EL REY • EL MONSTRUO • EL LOBO • EL CANGREJO • EL COLOSO • EL DIOS

EL MAGO • EL NOBLE • LA MADRE • LOS GEMELOS • EL AMANTE

EDGAR CANT

Lectulandia

EL ORACULO • LA FORTUNA • EL FENIX

Noviembre 1995. Dos meses después de que el último Wells saltara de la ventana del tercer piso (sin abrirla antes, por cierto), dos misteriosos europeos llegan a Point Bless, Virginia, para tomar posesión de Axton House. A. es el misterioso heredero inesperado; Niamh es la adolescente muda de peinado inconstante que él llama su socia o su guardaespaldas.

A través de diarios, cartas y la más avanzada tecnología de los noventa, El factor sobrenatural relata su investigación del turbio suicidio de Wells, la sociedad que fundó y un «pasatiempo burgués» de proporciones globales. Todo ello mientras sufren terribles pesadillas, conviven con el fantasma local y, en general, disfrutan de su propia casa encantada.

Lectulandia

Edgar Cantero

El factor sobrenatural

ePub r1.1

SoporAeternus 12.09.15

Título original: *The Supernatural Enhancements*

Edgar Cantero, 2014

Traducción: Xavi Morató

Editor digital: SoporAeternus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LXGPVBIPODMICMQCPXPHDGM
PTFNANIPGDMEV IIPCQMCTFZG
PSSDECOCHKDBKUFCCBKZANMI
LPQOWHSPRZAFTQGPKLRZCOCE
AOWODBLTOHNCMPFCKBTHMIFK
LVLSUBWSSDPFLDPGOCSSWNMS
GPTKKZNFNBKZCZVTWCQCPKBS
HZKNKDHP TKOHDEBSHZVNESQ
KMAOFNZHKDMWBS PWWWPZH PGZ
MCMVLDPGMILSSKDKGCXLPFRC
QAEDSECOWBVAUHGZLKWHGSZG
SUHWPOXSEVTVODFCKBFAMIHW
KQZGQILKPLMKVSAORAXMDLKM
FAGDEDWNMSGPRZDGGPVLOPNU
OCETCWAOLPCBPWWNPOPTFCED
RZAFHWDNCFWPFHCRKGCLR XG
RTHLKMOASLKXTVLVSLOAZWPU

La colección de documentos que sigue detalla los sucesos ocurridos en Axton House (Axton Road 1, Point Bless, Virginia) durante los meses de noviembre y diciembre de 1995.

Las notas al pie son la única contribución del editor. Falta la primera página.

[...] Axton House y todo su contenido.» Imposible concebir una irrupción más abrupta en mi estilo de vida que la de los sellos de Thomas Jefferson, la noticia de mi pariente fallecido y su obsequio póstumo, que acabé por aceptar como una compensación por la ausencia de regalos suyos las últimas veintitrés navidades. Varias conferencias y algún que otro fax contribuyeron a minar mi incredulidad, que cedió al fin solo porque el nombre de Wells le sonaba remotamente a tía Liza, quien en un ejercicio de genealogía reconstructiva estableció que Wells era el apellido que adoptó la hermana de mi tatarabuela al casarse, antes de emigrar a Estados Unidos en la década de 1890. Por lo tanto, la existencia de un tío abuelo mío en Virginia (esto es, hasta el pasado septiembre) era más o menos plausible. Lo de que fuera rico, sin embargo, ya me parecía improbable. Y que supiera de mi existencia era perfectamente inverosímil. Tanto así, de hecho, que lo poco que averigüé sobre los extraños hábitos de Ambrose Wells, su comportamiento furtivo y los rumores en torno a lo que fuera que escondiese en su solitaria mansión solariega en Virginia resultaba apenas extraordinario en el contexto de este giro hacia lo interesante que habían dado las cosas. No vacilé en dejar mis clases y mi apartamento, con el desapego que solo siente uno a los veintitrés, cuando todo es temporal y estabilidad es sinónimo de estancamiento, y volé a América sin ningún plan de futuro ni más compañía que la de una amiga cuyo afecto por mí parecía lo único digno de preservar. El dos de noviembre, aterrizamos en Richmond. El tres, conocimos al abogado, Glew. El cuatro, nos conduce en su Mercedes a nuestro nuevo hogar.

Niamh, sentada delante, me arranca el cuaderno de las manos, lee el párrafo de arriba, reprime una carcajada y contribuye de su propio lápiz:

El peor comienzo jamás escrito.

Y entonces nivea. Este es un verbo que me he inventado para significar una expresión facial que Niamh invoca a menudo —una minúscula sonrisa de piñón, sostenida durante una mirada larga y divertida. Será una palabra frecuente en estas páginas.

Probablemente tenga razón. Pero me he dado cuenta de que todos los manuscritos son malos; cualquier libro abierto al azar en casa de un amigo es bueno; el mismo libro en una librería es malo. Cuando esta historia esté completa, ese comienzo será mejor.

A decorative horizontal frame with ornate, symmetrical flourishes on both ends. The frame is composed of two parallel lines with a central gap. Inside this gap, the text "PARTE I" is written in a bold, black, sans-serif font.

PARTE I



4 DE NOVIEMBRE DE 1995

DIARIO DE A.

Sobre nuestras cabezas pende una nube de bordes dorados del tamaño de un estado de los grandes (digamos Arizona), amenazando con desplomarse sobre Virginia. El sol bajo proyecta sus rayos a ras de la carretera que recorreremos, exaltando los naranjas y amarillos, tornando el aluminio en oro y la piel del brazo de Niamh en albaricoque. Campos de cultivo discurren por sus pupilas mientras absorbe el continente. Va a ser difícil no enamorarse de ella.

La carretera se extiende desde Point Bless hacia el oeste durante millas.

—¿Cómo haremos para ir y venir cuando estemos solos? —pregunto.

—Es fácil; sigan la carretera buena —contesta Glew—. No se preocupen; en su coche serán diez minutos.

—¿Tenemos coche?

—Dos, de hecho. El de su tío, un Audi, y un Daewoo que compró para el mayordomo.

—¡Tenemos mayordomo!

—Strückner. Más bien es el cuidador de la casa. Había otros criados, pero leyendo el testamento de su tío al pie de la letra, «la casa y todo su contenido», se interpretó que esto solo incluía a Strückner, puesto que es el único que vivía allí. De todas formas, quizá no deberían contar con su ayuda.

—¿Por qué?

—Porque se ha esfumado. Se fue a mediados de octubre sin decir nada. Desde entonces que intento contactar con él.

Niamh garabatea en su libreta y me lo muestra: *El mayordomo lo hizo*. Sonrío. Glew no lo ha leído, pero se lo imagina.

—Supongo que necesitaba unas vacaciones —dice a modo de disculpa—. Estaba afectado, lógicamente. Fue él quien encontró los cuerpos.

—¿Cuerpos? Pensaba que Ambrose Wells se suicidó solo.

—Así es. De la misma forma que su padre, hace treinta años.

A unos cinco kilómetros de Point Bless, el coche gira a la derecha y desciende por el tronco de una T; viajamos por un camino de grava que empuja la casa hacia la espesura, escondiéndola de la carretera. Ya no hay campos a los lados, sino un bosque agreste que quizá un día fue jardín. A una distancia prudencial del edificio, sin embargo, los árboles cesan, respetando la vasta explanada vacía en cuyo centro descansa Axton House.

La casa debía de ser de estilo georgiano en los planos, de tres plantas con desván y cubierta mansarda. Vista desde el patio, sin embargo, la fachada no transmite la confortable armonía de la proporción griega. Nos causó más bien una impresión sombría, con su aire de grandeza y su excesiva verticalidad. Puertas, ventanas y ventanales tensan el límite de la razón áurea, yendo siempre un poco más allá: más altos, más estrechos. La piel de piedra del edificio parece capaz de adoptar el tono que mejor se amolda al paisaje. Era de un color oro sucio la primera vez que lo vimos. Solo el laberinto de seto que hay pasado el invernadero se atreve a verdear el lugar. La finca bullía con las voces de pájaros y de árboles.

Dos cristaleras a cada lado de la puerta principal se abren al porche alfombrado de otoño. Tres ventanas en la segunda planta se alinean a cada lado del espinazo que, brotando del pórtico, sobresale en el centro de la fachada. En el tercer piso, esta retrocede para dejar espacio a dos terrazas. En el ático espían dos buhardillas, y en medio, el espinazo acaba en un tejadillo, repunta un poco más, y culmina por fin en una especie de campanario. Dentro de este hay un objeto que debe de ser una veleta y que recuerda al sextante de un marino. Según Glew, es una veleta y un calendario: cuando su sombra lame el pie de cierto roble en primera línea del bosque, está señalando el solsticio de invierno. Es un diseño patentado por Benjamin Franklin.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

Soy consciente de que la ocasión merece llenar varias hojas del lujoso papel de cartas de Mr. Ambrose Wells con una descripción exhaustiva de Axton House.

Por desgracia, no puedo dártela. Escribo, en efecto, desde Axton House, a punto de pasar la primera noche; Niamh y yo compartimos una cama lo bastante grande para montar una orgía cada uno sin que sus invitados estorben a los míos. Glew nos ha hecho un tour por la casa esta tarde, pero no la hemos visto. No del modo al que te referías aquel día, cuando nos contabas que el pasajero de un barco no ve las cuerdas como las ve el capitán. Haber visto la casa significaría entender el uso de cada habitación y de cada mueble. No hemos visto la casa. Tan solo hemos percibido una secuencia circular de salas vacías, amplios ventanales, chimeneas, lámparas de araña, telas de araña, baldaquines y un escritorio desordenado en cada piso.

Creo, sin embargo, que he captado algunos patrones, como que la casa entera gira alrededor de la biblioteca del segundo piso, su área central y más extensa. Menciono esto, tal vez, porque encaja con tu idea de que los Wells eran gente que vivió y murió por sus estudios.

Otras características (como el gran número de galerías cuyo único propósito parece ser la exhibición de cortinas) me superan.

No creo que ahora mismo fuera capaz de encontrar ninguna de esas habitaciones si mi vida dependiera de ello. De hecho, no me atrevería a irme a dormir si Niamh no hubiera dejado un rastro de garbanzos hasta el baño más próximo.

Ningún indicio de fantasmas por ahora, pero estaremos alerta.

Mañana por la mañana pienso salir y empezar a socializar. También tenemos que encontrar al mayordomo perdido, Strückner. Niamh y yo estamos de acuerdo en que no es un buen nombre para un mayordomo.

Nos gustaría que estuvieras aquí, pero solo por cortesía; la verdad es que nos apañamos bastante bien. Niamh dice que quiere un perro. ¿Podemos?

Besos,

A.

LIBRETA DE NIAMH

—¿Cuál es la ropa más formal que has traído?

—Vestido verde de verano.

—OK. Mañana vamos a misa. Supongo que no tendrás nada que objetar.

—Creo que aquí son baptistas, pero sobreviviré.

—Beata.

—Tengo mal presentimiento sobre mayordomo.

—Yo también.

—Pero no estaba en testamento; por tanto, libre de sospecha?^[1]

—Supongo, pero algo no encaja. No sé qué tipo de vínculos crea la gente con su servidumbre, pero si has vivido con alguien cincuenta años y no le dejas nada, probablemente no te cayera muy bien, y la simpatía tiende a ser recíproca. Entonces, ¿por qué está tan afectado el mayordomo?



5 DE NOVIEMBRE

DIARIO DE A.

Pese a mi reticencia a tomar prestada ropa del armario de Ambrose Wells, cuya vestimenta pasó de moda junto con los relojes de bolsillo y los zepelines, conseguimos llamar la atención en la iglesia. Yo era el niño disfrazado de profesor de historia de Oxford en 1950 (con bambas), y Niamh era la cría con el pelo izado en un moño de fantasía coronado por una explosión de cintas azules y violetas, y un vestido verde demasiado corto para la temporada y la ocasión. Durante la misa advertí que éramos objeto de algunas miradas curiosas, y a la salida la marea humana se demoraba en grupos demasiado pequeños que cotilleaban en voz innecesariamente baja. Niamh les dedicó a todos sonrisas deslumbrantes y se ganó hasta a los jueces más estirados.

Nadie trató de acercárenos en la iglesia, pero luego, por la tarde, recibimos tres visitas.

Los primeros fueron los Brodie, alrededor de las cinco. Su granja se divisa al sur desde las ventanas más altas. Son nuestros vecinos más cercanos; en realidad, sus tierras habían pertenecido a los Wells. De hecho, por lo que he creído entender, la familia de la señora Brodie trabajaba esas tierras antes de que la Decimotercera Enmienda aboliera la esclavitud, pero no me he atrevido a confirmarlo por miedo a haberlo oído mal y sonar maleducado. La verdad es que andaba bastante perdido durante la presentación; ella tenía un acento muy cerrado. En cualquier caso, fuera cual fuera la relación entre los Brodie y los Wells en el pasado, entiendo que era amistosa en los tiempos de Ambrose, y la señora Brodie quería mantener viva esa amistad.

El señor Brodie no parecía tan entusiasta, pero se abrió cuando, después de pedirle yo a Niamh que sacara algo de beber y regresar ella de la cocina con media botella de 7UP, señaló que Ambrose guardaba una botella de bourbon en su despacho.

Se refería al despacho de la primera planta, el usado para negocios «públicos»; una de las habitaciones que no me gustan. La antesala perfectamente hexaédrica, con sillas de góndola en cada esquina y puertas dobles en cada pared, se me antoja demasiado simétrica, y las librerías de madera oscura con sus antipáticos libros me recuerdan al despacho de un director de escuela. Sin embargo, Brodie no pareció intimidado: fue directo a los volúmenes de historia de América expuestos detrás de la mesa para impresionar a las visitas y cogió el *Rise and Fall of the South*, de Champfrey. El panel a su izquierda se abrió con un clic, y del compartimento secreto

extrajo un Wild Turkey de catorce años. Me contó que Ambrose se lo reveló el día en que firmaron el arrendamiento del naranjal. Le dije que debería invitarle más a menudo, por si acaso la mansión guardaba algún secreto más. Él replicó, solemnemente: «Los guarda.»

(Por supuesto, no tiene ni idea de cuáles son, pero su fe es prueba suficiente. Sé lo firmemente que cree este hombre en cosas que no ha visto nunca. Le vi en misa.)

Mientras cerraba el panel, reparé en un sobre que estaba encima de la mesa de Ambrose. Me pregunto cómo pude no verlo antes, porque llamaba tan escandalosamente la atención que me habría dado cabezazos contra la pared por no haberme fijado de no ser por que alguien ya lo había encontrado y abierto. Lo tengo frente a mí ahora mismo, vacío. El exterior reza «Aeschylus» (Esquilo).

Por el momento, me limité a esconderlo bajo una pila de papeles y pospuse la reflexión; hubiera sido descortés dejar a las mujeres solas mucho rato, a pesar de que la señora Brodie parece el tipo de persona capaz de estar charlando durante horas antes de darse cuenta de que su interlocutora es muda.

Acababa de descubrirlo cuando nos unimos a ellas en la sala de música (una amplia estancia al otro lado del vestíbulo, con piano, equipo de música y tele). Llegamos a tiempo de oír la famosa frase: «Pero puedes oírme, ¿verdad?» en voz muy alta, construyendo cuidadosamente cada fonema (un considerable esfuerzo por su parte; véase tema acento), y yo tuve una nueva oportunidad de ver a Niamh asentir y reír en silencio antes de dar las explicaciones habituales: que Niamh es muda, no sordomuda; que es una discapacidad adquirida; que su inglés es, de hecho, mucho mejor que el mío, puesto que ella es de Dublín, mientras que yo solo lo estudié en el instituto, leyendo a los clásicos; que se comunica con mímica, moviendo los labios o escribiendo, además de un código de silbidos y otro de golpes; que siempre lleva consigo una libreta y un lápiz, y se pasa las noches rellenando los espacios entre sus propias frases con las respuestas que ha obtenido, consignando así largos diálogos con solo un cincuenta por ciento de trabajo extra, y manteniendo un registro completo de cada conversación significativa que ha tenido a través de todas las libretas que ha utilizado, con notas en cada página indicando dónde tuvo lugar la conversación, cuándo y con quién; y que jamás tendrían otro vecino tan silencioso.

Lo último lo dije aposta, y provocó un silencio incómodo. La señora Brodie esquivó el tema. Yo me decanté por lanzarle algunos de los rumores existentes: medias mentiras a cambio de medias verdades. Enumeré los extraños hábitos de Ambrose, los ruidos, las luces, los ritos practicados en la casa, e incluso mencioné los fantasmas, así como *en passant*. El señor Brodie se apresuró a decir: «Lo de los ruidos no es verdad.»

Su mujer comenzó entonces una sentida apología de Ambrose Wells; denunció que la «gente del pueblo» tal vez lo considerara medio ermitaño, pero ella a menudo le defendía y señalaba que su puerta siempre estaba abierta y que él había sido muy generoso con ellos. En palabras de la señora Brodie: «Aprendió de los errores de su

padre.» Se arrepintió de esa frase un segundo después, al recordar el fin de Ambrose.

Aproveché la oportunidad para preguntar sobre John, el padre de Ambrose.

—John era un erudito incluso más obsesivo —dijo ella—. Vivía para sus estudios.

—Y para su hijo —añadió el señor Brodie—, aunque eso en segundo lugar.

Les pregunté por la naturaleza de esos estudios. Dudaron. Después enumeraron algunas disciplinas inconexas: historia, geografía... ¿antropología? La señora Brodie señaló que Ambrose solía hacer largos viajes.

—Estuvo en Asia y África. Dejó de viajar cuando empeoró del reuma.

—Al padre también le interesaban las matemáticas —dijo su marido, como si hubiera detectado una incongruencia—. Fue criptógrafo en la Segunda Guerra Mundial.

De nuevo mencioné los extraños hábitos y los ritos. De nuevo, les vi incómodos. La señora Brodie volvió a reivindicar el derecho de cada uno a hacer lo que le dé la gana en su casa, siempre que no perturbe la paz de la comunidad. Cuando se quedó sin gasolina, le di el pie: «¿Pero...?»

Cedió finalmente, para contrariedad de su marido.

—Los Wells organizaban reuniones. En diciembre. Supongo que no es nada raro, pero como tenían tan pocas visitas durante el año, de repente tantos coches aparcados en la entrada llamaban la atención. Algunos se perdían y llegaban a nuestra granja, y les indicábamos el camino. Siempre eran hombres y viajaban solos. Se quedaban dos o tres días.

—¿Hasta Navidad?

—No, se iban justo antes de Navidad.

Niamh dibujó con la boca las palabras *solsticio de invierno*.

—Tal vez celebraran el cumpleaños de Ambrose —dije yo.

Le dieron un par de vueltas a la idea, pero entonces el señor Brodie recordó que la tradición se remontaba a tiempos pre-Ambrose. Ninguno parecía saber que el cumpleaños de Ambrose era en febrero.

—¿Y esos eran los únicos visitantes en todo el año?

—En grupos tan grandes, sí. Otras veces acudían uno o dos a la vez, pero no era frecuente. Algunos venían más a menudo; como aquel caballero más joven, Caleb... algo. Ambrose y él habían ido de viaje juntos.

La señora Brodie se olía una discusión con su marido cuando llegaron a casa, pero hizo el comentario a pesar de todo:

—Hay quien cree que son masones.

Su marido zambulló la cara en la palma de su mano.

Yo aparenté sorpresa, fingí meditar medio minuto (que en realidad empleé en imaginar qué sabor tendría el Wild Turkey de catorce años mezclado con 7UP) y a continuación dije:

—Bueno, si es el caso, lo sabremos pronto, ¿verdad? Según la ley masónica, un masón solo puede revelar que otra persona lo es cuando esta persona ha muerto. Así

que, en cuanto aparezca un amigo de Ambrose, se lo preguntaré y les informaré a ustedes.

Creo que mi tono sirvió para diluir la tensión; el señor Brodie se rio ante la perspectiva. Estaban a punto de levantarse cuando Niamh les mostró su libreta: *Y los fantasmas?*

El señor Brodie dijo, despreocupado:

—Eso probablemente también sea falso.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

[...]^[2] La segunda visita llegó a la hora de comer. Estábamos sentados a la mesa cuando oímos un coche aparcar en el patio de grava. Niamh quería hacerle una foto, pero le dije que no. El señor Knox (así se ha presentado) es el paradigma de esa anacrónica clase alta de Virginia de la que te hablé al describir a Glew: nada en él pertenece a su época; ni su vehículo, ni su pelo, ni su apretón de manos, ni su acento (según Niamh). Sin embargo, enmarcado en la puerta de Axton House encajaba perfectamente. Si hubiese llamado al timbre de mi antiguo piso, le hubiera tomado por un viajero del tiempo.

Pidió disculpas por la hora; estaba de paso camino de Lawrenceville (unos cincuenta kilómetros al noreste) cuando Glew le informó de nuestra llegada; naturalmente, como amigo íntimo de Wells que era, deseaba darnos la bienvenida. No quiso cenar con nosotros, pero no le importó acompañarnos. Es más joven que Ambrose, ronda los cuarenta. Me recuerda a Jeremy Irons.

Niamh ha sacado unas cuantas polaroids del comedor (segunda puerta a la derecha desde el vestíbulo) para que te imagines la escena. No creo que utilicemos mucho esa habitación: los cortinajes rosados y las vigas oscuras parecen mirar nuestra comida por encima del hombro. La atmósfera gótica reclama un *carpaccio* sangrante; en lugar de eso comíamos espaguetis con albóndigas. Visualízanos sentados en el extremo norte, y Knox en el sur, junto a la chimenea. Pareció sorprenderle que Niamh pusiera la mesa.

—¿Eso no debería hacerlo un criado?

—Si se refiere al mayordomo, desertó incluso antes de ver cómo dejamos el baño por las mañanas.

—¿Strückner se ha ido? —Creo que se arrepintió de la incredulidad de su tono tan pronto como la frase abandonó sus labios.

—¿Le conoce? Si le ve, dígame que no recuperará su trabajo fácilmente; Niamh

cocina como Dios.

Niamh estaba anacondeando una albóndiga del tamaño de su cabeza. Knox nos observaba comer como quien mira el Discovery Channel.

—Es gracioso. Conocí a Ambrose durante mucho tiempo, y jamás me habló de usted.

—No pasa nada; a mí tampoco me habló de usted. Aunque claro, con lo de no habernos conocido y todo eso nunca hablamos demasiado.

—¿Y cuál era exactamente su parentesco con él?

—Oh, espere, esa me la sé: es mi tío abuelo tercero. O sea, que su abuela Tess y mi tatarabuela eran hermanas.

—Ajá. Supongo que yo mismo podría tener un tío abuelo tercero y no saberlo.

—Para mí también fue una sorpresa.

—Y le dejó esta casa.

—Y todo su contenido.

—¿Ese era todo su testamento?

—Oh, no, había más. Estábamos nosotros, luego algo de las tierras... Glew está trabajando en ello. Creo que tengo la última palabra, pero supongo que las acabaremos regalando a sus arrendatarios actuales.

—Las acabaráis regalando —repitió como un loro—. ¿Tenéis idea de cuánto valen esas tierras?

—Muy poco, comparado con lo que tenemos ahora. Tiene que entenderlo: acabo de enterarme de que no necesito volver a trabajar en mi vida. Tampoco es que hubiera trabajado mucho hasta ahora, la verdad.

—¿Qué hacía antes?

—Estudiaba. Geografía.

—A Ambrose también le gustaba la geografía —observó, mientras su mente atendía otra cuestión menos trivial—. ¿Y el testamento no decía nada más?

—Qué inquisitivo es usted. ¿Tenía los ojos puestos en la cubertería, o algo? Porque podemos discutirlo.

—No, no, no, en absoluto —aquí casi se sonrojó—. Solo busco una explicación para lo que hizo Ambrose.

Eso invocó un silencio lúgubre. Intentamos sorber la pasta muy bajito.

—¿Nada más, entonces? ¿Una nota? ¿Instrucciones para Strückner o para alguien?

—Me temo que no. Aunque... Espere, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Knox.

—¿Caleb Knox?

—No, Curtis Knox.

—Ah, entonces nada.

—Pero conozco a Caleb. Si se refiere a Caleb Ford.

—¡Ford! Eso es. Error mío. Ford, Knox... —Me doy cuenta de que me estaba

comportando como un gilipollas, pero está bien. Demuestra que tengo muchos registros.

—¿Qué le dejó a Caleb?

—No lo sé. Glew le está buscando; también anda desaparecido.

—Está de viaje, por trabajo.

—¿En serio? Pues dígaselo a Glew; le encantará saberlo. ¿Dónde está?

—En África.

—¿En qué parte de África?

—África Central.

—Puede ser más específico; he visto algún que otro mapa en mi vida.

—Kigali.

—Guao. —Aquí casi me pilla—. Ruanda.

—Pero tan solo es donde empezó; su trabajo debe de haberle arrastrado lejos de la ciudad. Puede estar ilocalizable durante meses en esas excursiones.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera?

—Desde abril.

—Puede que ni siquiera sepa que Ambrose ha muerto.

Knox asintió con un gesto irrelevante. Después de un minuto o dos volvió a la carga.

—Es gracioso que os dejara esta casa.

—¿No acabamos de hablar de esto?

—No, quiero decir... no en ese sentido. En cierto modo, Axton House es un regalo envenenado.

El silencio esta vez fue algo más pesado y desamparado que el anterior. Aquel era un silencio de ascensor; este era un silencio de andar por el bosque a medianoche.

—Quiero decir —aclaró— que esta casa no es ninguna ganga.

—Perdone, ¿puede hablar un poco más alto? No le oigo desde esta punta de la habitación.

—Sí, lo sé: una mansión de tres plantas, la biblioteca de diez mil volúmenes, el invernadero... Pero aparte de eso, la casa trae un historial siniestro.

—Ya. Los rumores, los ruidos nocturnos... Los ritos secretos...

Ni siquiera pestañeó. Por contra, añadió:

—Los fantasmas...

—Chorradas. —Nunca me hubiera atrevido a decir eso delante de los Brodie, pero ahora me lo podía permitir.

—Ya, son solo cuentos. Pero constituyen una de las características de Axton House: los cuentos vienen en el paquete. «Una casa con acabados sobrenaturales», como creo que decía Edith Wharton.

—No me afectan.

—Afectaron a su antepasado —replicó, visiblemente agradecido por el pase de gol que le había servido—. Y al padre de este también.

Niamh preguntó en su libreta: «*De verdad se suicidaron de la misma forma?*»

—Así es —dijo, reclinándose tras leer el mensaje—. Misma edad, misma hora, saltando de la misma ventana.

—¿Qué ventana?

—Tercer piso, fachada norte, tercera por la izquierda. La del dormitorio principal. Es donde dormimos. Es donde estoy escribiendo esto.

Más por desviar su atención de la profunda impresión que esto había causado en el rostro de Niamh que por otra cosa, le planteé:

—¿Cómo puede ser que afecte a miembros de la familia Wells y a nadie más?

—¿A quién más puede afectar?

—¿A Strückner?

—Hubiera admitido que a él no le afectó hasta que me habéis dicho que se ha ido.

—*Touché*. ¿Qué hay de las mujeres?

—La madre de Ambrose murió siendo él un niño. Cáncer de pecho. Su padre le crió. Bueno, básicamente los Strückner: Strückner padre como niñera y figura masculina, y Strückner hijo como su mayordomo y amigo.

—¿Y más arriba en el árbol genealógico? ¿El abuelo de Ambrose, Horace?

—Por desgracia, mi conocimiento no se remonta tan atrás.

—¿No es más razonable entender la muerte de Ambrose como consecuencia de la de su padre, asumir por ejemplo que el suicidio del primero le traumatizó y llevó esa cicatriz toda su vida, hasta que alcanzó la misma edad, y la vieja herida se reabrió, y siguió los pasos de su progenitor para terminar con el dolor, en vez de especular que dos personas fueron inducidas independientemente a suicidarse de la misma forma a la misma edad por algún agente desconocido?

—Buena aplicación de la navaja de Ockham —elogió Knox.

—¿Qué edad tenía Ambrose cuando murió su padre?

—Dieciocho.

—Y murieron a la misma edad, ha dicho. Cincuenta, ¿verdad?

—Correcto.

Lo único que se me ocurrió para tranquilizar a Niamh y a mí mismo es que aún tengo un periodo de gracia de veintisiete años.

LIBRETA DE NIAMH

(En la cama.)

—Has olvidado preguntar si son masones.

—Tienes razón. De todas formas, si Knox lo es, no parece el tipo de masón que lo diría abiertamente.

—No me gusta.

—Ni a mí.

—A él tampoco le gustamos, como si estuviéramos en medio.

—¿Quieres decir como si quisiera la casa para él? ¿Por qué?

—Creo que Knox es parte del grupo que se reúne por Navidad, y Wells el líder. K. esperaba que W. le pasara testigo.

—Correcto. Por eso no paraba de preguntar qué había en el testamento. O si había algún mensaje para él o para Strückner.

—Strückner y Knox compinchados?

—O Knox esperaba recibir el testigo por vía de Strückner.

—Le has puesto celoso. Ahora piensa que Caleb es sucesor.

—Sí, solo lo he dicho para sondearle. Pero es cierto que había un Caleb en el testamento. Lo había olvidado hasta que los Brodie han sacado el nombre. Es exótico.

—Creo que Caleb me gustará más.

—Hay una perspectiva aún mejor. Si Wells monta esos encuentros anuales a los que van Knox y Caleb, y ahora Wells está muerto y Caleb no lo sabe... ¿Cuántos más no lo saben?

—Quieres decir que volverán a casa por Navidad?

—¿Por qué no? Ambrose no era un hombre notable, solo rico. Su muerte no ha salido en los periódicos. Fue inesperada; no estaba enfermo ni nada. La mayoría de sus colegas venía solo una vez al año. Caleb era de los asiduos, y no sabe nada. Posiblemente, los demás tampoco.

—O sea que no interferimos? Nos callamos y tenemos comedor listo para solsticio de invierno?

—Puede ser divertido. Mañana escarbaré en el despacho. Puede que encuentre una lista de invitados o algo así. Tú busca en la habitación de Strückner: comprueba si recibió instrucciones. ¿Alguna pregunta?

—Podemos cambiar de habitación?

—¿Por qué?

—Prefiero que duermas en 1er. piso.

—No hay camas en el primer piso.

—No es tentar al destino?

—Para eso estás tú aquí. Para protegerme.

DIARIO DE A.

Me he despertado de madrugada. No sé a qué hora. La cama es tan vasta que, tumbado en el centro, mis ojos de elfo no alcanzan a leer el reloj digital. Niamh debía de dormir en alguna región remota del colchón, en un silencio hueco; ni un silbido, ni un aliento. Más allá del dosel aguardaba el tenebroso espacio exterior.

Rodé hacia mi izquierda y me senté en el borde de la cama, dispuesto a saltar al vacío. Casi ni me esperaba tocar suelo bajo mis pies. Me levanté y fui a por un vaso de agua.

Por suerte, el baño está justo al cruzar el pasillo. Como un murciélago, me guie por el sonido: primero el chirriante entarimado del corredor, luego las silenciosas baldosas del aseo. Tuve problemas para encontrar el interruptor (están todos demasiado altos). Con la luz encendida, me fijé por primera vez en que el techo es abovedado, como el de un túnel. Bebí agua del grifo y me eché un vistazo en el espejo. Podía ver mi piel con un detalle extraordinario. Miré las bombillas y vi la luz hacerse más brillante. Entrecerré los ojos al resplandor que reverberaba en el blanco del lavabo, en los azulejos, en la cortina de la ducha, aureolándolo todo con un halo que corroía los contornos de los objetos y de la sombra en la cortina. *No mi sombra*. Una sombra *tras* la cortina.

En cuanto entendí eso, se fue la luz.

Me quedé allí, esperando, hasta que mis ojos abrasados se acostumbraron a la oscuridad. Poco a poco la luz de la luna redibujó la habitación: apenas un susurro, comparado con el alarido eléctrico de antes.

De una zancada me planté frente a la bañera y tiré de la cortina.

Sería absurdo afirmar que encontré algo. Ni siquiera hubiera podido decir si todo el episodio había sido un sueño cuando me levanté con la luz del crepúsculo, con Niamh a mi lado envuelta en la colcha como un insecto en su crisálida. Pero recordaba la sombra. Recordaba la posición de la luz encima del espejo y sabía que no podía haber

sido mi sombra. Había alguien de pie en la bañera.

Niamh se desperezó, estirándose como un gato y saliendo de su crisálida. Se dio la vuelta y un niveo de buenos días se le congeló en los labios.

Le pregunté qué pasaba. Corrió al tocador y me trajo un espejo. Tengo un derrame en cada ojo; la parte blanca teñida de púrpura.

Las luces del baño están fundidas. Y por supuesto, no hay rastro de nada ni nadie en la bañera.

Esa fue la tercera visita.



6 DE NOVIEMBRE

DIARIO DE A.

Lo segundo peor que te puede pasar en la consulta del médico es que el doctor llame a un colega porque necesita una segunda opinión.

Y lo peor que te puede pasar es que te pidan permiso para hacerte una foto.

Al margen de todas estas atenciones, nuestra visita a la pequeña clínica de Point Bless ha sido esencialmente inútil, salvo por el placer de ver el horror en la cara de los peatones que cruzaban por delante de la pequeña Niamh al volante de un Audi como un tanque a ciento veinte por hora.

Desayunamos en Gordon's, la cafetería de Monroe Street que los jóvenes de aquí deben de considerar el epítome del tedio. A mí me encantó. Era puro Estados Unidos, con sus mesas junto a la ventana y un montón de botellitas de salsa y cachivaches contra el cristal, como en las pelis. Hacía que todo lo que decíamos sonara súper interesante. Y no es que no lo fuera; Niamh juzgó mi relato del *poltergeist* en el baño bastante trascendente. Y las gafas de sol que llevaba yo al contárselo sin duda contribuían al misterio.

*

—No deberíamos llamar a alguien?

—«¿A quién vas a llamar?»

—Electricista!

CÁMARA DE SEGURIDAD: INFORMÁTICA Y ELECTRÓNICA RAY'S

06-11-1995 LUN 11:02

Un JOVEN sin afeitar y con gafas de sol mira directamente a cámara.

[Una MUJER en chaleco de plumas y gorro de lana aparece tras el mostrador.]

MUJER: Hola.

JOVEN: Ah, hola. Ehm, la chica de la cafetería me ha dicho que si quería un electricista tenía que venir aquí y hablar con... ¿Sam?

MUJER: Espere, le llamaré.

[La mujer se va. Tras el hombre, una CHICA esmirriada de aspecto punk, de unos quince años, curiosa en los estantes. El cabello oscuro le cae en tirabuzones por las sienes, acaba a la garçonnette por detrás y culmina por arriba en una erupción volcánica de rastas y cintas de lana.]

[El joven se gira para verla desprecintando una caja.]

JOVEN: ¿Quién va a pagar eso?

NIÑA: *[Le señala distraídamente.]*

JOVEN: ¿Yo? Caray. Ya no sé en qué gastarme el dinero. Me doy asco de lo nuevo rico que soy.

[La chica pulsa algunos botones de la grabadora que ha sacado de la caja.]

GRABACIÓN: ... co de lo nuevo rico que soy.

JOVEN: Mola. *[Inspeccionando el aparato.]* ¿Dónde va la cinta?

NIÑA: *[Indica una palabra en la caja.]*

JOVEN: «Digital.» Guao. Parece que fue ayer cuando fuimos a ver *Llegada de un tren a la estación* y huimos en estampida de la sala.

[La mujer vuelve.]

MUJER: ¿Es por una avería del coche?

JOVEN: Er... no, no. Es en mi casa. Solo quería que un electricista se pasara.

MUJER: ¿Se han quedado sin luz?

JOVEN: No.

MUJER: ¿Algún corte, bajadas de tensión...?

JOVEN: No, al contrario. Funciona perfectamente. Solo quería que alguien lo comprobara.

MUJER: Aquí básicamente vendemos electrodomésticos y herramientas. Sam solo va a las casas para emergencias.

JOVEN: Ah. Ya veo.

[La mujer se fija en la niña manipulando la grabadora.]

MUJER: ¿Son de por aquí?

JOVEN: Sí, nos acabamos de mudar a... [*Para; lee los labios de la chica. A continuación, a la dependienta.*] Vivimos en Axton House.

MUJER: Axton House.

JOVEN: Sí.

MUJER: Oh. Bueno, er... Tal vez Sam pueda pasarse en algún momento esta semana. De hecho, le echaré a patadas del sofá si hace falta.

JOVEN: Oh, perfecto. Gracias.

MUJER: [*A la chica.*] ¿Te puedo ayudar, cielo?

[*La chica devuelve el aparato a la caja y la deja en el mostrador.*] MUJER: ¿Vas a comprar esto?

NIÑA: [*Asiente.*]

MUJER: [*Consulta la etiqueta.*] Vale, serán... ochenta y cinco con noventa y nueve.

NIÑA: [*Silba y chasquea los dedos al joven.*]

JOVEN: [*Sacándose la cartera.*] ¿Aceptáis Visa?

MUJER: Sí.

JOVEN: [*Dándole la tarjeta de crédito, a la chica.*] Tía Liza me advirtió de que harías esto.

[*Ella sonrío. La mujer pasa la tarjeta, le entrega el recibo, él firma.*]

MUJER: Gracias. Y bienvenidos a Point Bless.

JOVEN: Gracias. [*A la chica.*] Vamos.

[*La mujer desaparece por la trastienda; ellos se dirigen hacia la puerta, la chica cargando la caja bajo el brazo.*]

JOVEN: ¿Para qué hemos comprado esto exactamente?

[*Ella tira del cordel que lleva alrededor del cuello y recupera de bajo su camiseta una pequeña libreta y un lápiz cortísimo atado a una anilla. Escribe un mensaje y se lo muestra.*]

JOVEN: O yo estoy espeso o tú abrevias demasiado. ¿Qué significa «e uve pe»?

CARTA

Axton House

Querida tía Liza,

Son las seis y media de la tarde y estoy tumbado en el sofá de la sala de música (primera puerta a la izquierda desde la entrada). La luz amarilla de la lámpara de pie combate el anochecer que se filtra por las ventanas. Al otro lado de la habitación, como a un kilómetro, oigo a Niamh al piano. ¿Cómo ha aprendido una mocosa criada en las calles de Irlanda a tocar el piano?

Me enseñaron las monjas!^[3]

En fin. El día ha sido sombrío y memorablemente triste, así que hemos pasado la mayor parte en casa. Pronto comenzaremos a encender fuego; si no, en cuanto el invierno empiece a asediar estos largos y ventosos pasillos, la casa se volverá inhabitable, a excepción del edredón en el que Niamh se envuelve por las noches como un rollito de primavera.

Hemos explorado el laberinto. Es precioso, como demuestran las fotos de Niamh. Tal vez aún lo es más con los setos crecidos sin control por arriba y el suelo embarrado de hojarasca por abajo. Creo que la decadencia le sienta bien a un laberinto. Lo mismo se aplica a la casa: el abandono y el hollín la embellecen.

Tampoco es que el trazado sea ningún gran desafío. Niamh me contó el truco que le enseñaste, «gira siempre hacia el mismo lado y cambia solo si estás en un bucle», y llegamos al centro enseguida. El intrincado camino hasta allí convierte cuatro bancos de piedra y una estatua de Ariadna enredando un ovillo en un pequeño tesoro. Nos sentamos, pese a la llovizna y al miedo a que los dedos de hiedra bajo nuestros asientos nos agarraran por los pies y el seto nos engullera, y nos quedamos allí, respirando ese pequeño cuadrado gélido, asumiendo que un laberinto es de las cosas *reales* más locas y guays que uno puede aspirar a poseer.

Hay pocas novedades más. Registré el despacho de Ambrose aquí en la primera planta y solo encontré la confirmación de que este era el lugar de trabajo que quería que la gente viera, el dedicado a sus banales negocios públicos. Sin duda, los demás escritorios repartidos por la casa, flanqueados por torres de papeles, esconderán premios más valiosos.

A su vez, Niamh exploró la habitación de Strückner y las dependencias de los criados. Estas caben bajo la escalera principal y, salvo por un lavabo muy conveniente en esas latitudes, hace tiempo que no se utilizan. Según Glew, a Strückner le ofrecieron ocupar uno de los cuartos de invitados más bonitos en la recién reformada ala sur del segundo piso. Aunque aceptó, creo que se quedó el más pequeño por modestia. Me pregunto si se atrevió a desordenarlo.

Por cierto, fuimos al pueblo esta mañana y Niamh compró una grabadora. Su idea es dejarla en el baño por la noche y registrar «EVP» (*Electronic Voice Phenomena*,

psicofonías). Me temo que ahora tendré que tirar de la cadena cada vez que eche una chalupa al agua para tapar el pluf. Y hablando de cosas que salpican, también ha cogido un folleto informativo de un instalador de piscinas. Haré lo posible por impedirle que convierta esto en un resort de vacaciones antes de que llegues, pero tendrás que darte prisa; no sé cuánto tiempo podré contenerla.

Y sí, esta vendría a ser mi manera de decir que empiezo a echarle un poco de menos. Y Niamh también, estoy seguro. Ya no le doy a leer estas cartas; total, lo único que hace es reírse de mi prosa y señalarme lo pomposo que sueno. Dice que he leído demasiado a Lovecraft.

Bueno, al menos me ha enseñado *una* forma de inglés. Y ahora vivimos en una casa encantada, así que el estilo Lovecraft me puede ser útil.

Ah, y Niamh insiste en que quiere un perro.

Besos,

A.

P. D.: Me ha parecido que esto merecía añadir una página. Mientras buscaba un sobre para esta carta, Niamh ha tropezado con el que encontré en el despacho de Ambrose, vacío y con «Aeschylus» escrito en el anverso, y se ha dado cuenta de esto:

A E S C H Y L U S
S T R Ü C K N E R

FRAGMENTO DE *ARS CRYPTOGRAPHICA*, DE SAMUEL
MANDALAY. LONDRES, 1977

De entre los códigos de sustitución, la forma más simple (y en consecuencia la más transparente) es la sustitución monoalfabética, que consiste en reemplazar individualmente cada letra por otro símbolo. Un ejemplo memorable de este código lo encontramos en *El escarabajo de oro*, de Edgar Allan Poe. Sherlock Holmes descifró un sistema similar en *La aventura de los bailarines*, de sir Arthur Conan Doyle. La alta incidencia de este tipo de cifrado en la ficción detectivesca denota su ineficiencia para esconder información de forma segura en la vida real.

Hay varias formas de asignar un nuevo valor para cada letra. La más simple implica la transposición del alfabeto. Por ejemplo, desplácese el abecedario una letra, cambiando así cada una por la siguiente: $a = b$, $b = c$, $c = d$. A esto se le llama un cifrado César. Un método igualmente pueril: escríbanse las veintiséis letras del alfabeto en dos filas de trece; a continuación, reemplácese cada letra por la de arriba o la de abajo. Así: $a = n$, $b = o$, $c = p$.

El siguiente método permite codificar y descodificar un mensaje rápidamente conociendo solo una palabra clave: escríbase el abecedario en una fila; debajo,

escribese una palabra, cuanto más larga mejor, sin letras repetidas, seguida de lo que quede del alfabeto. En el siguiente ejemplo, hemos utilizado la palabra Mozambique.

ABCDEF GHIJK LMNOP QRSTUVW XYZ
MOZABI QUECD FGHJK LNPRSTVWXY

Y otra vez se sustituyen las letras de la fila superior con las de la inferior: $a = m$, $b = o$, $c = z$. [...]

Si se conoce el idioma del mensaje, romper un código monoalfabético de sustitución es extremadamente fácil. Esto se debe a las secuencias de caracteres recurrentes referidas en el §Apéndice II. Un ejemplo: la palabra más frecuente en inglés es, con diferencia, el artículo «*the*». Si un mensaje cifrado contiene varios casos de una palabra tipo 123, lo más razonable es empezar verificando si $1 = t$, $2 = h$, $3 = e$.

Para contrarrestar los esfuerzos de posibles espías, el mensajero puede reducir estas secuencias al mínimo de dos maneras: a) omitiendo o recortando palabras comunes como artículos, demostrativos y pronombres personales, y b) omitiendo espacios y puntuación. Aun así, algunas secuencias de caracteres recurrentes seguirán siendo detectables, como explica el §Apéndice II.3. Por ejemplo, si 4 siempre va seguido de 5, pero 5 puede ir precedido por otros símbolos, entonces probablemente $4 = q$ y $5 = u$. Esto vale para todas las lenguas de Europa Occidental.

Igualmente, el mensaje será aún susceptible a un análisis de frecuencia como el detallado en el §Apéndice II, igual que hace Legrand en el cuento de Poe: tómnense todos los símbolos en el mensaje codificado y ordénense por frecuencia. Si el mensaje es en inglés, el símbolo que encabece la lista muy probablemente será la letra *e*.

La manera definitiva de reforzar un código de sustitución es la brevedad. Se estima (*vid.* Zangler, 1949) que cualquier mensaje más largo de ochenta caracteres está al alcance de un aficionado más o menos laborioso. Por contra, un mensaje escrito en una sola línea, sin espacios ni puntuación, incluso usando un sencillo cifrado César, puede muy bien ser indescifrable.

Pero, claro está, un mensaje indescifrable no es un mensaje.

*

(Dormitorio.)

—¿Qué significa esto?

—Que Ambrose DEJÓ mensaje a Strückner.

—¿Cómo iba Strückner a saber que él era Aeschylus?

—Usaron código antes? Wells padre era criptógrafo.

—Claro. Y él tuvo a un Strückner sirviéndole también. No es un código muy elaborado, por eso. Supongo que tenía que estar al alcance del mayordomo.

—No tan fácil si el mensaje es corto. Como «LLAMAACALEB».

—Eso es ir al otro extremo: de pasatiempo a indescifrable.

—Pero la clave está en sobre. Strückner ya sabe 8 letras:

A = S

E = T

S = R

C = U

H = C

Y = K

L = N

U = E

—Y a partir de aquí puede deducir el resto. Mientras que alguien que encontrara el sobre por accidente, al no saber para quién era, tendría que empezar de cero. Ingenioso.

—Lástima solo tenemos el sobre.

—¿Qué debió hacer con el mensaje?

—Destruído.

—Supongo.

DIARIO DE A.

Hace escasos minutos me encontraba en un deslumbrante desierto blanco. El calor era intolerable, pero la culpa no era del sol. Un fuego ardía a mi espalda. Oía gritos lejanos. La luz me engulló. Yo llevaba una pistola.

De un parpadeo volví a la oscuridad. Creo que me traje un grito del sueño a la realidad; lo oí disolverse en el silencio. Esperé que Niamh se moviera, pero no lo hizo.

Me quedé en la cama un rato hasta sentir la cabeza despejada; entonces me levanté y, a tientas, palpando el borde del colchón, rodeé la cama y me dirigí al baño. Si algo raro iba a pasar, quería estar despierto para registrarlo en condiciones.

Cerré los ojos a la luz del baño. Las bombillas nuevas funcionaban bien, pero ahora tengo la vista más sensible. Medio dormido, me lavé la cara, intentando no salpicar la grabadora de Niamh que reposaba en el lavabo. Me miré en el espejo, y mi reflejo dio un paso atrás. Tenía los ojos algo más limpios, pero la piel del contorno era escarlata, como si hubiera llorado durante semanas.

Debí de oír algo. No recuerdo qué. Sé que instintivamente me giré hacia la bañera. No vi ninguna sombra.

Mientras me acercaba, imaginaba la banda sonora de la escena: o bien dos únicas notas de piano sucediéndose rápidamente, o bien un trémolo de violines creciendo a medida que mi mano imprudente se elevaba hasta la cortina.

Tiré de ella, y un estallido de guitarra eléctrica sacudió los cimientos de Axton House.

Procedía de la sala de música, traspasando dos pisos y sobrándole potencia para volar el techo. Era el mismo álbum de los Dead Kennedys que Niamh había estado escuchando por la tarde, pero eso no lo reconocí al principio. Lo que sí reconocí fue un silbido de Niamh por encima de la voz de Jello Biafra que por poco rajó el espejo de parte a parte.

Corrí; no, volé escaleras abajo, lamentando todo el trayecto que nuestra casa es demasiado grande: un largo pasillo, el rellano de la tercera planta, un largo tramo de escaleras, el rellano de la segunda, dos tramos de escaleras más, otro pasillo iluminado por la sala de música donde había estallado la música punk, y la antesala, justo enfrente, a la que llegué a tiempo de ver a Niamh abriendo de par en par la puerta doble del despacho de Ambrose.

Corrimos a la ventana y escaneamos el jardín. Más tarde ella aseguró haber visto a alguien; yo no vi a nadie.

Las puertas habían sido bloqueadas desde dentro. La alfombra estaba cubierta de papeles. En el panel de madera central detrás de la mesa, donde antes colgaba un cuadro de unos esclavos rezando en una plantación, bostezaba una caja fuerte abierta. Niamh no estaba dormida cuando pasó. Supongo que el mutismo le ha aguzado el oído; si no, no me explico cómo pudo captar un cristal roto a dos pisos y varias puertas cerradas de distancia. No oyó nada más, pero bastó para ponerla en marcha. Bajó las escaleras, descalza, y empezó a comprobar todas las habitaciones a oscuras. En cuanto localizó dónde estaba el intruso, y juzgando demasiado peligroso enfrentarse a él, optó por asustarle. Fue a la sala de música, donde había estado tocando el piano primero y escuchando sus discos después, subió el volumen al máximo y pulsó *play* para asustar al intruso; luego silbó para alertarme a mí, y finalmente, embistió las puertas del despacho sin abrirlas para ahuyentarlo (solo empujó con fuerza al llegar yo). Por supuesto, para entonces el ladrón se había ido.

(Sala de estar, después.)

—Creo que era Knox.

—¿Crees o lo has visto?

—Creo.

—No basta. Dudo que fuese Knox. Si yo fuera él y quisiera algo de esa caja fuerte, no vendría en persona.

(Meditamos.)

—Es igual, olvida el quién; piensa en el qué. Knox esperaba que Ambrose le dejase algo; eso lo sabemos. Pero lo que Ambrose dejó fue un mensaje cifrado para Strückner.

—Y Knox muy interesado en Strückner.

—Cierto. Sabemos que era un mensaje breve; tenía que serlo. Es presumible que guiara a Strückner a un mensaje más largo guardado en otro lugar. O sea, que probablemente dijera...

—«Mira en la caja fuerte.»

—Exacto. Estamos asumiendo que Strückner sabía dónde estaba la caja. Igual no lo sabía. Pero bueno, asumamos que sí.

—La abrió, cogió lo que buscaba y se fue. Y cuando Knox llegó después, no encontró nada.

—Si fue Knox. ¿Estás segura de que se marchó con las manos vacías?

—90% sí.

—Pero no tiene sentido. Si la caja contenía las últimas voluntades de Ambrose, y si estas concernían a Knox, como Knox creía, si todo eso fuese cierto, Strückner se las habría transmitido a Knox y punto.

—Y si Str. NO abrió la caja?

—¿Por qué no?

—Quizá no siguió instrucciones?

—¿Por qué no?

—Quizá no las descifró?

—¿Y aun así las destruyó?

—Quizá no?

—No; si no las hubiera entendido, o no hubiera entendido que eran para él, las hubiese metido de nuevo en el sobre. Es lo que haría cualquiera.

(Meditamos otra vez.)

—Vale, digamos que las leyó, pero decidió no seguirlas. Es raro, pero... supongámoslo. Él dice que al cuerno; se va, muy afectado... Luego llegamos nosotros... Luego llega Knox...

—Knox hace lo que Strückner no hizo?

—Muy arriesgado. Además, algo no encaja: ¿Cuánto tiempo ha pasado entre que has oído la ventana romperse y has dado la alarma?

—5-10 minutos.

—¿O sea que sabía en qué habitación buscar, sabía dónde estaba la caja fuerte y perdió diez minutos registrándola?

—ABRIÉNDOLA.

—¿Ves? Ahí se hunde nuestro castillo de hipótesis. Ni siquiera registra la casa; va directo a la caja fuerte; incluso se cuelga por la ventana más próxima. ¿Por qué tiene tanta confianza en la caja? ¿Por qué está seguro de que valdrá la pena?

—Strückner se lo dijo!

—¿Y no le dio la combinación?

—Bien jugado.

(Depresión.)

—¿Por qué no has subido cuando te has dado cuenta de que había un intruso? ¿Podría haber sido un profesional! ¿Podría haberte matado!

—Estoy aquí para protegerte.

(Meditamos...)

—¡Vale, tú ganas, cómprate un perro!

*

Supongo que ya nos sentíamos bastante profanados por una noche, así que descartamos volver a la cama. Tras un café y un chocolate caliente empezamos a inventariar el contenido de la caja fuerte (básicamente una colección de monedas, un joyero y una carpeta con títulos de propiedad cuyo orden original no supe reconstruir) y lo devolvimos todo a su sitio.

La revelación llegó al alba.

La caja había sido abierta, no forzada. Una vez devuelto todo el contenido a su interior, me di cuenta de que si la cerrábamos, no la podríamos volver a abrir. Resolví que un ladrón no volvería a por lo que no se llevó la primera vez y dejé la caja entornada; entonces empecé a buscar otro sitio para colgar el cuadro. Mientras lo paseaba, advertí en el reverso de la tela las mismas chinchetas azules que había visto entre el material del escritorio de Ambrose.

Estuve ahí de pie con el cuadro en la mano un par de minutos hasta que caí.

Las instrucciones dejadas a Aeschylus no eran «mira en la caja fuerte». Eran «mira detrás del cuadro».

Tanto Strückner como Knox pensaron que eso significaba mirar en la caja fuerte, pero ninguno tenía la combinación: por eso uno no siguió las instrucciones y el otro mandó a alguien a abrirla.

En realidad, era tan simple como sacar la lámina de corcho de detrás del lienzo. Salía el sol cuando encontramos la carta de Ambrose Wells pegada al reverso del cuadro.



7 DE NOVIEMBRE

CARTA

14/02/1995

Querido Strückner,

Con esta serán ya veintiuna las cartas que habré escrito y escondido tras el viejo Van Krugge. Y aun así tengo el oscuro presentimiento de que esta será la que leerás. Seguro que entiendes por qué.

He seguido este rito anual desde mi vigésimo noveno cumpleaños, a mi regreso de la India, cuando me di cuenta por primera vez de que estaba siguiendo demasiado de cerca los pasos de mi padre. Te preguntaré por él a menudo este año. Me gustará oír lo que tu padre contaba del mío. Es curioso: nada amenaza mi integridad física; no hay reloj desgranando el tiempo que me queda. Y sin embargo, siento que si vivo para reemplazar esta carta dentro de un año, habré renacido.

Entenderás ahora por qué no quise tener hijos. No puedo permitir que este destino continúe devorando almas de Wells. Ni puedo tolerar que más Strückners malgasten sus vidas sirviendo té con miel a excéntricos ocultistas. Nuestras familias merecen un descanso.

Si estás leyendo esto, los Wells ya nos lo hemos tomado.

Tengo una última petición para ti. Hay otras cartas preparadas para esta eventualidad, y confío en tu diligencia para mandarlas lo antes posible: a Curtis Knox en Lawrenceville y a Caleb Ford en Clayboro, en referencia a nuestra mal hallada Sociedad; y a mi terapeuta, V. Belknap, en Midburg. Encontrarás esas cartas escondidas entre las páginas de ese libro maravilloso de nuestra infancia que leías tumbado a la sombra de un árbol.

Eso es todo, Esquilo. Buenas noches.

Cordialmente,

Ambrose Gabriel Wells

P. D.: El Van Krugge es todo tuyo. Feliz jubilación.

LIBRETA DE NIAMH

(Gordon's Café, 9 AM, esperando a Glew.)

—Pareces afectada.

—Es triste que alguien se tome tantas molestias para enviar un mensaje a una persona concreta en un momento concreto y aun así falle.

—Cierto. Pero oye, al menos nos ha llegado a nosotros.

—En realidad, no recuerdo un solo muerto cuya última voluntad se cumpliera tal como quería. Ya no les respetamos.

—Supongo que ahora lo normal es decepcionar al prójimo. Y los muertos no son distintos.

CÁMARA DE SEGURIDAD: REFUGIO DE ANIMALES DE PONOPAH COUNTY

07-11-1995 MAR 11:51 CAM6

STAN aparece en el pasillo entre las jaulas, anunciado por una estruendosa ovación perruna.

STAN: Estos son los adultos. Los encontramos sueltos por el campo y nadie los reclama.

[Un JOVEN con gafas de sol y una CHICA con rastas entran tras él.]

JOVEN. *[A la chica.]* Vale, tú eliges.

[La chica desfila por el pasillo, ojeando los perros a ambos lados. Su compañero espera a cierta distancia, de brazos cruzados. La barahúnda satura el audio.]

[La chica se gira, desanda sus pasos, se para a mitad de camino. Se queda allí de pie, brazos en jarras, evitando el contacto visual, dejando que los animales se gasten la voz a ladridos.]

[Stan mira al chaval un par de veces en los siguientes dos minutos; él le indica paciencia.]

[El tumulto de ladridos ha derivado en un encendido coloquio entre dos o tres animales.]

[Finalmente, uno de ellos pronuncia la última palabra.]

[La chica anda hasta su jaula, pocos pasos detrás de ella, se arrodilla y acerca una mano entre los barrotes. Los ladridos paran automáticamente.]

STAN: El más ruidoso del lote.

JOVEN: El más extrovertido también.

STAN: *[Llega a la jaula, abre la portezuela.]* El paria negro. Lleva un tiempo con nosotros. *[La jaula está abierta.]* Hecho. Os dejo fraternizar mientras preparo los papeles.

[Stan se va. La chica ahora manosea a un excitado (aunque silencioso) perro mestizo oscuro de tamaño mediano; el joven, de rodillas, le saluda.]

JOVEN: Me gusta. ¿Cómo vas a llamarlo?

[La chica recupera de debajo del jersey una libretilla y un lápiz que lleva atados al cuello; escribe.]

*

—Tú eliges; yo no lo llamaré.

TEMPORARY ADOPTION AGREEMENT

ADOPTER

Name: Niamh S. Connell
Birth date: 10-29-79
Address: 1 Axton Rd., Point Bless, VA ZIP: 26969

I agree to foster this dog for a test period of 2 weeks, feed it, provide it a space of its own, look after it, and train it if necessary.

I agree to be visited by an inspector from the Ponopah County Animal Shelter at the end of the test period to check that the dog is properly attended.

I hereby make a non-refundable down payment of \$50 for the adoption fee, which shall cover up-to-date vaccination and/or neutering costs.

ADOPTEE

Name: Help
Breed: Mixed (possible McNab collie cross)
Gender: Male Age: 3 (estimated)
History: Unclaimed stray, captured in Clayboro, March '95.
Signs of malnourishment. Nameless collar. Tested
positive for vaccines.
Height: 19 in. Weight: 28 lbs. Fur: Black
Distinctive marks: Dented left ear. Talkative.

Adopter's signature





«Acuerdo temporal de adopción.

» Adoptante: Niamh S. Connell. Fecha de nacimiento: 29-10-79.

Acepto acoger a este perro por un periodo de dos semanas, alimentarlo, proporcionarle un espacio propio, cuidarlo y adiestrarlo si es necesario. / Acepto que me visite un inspector del refugio de animales del condado de Ponopah al acabar el periodo de evaluación para confirmar que el perro es debidamente atendido. / Efectúo un pago no retornable de 50 dólares en concepto de tasa de adopción, que incluye costes de vacunación y/o castración. Adoptado: Help. Raza: Mezcla (posible cruce de McNab). Sexo: Macho. Edad: 3 (estimada). Historial: Perdido y no reclamado, capturado en Clayboro, Marzo 95. Signos de malnutrición. Collar sin nombre. Testado en vacunas: positivo. Altura: 48,3 cm. Peso: 12,7 kg. Color: Negro. Marcas distintivas: Muesca en la oreja izquierda. Locuaz.»

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

Ya somos tres. Permite que te presente al miembro más reciente de la familia. Lo llamamos Help, para asegurarnos de que acuda en caso de peligro. Niamh se ha comprometido a convertirlo en nuestro guardia de seguridad en cuestión de semanas. Hasta entonces, no estoy seguro ni de que dé la alarma si entran a desvalijarnos (otra vez) (luego te cuento). No ha dado ni medio ladrido desde que conoció a Niamh, y eso que era el mejor solista del refugio.

En fin. Lo del robo. [...]

GRABACIÓN DE AUDIO

[*DE FONDO: Gordon's Café, hora punta del desayuno.*]

A.: Señor Glew. Gracias por venir.

GLEW: En cuanto he podido. Señorita. Antes que nada, ¿están bien los dos?

A.: Estamos bien. Solo fue un susto.

GLEW: En todos estos años, jamás había oído que entraran ladrones en Axton House. ¿Dejaron las persianas abiertas?

A.: Me temo que sí.

GLEW: Entiendo. Strückner solía cerrarlas cada noche; ahora es responsabilidad de ustedes. Pero supongo que ya lo han aprendido a las malas.

A.: Así es.

GLEW: Hola. Café, por favor. ¿Lo han denunciado a la policía? ¿Puedo ayudarles?

A.: Bueno, no sabemos lo que se llevaron. Si es que se llevaron algo. ¿Usted sabía que había una caja fuerte en el despacho?

GLEW: Sí, lo sabía. No caí en mencionarlo.

A.: ¿Sabe la combinación?

GLEW: No. Pero si ahora está abierta, probablemente podrán cambiarla.

A.: ¿No pensó que en la caja habría documentos importantes? ¿Escrituras o cosas así?

GLEW: Ya tengo copia de todo.

A.: ¿Revisó los papeles de Ambrose después de que muriera?

GLEW: Strückner lo hizo, pero no encontró nada de importancia. [*Por encima del chorro del café.*] Gracias.

A.: ¿No dejó ninguna nota, un mensaje para Strückner o algo?

GLEW: No. ¿Por qué me pregunta todo esto?

A.: Hay... Había una nota de Ambrose a Strückner en la caja fuerte. Decía que la acuarela que cubre la caja es un regalo para él.

GLEW: La acuarela... ¿Se refiere al Van Krugge?

A.: Esa misma. ¿Es valiosa?

GLEW: Hombre, para Strückner es la diferencia entre una jubilación modesta y una pensión vitalicia.

A.: Entonces deberíamos dársela.

GLEW: El testamento no la menciona. Legalmente, es parte de «Axton House y todo su contenido», así que pueden disponer de ella como gusten.

A.: Bueno, si Ambrose quería dársela, yo quiero dársela.

GLEW: Muy noble por su parte, pero ¿dónde está Strückner? Eso es lo que me gustaría saber.

A.: ¿Es posible que haya vuelto a Europa?

GLEW: Lo es.

A.: ¿Era alemán?

GLEW: Suizo. Lo sé bien porque Wells solía atribuir todas sus virtudes a la sangre suiza: la puntualidad suiza, la discreción suiza, el pastel de queso suizo, y así todo el rato. Su predecesor, Strückner padre, trabajaba en Axton House antes que él, sirviendo al padre de Ambrose. Luego madre e hijo se reunieron con Strückner padre y entraron a trabajar en la casa.

[*Sonido de escritura. Blanco.*]

¿Un qué? ¿Spider-Man?

A.: Sí, en la caja fuerte. A mí me pareció un cómic normal, pero si está ahí, entiendo que tendrá valor para un coleccionista. O valor sentimental para Ambrose.

GLEW: ¿Un cómic? [*Ríe.*] Seguro que no. En serio, estoy sorprendido; le conocía desde que éramos críos y jamás mostró ningún interés por esas cosas. [*Más escritura de fondo.*] A ver, qué más... [*Pausa.*] ¿Masón, dice? Hombre... Nunca se sabe, por supuesto, pero apostararía a que no lo era.

*

[...] En cuanto a la ventana, el cristalero del pueblo vendrá mañana. No hay prisa ahora que nos han recordado que las persianas están ahí por algo.

Aun así, a pesar de la improbabilidad estadística de dos robos en noches consecutivas, hoy no dormiré tranquilo. Esta fortaleza es demasiado grande para defenderla. Hasta Help, que llevaba meses acumulando energía en una jaula, la ha quemado toda en una mañana corriendo por la finca.

Ojalá pudieras ver la casa como yo la veo ahora. Las polaroids no le hacen

justicia. A distancia, cuando su estampa grandiosa aparece tras el último recodo de la carretera, se erige orgullosa como un intento de arquitectura futurista construido en la era de las plantaciones. Pero en plano corto, cuando puedes alargar la mano y tocarla, es simplemente vieja. No vieja respetable, sino vieja dejada de la mano de Dios. Como una foto en sepia o unas ruinas romanas que milagrosamente esquivaron las guías turísticas.

Esta casa envejece a su propio ritmo. Es como esos chalés que resisten décadas, pero que están despiertos solo tres meses al año en verano, de modo que para vivir un año, han envejecido cuatro. Eso le pasa a Axton House y a las cosas en su interior, «todo su contenido». Están aquí, en el umbral del siglo veintiuno, pero su edad las hace retroceder en el tiempo. Tal vez por eso todo lo que hay en la casa es o parece anacrónico; un periódico en Axton House cuenta noticias del pasado; cualquier accesorio se pasa de moda; Ambrose Wells vivió en 1995 con el aspecto de un *gentleman* del Londres de 1910.

Yo mismo empiezo a notarlo, como si el tiempo corriera más rápido que yo, y me costara seguirle. Como si estuviera varado en la orilla del río mientras el continuo espacio-tiempo sigue fluyendo. Como si el universo me hubiera olvidado.

Vale, deja que te describa lo que estoy viendo ahora: estoy sentado en el porche y Niamh y Help están en el jardín, a unos cincuenta metros de mí, y no veo exactamente lo que le está diciendo, o cómo se lo está diciendo, pero el perro se sienta, se levanta y va hacia ella *siguiendo sus órdenes*. Y de vez en cuando, Niamh le da Corn Flakes de premio.

¿Cómo coño lo hace?

Besos,

A.

GRABACIÓN DE AUDIO

[*Nada.*]

[*Ligero aleteo de sábanas.*]

A.: [*Respiración entrecortada.*]

[*El silencio vibra. El aire está a punto de resquebrajarse.*]

A.: ¡¡NO!!

[*Las sábanas echan el vuelo como una bandada de cuervos y dejan la respiración acelerada de A. en primer término.*]

[Unos segundos después, los jadeos se espacian; no progresivamente, sino con caídas de velocidad claras y conscientes.]

[Luego cesan, como avergonzados.]

A.: ¿Niamh?

[La respiración se reanuda.]

A.: *[Casi en un suspiro.]* ¿Help?

[La respiración cede a un sutil escalofrío. Las sábanas se arrastran de vuelta a la cama; un cuerpo se revuelve en el colchón.]

[Y otra vez, nada.]



8 DE NOVIEMBRE

?

Yo andaba descalzo sobre la nieve esponjosa por el espinazo de un tejado, con almenas en forma de escalones. Arriba, el cielo era irrealmente amarillo. Abajo, una niebla cenicienta inundaba la calle; solo los árboles asomaban sus cabezas.

Iba medio desnudo. Los hombros me ardían de frío. No me sentía las manos.

En algún lugar a lo largo de la calle aún nevaba y es de día y los coches pitan a un semáforo en rojo y los transeúntes apestan a alcohol. Hay una conductora atrapada en el atasco, y ella también va medio desnuda, su piel calentita en el pequeño universo climatizado del interior del coche. Y es preciosa. Más que preciosa, está violentamente buena, buena de explotarte la cabeza, buena del tipo ante el que cualquiera con más de dos neuronas se arrodillaría. Y no lleva nada aparte de un conjunto de lencería floreada, y el cinturón de seguridad y el asiento son indignos de acariciar su cuerpo de seda.

Yo estoy en el asiento del acompañante, manipulando un cubo de Rubik. De vez en cuando miro de reojo sus piernas absurdamente largas.

Un esqueleto humano devuelve la mirada al hombre del Renacimiento, sus cuencas vacías llenas de idéntica curiosidad.

De un portazo salgo al deslumbrante desierto blanco. Llevo una pistola. Me duelen los ojos.

Me duele el ojo. El soldado negro me lo mantiene abierto y el cirujano mete las pinzas alrededor de mi globo ocular. Estoy atado a la mesa de operaciones. Estoy consciente, y grito para demostrarlo hasta rajarme la garganta, pero les da igual. Está extrayéndome el ojo, midiendo la resistencia del nervio, hasta que pega un tirón y el nervio se parte con un latigazo y no me despierto. Me quedo ahí, sintiendo el dolor. Estoy en la oscuridad un millón de años mientras les oigo reírse de mi ojo.

Entonces despierto y los mato y despierto.

CÁMARA DE SEGURIDAD: OFICINA DE CORREOS DE POINT BLESS

08-11-1995 Mle 09:42

SIN SONIDO.

[ADOLESCENTE canija camina directa a la ventanilla de envíos, con una

larga bufanda cometeando tras ella. Le entrega una carta al empleado y pesca algunas monedas de su bolsillo. Mientras se despide con la mano y empieza a irse con una sonrisa extraordinariamente amable, el empleado la vuelve a llamar y le tiende otra carta. Sorprendida, la adolescente voltea el sobre en sus manos, moviendo los labios al ritmo de la dirección del remite.]

CARTA

Wheat Row 165
Milburn, NY 12984

Axton House
Point Bless, VA 26969
1 de nov.

Querido Leónidas,

Me veo obligado a retirarme, por una vez, dos meses antes del final. Mi tarea de este año me ha proporcionado pocas satisfacciones y un notable desgaste. El Dr. Herbert, de Watertown, me recomienda un descanso. Llevo seis meses durmiendo con pastillas, y mi único consuelo es que no tengo peor aspecto que Asterión, a quien visité en abril y zampaba somníferos como si fueran Mentos. Soy capaz de dormir con una dosis doble de Starnox, pero sigo soñando. He probado las pastillas que él te recomendó para inhibir la fase REM. Son efectivas, pero dormir sin soñar apenas puede considerarse dormir.

Me preocupa la salud de Asterión. En confianza, me preocupa también la tuya. Me preocupan tus sueños y me preocupa lo que se te escapó en tu nota del 4 de agosto.

He intentado responder tus preguntas sobre John Wells. Desgraciadamente, mi padre ya no es buen conversador. La edad le carcome los recuerdos.

Confieso que a veces le envidio.

No estoy seguro de querer asistir a nuestra próxima reunión. Pero tengo ganas de verte pronto, en las circunstancias que sea.

Atentamente,
Prometeo^[4]

LIBRETA DE NIAMH

(En Gordon's, con la carta.)

—¿Qué piensas?

—Si esto es la Sociedad de Wells, no me gusta su juego.

—No creo que el objeto del juego sea divertirse.

—¿Qué hacemos?

—Seguimos. ¿Qué quieres hacer tú?

—Hay que buscar cartas del «libro maravilloso de nuestra infancia».

—Cierto.

—¿Qué significa?

—Es otro mensaje en clave. Uno más seguro, porque está basado en experiencia personal. «Ese libro que leías tumbado a la sombra de un árbol.» La carta de Spider-Man que jugaste ayer fue un buen intento, por cierto.

(¡SONROJO!)

—Puedo empezar a sacudir libros hasta que caiga algo.

—Hay unos diez mil libros en la biblioteca. Por no hablar del resto de la casa.

—Tengo tiempo.

—Quizá no deberías. Es lo que dijiste sobre la voluntad de los muertos. Ambrose se tomó muchas molestias para asegurarse de que esos papeles los encontrase quien él quería. Deberíamos ser dignos de recibirlos.

—Para ser digno, has de ser Strückner.

—No hace falta serlo. Podemos preguntar.

DIARIO DE A.

Así que Niamh empezó a saquear la biblioteca mientras yo volvía al despacho de la planta baja donde se guardan todos los papeles oficiales (en una apariencia de orden que otros espacios de la casa no observan); allí localicé las últimas facturas de teléfono. El volumen de llamadas internacionales, tanto entrantes como salientes, es asombroso para alguien a quien tildaban de ermitaño. Supongo que esta intensa comunicación compensaba su imposibilidad de viajar. Sin embargo, Ambrose no vivía solo, así que confié en que algunas de esas llamadas serían de Strückner.

Subrayé algunos números en Suiza, pero no encontré ninguno en la factura de septiembre-octubre, que estaba sin abrir en la pila del correo por leer.

Aun así, marqué el último número, por probar. Ya estaba esperando el tono cuando recordé que no hablo alemán. Contestó una mujer, y solo acerté a balbucear: «Strückner, bitte.» Respondió con impaciencia y colgó.

Mucho me temo que ese era todo el plan de la mañana. Así que me he reclinado en el asiento, he puesto los pies sobre la mesa y he vuelto a estudiar la factura. Y he reflexionado. Y he empezado a escribir esto.

Vale, tal vez no se haya ido del país. Pero, igualmente, la gente llama por teléfono cuando sus vidas dan un giro brusco. La cuestión es, ¿a quién?

*



ACCOUNT	DATE	CHARGE
755 963 4000	10/08/1993	68,91

*NO.	DAY	DATE	TYPE	NUMBER	RATE	MINS	AMOUNT	
01	FRI	05/08	INTERNATIONAL	44 20 36272687	I	05:35	6.41	→ UK
02	FRI	05/08	INTERNATIONAL	44 20 38723841	I	15:57	17.07	
03	FRI	05/08	INTERNATIONAL	49 030 23967555	I	02:01	3.13	→ GERMANY
04	FRI	05/08	INTERNATIONAL	49 030 39394044	I	05:09	6.40	
05	FRI	05/08	INTERNATIONAL	44 22 24C2711	I	:57	1.63	
06	FRI	05/08	INTERNATIONAL	44 20 36272687	I	03:19	4.07	
07	SAT	05/09	INTERNATIONAL	41 22 24C2711	HI	01:12	2.03	
08	SAT	05/09	INTERNATIONAL	41 22 24C2711	HI	04:39	6.23	→ SWITZERLAND
09	SUN	05/10	LOCAL	755 9632740	H	:30	0.05	
10	MON	05/11	INTERNATIONAL	49 030 26589617	I	:57	1.63	
11	TUE	05/12	AREA CODE 540	540 7053866	D	03:27	0.26	
12	TUE	05/12	LOCAL	755 9632740	D	05:34	0.37	
13	TH	05/14	INTERNATIONAL	49 030 2388332	I	10:18	11.25	
14	TH	05/14	INTERNATIONAL	25C 252356400	SI	01:55	3.94	→ RWANDA
15	TH	05/14	INTERNATIONAL	25C 933827771	SI	:40	1.36	
16	TH	05/14	AREA CODE 757	757 1673897	S	03:16	0.26	
17	FRI	05/15	EMERGENCY	911	E	:43	0.00	→ Here's when it happened
18	FRI	05/15	LOCAL	757 9653318	D	01:30	0.10	
19	FRI	05/15	LOCAL	751 9630992	D	02:01	0.13	
20	FRI	05/15	INTERNATIONAL	25C 252356400	I	:28	1.36	
21	MON	05/25	AREA CODE 434	434 2910971	D	02:49	0.22	} ?
22	TUE	05/26	AREA CODE 434	434 2910971	D	07:04	0.53	
23	TH	05/28	AREA CODE 434	434 2910971	D	:59	0.07	
24	MON	10/02	AREA CODE 434	434 2910971	D	01:39	0.13	
25	TH	10/05	AREA CODE 434	434 2910971	D	02:22	0.18	

Notas manuscritas: «Reino Unido / Alemania / Suiza / Ruanda / Aquí es donde pasó. / ?».

UNA CINTA DE CONTESTADOR

LINDSAY: Hola. Gracias por llamar a la Agencia de Servicio Doméstico Whateley. Nuestro horario de oficina es de nueve de la mañana a tres de la

tarde de lunes a viernes, y de nueve a doce los sábados. Si desea que contactemos con usted, por favor deje su nombre y teléfono después de la señal.

[*BIIP.*]

HOMBRE: Uhm. Hola. Soy...

[*Explosión de música tecno de fondo.*]

HOMBRE: [*Alejado del micro.*] ¡¿Niamh?! ¡¡NIAMH!! Mierda. [*Sonido del auricular cayendo. Siguen dos minutos de música ininterrumpida, hasta que la cinta del contestador se acaba.*]

RECORTE DE UN ARTÍCULO DE LA REVISTA *SPEED*, ABRIL / MAYO DE 1994

Ann K. Sassari

Oímos hablar de Ann K. por primera vez mientras buscábamos una DJ para la fiesta de presentación de nuestro Especial Ácido en el 91, y no nos hemos perdido una actuación suya en Londres desde entonces. Si vives en la vanguardia de la música *dance*, tienes que asistir a una de sus sesiones. No vale quedarse con los muchos imitadores que la vieron una vez y viven de esa experiencia. Ann K. no es una tendencia, es una línea; no lee una partitura, escribe la partitura. Y ha escrito más páginas en la historia del tecno *trance* que cualquier otro gurú de Ibiza.

Sassari nació en Cerdeña, de padre malayo y madre francesa. A los 15 se convirtió en la *groupie*-mascota del grupo pop parisino Piquêres, de quienes aprendió batería y guitarra, así como otros hábitos más censurables. Los cuatro años siguientes los pasó en plan *eurotrash*, viviendo solo para las drogas y el sexo en los arceles. Finalmente, encontró su epifanía en una playa nudista en Menorca, donde sentó la cabeza (una vez más, las islas de España curan a un viajero empedernido). Ahora es DJ residente del club Vis à Vis en la vecina Ibiza y vuela a París y Londres de vez en cuando.

Persuadida por su amiga y coproductora Iris Lerroux, Ann K. aceptó lanzar un CD con una muestra al azar de su frenética innovación. El título del EP es *Meuf*, y la edición es súper limitada (2.000 copias en todo el mundo), pero sus cuatro pistas valen la pena. Incluso los segundos más gloriosos de «Bluenips» son incapaces de capturar por un instante el éxtasis musical que Ann K. conduce incesante de un orgasmo a otro, elevado e inexplorado, a años luz de cualquier otra cosa que cualquier otro músico pueda concebir.

RESEÑA DE *ROCK SPOILED*, JUNIO DE 1994

Meuf / Ann K. Sassari

EP / PRODUCIDO POR ANN K. SASSARI & IRIS LERROUX / BISOU RECORDS / PARÍS, 1994

Si eres un *raver* lo bastante enfermo como para haberte arriesgado a pisar un aeropuerto español y estás tan loco como para gastarte ocho libras en cuatro pistas de mierda, por lo menos haz que sean las del nuevo EP de la zorra residente en el Vis à Vis Ibiza, quien, aparte de su fama local de polvo fácil, tiene mejor reputación que otros zombis pinchadiscos por haber renovado la música *trance*. Ahora, por primera vez en años, su perenne resaca de éxtasis le ha permitido meterse en un estudio de grabación del continente (algo que el destino no va a dejar que vuelva a ocurrir pronto), así que no está de más aprovechar la oportunidad. «Bluenips» es incluso tolerable; «Flow» suena como Kate Bush tocando el *didgeridoo*. Qué demonios, si alguien quiere nuestra copia, la vendemos a mitad de precio.

RESEÑA DE *CUTTING EDGE*, JULIO DE 1994

Ann K. Sassari: Meuf

EP / BISOU RECORDS / £7,99

Asumámoslo: a los 25 ya has bebido más que tu padre y tu madre juntos; tomas antidepresivos de lunes a jueves y ácido los viernes; tus días de *raver* maratoniano capaz de subsistir solo con agua mineral se han terminado. Si has de pensar en el futuro, invierte tu dinero en *Meuf*, el rarísimo CD de cuatro pistas de la DJ residente en Vis à Vis Ann K. Sassari. Te garantizamos que «Bluenips» hará que dejes caer el biberón de una mano y el bebé de la otra, y te moverá como el sexo conyugal no te ha movido en años. Hecha esta inversión, puedes volver a tu club habitual y bailar hasta matar a Pepito Grillo.

DIARIO DE A.

Esta vez no era una alarma. Era música alta y punto. Me di cuenta en cuanto llegué corriendo al salón convertido en discoteca y me encontré a Niamh botando en el sofá, sus extensiones azules y violetas fustigando el aire. Pero algo fallaba. Conozco la música de Niamh; le gusta el punk cutre y el rock garajero, del que escucha sacudiendo la cabeza en un sótano con un puñado de *skinheads*, todos bebiendo cerveza en vasos de papel. Esto era distinto. Había sintetizadores respirando, enviando con cada latido olas de mar salada bajo mis pies. Había tambores retumbando como fuegos artificiales, moviendo los muebles con la trepidación, y de

repente un inaudito, irregular, disonante crescendo en espiral de puro ruido eléctrico, como un tifón arrastrándonos a su interior. Había orquestas de viento y coros de sirenas y un piano en Islandia como estrellas invitadas, todos allí, visibles, tocables, en Axton House. Nos sacudió, nos folló, nos dejó colgados en el aire mientras Help saltaba sobre sus patas traseras tratando de alcanzarnos. Hablaba de atardeceres magentas y sillas de jardín criando musgo bajo tormentas de verano que avanzan como tanques por el firmamento. Espolvoreaba un *bokeh* de faros de coches corriendo por autopistas de noche y nos abofeteaba como el viento a doscientos por hora. Evocaba a Niamh tocando la guitarra desnuda en una playa en Fiyi.

No sé explicarlo. Solo sé que me sentía como si estuviera tumbado a tres palmos del suelo mientras los últimos acordes del sueño zarpaban, y de más allá del sueño llegó el timbre.

Corrimos a la puerta, empapados en sudor. Veía brillar los ojos de Niamh. Notaba el brillo en mis ojos enrojecidos. Hasta en los de Help. La música había tocado a todo ser viviente de esta vieja casa.

Incluso el señor que esperaba en la puerta se dio cuenta.

—Hola. Soy Sam. He oído que tienen un problema con la energía.

—Sí —jadeé—. Hay demasiada.

Luego supe de dónde había salido el CD. Niamh lo había encontrado en una carpeta etiquetada con un «4», en letra de Ambrose, en el Babel de papeles del escritorio de la biblioteca. Junto con el álbum venían varios artículos de revistas recortados y un telegrama.

EL TELEGRAMA

De: Edward Cutler
Ibiza, España

¡ENCONTRADA! STOP GRACIAS STOP TE MANDO COPIA DEL MEJOR DISCO DE 1994 STOP GANAS
DE VERNOS EN DICIEMBRE

GRABACIÓN DE AUDIO

[Eco de pasos, y una leve crepitación como la que emite un detector de partículas.]

A.: En realidad aquí no ha ocurrido nada, solo el incidente del baño.

SAM: Estoy midiendo la caída de tensión; quiero ver si hay una pérdida significativa.

A.: Ajá.

SAM: Pasa mucho en granjas viejas. Se pierde demasiada corriente entre la toma principal y los enchufes por culpa del cableado antiguo. Pero aquí, al parecer, no. Wells hizo cambiar toda la instalación en los ochenta. Las tuberías no, por eso. Debería hacerlas mirar. Ups. ¿Qué es esa máquina, señorita?

A.: No le haga caso; le gusta grabar cosas.

SAM: ¿Eso es una grabadora?

A.: Digital. La compró en su tienda.

SAM: ¿En serio? Qué juguete más chulo. Toma, mira este. Este pequeñín es un voltímetro. Mide la corriente que va por dentro de los cables. [...] ¿Se te ha comido la lengua el gato, señorita? [...] Ah, ¿no puedes hablar? ¡Lo siento! Pero puedes oírme, ¿verdad?

A.: ¿Vamos al tercer piso? SAM: Sí, claro, claro.

[Pasos subiendo las escaleras; madera que gime.]

Una casa muy bonita, sí señor.

A.: Por aquí. Este es el baño maldito.

SAM: Está bien; puedo leerlo desde aquí.

[La crepitación se hace más intensa; suena como estática.]

Interesante. Me da uno veintiséis.

A.: Pensaba que el voltaje en este país era uno veinte.

SAM: Lo es. [...] Muy interesante. ¿Quieres verlo, señorita? Ten, compruébalo tú misma.

A.: O sea, que en lugar de una caída de tensión, ¿tengo más potencia de la cuenta?

[La pregunta se queda colgada, sin respuesta. Luego Sam suspira.]

SAM: No es tan raro para esta casa.

A.: ¿A qué se refiere?

SAM: Oh, lo... lo siento, no quería decir que... er... La tensión excesiva pudo hacer que la bombilla estallara, supongo. Estas cosas pasan.

[Los pasos de un personaje empiezan a alejarse por el quejumbroso suelo de madera.]

A.: ¿Le da miedo mi lavabo, Sam?

SAM: ¿Qué? No, no. Es solo... Ya sabe. No hay mucho que pueda hacer.

A.: Entiendo. Una casa con acabados sobrenaturales, ¿verdad?

SAM: Eh, yo no soy de los que prestan atención a historias de la cripta, pero...

[La compañía reemprende la marcha, ahora a velocidad de crucero.]

La casa tiene sus antecedentes, ya sabe.

A.: ¿Qué clase de antecedentes?

SAM: Bueno, ya sabe.

A.: No, no lo sé.

SAM: Pero ha oído las historias.

A.: ¿Cuáles? ¿Las luces, los ruidos, las paredes sangrantes...?

SAM: ¿Las qué?

A.: Eso es de una peli. En serio, ¿qué tiene la casa, de verdad, que sea tan siniestro? Aparte de dos miembros de mi familia defenestrados, digo.

SAM: Mire, no quiero ser injusto. Su familia de usted era lo mejor de la casa, ¿vale? Gente amable y encantadora.

A.: De hecho, tengo entendido que eran ermitaños.

SAM: Ermitaños encantadores, pues. Adorables, comparados con los dueños anteriores.

A.: ¿Dueños anteriores?

SAM: Sí, bueno, se llamaría «Wells House» si hubieran sido ellos los primeros, ¿verdad?

A.: Sé que el abuelo de Ambrose fue el primero en llegar. Encontró la casa abandonada.

SAM: Antes de eso, el último en vivir aquí fue Charles Axton, que sobrevivió a su mujer e hijo allá por 1870. Es él quien dio a la casa...

A.: ¿Su mala reputación?

SAM: Iba a decir «los acabados sobrenaturales». La niña Ngara.

A.: ¿La quién?

[El suelo crujiente se calla.]

SAM: Ya sabe. El fantasma de Axton House.

[Una puerta enorme se abre. Lluvia suave y gorriones pueden oírse al otro lado.]

Esa es la parte de historias de la cripta.

A.: Muy bien. ¿Cuánto le debo, Sam?

SAM: Nada. Nada se ha hecho, nada se debe. Aunque me ha gustado visitar la casa. Si sucede algo más... A.: Le aviso, sin falta. Adiós.

SAM: Adiós. Señorita.

[Pasos apresurados por la grava se alejan del micrófono. Segundos después, una puerta de coche se cierra. El motor arranca. Una furgoneta patina sobre los guijarros y se retira. La lluvia sigue.]

[Un aparato crepita.]

A.: Volverá a por su juguete, lo sabes.

*

—Lo dudo. Está cagado.

GRABACIÓN DE AUDIO

[Después de horas de largo silencio sin significado.]

[Interruptor de la luz. Pies descalzos sobre baldosas. Un grifo chirría, el agua corre. Alguien se enjuaga la cara. Entonces se detiene.]

[El agua sigue corriendo.]

A.: ¿Niamh?

[El grifo se cierra.]

¿Niamh?

[La respiración de A. resuena bajo la bóveda alicatada del baño. No se oye nada más, excepto el sonido de la propia grabadora alargándose durante un minuto entero.]

[De repente, una gota golpea la cerámica, como si intentara marcar un ritmo.]

[Nada.]

[A. crea una lenta secuencia de cuatro golpes, siempre la misma cadencia.]

La-la... Da-da...

[De fondo, fuera del compás, se aproxima un sibilino sonido de patas sobre madera y se para cerca del micrófono.]

Help. ¿Tú lo oyes? [...]

Venga, se supone que los perros notáis estas cosas; dime que lo oyes.

[Silencio.]

[Los pies descalzos y las patas salen; interruptor de la luz.]



9 DE NOVIEMBRE

BITÁCORA DE SUEÑOS

Merodeo por bosques sin vida. Hay una niña con un vestido turquesa, girando sobre sí misma, ojos vendados y pelo rojo orbitando a su alrededor, jugando al escondite en una arboleda de piedra. La niebla invernal se pega a los troncos como ámbar abrazando insectos prehistóricos. Un gorrión tembloroso canta.

Una niña idéntica con vestido turquesa idéntico la observa, ojos desvendados, a un grito de distancia. Mismo pelo rojo y mismos ojos azules, una mano ruda sobre su boca, la garganta expuesta. Un hombre repulsivo la tiene prisionera. Ambos contemplan a la gemela buscadora, que en su torpe tambaleo posrotación alarga los brazos vestidos de satén, interrogante. Sus dedos de siete inviernos rasgan la niebla; sus pisadas en la tierra crujiente son su única guía. Su cabeza gira lentamente. Sus oídos escanean el aire. Una sonrisa de dientes de leche se esfuma. El gorrión se ha callado.

En la mesa de los hombres del Renacimiento, las cuencas vacías del esqueleto examinan su mano. Sus falanges mecánicas sostienen unos naipes.

Gárgolas que lloran salitre observan a la *tomboy* semidesnuda que corretea por el espinazo del tejado bajo la densa noche amarilla, alcanza la última buhardilla y se cuelga por la ventana entreabierta.

Dentro del dormitorio criptáceo se extienden dos filas de camas de hierro, y las sábanas en una de las camas se abren para mí; una chica pelirroja me invita a entrar. Yo me cuelo dentro y ella tira de la sábana hasta taparnos la cabeza. En la risueña oscuridad, el frío se desvanece; vuelvo a sentir los dedos de los pies con la primera caricia de lana carcelaria. No puedo verle la cara, pero huelo sus pecas y siento la piel de albaricoque de sus labios.

Lesbianas con ojos de MDMA se funden en un beso como una explosión nuclear entre la multitud líquida que baila arrastrada por la música (la misma melodía que bailamos ayer), y la sacerdotisa levanta los brazos hacia los rayos de luz que llegan de la superficie del océano, donde se eleva una ola gigante y catastrófica, enroscándose como una serpiente un segundo antes de morder el sol.

Y el tanque de gasolina explota, y la bola de fuego se traga a los guerrillas que me disparaban. Y a través del ojo que me queda veo cómo sus órganos internos se marchitan y se deshacen, convertidos en polvo. Tengo una pistola.

Estoy indefenso. Voy dando tumbos por los pasillos de esa casa de pesadilla que huele a moho y a putrefacción, conteniendo una arcada al ver el cadáver sentado

contra la pared que intenta robarle el protagonismo al monstruo que viene detrás de mí. Pero las ventanas están tapiadas, y yo grito, no para pedir ayuda, solo para despertarme, solo para invocar la luz del día. Y entonces la veo, una habitación vacía y partículas de polvo suspendidas jugando al sol, pero tropiezo con algo blando y caigo, el aire se me escapa de los pulmones, y él me clava la horca en la espalda y mi caja torácica revienta en una explosión de sangre.

DIARIO DE A.

El tipo del espejo tiene un aspecto horrible. No es de extrañar que media cafetería le esté mirando.

La gente de Point Bless ya se habrá figurado nuestra rutina diaria. Conducimos hasta el pueblo cada mañana, aparcamos en Market Street; entonces nos separamos. Uno lleva el informe diario para tía Liza a la oficina de correos; el otro va a comprar; luego nos encontramos en Gordon's para desayunar. Los parroquianos nos conocen como los herederos de Wells. Se huele la calma antes de la tormenta de cotilleos cuando nos vamos de una tienda llena de gente. Me temo que algunos creen que somos hermanos. Dentro de todo, no es la peor presunción errónea que podrían hacer. Tampoco me molesta que las camareras y los tenderos me llamen señor Wells. Les diría que no me llamo así, pero hay tal respeto en su forma de decirlo, incluso un punto de preocupación o lástima, como si la familia fuera algún tipo de atracción en decadencia de Point Bless, que no tengo valor para contradecirles; me sumo a la comedia.

Además, ya me va bien la deferencia extra. Porque ahora mismo, garabateando estas palabras en un rincón del café, escudado tras unas gafas de sol, todos los buenos cristianos de Point Bless deben de creer que estoy dilapidando la fortuna familiar en coca y *strippers* de géneros surtidos.

LIBRETA DE NIAMH

(En el coche, después de desayunar.)

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Biblioteca. Tú?

—Llamadas, supongo.

(Se quita las gafas. Piel escarlata en torno a los ojos.)

—¿Tú sueñas, Niamh? ¿Con qué sueñas?

—Canto.

—¿Sueñas que cantas? Qué bonito.

(Me acaricia la mejilla.)

—¿Te apetece conducir?

(Me encojo de hombros.)

—Como... ¿200 kilómetros?

—JODER, SÍ.

—Vamos a por Help y larguémonos.

DIARIO DE A.

No diré que me sentí mejor solo por alejarnos de la mansión. Eso sería atribuirle a la casa algún tipo de poder impuro, como si fuera una mancha negra mancillando la superficie de la Tierra. No lo es. Lo he comprobado mientras nos alejábamos carretera abajo, levantando una cresta de polvo amarillo a nuestro paso: no hay aura oscura alrededor de Axton House, ni una tormenta permanente descargando sobre ella. Sí había una tormenta entreteniéndose por allí, pero debía de ser la lluvia de ayer que ya se iba. Axton House es solo una casa. Un bonito cliché como mucho. No puede pretender ser la fuente de todo mal. Ni puede centrar toda nuestra atención. Tenemos cosas que hacer, pistas que seguir, gente con la que hablar. Supongo que podría resolverlo de un telefonazo si quisiera, pero estoy aburrido.

Así que aquí estamos, con las ventanillas bajadas, los brazos fuera, punk rock a todo volumen, cruzando el estado de Virginia con la intención de almorzar en Alexandria y con una nueva misión en la que exceler. Niamh al volante del Audi de mil millones de caballos, yo encargado del stock de Fanta y Twinkies, y Help sacando la cabeza por la ventanilla, con medio metro de lengua ondeando al viento: la viva imagen de la felicidad.

GRABACIÓN DE AUDIO

[*Hilo musical de fondo.*]

A.: ¿Tienes que llevar ese trasto a todas partes? La idea es dejarlo en casa grabando cuando no estemos. ¿Cómo se supone que vas a conseguir un e

ele uve, o como se llame? Además, nunca escuchas las grabaciones.

[*Sonido de lápiz.*]

Ah, ¿sí? Pues tú más. Help. Help, ven aquí. Esa alfombra no es tu territorio; ni se te ocurra reclamarla.

NIAMH: [*Un silbido imperativo de dos sílabas.*]

[*Se acercan pasos de perro; jadeo juguetón.*]

A.: Nos hemos agenciado al Hernán Cortés de los perros.

[*Se abre la puerta.*]

MUJER: Buenas tardes. Pase, por favor, señor...

A.: Wells.

MUJER: Esther Hutchinson. Mucho gusto.

A.: Igualmente. Esta es mi... socia, Niamh Connell.

MUJER: Es un placer.

[*La comitiva entera migra; el hilo musical queda silenciado tras una puerta. Tacones, suelas de goma y patas se acomodan; las sillas arañan el suelo.*]

Bien, señor Wells, tengo entendido que está en el mercado.

A.: Estoy... ¿qué?

MUJER: Contratando personal para una casa que acaba de heredar, ¿es así?

A.: Ah, sí, pero no personal, solo un mayordomo.

MUJER: [*Teclando en el ordenador.*] Perfecto, buscamos a un nuevo mayordomo...

A.: Uno nuevo no. Nuestro antiguo mayordomo. Verá, sé que se fue después de que mi antecesor muriera, pero me gustaría que retomara su puesto.

MUJER: [*Escéptica.*] Entiendo. Pero la verdad, señor Wells, es que solo podemos ofrecerle personas que nos escojan para encontrarles un empleo. Gente con muchísima experiencia, por cierto...

A.: Sí, bien, sé que él estuvo aquí.

MUJER: Un mayordomo.

A.: Mark Strückner.

MUJER: Mm-hm.

A.: Debió de venir hace tres o cuatro semanas.

MUJER: Ajá. Bueno, yo no soy la que hace las entrevistas; yo hablo con los que contratan...

A.: Ya, me lo imaginaba. O sea, esa lámpara de ahí no está para impresionar a una chacha.

MUJER: De todas formas, entenderá que no se puede contratar a un empleado doméstico solo por sus lazos con su familia en el pasado. Si ese hombre renunció a su puesto en su momento, es improbable que le interese recuperarlo. Y no podemos forzarle.

A.: Lo entiendo, pero el tema es que creo que renunció porque no sabía que yo venía. Creo que le encantaría volver.

MUJER: [*Después una pausa corta y de un bufido diplomático.*] Señor Wells, me parece que recuerdo a ese... Strückner al que está buscando, y no creo que quisiera.

A.: ¿Se lo dijo él?

MUJER: Le repito que yo no soy quien le entrevistó, pero parecía estar... [*Busca una palabra; desiste.*] Los criados a menudo presencian situaciones incómodas en sus casas. Tenía bastante prisa para encontrar un nuevo puesto, y con su currículum no fue difícil. Recuerdo haber recomendado su nombre a unos buenos clientes en D. C. no hace ni tres semanas.

A.: ¿«D. C.»? ¡Ah, Washington! Eh, eso no está lejos, ¿no? ¿Podríamos—

MUJER: Señor, los datos de nuestros clientes son estrictamente confidenciales, como comprenderá.

A.: Pero usted tendrá una manera de contactar con Strückner—

MUJER: Lo mismo se aplica al personal, señor. Lo siento; debo pedirle que no siga insistiendo. Y ahora, si desea un mayordomo perfectamente—

A.: Hacen seguimiento, ¿verdad? MUJER: ¿Perdón?

A.: Bueno, una agencia de su reputación seguro que hace llamadas de seguimiento. Para comprobar que amos y empleados se llevan bien.

MUJER: Bueno, sí, hacemos—

A.: La próxima vez que le llame, ¿puede darle un mensaje? Solo un mensaje.

[*Lápiz de fondo.*]

MUJER: Esto es muy irregular, señor.

[*Una hoja es arrancada de una libreta.*]

A.: Solo eso. Por favor. Cuando le llame, dígame exactamente eso. Yo no volveré a llamar. Y, por favor, dígame cuánto le debo por su excelente servicio.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

La vida en nuestra mansión solariega transcurre de forma tolerable, pese a los muchos defectos del lugar. Como por ejemplo, la grave ausencia de personal doméstico, circunstancia que contribuye en gran medida a que no consiga malcriar del todo a nuestra joven protegida. Esa falta de servicio se nota sobre todo en los crecientes rastros de nuestra presencia en todas las habitaciones; no solo en aquellas donde residimos (por ejemplo, este dormitorio y la cocina), sino también en aquellas donde solamente acampamos durante el recorrido entre la planta baja y el desván. No importa cuánto tiempo permanezca virgen una habitación, escondida al final de una galería enventanada o en un rincón particularmente oscuro bajo la escalera principal; una vez la hemos descubierto y reclamado como parte de nuestro legítimo patrimonio, jamás volverá a parecer inexplorada de nuevo. Siempre habrá al menos una prenda del colorido guardarropa de Niamh o algún accesorio de su pelo que atestigüe nuestro paso por allí, cuando no un indicio mucho menos sutil por parte de Help. Niamh está ocupándose de ese último problema, así que probablemente no necesitaremos un criado para eso. Pero, de todas formas, un mayordomo molaría.

[...] Me apena admitir que el viaje de vuelta fue notablemente menos divertido que la huida, más que nada por los escasos resultados de nuestras pesquisas. Objetivamente, ninguno de nosotros subió las escaleras del porche con tanta alegría como las había bajado horas antes. Vale, Help quizá sí; él sí percibe la casa como su hogar. Entera. Lo cual tiene mérito, teniendo en cuenta que su residencia anterior era una jaula.

Pero insisto, no es la casa. Creo que son los deberes: el enterrarnos otra vez entre libros y escritorios. También en eso Strückner sería de gran ayuda. Pero me temo que hemos quemado nuestro último cartucho.

Mañana Niamh y yo registraremos la biblioteca; nos centraremos en encontrar ese libro de la infancia de Ambrose, el que Strückner «leía tumbado a la sombra de un árbol». Confío en que estar codo con codo nos levantará el ánimo.

Ojalá pudiera tenerla al lado también en mis sueños. Hace poco empecé a anotarlos en un diario, ni que sea para demostrarme a mí mismo que son recurrentes, que no es solo un *déjà vu*, pero no lo he compartido con ella. Al menos sé que está allí, durmiendo delicadamente cuando me despierto. Eso es bonito.

Vale, a lo mejor te echo de menos. ¿Contenta?

Besos,

A.



10 DE NOVIEMBRE

BITÁCORA DE SUEÑOS

Estoy durmiendo en un banco, en el parque, en la nieve. Oigo botas en la calzada. Los polis me despiertan a toque de porra y me hablan en un idioma que he olvidado. Estoy demasiado cansado para contestar.

La mujer übersexy en lencería, en el coche, en el atasco, en la nieve, en la luz, en Escandinavia, lleva colorete magenta. No muevo el cubo de Rubik; he decidido que no lo tocaré hasta que sepa exactamente cómo resolverlo.

Los hombres del Renacimiento vestidos como médicos jacobinos y el esqueleto están jugando a póker.

Un libro resbala de la mano marrón del lector, y chorro de música.

Les oigo reírse de mi globo ocular, atrapado en las pinzas del cirujano, con el nervio óptico colgando y mensajes interrumpidos de dolor chisporroteando del extremo cortado. Se ríen de él. Así que me incorporo y agarro el cráneo del cirujano que acaba de arrancarme el ojo y le hundo la cara en una gradilla llena de jeringas con las agujas para arriba; le doy una patada al general, le quito la pistola, le reviento la puta cabeza de un tiro; corro a la puerta con una mano cubriendo mi ojo vacío, siento el aire colándose dentro de la cavidad, me abro paso a tiros por el pasillo, soldados negros con kalashnikovs desparraman sus sesos inútiles por las paredes; derribo la puerta metálica, siento el ojo que me queda arder a la luz del desierto blanco, del sol blanco, del aire blanco, guerrillas negros apuntándome y un depósito blanco de gasolina tras ellos; disparo al depósito y florece una bola de fuego que les asa vivos; oigo freírse su sangre y huelo su carne abrasada, veo sus esqueletos carbonizados caer de rodillas gritando y deshacerse, y espero que os duela infinitamente, hijos de puta.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,
Cuatro palabras para acompañar las polaroids de Niamh de la biblioteca.

Parece una iglesia anfibénica. Por lo menos tiene el eco y el tamaño de una

iglesia, pero cuando entras por la enorme doble puerta desde el rellano, en vez de un ábside al otro lado se ve otro par de puertas que dan a la galería frontal. Solemos dejar ambas puertas abiertas para crear un pasillo a través de esta planta, que de lo contrario ofrece un recorrido periférico.

Dos largas filas de estanterías separan la nave central de los pasillos laterales, más estrechos. Cuatro escaleras de caracol, una en cada esquina, trepan hasta el balcón. No hay ventanas ni tabiques; tan solo librerías abarcando todo el perímetro.

Ni las librerías ni los anaqueles ni los libros están etiquetados.

A un lado de la nave central descansa un catálogo de fichas, con cada entrada meticulosamente manuscrita en una tarjeta. Al otro lado hay un pequeño escritorio, el lugar de trabajo de alguien a quien interrumpieron inesperadamente y cuyo mayordomo acudió a limpiar después, haciendo lo posible por dar una apariencia de orden al caos a base de apilar y alinear libros extraviados y papeles que ya nadie sabe dónde poner. Aquí es donde Niamh encontró la carpeta con el CD y los recortes de revistas. También es donde hoy hemos hallado un curioso documento. El original está escrito a mano por Ambrose en una página arrancada de un libro de registro; lo he copiado para ti.

UNA PÁGINA DE REGISTRO ENCONTRADA EN EL ESCRITORIO DE LA BIBLIOTECA

Informe de campaña 1994, agosto

1	Leónidas		
2	Héctor	<i>En el terreno</i>	
3	Arquímedes		
4	Sófocles	<i>ENCONTRADO</i>	<i>Ibiza, España</i>
5	Zósimo	<i>En el terreno</i>	
6	Sócrates	<i>(Caído)</i>	
7	Cibeles	<i>ENCONTRADO</i>	<i>Sonora, México</i>
8	Dioscuros		
9	Anquises		
10	Elpénor	<i>Retirado</i>	
11	Corebo	<i>En el terreno</i>	
12	Fénix	<i>(¿Caído?)</i>	<i>En el terreno</i>
13	Anfiarao		
14	Tique	<i>En el terreno</i>	
15	Alejandro	<i>ENCONTRADO</i>	<i>Monrovia, Liberia</i>
16	Asterión	<i>En el terreno</i>	
17	Cronos		
18	Prometeo	<i>(???)</i>	
19	Heracles	<i>(Betty)</i>	<i>Retirado</i>
20	Zeus	<i>Retirado</i>	

CARTA

[Cont.]

Sobre el contenido de la biblioteca: calculo que las obras de ficción constituyen menos de la mitad. La mayor parte es una mina de conocimiento de todas las épocas y lugares, en múltiples lenguas, con filósofos antiguos fraternizando con la geopolítica del siglo veinte. Esos libros están clasificados por materia. También hay una impresionante colección de mapas. Incluso hay un planisferio de Marte.

La sección de ficción empieza en los estantes de los balcones, y está ordenada alfabéticamente por autor. No hay área de literatura infantil. Es un sitio perfecto para esconder un libro para siempre.

GRABACIÓN DE AUDIO

[*Cinco minutos de páginas pasando lentamente.*]

A.: ¿Niamh? Niamh, ¿por qué está encendida la grabadora?

[...]

Apágala. Si un fantasma deambulara por esta biblioteca, se moriría de aburrimiento. Otra vez.

CARTA

[Cont.]

Hacia las tres de la tarde, Niamh explotó. La parte de hincar codos del trabajo no le va. Tras un día entero en el bosque de libros localizando candidatos para «aquel libro maravilloso de nuestra infancia», según los nombraba yo mirando el catálogo, algo hizo pum en su cabecita de fantasía. Probablemente gritó (gracias a Dios que no lo oí), desistió de resolver el acertijo e intentó superarlo a fuerza bruta: empezó a sacar libros y a agitarlos, esperando que las cartas de Ambrose cayeran de ellos como hojas de otoño.

Recorrió un anaquel entero mientras yo la cronometraba desde el escritorio. Luego hice las cuentas mientras ella recobraba el aliento. Le llevó tres minutos y veintiséis segundos comprobar los cuarenta y pico libros de un anaquel. Cada librería tiene ocho anaqueles. Hay diez librerías en ese balcón, más dos en cada esquina. Multiplicado por dos para el lado contrario. Multiplicado por dos para el nivel inferior. Más catorce librerías a lo largo de la nave central. Calculo que harían falta treinta horas para encontrar todos los documentos, marcapáginas y billetes de autobús escondidos entre las páginas de todos los libros.

A no ser, claro, que Ambrose hubiera pegado esas cartas dentro del libro con celo. Que, ahora que lo pienso, es lo que yo hubiera hecho.

En resumen, necesitamos un mayordomo.

Besos,

A.

P. D.: Dentro del vasto continente de jungla inhóspita que es Axton House, siento que podríamos empezar a considerar la anexión de esta sala de música a nuestro territorio conquistado. Admito que es un gran paso (me atrevo a compararlo con la adquisición de Tennessee), pero es, después de todo, el sitio al que vamos a parar después de un día de trabajo en la biblioteca. Aquí Niamh toca el piano o escucha sus psicofonías (hoy la he reñido por grabar sin escuchar nunca nada) y yo escribo y veo la tele (¿sabías que aquí *Expediente X* va por la tercera temporada?).

DIARIO DE A.

Es medianoche.

Las regiones inexploradas de Axton House duermen en la oscuridad. Entre esta sala de música y nuestro dormitorio se extiende un pantano de silencio. No osamos atravesarlo. Preferimos quedarnos aquí, donde hay luces, y una tele, y cosas que no nos abandonarán. Nos sentamos en el sofá y nos consolamos mutuamente. De golpe, temblamos de frío y de fragilidad.

Hoy he visto *Expediente X* (da incluso más miedo aquí en Axton House). Hay un póster en la oficina de Fox Mulder en el sótano que reza: «Quiero creer.» Es como me he sentido toda mi vida.

No soy religioso. No sé muy bien por qué. Supongo que nunca he necesitado una religión. Niamh es católica, y el otro día la acompañé a una iglesia baptista y asistí a misa igual que Livingstone asistiría a un rito tribal en África: divertido por lo exótico, y en parte honrado por formar parte de ello, pero espiritualmente intacto. De hecho, soy *tan* ateo que me cuesta usar la palabra *espiritual*.

Lo mismo pasa con cualquier cosa que quepa en el cajón de los expedientes X. Ni creo ni dejo que me afecte nada que requiera renunciar a la razón empírica. Así que adiós dioses. Adiós espíritus. Adiós fantasmas. Adiós a lo paranormal. No lo necesito.

Y sin embargo, como Mulder, me gustaría creer.

No es que envidie a la gente que cree. No veo que gocen de ninguna ventaja. Niamh hubiera sobrevivido a su infancia de mierda sin Dios exactamente igual. Los que creen en el alma temen que la suya acabe ardiendo en el infierno. Los que creen en fantasmas temen que estos les atormenten. Los que creen que no estamos solos acaban mirando a su espalda todo el tiempo y menospreciando sus traicioneros

sentidos.

No; creo que quiero creer porque necesito ese limbo entre lo real y lo irreal. No quiero una muralla impuesta por mis precursores, una frontera a la que mi razón debe atenerse: «Este lado es real; ese otro, no; las bacterias y las alucinaciones existen; los fantasmas y los ovnis son chorradas.» No quiero una realidad delimitada, un mundo definido.

Supongo que con creer no bastaría, en realidad. Me gustaría saber. Ni siquiera empíricamente; solo saber, como sé que Australia está ahí fuera, en algún lugar, aunque jamás la haya visto. Porque si hubiera una mínima posibilidad de que esas cosas existieran, mejorarían mi universo de la misma forma que venir a América lo mejoró: todo sería más como en las pelis.

Pero no puedo creer. Cuanto más viejo me hago, más sólido se hace el muro, como si todo lo que hubiera por explorar ya se hubiera explorado. Lo cierto gana en certidumbre, y lo indemostrado se desvanece. Porque no lo necesitamos. Igual que no necesito un dios.

Y me gustaría que hubiera expedientes X. Me gustaría tener testimonios plausibles de fenómenos inexplicados del mismo modo que tengo noticia de países en los que nunca he estado. Anhele la más leve prueba que no me fuerce a renunciar a la razón, porque un misterio natural y razón para afrontarlo forman la combinación más feliz de todas.

Pero no hay ni rastro. No hay indicios creíbles de que lo que ahora llamamos superstición, religión o chorradas sea real. Y aquellos que deberían proporcionármelos, aquellos que creen, también están al borde de la extinción.

Y les culpo a ellos. Sí, culpo a los creyentes de mi escepticismo. Porque no están a la altura; no me suponen ningún desafío; es tan fácil demostrar que son idiotas que les odio. Todos esos psíquicos de quiero y no puedo, esas mujeres montando sesiones de espiritismo y fingiendo tan rematadamente mal, esperando que baje mi listón a su nivel pueril; esos autoproclamados parapsicólogos que fingen ser científicos y ni siquiera se acuerdan de cuándo empezaron a engañarse a ellos mismos; toda esa gente sola y patética engatusándose unos a otros con sus torpes juegos del más allá y de relevancia cósmica solo para distraer la atención de la nauseabunda tristeza de sus vidas. ¿Cómo ha podido un reino tan fascinante acabar en manos de imbéciles que lo han despojado de todo *glamour*? ¿Cómo ha podido caer tan bajo?

Así me sentía yo, atado al tedio por la razón.

Y entonces llegó Axton House.

Hemos pasado casi toda la noche aquí en la sala de música, sin atrevernos a subir, porque Niamh estaba escuchando sus psicofonías y le he pedido que pusiera las grabaciones del baño del día ocho, hace dos noches. Al principio, parecía que la grabadora no hubiera registrado nada aparte de una gruesa capa de ruido blanco con

mi voz nadando en ella. Pero Niamh oyó algo más.

Rebuscó en el cajón de los cables y conectó el aparato a los altavoces de la minicadena. Oímos la misma estática a través del equipo. Subió el volumen hasta hacer temblar el entarimado y que Help huyera de la habitación. Luego jugó con el ecualizador hasta que consiguió elevar una sola frecuencia por encima del resto. Di gracias a Dios (o sea, al Dios de Niamh) por poner a nuestros vecinos más próximos a casi dos kilómetros.

Pero al final lo consiguió: un solo hilo de sonido emergiendo de la estática, una fibra teñida en el patrón, vibrando a un tempo distinto. Con un ritmo. Formando notas. Cantando exactamente la misma melodía. Y luego mi propia voz por encima de todo, repitiendo la melodía en un susurro que meció la lámpara de araña con el estruendo. Ese era yo en el baño hace dos noches, repitiendo lo que creía que había oído: las mismas cuatro notas indelebles de la canción orgiástica del disco que encontró Niamh. Horas después de bailar aquella tarde, la canción aún resonaba en el baño; el eco, u otra cosa, la repetía. Niamh también lo ha oído.

La música había tocado a todo ser viviente en esta casa. Viviente o lo que fuese.

Pero eso no era prueba suficiente. Esto lo es.

Niamh volvió a reproducir fragmentos de cada grabación a la misma frecuencia. En la mayoría no había nada. En una sí. La del baño del día seis. En ella se escucha, después de horas de puro ruido atmosférico, la luz encendiéndose. Yo echándome agua en la cara. Un chirrido del grifo.

Y entonces, una voz; exactamente la misma barra en el ecualizador, la misma fibra teñida, diciendo algo.

Después, ruido blanco durante unos segundos.

Y después los Dead Kennedys, en una brutal onda de choque de música punk brotando de estos mismos altavoces, puesta por Niamh para advertirme de que Curtis Knox o quien fuera había entrado por una ventana.

Niamh bajó el volumen a tope. Nos miramos. Esa voz antes de que explotara la música era una niña. Y lo que había dicho —de hecho, lo que me había dicho *a mí*— fue: «*No estamos solos.*»



11 DE NOVIEMBRE

BITÁCORA DE SUEÑOS

Es una fuente; el chorro de música lo es. Había una ventana morisca antes de que se me cerraran los ojos. El libro se me cae de la mano. Y saboreo las últimas palabras que leo, pero no las entiendo.

Soy el esqueleto. Y tengo en la mano un par de cincos. Y el as de corazones. Y un tres, y un cuatro. (¿Debería ir a por escalera?)

Estoy jugando al Scrabble, pero las palabras están borrosas.

Corro hacia la ventana y tropiezo y me caigo. Y el monstruo me atraviesa el torso con la horca, clavándome al suelo.

*

(De madrugada.)

—Estás hablando en sueños.

—Lo siento.

(Se agarra el pecho.)

*

[Luego.]

Vuelo por encima de un hombre descamisado bajo nubes de lluvia tropical. Él se gira de golpe, sorprendido, pero no puede verme. Ve a través de mí. Pero su piel me siente.

Es un cadáver con lo que tropieza. Y tan pronto como toca el suelo le ensarto el torso con la horca.

DIARIO DE NIAMH

(Bodega, mirando los botelleros.)

—Creo que cuanto + viejo mejor.

—Sí, pero también creo que en algún momento se convierte en vinagre.

—Deberías haber insistido que vinieran ellos.

—La próxima vez te pasaré a ti el teléfono y a ver cómo te apañas. Coge algo que parezca pomposo y viejo y ya está.

(Le abrazo.)

—Te lo he puesto en bandeja, ¿no?

(Escojo una botella.)

—Esto salía en una de 007. Sonaba bien.

—¿Moore?

(Hago mi imitación de Connery.)

—Vale, cógela. Por cierto, ni se te ocurra llevar tu grabadora.

GRABACIÓN DE AUDIO

[Treinta grados centígrados, según los grillos. Se abre la puerta.]

SRA. BRODIE: ¡Aquí están!

A.: Hola, señora Brodie.

SRA. BRODIE: Por favor, llámame Monique. Niamh, ¿qué tal estás?

A.: Señor. Gracias otra vez por recibirnos con tan poca antelación.

SRA. BRODIE: Frank, señor Wells. Ningún problema. Entrad.

SRA. BRODIE: ¿Habéis venido a pie?

[El canto de los grillos se apaga tras la puerta cerrada; el interior resuena como un instrumento de madera.]

A.: Sí, es un paseíto. Hace un otoño muy suave.

SRA. BRODIE: Eso se acaba esta semana.

SRA. BRODIE: Hay alertas de tornados. Por cierto, tendré que pasar por vuestra casa la semana que viene y ayudaros con las planchas.

A.: ¿Planchas?

SRA. BRODIE: De madera. En las ventanas. No había tornados en su país, ¿verdad?

A.: No, de eso no teníamos allá en—

SRA. BRODIE: ¡Cielo, tus ojos! ¿Qué ha pasado?

A.: Oh. Eh... No es nada grave. La historia es graciosa, de hecho; se la cuento luego.

SRA. BRODIE: De acuerdo... Frankie, trae algo de beber para nuestros invitados mientras yo saco el pollo.

A.: Huele muy bien.

SRA. BRODIE: ¡Madre del amor hermoso! Este vino cuesta quinientos pavos por lo menos.

A.: [*Vacila.*] Ah. Bueno... Estoy seguro de que Ambrose querría beberlo en buena compañía.

SRA. BRODIE: [*Ríe.*] ¡Ya lo creo! ¿Dónde está el sacacorchos? Esto hay que probarlo. Monny, tienes que ver esto.

[*Un lápiz escribiendo.*]

¿El qué? Ah, la señorita tiene razón; debemos dejar que respire. A ver, primero lo primero: ¿dónde está el dichoso...? Aquí está. Ah, escucha, aún no se lo he contado a Monique, pero el señor Glew me telefoneó ayer. Me contó lo de las tierras. Y yo, de verdad, tengo que—

A.: Para mí es un placer.

SRA. BRODIE: ¡Pero es más de lo que podemos cultivar!

A.: Eh, la tierra para quien la trabaja. Es como debería ser.

SRA. BRODIE: Bueno, con el regalo de tu tío y ahora esto, me estoy empezando a hacer un latifundio. Y nuestros hijos no están interesados en la granja. La chica trabaja en la sede de los demócratas en Richmond y el chico está en la universidad, así que—

A.: Mire, usted construya una hacienda lo bastante grande y le prometo que ya le saldrá algún sobrino tercero de debajo de las coles.

SRA. BRODIE: [*Ríe.*] ¡Y tanto! ¡Poco lo sabes tú! [*¡Pop!— una botella descorchada.*] Ah, aquí está.

SRA. BRODIE: ¡Aquí viene! Todo el mundo a la mesa.

[*Palabras de aprobación perdidas entre movimiento de sillas y repique de cubiertos.*]

SRA. BRODIE: Bueno, cariño, creo que a nuestros invitados les gustaría bendecir la mesa.

[Ligera pausa salpimentada con jazz.]

A.: Eh... Sssí... Er, Niamh, ¿quieres hacer los honores? Gracias.

[Invitados y anfitriones se sientan bien rectos, enlazando las manos.]

[Silencio.]

Amén.

SR. Y SRA. B.: Amén.

A.: Gracias, Niamh.

DIARIO DE A.

Total, que aparte del incidente de la bendición, tan elegantemente driblado, la comida fue como una seda. Los Brodie eran la familia perfecta, Niamh comió como una hija perfecta, yo pasé el rato procurando no pensar en lo fuerte que debería ser un tornado para hacer peligrar nuestra casa (y en lo lejos que reubicaría la granjita estilo Cape Cod de los Brodie, ya puestos), y no se aludió a ningún otro ser sobrenatural hasta el café.

No fue fácil sacar el tema. No hay manera elegante de traer a colación a un fantasma en una conversación. La gente que deja caer una referencia a lo oculto en medio de un debate serio (como «He leído en el *Post* que la economía global va a recaer, y así lo indica también Saturno en Capricornio») merece ser ejecutada.

Afortunadamente, mis ojos rojos, que nunca dejan de impresionar al público, sirvieron como recordatorio del tema durante toda la tarde. Así que, una vez nos hubimos trasladado al sofá para el café, viré la conversación hacia Axton House. Relaté primero nuestra entrevista con Curtis Knox el pasado domingo, como prueba de mi disposición a compartir cualquier chisme sobre las actividades de Ambrose, y a continuación, deteniéndome en el motivo de las recientes visitas, simplemente solté: «Por cierto, también vi al fantasma.»

Se quedaron mirándome un rato. No creo ni que se plantearan reírse. Añadí: «De ahí mis ojos, como habrán notado.»

Fue un momento tenso. El señor Brodie incluso empezó una frase cambiando a «señor Wells», aunque ya había empezado a tutearme. Le corté, insistí en que iba en serio: había visto al fantasma y pensaba que les interesaría.

Una vez más, la curiosidad de la señora Brodie salvó la situación:

—¿Era guapa?

—Ah, así que sabe que es una chica —dije.

Ya no había vuelta atrás.

Hablé del electricista del pueblo, de cómo me había apuntado a los Axton y cómo había rehusado darme toda la historia, solo un nombre: la niña Ngara. Esta es la versión que nos dieron los Brodie de la historia que Sam no quiso contar.

Mucho antes de que Point Bless fuera más que un mercado, Axton House ya estaba allí, más o menos como la conocemos. Pertenecía a la familia Axton, que pudo haber llegado entre los primeros pobladores de Virginia. Brodie dice que eran de ascendencia holandesa, y muy orgullosos de su linaje. Se apropiaron toda la tierra entre el actual pueblo y el río Powome, y los indios nativos a los que se la quitaron fueron los primeros en trabajar en su plantación, que pronto creció hasta requerir esclavos de África y más lejos. Los antiguos Axton solían viajar en persona hasta Australasia para ir a buscarlos.

Incluso en esos tiempos brutales, los Axton eran brutales. Maltrataban a los esclavos y no mostraban mucho más respeto por los hombres libres. Pisoteaban a los pobres y litigaban con los ricos. La gente les temía de cerca y les odiaba de lejos. Sin embargo, la enorme plantación parecía funcionar de forma autónoma y los Axton no necesitaban nada de la próspera comunidad de Point Bless, ni siquiera su miedo o su odio. Cortaron toda comunicación, y la gente del pueblo prefirió creer que les había proscrito. Los cotilleos y el aislamiento eran sus armas. Lo primero tal vez no perjudicó a los Axton. Lo segundo sin duda lo hizo.

Charles Robert Axton, considerado el penúltimo varón del clan, nació en 1814. Se rumoreaba que era hijo de primos hermanos, y no era el primer caso en la familia. El propio Axton se casó con su hermanastra, que al parecer murió dando a luz. Al niño nadie le vio, aunque se rumoreaba que era profundamente retrasado o malformado. Tal vez jamás existió, y Axton fue el último de su ralea después de todo.

Para cuando Axton tomó las riendas de la plantación, la edad dorada de la explotación humana ya había pasado. Con abundancia de estados y ciudades libres para que los fugitivos se refugiaran, y con la prohibición de importar esclavos de 1808, Axton tenía problemas para repoblar sus filas. Para entonces, no obstante, era sabido que los Axton no solo poseían esclavos: los criaban. Y cuando los fugitivos contaban su historia, sin necesidad de ir más allá de Point Bless para encontrar ayuda, salieron a la luz secretos infames: habían visto a patrones escogiendo a los esclavos, esterilizando a los débiles mientras obligaban a los fuertes a copular con las mujeres. Y esos mismos fugitivos eran los descendientes de esa selección, perpetrada por generaciones de Axton en busca de la mano de obra más fuerte: el esclavo perfecto.

El mal, sin embargo, a menudo es víctima de la ironía. Charles Axton pasó su abominable vida cruzando humanos y mezclando cepas, mientras su propia estirpe burguesa europea se extinguía lentamente. Los esclavos que criaba no solo eran los más fuertes, sino también los más propensos a escapar. Al menguar sus filas, la retorcida fantasía de la familia se tambaleaba, igual que la familia en sí. Solo cuando falló en su intento de obtener un varón de un cruce decisivo entre —dicen algunos—

un hombre senegambiano y una mujer remotamente malasia, comprendió Axton la dimensión de su fracaso: el esclavo perfecto jamás nacería, y los Axton perecerían. A no ser que un problema resolviera el otro.

De ese cruce fallido, Axton había obtenido una niña. (La señora Brodie dijo «una chica preciosa»; en la versión del señor Brodie se la describía como «horrible»; en cualquier caso, era la chica con los genes más exóticos y, por lo tanto, más frescos.) Axton, por otro lado, era viudo y, según las malas lenguas, padre de un hijo perturbado. (En esta versión, el hijo era prácticamente un animal encerrado en el desván de Axton House.) La última mala idea de Axton, digna de coronar más de un siglo de atrocidades, fue hacer que un linaje salvara al otro. Los detalles no son algo con lo que los Brodie deseen mancillar su cristiano hogar. En pocas y duras palabras, Axton le sirvió la chica mestiza a su hijo, confiando en que el instinto animal del chico haría el trabajo. Ella no tenía más de once años. Pero la habían criado para ser fuerte, y se notó.

Presuntamente, cuando Axton volvió al desván a por la chica, se la encontró a ella agazapada en un rincón, y el cuerpo desmadejado de su hijo en el suelo.

Aquí las versiones difieren de nuevo: algunos dicen que Axton mató a la niña ahí mismo. Otros dicen que intentó hacer él mismo lo que su hijo no había logrado. En ninguna de las dos versiones ella sobrevive.

Para cuando el plan de Axton se vio tan catastróficamente frustrado, el mundo fuera de Axton House llevaba tiempo desmoronándose. Durante la década que necesitó la niña mestiza para alcanzar apenas la madurez sexual, Axton había estado demasiado ocupado haciéndose ilusiones como para prestar atención a su plantación, y la mayor parte de sus esclavos se habían ido. Además, por la época del repugnante clímax de la historia había estallado una guerra civil. Fue entonces cuando huyeron los últimos esclavos que quedaban, los más viejos de todos. No se marcharon muy lejos; la mayoría capeó la guerra en Point Bless (el pueblo no vio mucha acción). No solo eran africanos; también indígenas americanos y del sur de Asia. Muchas familias negras de Point Bless descienden de ellos; en algunas, aún se conservan los ojos rasgados. Cuando relataron toda la historia, una anciana se refirió al último nacido entre ellos como «niña Ngara». Nadie supo lo que significaba o qué idioma era, pero cuajó. Quizá fuera el nombre acuñado por una comunidad heterogénea y multilingüe para una nueva raza con un solo representante.

A Axton no parecieron importarle las deserciones. El resto de su vida fue una sombra de lo que había sido. Tal vez sentía la presencia acusadora de la niña Ngara acechándole. En 1865, los federales le encontraron sentado en su porche destartado. Nadie sabe exactamente qué le dijo al capitán Norton de la Unión, pero sí se sabe que este le pegó un tiro en la pierna in situ. Hubo que amputársela. Murió solo y en la más absoluta miseria en 1875.

Cabe aclarar que esta historia no se recitó de un tirón. Los Brodie se interrumpieron y contradijeron mutuamente varias veces, y tanto Niamh como yo también les

detuvimos con preguntas. La impresión que me llevé fue que la leyenda de la niña Ngara es bien conocida en Point Bless, pero los Brodie jamás habían comparado sus respectivas versiones. Como si la historia estuviera viva entre la comunidad, pero raramente fuera verbalizada.

Después de eso, dijo el señor Brodie como conclusión, nadie perturbó Axton House durante veinticinco años, hasta que un emprendedor inglés llamado Horace Wells, que llegó para trabajar como ingeniero ferroviario, adquirió el terreno en 1900.

—Y fue entonces cuando surgió la leyenda del fantasma —supuse.

Los Brodie me miraron como si hubiera cometido un grave error.

—Para nada. La niña Ngara había sido vista mucho antes. Por eso nadie perturbó la casa. Horace sabía muy bien dónde se estaba metiendo.

La señora Brodie añadió:

—En realidad, creo que esa es la razón por la que compró la casa.

Nos quedamos todos en silencio. No es que estuviera sorprendido: podía entender la manera de pensar de los Wells. Yo también me habría comprado una casa encantada si hubiera tenido ocasión.

Al final, me quedaba solo una última pregunta: ¿Por qué el fantasma siempre se aparece en el baño?

El señor Brodie se permitió una risilla, como para disipar el tono sombrío de la tarde.

—No era un baño en aquella época, hijo —contestó—. Usaban letrinas.

Nos fuimos al anochecer.

FRAGMENTO DE *FANTASMAS DE FANTASMAS*, DE JOHN LEEK. CHICAGO, 1980

Desde hace años, en nuestra profesión, existe una cierta reticencia a referirse a nuestra área de conocimiento como *fantasmas*. Muchos de entre nosotros, tal vez los más respetados, prefieren palabras como *entidades*, *agentes* o incluso la muy inocua *fenómenos*. Esta tendencia no solo pretende acercar nuestro maltratado campo a la jurisdicción de las ciencias indiscutidas, apartándolo del despreciado reino del folclore, sino que también parece admitir, mediante la imprecisión de su terminología, que nuestra disciplina aún es joven —embrionaria, según Flyte (4)— y que todavía tenemos por delante un camino tan largo como el del *Homo habilis* cuando cogió una herramienta por primera vez.

Sin embargo, una vez reemplazados todos los tabúes por latinismos, rephraseada toda la habladería supersticiosa en jerga académica, adoptado el método científico, aplicada la autocrítica, desurdida la especulación, despachadas las materias arcaicas, destruida la cámara Kirlian, despedidas las médiums, destapados los fraudes, expulsados los locos, quemada la literatura sensacionalista y retornados todos nosotros a la casilla de salida; una vez el corpus entero de la parapsicología se haya

reducido a un solo anaquel de obras serias y a un puñado de estudiantes respetables, entre los que puede que yo no esté cualificado para contarme, una vez hecho todo esto, los fantasmas aún estarán ahí. [...]

Es fácil dejarse llevar en nuestro trabajo. Se me ocurren varias razones. 1) Hay mucho por demostrar, y mucho reconocimiento esperando a quienes lo hagan. 2) Es tan escaso lo que tenemos, y tan frágil, que sentimos la necesidad de respaldarlo con réplicas fraudulentas. 3) Somos tan pocos que tendemos a pensar que somos especiales. Nos describimos petulantemente como perceptivos, receptivos, sensitivos, abiertos de mente y otros adjetivos que no significan nada. 4) Hay implicaciones personales. El menor de los fenómenos, si se demuestra legítimamente, abre la puerta a posibilidades asombrosas para todos los humanos. Cualquier prueba del más allá de alguien implica un más allá para nosotros. 5) Está la religión: necesitamos creer. [...]

Pese a todo ello, los sucesos inexplicados están ahí, esperando a que alguien los explique. Llámense como se quiera: entidades, agentes, fenómenos... ningún término es demasiado vago. Ni aunque juntáramos todas las contribuciones de todas las disciplinas en una sola palabra contenedor sumarían gran cosa.

Tomemos los fantasmas de esa pila —*es decir, cualquier prueba real (y con real quiero decir solo no refutada) de fenómenos inexplicables documentados que nuestro bagaje espiritual nos lleva a asociar con seres inteligentes*. Incluso pasado por el cedazo del escepticismo y reducido a unos pocos casos desperdigados por todo el mundo —Marbaden, Averoigne, los gemelos de Areba, Skagen 1963, Bells of Thudeney, Bangharh, Chapelizod, Heck House, y algunos otros— el montoncito de testimonios que queda muestra aún algo de coherencia. Esto es lo que humildemente, como científico, me atrevo a decir que sabemos sobre lo que, a falta de un término mejor, podemos llamar *fantasmas*. Y cabe en una página.

1. *Existen* entidades en su mayoría invisibles, inaudibles e incorpóreas que a veces pueden ser percibidas de la misma forma por distintos observadores imparciales.

2. Cuando no se perciben de otras maneras, se han descrito repetidamente como fríos, húmedos y poseedores de carga eléctrica. Estos atributos se han medido.

3. Cuando se les ve, aparecen como sombras vagas, como si sus cuerpos apenas tuvieran la densidad requerida para desviar la luz. Nunca se les ve en la oscuridad.

4. Cuando se les oye, pueden sonar en frecuencias demasiado bajas o demasiado altas para el oído humano. Existen grabaciones legítimas. Contra la creencia popular, no se ha demostrado que los animales los perciban mejor que nosotros.

5. Pueden hablar y, por tanto, se asume que tienen inteligencia humana.

6. En su presencia, las señales de ondas se distorsionan.

7. No pueden interactuar con objetos materiales.

8. No obstante, el hecho de que normalmente estén conectados a un sitio concreto

(lo que llamamos un lugar encantado) sugiere que tienen conciencia de su entorno, y de nosotros.

9. Siempre hay una tradición oral de fondo (ora previa y genuina, ora posterior y fabricada) que asocia cada uno de ellos a una o varias personas antes vivas.

10. No todos nos quieren mal.

LIBRETA DE NIAMH

(En la cama.)

—Y ahora qué?

—Nada. El fantasma es la última de mis preocupaciones.

—Volvemos a agitar libros?

—¿Qué sentido tiene?

—Mensaje que descifrar!

—¿Para qué? Ese código solo llevará a más códigos, igual que hizo el mensaje de Esquilo. Ese es su juegucito; les chifla el secretismo por el secretismo; ¡no esconden nada!

—SABES que no es verdad.

—¡Incluso se refieren entre ellos en código! Leónidas, Héctor, Prometeo; ¡ni siquiera sabemos sus nombres!

—Leónidas = Ambrose; Prometeo = S.W.L.; Sófocles = Edward Cutler (el que mandó el CD de Ibiza)... y con esto y un bizcocho...

(Lee con atención.)

—Vale... 3 de 20. No está mal. Salvo lo del bizcocho, que no sé a qué viene. Además, ahora no me apetece, ya me he lavado los dientes.

—Descubriremos al resto. Estás depre. Duerme.

GRABACIÓN DE AUDIO

[Se enciende una luz.]

[Unos pies descalzos cruzan el baño. El asiento del retrete se levanta.]

[Silencio durante un lapso razonable para hacer pis.]

[Cadena. Unos pasos se acercan al micrófono. Un lápiz telegrafía un mensaje. Una hoja es arrancada. Los pasos se alejan. Se apaga la luz.]

UNA NOTA DEJADA EN EL BAÑO

Vamos a llevarnos bien?

UNA SEMANA DESPUÉS



19 DE NOVIEMBRE

BITÁCORA DE SUEÑOS

Miro a la Tierra. Soy un escupitajo cayendo hacia el planeta.

Puedo ver la curvatura del lienzo azul mucho más allá de mis pies (la mayor altitud que un par de zapatillas Puma ha alcanzado jamás). Y en la inmensidad de abajo crece el zigoto de una isla.

Apunto hacia ella.

Estoy descendiendo en caída libre hacia una isla desde cien mil metros de altura, a una velocidad como para desgarrarme la piel.

Veo cómo va haciéndose más grande, y aun así minúscula en el vasto azul. Veo cómo toma la forma de una laguna de color cian, con bordes de arena, y el verde de las arecáceas, y un búnker de la Segunda Guerra Mundial en una punta, todo definiéndose en un *zoom in* a la velocidad de la luz.

Impacto sobre el búnker como un meteorito. Trueno.

Espero a que la brisa tropical se lleve el polvo. Mis oídos se ajustan a la presión. El cemento se agrieta en una telaraña en torno a mis pies; en el epicentro, está pulverizado bajo mis suelas de goma. El golpe reverbera en mis huesos como si fueran de acero. Me levanto, piernas llamadas a filas y respondiendo. El cosquilleo se desvanece.

Las gaviotas graznan. Nadie se ha fijado en mí.

YOUR DOG CAN'T SEE EVERYTHING.



What's better than two eyes? Well, how about four eyes, eight ears, and intelligent channel selection? Vanguard's Sentinel 4XDS Kit brings state-of-the-art technology to the service of your home or business.

- 4 CCTV cameras equipped with optional stereo microphone and motion sensor.
- 4 color 11" monitors.
- 1 four-channel Vanguard Intelligent Multiplex™ — knows where and when to watch!
- 1 Vanguard TapeSave™ high-density VCR — up to 24 hours of real-time recording in one tape!

Let the dog be your pet again. Sentinel will do the watching.

**SENTINEL™
4XDS**



VANGUARD DIGITECH

1642 KAISEL ST. / P.O. BOX 1820 IRVINE, CA 92614 / PHONE: (952) 510-7610 / FAX: (952) 510-7014

Order at your local store.

«Tu perro no puede verlo todo.

»¿Qué hay mejor que dos ojos? ¿Qué tal cuatro ojos, ocho oídos y selección de canal inteligente? El kit Sentinel 4XDS de Vanguard pone tecnología de última generación al servicio de su hogar o empresa. / 4 cámaras de circuito cerrado equipadas con micrófono estéreo y sensor de movimiento opcionales. / 4 monitores de 11 pulgadas. / 1 Intelligent Multiplex(r) de cuatro canales Vanguard: ¡sabe dónde y cuándo mirar! / 1 grabador de vídeo TapeSave de alta densidad Vanguard: ¡hasta 24 horas de grabación a tiempo real en una sola cinta!

»Deje que su perro vuelva a ser su mascota. De la vigilancia se ocupa Sentinel.»

GRABACIÓN DE VÍDEO

[ENCENDIDO: Formas negras reptan por la pantalla. Cuando la figura que maneja la cámara retrocede, esta enfoca automáticamente para definirla en un plano picado. NIAMH sonrío, orgullosa. Lleva el pelo esquilado por el lado izquierdo; largo, violeta e indómito por el derecho. Tras ella, un baño de azulejos con un techo abovedado.]

[A nivel del suelo, A. entra, se para a medio camino del inodoro para fijarse

en Niamh, que ahora está conectando el SONIDO: ruido ambiental. Las voces suenan metálicas, huecas.]

A.: Ah, guay. Mear delante de un fantasma del siglo diecinueve y de una grabadora empezaba a no resultarme violento. Gracias por mantener el reto.

NIAMH: *[Se gira hacia él, agarrada a lo alto de la escalera; señala hacia abajo, enfática.]*

A.: Sí, ya sé que tenemos más cuartos de baño, Niamh. *[Se gira de nuevo hacia el retrete.]* Es solo que no recuerdo dónde los pusimos.

[BOCINA. A. mira a su derecha, y al mismo tiempo la cámara panea en esa dirección, empujada por la propia Niamh. Hay un perro en la bañera.]

Hay un perro en la bañera.

[HELP estaba persiguiendo un patito de goma que flotaba en el agua espumosa de su baño. Ahora, reparando en la atención de su amo, chapotea hacia ese extremo y se encarama al borde de la bañera.]

NIAMH: *[Esta vez sin volverse: silbido corto y firme en sol menor.]*

[Help se sienta en el agua, obediente.]

[Plenamente satisfecha con su actuación, Niamh salta de la escalera. Antes de irse y dejarle algo de intimidación, un silbido cortísimo para llamar a su compañero, y luego una señal de la cruz. Ahora sí, mutis.]

A.: *[Mirando hacia ella.]* ¿Qué? ¿Es domingo OTRA VEZ?

[No hay respuesta, como era de esperar.]

[A Help.] Jóvenes. No piensan más que en salir e ir a misa.

[El perro estornuda una bola de espuma.]

LIBRETA DE NIAMH

(En la iglesia.)

—FUERA GAFAS DE SOL! Estás hablando con MI Dios.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

Una en la sala de música donde pasamos las tardes tocando el piano y escribiendo nuestras celebradas epístolas. Una en la kilométrica biblioteca, controlando el escritorio que seguimos escrutando de vez en cuando con invariables resultados de frustración y tedio. Una en la cocina donde cocinamos y comemos. Una en el baño, donde se vio al fantasma por última vez. Esta es la actual distribución de nuestras recién adquiridas cámaras de seguridad: un enorme paso adelante con respecto a nuestras grabaciones de psicofonías. La antigua sala de fumar (esquina noroeste del segundo piso, el cuarto donde jugamos al billar en las raras ocasiones en las que recordamos que hay una mesa de billar y somos capaces de encontrar el cuarto) es ahora el centro de vigilancia, donde están los monitores. Y, por supuesto, kilómetros de cable culebrean por los pasillos y cuelgan del hueco de la escalera.

Todavía no sé exactamente qué estamos intentando captar. Niamh se niega a decírmelo. Eso es muy de Niamh.

De todas formas, entre las cámaras, las persianas y las tablas de refuerzo que el señor Brodie nos ayudó a instalar en el invernadero —hay una alerta de tornado en la zona y hasta el Padre Epps ha dado un aviso después de la misa— la casa parece cada vez más una fortaleza. Y aún tenemos que encontrar el tesoro escondido.

Últimamente, de hecho, nos gusta subir a la torre de tanto en tanto y contemplar nuestros dominios. La piel se nos resquebraja como el hielo bajo el viento del oeste. Las nubes son apocalípticas.

LIBRETA DE NIAMH

(En la torre, viendo acercarse la tormenta.)

—El tiempo ya nunca irá a mejor.

—¿Eso crees?

—El sol jamás volverá a brillar. Llegará el invierno. Este es el ataque aéreo final contra un verano muy viejo.

(Le cojo de la mano.)

—Aun así, el invierno no durará para siempre.

—Demasiado lejos.

—Ya. Eso será pasado el solsticio.

—Tengo curiosidad por ese día, como si el tiempo fuera a terminar después.

DIARIO DE A.

No creo que se nos hubiera ofrecido una visión tan espectacular de la región desde la excursión a Alexandria. Incluso después de bajar de la torre, no podíamos huir de ella. El viento era huracanado. Las ventanas se estremecían en sus jambas. Podía apoyar la mano en los paneles de madera y sentir cómo temblaban. Abajo encontramos a Help suplicándole a la puerta principal. Ni siquiera Niamh pudo persuadirlo de hacer sus cosas sobre un periódico; ya se ha acostumbrado a correr al otro lado del jardín, hasta la primera línea de árboles, así que le dejamos ir. Niamh y yo nos quedamos viendo en las noticias la crónica de un F2 en Appomattox, a un par de condados de aquí. Nuestra fascinación se iba convirtiendo poco a poco en... no sé. Algo cercano al miedo.

Justo entonces oímos a Help por encima del temporal, *ladrando*. No le había oído ladrar desde que lo trajimos a casa. Empezaba a pensar que lo de Niamh era contagioso.

Salimos de puntillas. Virginia se había convertido en Mordor. Perdigones de hielo empezaron a rebotar sobre la grava. Help ladraba a un coche detenido a unos treinta metros de la esquina sur. El vehículo no encajaba: era blanco y pertenecía a esta mitad del siglo. Nadie salió de él.

A continuación, el coche arrancó de nuevo y rodó hasta la pérgola frente al invernadero. Corrimos hacia él, contra el vendaval; Niamh llevaba un paraguas que no osaba abrir por miedo a hacer un Mary Poppins.

En cuanto el conductor abrió la puerta, paró el viento. Sentí el aire a nuestro alrededor detenerse en seco. Como si la troposfera fuera a desplomarse sobre la Tierra.

Y entonces nuestro invitado se puso en pie.

CARTA

[Cont.]

Permíteme una descripción de Mark Strückner para acompañar la foto de Niamh.

Parece el tipo de persona para quien se construyó esta casa, aunque solo fuera el mayordomo. Para empezar, la casa no parece tan alta cuando le enmarca a él. Eso es porque supera los dos metros. Y no se inclina a menudo.

Sería corpulento si fuera más bajo, pero su altura le hace parecer delgado, en el

estilo gótico que favorece la casa. Sus mejillas están tan hundidas que el cráneo parece sostenerse precariamente como las ruinas de una abadía en una pintura de Friedrich, huecas bajo la cúpula despejada de cabello gris. Sus ojos azules, hasta donde alcancé a divisar, son irremediablemente tristes. Su apretón de manos, sorprendentemente suave.

A Niamh le cayó bien desde el primer momento. Con eso me conformo.

GRABACIÓN DE SONIDO

[Lluvia tamborileando de fondo. En primer plano, temblor de porcelana.]

A.: ¿Toma leche o azúcar?

STRÜCKNER: Er, sacarina, de hecho. Espere, queda un poco en—

A.: No, no, por favor; siéntese. Niamh, ¿puedes traerla, por favor?

STRÜCKNER: Estaba en el segundo armario a la derecha, encima del horno.

[Pausa.]

A.: ¿Ocurre algo?

STRÜCKNER: Estaba... pensando que hay que lavar esa alfombra. Perdón. No estoy acostumbrado a ser un invitado en esta casa.

A.: ¿Invitado? Por favor. Usted ha vivido aquí mucho más tiempo que nosotros.

STRÜCKNER: Eso no quiere decir nada. Ahora es su casa; yo... Yo cumplí mi función. Ahora le pertenece a usted. El heredero de Wells. Gracias.

[Removiendo.]

No se le parece usted en absoluto. Lo digo como algo bueno.

[La cuchara le da una palmadita a la taza.]

A.: Supongo que mi llegada fue una sorpresa.

STRÜCKNER: Sí, lo fue. Lo fue. Aunque el señor Wells mencionó que aún tenía familiares perdidos en Europa. Más a menudo durante el pasado año. Pero claro, no podía imaginar que usted aparecería y reclamaría la propiedad. A.: No lo hicimos. Eso fue cosa de Ambrose. Y el señor Glew tiene parte de mérito por encontrarme. También ha estado buscándole a usted.

STRÜCKNER: Sí, lo imaginaba. Me... me sabe mal. De repente la casa ya no me parecía acogedora.

A.: Temíamos que hubiera vuelto usted a Europa.

STRÜCKNER: Oh, no. No. No me queda nada en Europa. Mi familia entera vivía aquí. Entre estas paredes. Durante la Segunda Guerra Mundial, en

Alemania, John Wells, el padre de Ambrose, era un criptógrafo encargado de descifrar la inteligencia nazi, y mi padre le hacía de informador. Mi padre nos mandó a mi madre y a mí a Suiza con la familia de ella mientras él se quedaba en Berlín, resuelto a ver caer a los nazis. Pero a medida que la lucha se acercaba a su fin, se iba viendo que el Reich se llevaría a Alemania consigo, mientras que mi padre, un humilde cocinero convertido en espía, tendría suerte si conseguía una medalla de hojalata. Así que cuando Wells fue licenciado en el cuarenta y cuatro, acogió a mi padre y le ofreció un buen puesto en esta casa. Mi madre y yo nos reunimos con él en el cincuenta y dos. Yo tenía diez años. Ambrose tenía siete.

A.: Los dos crecieron juntos.

STRÜCKNER: A pesar de nuestras diferencias. Yo empecé a hacer tareas domésticas al poco de llegar, así que tampoco coincidimos mucho en la sala de juegos. Aun así, nuestros padres nos sirvieron de modelo; nos enseñaron cómo criado y amo pueden tratarse con respeto mutuo y amistad. Y así lo hicimos nosotros mientras yo gradualmente me convertía en mozo, ayudante de cocina, cocinero y mayordomo después de mi padre, mientras que Ambrose sucedía a John como el señor Wells. Cuando digo que mi familia entera vivía entre estas paredes, incluyo a todo el mundo entre estas paredes.

[Lentamente, una taza se posa de nuevo en su plato. La lluvia persiste.]

Así que cuando Ambrose... el señor Wells falleció, no vi nada que me retuviera aquí. Llamé a una agencia. Había una vacante en Washington. Decidí que bastante gente se había muerto ya de aburrimiento en Axton House, y me fui.

A.: ¿Ha dicho que Ambrose me mencionaba más a menudo durante el último año?

STRÜCKNER: Sí. De hecho, era como si le hubieran recordado que tenía familiares en Europa allá por mayo. Recuerdo que le llamaron; al día siguiente fue en coche a Clayboro a verse con alguien relacionado con su familia, o al menos es lo que deduje. Después de eso, pasó mucho tiempo... poniendo cosas en orden. Por ejemplo, revisando su testamento.

A.: Así que... lo sabía.

STRÜCKNER: ¿Sabía qué?

A.: Lo que estaba a punto de hacer.

STRÜCKNER: Yo no... *[Duda.]*

A.: ¿Qué?

STRÜCKNER: No lo sé.

[*Transcurre un minuto de lo más irrelevante.*]

La verdad... no creo que supiera lo que estaba a punto de hacer, no. Simplemente... lo sospechaba.

A.: ¿Sospechaba que iba a saltar por una ventana?

STRÜCKNER: Sí.

A.: Pero un suicida sabe lo que hace.

STRÜCKNER: Un suicida abre la ventana primero.

[...]

[*Nada.*]

[*Solo lluvia.*]

A.: Guao.

[*Un lápiz escribiendo. Expectación.*]

STRÜCKNER: Eh... No. No, su padre sí abrió la ventana. [*Ahogado.*] Dios, no había pensado en eso.

A.: Pero ¿por qué? ¿Por qué cree que él sospechaba—

STRÜCKNER: Porque él sabía que estaba siguiendo el camino de su padre. Por eso.

A.: ¿Qué? ¿Qué camino?

STRÜCKNER: Todo. Su trabajo, sus reuniones... la investigación obsesiva persiguiéndole hasta en sueños. Las pesadillas. Las alucinaciones. Sabe de lo que estoy hablando, ¿verdad?

[*El viento silba, revolviendo el aguacero.*]

A.: He... He tenido algunas noches malas.

STRÜCKNER: ¿Como despertarse gritando?

A.: Un par de veces.

STRÜCKNER: ¿Ir al baño a medianoche y ver cosas?

A.: Vale, vale, detecto el patrón. Pero ¿por qué yo? Ella duerme en la misma habitación y no le pasa.

STRÜCKNER: Entonces debe de ser cosa de familia. Tal vez sí que es usted un poco como su tío. Siento decirlo.

A.: Pero yo no estoy siguiendo sus pasos; no trabajo; no investigo—

[*El lápiz se mueve con violencia. Pausa.*]

Vale, sí investigamos, pero no lo mismo que Ambrose, estoy bastante seguro. ¿Qué hacía él?

STRÜCKNER: No lo sé.

A.: ¿Qué hacía la Sociedad?

STRÜCKNER: No lo sé.

A.: ¿De qué va todo esto?

STRÜCKNER: ¡No lo sé!

[*Se ha alcanzado el cenit. El viento se debilita. La lluvia vertical prosigue. También los actores, en voz baja.*]

A.: Hábleme de las reuniones. Lo que sepa.

[*Se sirve más té.*]

STRÜCKNER: [*Sirviéndose más oxígeno.*] Cada año, desde que guardo recuerdo, desde antes de llegar yo, desde antes de llegar mi padre, la noche del veintiuno de diciembre se prepara un gran banquete y se pone la mesa para veinte personas justas. La comida se deja en un bufet para que los invitados se sirvan, y todos los dormitorios deben estar limpios y listos para usarse, incluidos los cuartos del servicio. Exactamente a las seis en punto, todos los empleados deben abandonar la casa.

A.: ¿Adónde se supone que han de ir?

STRÜCKNER: A donde sea. Antiguamente, se les pagaba un extra por las molestias. Ahora que soy el único empleado permanente, me mandaban al hotel Jefferson en Richmond. Incluso me llevaban la maleta al coche y todo. Amos sirviendo al criado.

A.: ¿Así que usted conoció a los veinte?

STRÜCKNER: Sí. Originalmente, los criados tenían que irse antes de que llegaran, pero con Ambrose la norma se relajó. Además, a algunos de ellos ya les conocía; venían más a menudo.

A.: Lo sé. Caleb Ford y Curtis Knox. Hablé con Knox hace dos semanas.

STRÜCKNER: El señor Ford quizá era el amigo más íntimo de Ambrose. Sus padres también eran amigos; estuvieron juntos en la guerra. Ford vive a un paseo en coche de aquí, en Clayboro.

A.: Eso he oído. Ahora está en África.

STRÜCKNER: ¿Aún? A Ambrose... digo, al señor Wells le preocupaba no poder localizarle.

A.: Perdón, estaba usted diciendo que los criados se van, ¿y entonces...?

STRÜCKNER: Ah, sí. Cuando los veinte se quedan solos, comen, beben, y por la noche o de madrugada llevan a cabo su único ritual. No me pregunten en qué consiste; no tengo la más mínima idea.

[*Pausa para preguntas de todos modos; no hay ninguna.*]

A la mañana siguiente duermen hasta tarde, luego pasan el resto del segundo día repartíendose los deberes, y se van temprano al tercer día, cuando yo vuelvo. Pueden quedarse más tiempo si quieren, pero algunos tienen familias con las que pasar la Navidad. [*Pausa corta.*] Bueno, pocos.

A.: ¿De qué van los deberes? ¿Qué se supone que han de hacer?

STRÜCKNER: Jamás lo he sabido. Es lo que ellos llaman «investigación». Aunque a veces, sobre todo por la manera en que John Wells hablaba de ello... me parecía más bien una cacería.

A.: Una cacería.

STRÜCKNER: Una cacería humana.

[*Silencio.*]

Fuese lo que fuese, requería montones de libros, visitas frecuentes a bibliotecas universitarias... y viajes de campo, por supuesto, hasta hace diez años, cuando al señor Wells se le prohibió viajar al extranjero. Reuma. Su padre también lo padecía.

A.: ¿Adónde iba?

STRÜCKNER: A todas partes. Su último viaje fue a China; seis meses. El año anterior, Groenlandia. El año anterior, Brasil. Después de que los médicos le prohibieran salir del territorio nacional, aún pasó un mes en Alaska.

A.: ¿Viajaba solo?

STRÜCKNER: Creo que a cada uno se le encomendaba una tarea distinta; muy raramente colaboraban. Los años sin viaje eran los peores, creo. Podía estar levantado leyendo hasta el amanecer, hablando en lenguas extranjeras por teléfono...

A.: ¿Piensa usted que sufría... no sé, estrés laboral? ¿Como un yupi?

STRÜCKNER: [*Rápido.*] No.

[*Más pausado.*] Bueno, no lo sé. Pero es más... la naturaleza de su trabajo. ¿Tienen pesadillas los yupis? ¿Se muerden la lengua mientras duermen? ¿Por la mañana te miran como si hubieran ido y vuelto al infierno durante la noche?

[*El silencio contesta la pregunta retórica.*]

Pero, al mismo tiempo, hacía que todo pareciera trivial. «Viejos jugando a viejos juegos», solía decir. «No te preocupes —me dijo una vez—. Quizá creas que estudiamos materias oscuras y jugamos con cosas prohibidas, pero no nos metemos en asuntos cósmicos. Solo miramos desde la barrera. No es más que un pasatiempo burgués.» Así lo llamaba, «pasatiempo burgués».

A.: No da la sensación de que lo disfrutara demasiado.

STRÜCKNER: A veces sí. Esa es la cuestión. Unas pocas veces volvía del extranjero exhausto, pero inmensamente feliz, relatando todo lo que había visto, tal vez omitiendo lo más crucial, pero exultante de todas formas. Y estaba feliz durante el resto del año, como si hubiera aprobado todos los exámenes. La mayoría de veces, sin embargo, trabajaba sin parar de un veintiuno de diciembre al otro, algunos años mostrándose abrumado por el problema, otros perplejo, otros incluso aburrido. Y luego estaban los años malos. Cuando volví de Richmond la última vez, cuando entendí que el año de su cincuenta cumpleaños iba a ser uno de esos... temí que esto pasaría.

A.: [*Rápidamente, evitando que la lluvia robe otra pausa dramática.*] Oiga, esta Sociedad... ¿Sabe si usaban nombres en clave?

STRÜCKNER: ¿En clave? No. [*Pausa corta.*] No, no, estoy casi seguro de que no. Aunque... Bueno, sí que...

A.: No pasa nada; dígallo. Se supone que tiene que ser discreto, no sordo.

STRÜCKNER: [*Semirrisa ahogada.*] Bueno... utilizaban un montón de referencias de clásicos romanos y griegos. Pero son las frases que usaban... como «ser Arquímedes». O «si pudiera ser Sófocles». Hacían que sonara como una clase de teatro.

A.: ¿Tenía usted un nombre en clave?

STRÜCKNER: ¿Yo? [*Sonido de una sonrisa.*] Bueno, sí. En ocasiones, Wells me llamaba «Esquilo». No sé por qué.

A.: Señor Strückner, ¿sabe que Ambrose dejó un mensaje para usted en su despacho?

[*Un lapso de un segundo.*]

STRÜCKNER: ¿Cómo lo sabe?

A.: Vi el sobre. ¿Descifró el mensaje que contenía?

STRÜCKNER: Destruí el mensaje; ¿cómo sabe que estaba cifrado? ¿Le ha hablado el señor Knox de esto?

A.: No, lo sé porque vi el sobre, y Aeschylus era la palabra clave. ¿No es así?

STRÜCKNER: [*Suspiro.*] Sí, lo es. Un código alfabético simple. El señor Wells solía intercambiar notas como esa con el señor Ford; me enseñó cómo

funcionaba.

A.: Así que lo descifró.

STRÜCKNER: Sí, lo hice.

A.: Pero no llegó a seguir las instrucciones.

STRÜCKNER: No pude. El mensaje me mandaba a la caja fuerte de su despacho, pero yo no sé la combinación.

A.: No se refería a la caja. El mensaje decía: «Mira tras el Van Krugge», ¿verdad? Dejó una nota para usted escondida detrás del cuadro.

STRÜCKNER: ¿Qu— Oh, Dios.

A.: ¿Puedes ir a buscarla, Niamh? No se preocupe; la culpa es de Ambrose. Tendría a complicar demasiado las cosas.

STRÜCKNER: Qué tonto soy. Eso es lo que el señor Knox andaba buscando.

A.: Ese... tal señor Knox, ¿también era amigo de Ambrose?

STRÜCKNER: Oh, sí. Se veían muy a menudo. Vive en Lawrenceville. Le telefoneé el día que Ambrose murió y acudió enseguida.

A.: Gracias, Niamh. Señor Strückner, esta es... Esta es la carta de Ambrose Wells para usted.

[Papel desdoblándose.]

Eh... Nos llevaremos esto a la cocina y le dejaremos con eso. Vamos.

[Varias tazas se embarcan en una bandeja y el tremor de porcelana se aleja, junto con los pasos, y ambos son silenciados tras una pesada puerta. Solo el tamborileo permanece.]

[Un par de minutos pasan por allí.]

[Inspiración. El papel se arruga delicadamente junto a la grabadora; al fondo, más suave que la lluvia, tal vez más agudo, el aire fluye con dificultad rodeando un nudo en la garganta, amortiguado tras manos de largos dedos.]

[Se abre la puerta. La voz de A. se aproxima.]

A.: ¿Le apetece un whisky, señor Strückner? Hemos encontrado una botella.

STRÜCKNER: No. *[Aspira fuerte, para asegurarse.]* No, estoy bien.

A.: Lo siento. Sé que ha perdido mucho más que un jefe.

STRÜCKNER: No pasa nada. Él... *[Suspira.]* La mayoría le tenía por un ermitaño, sobre todo los últimos años. Pero creo que vio mucho más de lo que la mayoría de hombres solo podría soñar.

[Una silla suspira, aliviada.]

Bueno, eh... Creo que debería ir tirando si tengo que estar en Washington esta noche.

A.: Señor Strückner, debo preguntarle algo. Sin duda ha leído la frase sobre el libro. No hemos sido capaces de encontrarlo.

STRÜCKNER: Ah, sí. El libro...

[*Papel desdoblándose, otra vez...*]

La verdad, no tengo ni idea de a qué se refería.

[*Anticlímax.*]

A.: Bueno, al parecer hay un libro que usted leía a la sombra de un árbol.

STRÜCKNER: ¿Que yo leía? Ni siquiera recuerdo haber leído nunca en el bosque.

A.: Era un libro infantil. Tal vez algo que usted y Ambrose leyeron juntos...

STRÜCKNER: Jamás leímos juntos.

A.: O algo que cogió de la biblioteca...

STRÜCKNER: No, no, no lo entiende. Cuando llegué por primera vez, no hablaba ni una palabra de inglés. Había estado viviendo con mi madre en Aarau; aprendí inglés trabajando aquí. Solía jugar con Ambrose porque... [Ríe.] Bueno, porque los niños se entienden entre ellos, y ya está, pero entonces apenas podíamos intercambiar dos frases; menos aún leer juntos.

[*Un trueno inoportuno llega, retumbando; uno que habría quedado mejor en otro momento clave del diálogo.*]

A.: Así que esas cartas...

STRÜCKNER: Lo siento; no sé de qué está hablando. [*La voz se aleja a medida que se vuelve a levantar.*] En fin, han sido ambos muy amables, pero temo que la tormenta pueda empeorar, así que debo...

A.: ¿No preferiría pasar la noche aquí e irse mañana? No creo que sea muy seguro conducir con este tiempo. Su habitación está exactamente como la dejó.

STRÜCKNER: Una vez más, es muy amable por su parte, pero solo tengo los domingos para mí; tengo que estar de vuelta en mi nueva casa por la mañana. Ya sabe. Vida de mayordomo.

A.: Oh, ahora que lo menciona... ¿Niamh? Creo que ahora esto le pertenece, señor.

STRÜCKNER: Oh. [Ríe.] Oh, Dios.

A.: Como Ambrose deseaba. Creo que vale algo de dinero.

STRÜCKNER: Oh, ya lo creo. Estaba allí cuando pujaba por él por teléfono.

A.: Ya, ese era Ambrose. Lo que haga falta para esconder una caja de caudales fea.

STRÜCKNER: Gracias. En serio, gracias.

A.: ¿Cree que se podrá jubilar con eso?

STRÜCKNER: Bueno, yo... ¡no tengo ni idea! [*Una pausa insuficiente para pensar. Divertido.*] Dios, no tengo ni idea. No sabría qué hacer, la verdad. He estado cuidando de gente más rica toda mi vida.

A.: Bueno... Se jubile o no, si no le importa estar con gente rica... Vaya, aquí siempre tendrá una habitación y un empleo. Y no necesitamos muchos cuidados; tenemos unos estándares de higiene sorprendentemente laxos.

STRÜCKNER: [*Ríe abiertamente.*]

A.: Lo que quiero decir es que si usted quiere un trabajo, aquí tendrá uno. Y si planea retirarse... En fin, esta casa es de su familia tanto como de la mía.

STRÜCKNER: Señor. Por favor no se lo tome a mal. Pero los recuerdos que tengo de esta casa son... duros. Y... veo en sus ojos que sí va a necesitar usted que le cuiden.

A.: Tengo a Niamh. No se preocupe por mí.

STRÜCKNER: Demasiado tarde. Me preocupo. Es mi trabajo. Pero les deseo a ambos lo mejor.

A.: Gracias, señor Strückner. Ha sido un placer.

STRÜCKNER: Igualmente.

[*Apretón de manos.*]

Señorita. Un placer conocerla.

[*Escritura. Lectura.*]

¡Oh, gracias! Es muy amable de su parte. Muchísimas gracias.

[*Todas las voces se alejan del micrófono.*]

A.: Por favor, proméтанos que si alguna vez pasa por aquí, nos hará una visita.

STRÜCKNER: No puedo prometer que ocurra a menudo, pero si ocurre, proméтанme que les encontraré en plena forma.

[*Voces distantes se funden en sus propios ecos en la entrada. Una puerta se abre a lo lejos. En los alrededores del micrófono, el vendaval no se cansa.*]

[Un minuto después: un coche arranca bajo la lluvia, tritura la grava y sale a toda velocidad.]

[Otro minuto después: una puerta se cierra a lo lejos.]

[Pasos que se aproximan, junto con un lápiz arañando un papel.]

A.: Sí, lo sé.

[Un par de pasos se acercan más y se tiran en el sofá, al lado del micrófono.]

[Unas pocas notas de piano caen como gotas de lluvia perezosas. Es John I Love You, de Sinéad O'Connor.]

[Un suspiro profundo. Un papel se desdobra, muy lentamente.]

[Entre dientes.] «Ese libro maravilloso de nuestra infancia...»

[«I let tears fall like rain / Apple-sized they were / All over her...»]

«Que leías tumbado a la sombra de un árbol...»

[«And through all of those times / When you could have died / This is what you find...»]

Un libro que leías tumbado...

[«There's life outside your mother's garden...»]

A la sombra de un árbol...

[«There's life beyond your wildest dreams...»]

De... un... árbol...

[«There hasn't been any explosion / We're not spinning like...»]

¡¡MIERDA!!

[El piano se corta en una nota disonante e incrédula; la lluvia no. Voz y pasos salen en estampida.]

¡Rápido, las llaves del coche! ¡Antes de que llegue a la autopista!

[Pasos apresurados huyen de la habitación; la puerta se abre al temporal, la puerta se cierra.]

[...]

[La puerta se vuelve a abrir.]

NIAMH: *[Silbido muy fuerte.]*

[Los pasos se acercan: Niamh agarra la grabadora. Mucho ruido distorsionado acompaña a los siguientes sonidos: pies resbalando por el entarimado, silbidos impacientes, un perro esprintando escaleras abajo, el aguacero más escandaloso de la historia, zapatos de goma y patas sobre grava encharcada durante unos diez segundos, una puerta de coche abriéndose y cerrándose, reduciendo la tormenta a un ruidoso redoble envolvente.]

A.: Help, detrás. Detrás.

[La grabadora rebota en el asiento trasero y se estrella en alguna parte del suelo del coche. El motor arranca. Algo peludo se sacude.]

Sí, buen sitio para hacer eso, Help, gracias.

[El Audi acelera. Cinturones abrochándose.]

No es solo un código. Es un juego de palabras. Date prisa; ¡ojalá se haya encontrado la carretera cortada!

[Derrape; el redoble de lluvia se torna irregular según las rachas de viento alteran el patrón.]

[Siguen cinco minutos de conducción temeraria.]

¡Cortado! ¡Allí está; está dando marcha atrás!

[Claxon. Ruido; las puertas se abren; la lluvia cae como edificios derribados; el viento ruge. Las voces son casi inaudibles.]

[La ventanilla de un coche baja.]

A.: ¿Cómo escribiría «de un árbol»?

STRÜCKNER: ¡¿Qué?!

A.: ¡En alemán! Leía tumbado a la sombra el libro «de un árbol» porque usted hablaba alemán; ¡¿cómo escribiría un alemán «de un árbol»?!

[*Un trueno suena como un tren atravesando un centro comercial.*]

STRÜCKNER: Er... No lo sé; ¡no se escribiría muy distinto del inglés!

A.: ¿Cómo se dice «árbol» en alemán?

STRÜCKNER: *Baum*, pero— OH, ME CAGO EN—
Perdón.

A.: ¿Qué?

STRÜCKNER: ¡Baum! ¡L. Frank Baum! ¡*El mago de Oz* es el libro que leía tumbado a la sombra de un «árbol»!



20 DE NOVIEMBRE

DIARIO DE A.

En realidad, L. Frank Baum ambientó catorce libros en el mundo de Oz, y escribió otras cuarenta y una novelas, muchas de las cuales están representadas en Axton House. Esto lo confirmamos en el catálogo de la biblioteca, un viaje en coche y una entrada triunfal más tarde, marchando en tromba de la entrada al segundo piso como un ejército, los tres chorreando. Corrijo: los cuatro. Help también estaba.

Fue Niamh quien nos condujo al libro correcto: se le ocurrió ir a por el que estaba en el anaquel más alto, que gente más baja que Strückner no habría visto. Tuve que subirla en hombros para alcanzarlo.

Era *El mágico monarca de Mo*, una edición de 1930 con ilustraciones de Frank Ver Beck. En eso reparé cuando ya lo había hojeado dos veces. A la tercera, cuando Strückner se nos había unido en el balcón de hierro, detectamos el truco: varios pares de páginas estaban encolados por los márgenes, formando tres bolsillos distintos. Para entonces ya estábamos lo bastante sosegados para usar un abrecartas y ahorrarle una carnicería al libro. Agitar todos los ejemplares de la biblioteca, al final, no hubiera servido de nada.

Fue en este momento, cuando teníamos los tres sobres cerrados sobre la mesa más cercana y Niamh empuñaba el abrecartas, que el sentido de mayordomazgo de Strückner se sobrepuso a la excitación.

—Bien —dijo—, por mucha curiosidad que sienta, no podemos leerlas.

Niamh y yo intercambiamos miradas. Le dije a Strückner que tenía toda la razón del mundo. Así que las metimos en el cajón y le ordené a Niamh que las llevara a correos por la mañana junto con nuestra carta diaria a tía Liza.

A lo que ella niveó en señal de conformidad.

Y, por supuesto, jamás lo llevó a cabo.

A la mañana siguiente nos levantamos más temprano que nunca para despedirnos de Strückner una vez más. Había llamado a su casa la noche anterior, pidiendo disculpas por las molestias, como si retrasarse por los tornados fuera una licencia imperdonable.

El amanecer postapocalíptico tras la tormenta era sensacional. Incluso para los estándares americanos.

Tan pronto como el coche desapareció tras los árboles grises, corrimos escaleras arriba y rasgamos los sobres.

CARTA

Axton House
Point Bless, VA

V. Belknap
Lafayette St. 402
Midburg, VA 26900

Mi leal Belknap,

Lamento mucho comunicarle que, desgraciadamente, no voy a poder continuar con nuestras sesiones. Mi salud me impide seguir haciendo el viaje a Midburg, ni siquiera una vez por trimestre.

Por favor, créame cuando le digo cuán mal me sabe terminar nuestra relación profesional (y déjeme añadir, por mi parte, amistosa) de forma tan abrupta. No solo porque nuestras sesiones, me doy cuenta, eran más beneficiosas de lo que mi incurable cinismo admitía, sino porque aunque fuese por la excusa para pasar un día fuera, las disfrutaba. Disfrutaba del largo viaje en coche, del pequeño café bajo su oficina y, sobre todo, de nuestros sesenta minutos de conversación. A medida que recorro el camino de mi vida y mi cuerpo y mente pagan el peaje, arreglar las piezas averiadas se vuelve menos prioritario que apreciar lo que queda entero. Por lo tanto, debo darle las gracias por tratar tan eficazmente mis dos achaques más graves: el aburrimiento y la soledad.

A título personal, y solo en caso de que le interese continuar nuestras charlas sobre sueños y similares, ¿me permitirá recomendarle algunas lecturas? Pruebe con el artículo de U. Bianchi en el número de junio de 1968 de la revista *Mind & Beyond*, y si tolera usted sus opiniones, consulte la bibliografía; en particular J. Kuttner e I. Dänemarr. Vi cómo reprimía usted cortésmente una mueca de desdén cuando le mencioné esos nombres, pero no los cito ahora como paciente en busca de comprensión, sino como amigo. Acéptelos, si quiere, como un recuerdo del que indudablemente es su caso más trivial.

Cordialmente,
Ambrose Gabriel Wells

CARTA

14/2/1995

Axton House
Point Bless, VA

Curtis Knox

Vaughan St. 120
Lawrenceville, VA 23868

Apreciado Curtis,

Para cuando recibas esta carta, sabrás qué fue de mí mejor de lo que lo sé yo. Me atrevo a aseverarlo porque eres Sócrates, y ambos sabemos que un Sócrates no viaja mucho. Otros años escogí una introducción distinta, pues llevo reescribiendo esta carta cada año desde 1974, normalmente alrededor de mi cumpleaños. (Siempre he confiado en que no me iría a principios de invierno, al inicio de una nueva campaña. Aunque sí temo, de cuando en cuando, especialmente en las vísperas de las reuniones, mientras Strückner supervisa los preparativos, que algún año, quizá no este, quizá tampoco el próximo, pero algún año, será tan terrible que no duraremos ni una sola noche. Jamás he sacado el tema, pero lo pienso a menudo. Me pregunto si tú también.)

Pero te pido disculpas: me estoy desviando. Como habrás adivinado, esto no es una nota de suicidio. En el momento de escribir esto, no pretendo poner fin a mi vida. Lo escribo porque temo que el fin pueda llegar igualmente.

Si ocurre así, hay temas de los que ocuparnos, cabos que atar en nuestra Sociedad. Como Miembro, soy responsable de aportar un sustituto. Como Anfitrión, soy responsable de fijar un rumbo. Como nuestro Historiador, debo confiarte a ti mi voto póstumo sobre el destino de la Sociedad. Y mi voto es este: *disolvedla*.

Sí, ya sé lo que estás pensando: soy un hipócrita. Es así, lo soy. Lo he sido durante veintiún años. Cada febrero escribo una atolondrada admonición sobre nuestras actividades y os exhorto a no celebrar otra reunión. Y sin embargo, cuando la reunión se acerca y mi carta permanece sin leer, exclamo: ¡sigamos, otro año más! En pocas palabras, quiero que todos dejéis el juego solo porque yo ya no puedo jugar más.

Es cierto, Curtis. Soy un perdedor pésimo. Pero como sé que no eres tan inclemente como para desestimar una carta de un muerto, trataré de justificar mi postura.

Primer punto: soy un Wells. Como bien sabes, mi nombre me otorga algunos privilegios. Como Anfitrión, convoco las reuniones. Los Miembros me informan a mí. Los Archivos los guardo yo. Mi abuelo Horace estaba entre los primeros jugadores. De no ser por él, esta hermandad no tendría razón de ser; no nos reuniríamos; dormiríamos por las noches; viviríamos tranquilamente en la ignorancia. Un Wells empezó el juego; un Wells merecería la oportunidad de terminarlo.

Segundo: no tengo hijos. Lo cual os coloca a todos en una posición que la Sociedad ha evitado históricamente: un debate de sucesión. Nadie cuestionó a mi abuelo cuando le legó las riendas a su hijo. Y cuando mi padre se olvidó de escribir un testamento, nadie objetó a que Stillwall se convirtiera en mi maestro y pusiera las riendas en mis manos. (¿Has considerado, por cierto, que mi padre, que sí se suicidó,

jamás dejó una nota? ¿Has considerado que su acto también fue un intento de disolver la Sociedad?)

Tercero: estoy muerto. Y esto es lo que mi padre no consiguió haceros ver. Probablemente se sentía como yo me siento ahora, como todos nos sentimos en los años malos. Pero fue él quien se quitó la vida. Así que el Juego no lo hizo, pensamos todos.

Pues bien, Curtis, esta vez no. El Juego me ha quitado la vida *a mí*. El Juego es el culpable. Igual que lo fue con Spears, Lutz, Dagenais... ¿Sigo?

Todo esto puedes transmitirlo a los Miembros para su consideración. Encontrarás sus datos de contacto en la agenda roja en el primer cajón de la izquierda del estudio del tercer piso, junto con mi llave de los Archivos, que ahora están a tu disposición. Siempre he admirado tu oratoria, Curtis; estoy seguro de que el debate concluirá con la Sociedad tomando el camino que tú apoyes, sea cual sea. No obstante, la Llave de la continuidad de la Sociedad se la confío al Secretario. Esto es solo para asegurar que *habrá* un debate.

Sé que no estoy planteando ningún problema que los diecinueve restantes no podáis superar. Nuevas situaciones requieren nuevas medidas, y nuestra sociedad tiene grandes dotes de improvisación. No nos atan leyes grabadas en piedra, al fin y al cabo. Es solo un pasatiempo burgués.

Adiós, amigo mío.

Con afecto,
Ambrose Gabriel Wells

CARTA

[A Caleb Ford, en Clayboro, Virginia]

QHTBAGLILIOGNE DW
RBRNUIEYYDUDXPQN
QEOXIPGPITAEEDDX
MOTDVPTIABPRTONE
OPNLLKPBXPYEXKCP
RBCEQH LAMCRNORQN
YEZCDEBCAEPHODNR
WGLZQRUOIZLXLIRK
AETLYDODYDILMKBU
TECLQOOERBRZAEC P
YDNLNOLIWOYIGBTQ
YDOTCPVYBLGOOVCE
DBNPOERBLHDMXABL
LZEGTHNLHSUHDYYD
BYFOHLGUILNRGBMO
TEOPDZBTAEYDILQO

LIBRETA DE NIAMH

(Desayuno en Gordon's.)

—¿Qué? ¿Qué sacas en claro?

—Has dormido algo?

—Un par de horas.

—No puedes seguir así.

—¿Podemos centrarnos en las cartas?

(...No puedo.)

—A ver, entiendo que Belknap es un psicoterapeuta. No tiene nada que ver con la secta o lo que sea. Pasemos al siguiente: Knox.

—Ambrose confiaba en él, pero no tanto.

—Le transmite sus últimas voluntades, pero le pasa el testigo, como tú decías, a Caleb. «El Secretario.»

—Y lo cifra.

(Miramos el mensaje en clave.)

—Exacto. Así que, ¿qué es esta ilusión óptica?

—No es como nota de Aeschylus: muy largo.

—Strückner dijo que el padre de Caleb estuvo en la guerra con el padre de Ambrose; tal vez ambos sabían de criptografía. Esto podría ser un nivel más avanzado. ¿Qué es más avanzado que un código de sustitución?

—Todo.

—Ya. Lo sospechaba. Vale. Investigaré.

—Lo haré yo. Tú ve a dormir.



20 DE NOVIEMBRE (TARDE)

BITÁCORA DE SUEÑOS

Estoy durmiendo en el parque y los policías vienen y me hablan y me palpan con sus porras. No puedo entenderles. De pronto detengo una porra que iba a por mi brazo. Preveo la trayectoria de la otra. Me adelanto y le doy una patada al poli.

Les noqueo a los dos en menos de cinco segundos. Contemplo sus cuerpos en la nieve, asombrado. Me miro las manos.

Me miro la mano. Tengo un cubo de Rubik.

Me miro la mano. Tengo una granada, y le falta la anilla.

Me miro la mano. Tengo dos cincos.

Me miro la mano, y esta se alarga hacia la ventana, los dedos se aferran a los rayos de sol, pero fallan. Me caigo. Y el monstruo me clava la horca y me despierto con el sonido de mis costillas astillándose.

FRAGMENTO DE *FANTASMAS DE FANTASMAS*, DE JOHN LEEK

El principal reto al que nos enfrentamos los parapsicólogos si hemos de hacer tábula rasa en nuestro campo es no repetir los mismos errores. Hemos convenido en una nueva herramienta: el método científico. Pero este flamante cemento no tardará en degradarse si se mezcla con dos de los agentes más nocivos para la ciencia: el egotismo y el antropocentrismo. [...] Citando otra vez a Ernest Bach (10), «las preguntas legítimas que la parapsicología debe plantearse son: *¿Existen los fantasmas?*, que supondrá un desafío para cualquier mente abierta, y *¿Qué son?*, lo cual ha de interesar a cualquier científico auténtico. La pregunta incorrecta es *¿Qué quieren los fantasmas de mí?* [...]».

Ni siquiera yo me veo en posición de negar que me tomo mi trabajo como algo *personal*. He aquí el porqué: durante el largo proceso de escribir este libro, muchos colegas se han ofrecido amablemente a leer el manuscrito y compartir sus impresiones. Una gran mayoría se quejaba de que mis diez puntos sobre *lo que sabemos de los fantasmas* eran demasiado vagos, el resultado de una purga demasiado estricta. Sin embargo, una de las opiniones más valiosas vino de un buen amigo mío, ya fallecido, a quien llamaremos Jonathan; un psicólogo puro, sin el «para», que se interesaba por lo sobrenatural solo a un nivel *amateur*. Al leer esos diez axiomas fundamentales, este genuino hombre de ciencia inmediatamente señaló el quinto ítem («[los fantasmas] pueden hablar y, por lo tanto, se les asume

inteligencia humana»), y observó: «Esto es una falacia lógica. Los loros hablan, y no tienen inteligencia humana.»

¡Qué elegante manera de ejemplificar cómo el antropocentrismo nos lleva a la especulación! No sabemos qué son los fantasmas, pero si se nos da un lienzo en blanco, lo primero que hacemos es compararlos con nosotros mismos. Oímos voces, y asumimos que son humanas. Vemos formas, y pugnamos por distinguir la silueta de una persona. (Por supuesto, la silueta se parece más a una mancha, y es por eso que hemos inventado lo de que los fantasmas visten sudarios.) Sin duda, el uso de terminología aséptica como *fenómeno paranormal* pretende deshumanizar a los fantasmas, pero tan pronto como bajamos la guardia, los humanizamos otra vez. Nos corrompe la vieja noción de los fantasmas como almas perdidas, exiliados del infierno, pero esto no es lo que se colige de nuestra evidencia científica selecta: es folclore y religión, un corpus distinto de conocimiento que los parapsicólogos debemos apartar.

Otros valorarán la aportación de Jonathan como destructiva. Personalmente, yo le estoy muy agradecido. Le debo mi creciente escepticismo y perplejidad, que no son mala cosa; la credulidad lo es. Jonathan no tenía prejuicios, y el conocimiento acabó por encontrarle: nunca persiguió fantasmas, pero hacia el final de su vida vio uno. Me lo contó al día siguiente, y estaba perfectamente en paz con ello. Una semana después murió de un paro cardíaco causado por un cáncer pancreático.

GRABACIÓN DE VÍDEO

BAÑO LUN 20-NOV-1995 15:33:03

[Se enciende la luz, y por un momento tiembla, mengua y crece en la bombilla de la izquierda del lavabo, parpadeando como una luciérnaga desorientada. A. alza la vista, espera a que se estabilice. Un suave zumbido eléctrico se asienta.]

[A. abre el grifo y se enjuaga la cara. Deja que su cara mojada gotee, con los brazos a cada lado del lavabo y el agua corriendo. Mira a su izquierda, hacia la bañera. Deja de respirar.]

[El reloj sigue contando segundos vacíos.]

[Con los ojos fijos en un punto entre él y la cortina de la ducha, palpa el grifo y cierra el agua.]

[Comprueba la cámara. Luego vuelve a la nada ante él.]

A.: Ya pasas hasta de esconderte, ¿no?

DIARIO DE A.

La predicción de Niamh se cumplió: después de que la tormenta se retirase, dejó tras de sí un cielo nuevo y una tierra nueva. El primero es de un gris plateado en su máximo esplendor, y grazna; la segunda es simplemente fría. El bosque está petrificado. Abedules altos y medio calvos se alzan, strücknerescos, imitando el estilo gótico de la casa, igual que la casa imitaba el entorno. El terreno aún está limpio de nieve... y de cualquier otra cosa. Desnudo.

Noviembre se ha asentado.

Es curioso cómo mientras cae la noche y Axton House se ensombrece hasta convertirse en una silueta negra e inerte que invitaría a Shaggy y Scooby-Doo a hacerse caca encima y huir despavoridos, a nosotros, desde dentro, nos recibe con su aroma de hogares encendidos y madera amarilla. Es acogedora, protectora y suave, como una *dacha* rusa o un bungalow en los Alpes. Hay calor en las paredes y en las tupidas alfombras. Hay calor en Niamh sentada frente a la chimenea, con la barbilla apoyada en las rodillas, sus mejillas sonrojándose al fuego, su cuerpo frágil enfundado en una camiseta dentro de una camiseta dentro de una camisa dentro de un jersey fino, quitándose capas poco a poco a medida que el calor penetra, y tú deseas estar siempre allí, entre dos capas, nunca en el núcleo, pero cerca.

GRABACIÓN DE VÍDEO

BIBLIOTECA LUN 20-NOV-1995 17:43:43

[NIAMH y A. en un escritorio asfixiado de papeles. Ella lee por encima una agenda roja. Él examina una larga llave con cuatro caras dentadas.]

A.: Vale, tenemos la llave de los archivos, pero no la cerradura. [*Da vueltas a la llave en su mano.*] El cerrojo tiene que parecer una cruz. No es fácil pasarlo por alto.

[*Se intercambian los objetos.*]

A.: [*Hojeando la agenda.*] Y esto es guay, pero no nos da ninguna información. Tenemos una lista de gente y una lista de nombres en clave, pero no hay manera de relacionarlos. Excepto los tres que ya tenemos. ¿Cuáles eran las iniciales en la carta de Prometeo?

NIAMH: [*Apoltronada con los pies en la mesa, garabatea tres letras en un post-it.*]

A.: [*Lee.*] «S.W.L.» [*Pasa algunas páginas.*] Que es Silas W. Long, de un sitio llamado... [*Frunciendo el ceño.*] «¿Butt, Montana?» [*Perplejo, le enseña la*

página.]

NIAMH: [*Divertida; articula la palabra para él.*]

A.: Ah, Butte. Butte, Montana. Gracias. Ah, y ahora sabemos que Curtis Knox es Sócrates. Ya van cuatro resueltos. Cuatro de veinte. Es algo. Creo.

NIAMH: [*Empieza a escribir en su propia libreta.*]

A.: [*Leyendo la carta en sus manos.*] «Sócrates no viaja mucho.» ¿Qué significa eso?

NIAMH: [*Muestra la libreta.*]

A.: [*Después de leer, se levanta.*] No lo sé. [*Busca por el escritorio.*] ¿Dónde está la hoja del libro de registro con los nombres en clave?

[*Niamh la recupera de entre la maleza de papeles y se la da.*]

Gracias. [*Repasa. Se apoya en la mesa.*] Bueno, no estoy muy versado en los clásicos, pero... Leónidas fue el héroe de la batalla de las Termópilas contra los persas. Y Héctor era el que defendía Troya en *La Ilíada*. Arquímedes, Sófocles, estos son bastante obvios.

NIAMH: [*Se encoge de hombros.*]

A.: [*Mirándola.*] ¿No sabes quién era Arquímedes?

NIAMH: [*Garabatea unos segundos, puntúa, luego lo enseña.*]

A.: [*Leyendo.*] «Tío que corrió desnudo gritando Eureka.» Sí, vendría a ser él. Había descubierto algo importante, de ahí el acceso de *streaking*.

NIAMH: [*Se dobla de risa, muda.*]

A.: [*Distraído.*] Total, que era una especie de físico. Y Sófocles era un dramaturgo. Ahora es un tal Edward Cutler, el del telegrama de Ibiza. Luego, Zósimo... A este lo busqué el otro día en la enciclopedia; debe de ser Zósimo de Panópolis, un alquimista, pero es de mucho después del periodo clásico. Sócrates, también llamado Curtis Knox, es un filósofo, evidentemente... Y ahora entramos en un área oscura, porque no sé lo que son estos. Dioscuros, Anquises, Elpénor... Fénix me suena... Este Alejandro podría ser Alejandro Magno... Los últimos vuelven a tener sentido, pero son de la mitología, no de la historia: Cronos, Prometeo... De hecho, esta parte final parece un ranking: Cronos es... bueno, es el tiempo, una noción, una figura primordial; Prometeo es un titán, Hércules es un semidiós y Zeus es un dios. EL dios. El rey de los dioses.

NIAMH: [*Escribiendo.*]

A.: [*Aún con la hoja.*] Tiene gracia, porque si están puestos en orden ascendente, Ambrose, que era Leónidas, está abajo de todo.

NIAMH: [*Enseña la libreta.*]

A.: [*Después de leer.*] Ya, tengo ese efecto en las mujeres. [*Suspira. Se*

sienta sobre la mesa.] Investigar contigo es cansadísimo, ¿sabes? Yo tengo que decirlo todo y tú eres como el secundario gracioso.

[Devuelve la hoja de registro al caos primigenio.]

Bueno, creo que eso es todo lo que podemos sacar de las cartas, así que... ¿Las mandamos?

NIAMH: *[Niega con la cabeza.]*

A.: Ya. Me lo esperaba. ¿Qué decíamos de cumplir las voluntades de los muertos?

*

Finalmente decidimos no enviar ninguna. El mensaje cifrado es claramente el más importante, pero su destinatario previsto está ausente y no hay manera de contactarle. Así que no hacemos ningún daño si nos lo quedamos un poquito más.

La carta de Knox podríamos mandarla, supongo, pero no nos cae demasiado bien. Y luego está el doctor Belknap.

GRABACIÓN DE AUDIO

HOMBRE: Clínica Belknap.

A.: ¿Hola?

HOMBRE: Buenos días, señor.

A.: Ah, hola. Lo siento, no le oía bien. Me gustaría pedir hora.

HOMBRE: ¿Puede darme su nombre, por favor?

A.: Er... Wells.

HOMBRE: ¿Es su primera visita, señor Wells?

A.: Sí, me han recomendado mucho su consulta.

HOMBRE: Eso es bueno. ¿Puede darme su dirección y número de teléfono?

A.: Axton Road, número uno, Point Bless, Ponopah, dos seis nueve seis nueve. Teléfono siete cinco cinco, nueve seis tres, cuatro cero cero cero.

HOMBRE: *[Teclando de fondo.]* Muy bien, veamos... ¿El miércoles trece le va bien?

A.: Bueno, es un poco una emergencia. Esperaba poder ver al doctor antes.

HOMBRE: Doctora.

A.: ¿Qué?

HOMBRE: Vanessa Belknap es una mujer, señor.

A.: Oh.

HOMBRE: Sabe, si tiene una emergencia, quizá este no sea el primer sitio al que acudir. ¿Quién se lo recomendó? A.: Bueno, Wells. Ambrose Wells.

HOMBRE: ¡Ah, el señor Wells! ¿Cómo está?

A.: Muerto.

[*Un abrupto silencio.*]

Me temo que yo tengo lo mismo. Por eso es una emergencia. HOMBRE: ¿Puede esperar un momento, por favor?

[*Clic de un botón. Música de cámara.*]

A.: ¿Niamh? ¿Niamh, estás al teléfono?

NIAMH: [*Silbido corto en fa.*]

A.: ¿Estás grabando esto?

NIAMH: [*Silbido corto en fa.*]

A.: En nombre de los dieciocho minutos perdidos de las cintas de Watergate, ¿puedes decirme por qué? NIAMH: [*Dos notas, cayendo.*]

A.: No, claro que no puedes.

*

Al final me han hecho un hueco para mañana a las tres.

FRAGMENTO DE *FANTASMAS DE FANTASMAS*, DE JOHN LEEK

Aunque suene irónico, si hemos de renunciar a todas las ideas preconcebidas sobre la naturaleza de los fantasmas, puede que el antropocentrismo no sea completamente descartable. Muchos parapsicólogos críticos (una denominación raramente usada que concede a su portador el desdén tanto de los demás parapsicólogos como del resto del mundo) justifican el carácter humano de los espectros, pero difieren de los espiritualistas en un punto crucial: no tratan a los fantasmas como personas antaño vivas, sino como creaciones humanas. [...]

Se considera a M. Cassel (16) el adalid de esta teoría, la cual parte de que lo que llamamos fenómenos sobrenaturales podría ser enteramente una percepción errónea, un artificio de nuestra mente, lo cual no los convierte en fenómenos menos reales: también la conciencia, los sueños o los *déjà vu* son sucesos auténticos cuya objetividad se basa tan solo en la convención de que todos los experimentamos

subjetivamente. [...] Leon Karnach (17) no descarta las pruebas físicas (tampoco lo hace Cassel), pero favorece el supuesto de los observadores como detonantes. En sus palabras, «asumiendo que los límites de la mente humana están aún por definir, la hipótesis de un hombre que de algún modo provoca que las luces parpadeen, aunque sea inconscientemente, es más plausible que la hipótesis del espíritu de un muerto haciendo lo mismo». Al fin y al cabo, *parapsicología* deriva de *psicología*, que a su vez viene de la palabra griega ψυχή (*psyche*), que significa «alma» o, en los tiempos modernos, «mente». La naturaleza subjetiva de nuestro campo de estudio parece innegable. [...]

Teniendo en cuenta todo lo anterior, los fantasmas como experiencia subjetiva —*esto es, la percepción humana de fenómenos reales sobrenaturales*— pueden resumirse en otro conjunto de unas pocas afirmaciones provisionales. Estas no las numeraré; los números tienden a hacer las afirmaciones falsamente irrevocables.

En primer lugar, las crónicas muestran que los fantasmas han sido percibidos en zonas encantadas por observadores imparciales que eran totalmente ajenos al folclore existente. Su testimonio, como es lógico, se estima más concluyente que el de la gente que conocía la leyenda antes de percibir el fantasma y, por tanto, esperaba percibirlo. La apreciación de los primeros, sin embargo, puede estar desencadenada por la presencia de condicionantes estéticos o *topoi*, de cuya influencia en la práctica nadie escapa. Por ejemplo, un castillo viejo y solitario predispone al visitante a notar sombras que se mueven.

Por otro lado, la leyenda de una aparición siempre es anterior a la propia aparición. El folclore siempre relaciona los fantasmas con gente concreta que en vida era, cuando menos, excepcional. Esto, según Karnach (17), reafirma la teoría subjetiva: *En ausencia de nadie más, somos los vivos quienes juzgamos si alguien fue excepcional o no.*^[5] Notamos a los fantasmas porque en su día notamos a los vivos.

Parejamente, una vez los notas, ellos notan que los notas. (18, 19) [...]

Los efectos sobre la salud no son concluyentes, pero los distintos informes son bastante coherentes entre sí para merecer un párrafo. La exposición a varias zonas encantadas (Heck House, Vine House, Chillingham, Provnorsk) se ha asociado por fuentes independientes con migraña aguda, alucinaciones, epilepsia, hemorragia ocular, nasal o en el conducto auditivo, y al menos dos casos de hemorragia intracraneal. (20, 21)

La gente que está cerca de morir parece más propensa a notarlos. (22, 23)



21 DE NOVIEMBRE

BITÁCORA DE SUEÑOS

En la arboleda de piedra, la niña con los ojos vendados y el vestido turquesa escucha, de pie. Su gemela de ojos desvendados vigila desde una distancia corta. Estaban jugando al escondite cuando el hombre repulsivo atrapó a la hermana que se escondía y una mano ruda le cazó al vuelo un grito de su boca. Ninguno de los tres osa emitir otro sonido. El bosque entero está en silencio.

La buscadora ojivendada se ha dado cuenta. Ya está alerta. Torpemente merodea hacia ellos, o en la dirección general en que se encuentran, no en línea recta, sino dibujando un amplio arco, lejos de su hermana al principio, virando, rotando, brazos radareando el entorno, vestido turquesa danzando a su alrededor. Sus pisadas son el único sonido del mundo. Y ahora se acerca.

Orbita alrededor de ellos como un planeta silencioso.

El hombre repulsivo está paralizado. La hermana que se esconde no atenta un solo ruido.

Ni la que busca.

Sus dedos extendidos pasan a apenas cinco centímetros de ellos.

El hombre repulsivo desearía dejar de emitir olor, o calor, o lo que sea.

De pronto la buscadora se detiene. No encarada a ellos, sino en un ángulo ligeramente desviado.

Se arrodilla. Coge una piedra. Tan grande como su puño. La tira y le rompe la nariz al hombre repulsivo.

El vagabundo del parque noquea a los policías.

Un hotel explota entre las azoteas desvencijadas más allá de la mano blanca estrechando la negra.

El tanque de gasolina en el desierto estalla.

Zapatillas Puma golpean la isla, quebrando el cemento.

La granada palpita en mi mano. La gente huye. La lanzo por encima de los coches, fuera del puente. Al río. Y todo acaba en un pluf.

Coloco una palabra larga en el tablero de Scrabble. Letras griegas en las fichas.

Me arranco los tubos del brazo.

Beso a la pelirroja bajo la manta.

Sus labios acarician la amapola.

Y veo cómo terminar el cubo de Rubik en cinco movimientos. Ejecuto esa visión. La cara blanca está resuelta. Todo está resuelto. Miro a la chica en lencería y colorete

magenta, y me sonrío.

EXTRACTO DE «DE LO QUE ESTÁN HECHOS LOS SUEÑOS», DE UMBERTO BIANCHI. *MIND & BEYOND*, JUNIO DE 1968

[...] Fue Camillo Golgi, premio Nobel en 1906, quien sin proponérselo dirigió el interés científico hacia un campo anteriormente labrado solo por ocultistas (Jacques Sandoz, *Conversation des âmes*, 1728) o médiums (Salomon Percevaux, supuestamente fallecido por un derrame cerebral durante una exhibición pública de telequinesis en 1846). La teoría reticular de Golgi, que contempla el cerebro como una red continua de células que se comunican mediante impulsos eléctricos, reavivó la curiosidad por la noción de la transmisión del pensamiento, no entre médicos, sino entre ingenieros y físicos: el experimento de 1922 de Tesla con focas es un buen ejemplo. Incluso después de que la teoría de Golgi perdiera favor ante la doctrina neuronal de Ramón y Cajal, aún inspiró algunos logros en el estudio de las conexiones cerebro-cuerpo (Furshban y Potter, 1957). Sin embargo, esos estudios no tienen ningún interés para una nueva escuela de científicos alemanes que busca algo aún más ambicioso: la conexión cerebro-mente; o, como decía Humphrey Bogart, «el material del que están hechos los sueños».

A pesar de sus connotaciones místicas, el problema que intentan resolver estos investigadores es puramente fisiológico. Bergemaier, Kuttner, Dänemarr son todos neurólogos, no psicólogos. Los contenidos de la mente los dejan para los sucesores de Jung; lo que estos hombres y mujeres buscan es el soporte físico de esos contenidos.

La electricidad parecía una solución elegante: una forma de energía impalpable y efímera, como los pensamientos. Konrad Bergemaier (n. Maguncia, 1899), uno de los primeros defensores de esta escuela, estaba aparentemente en el buen camino cuando, en 1927, consiguió transmitir las sensaciones de calor y frío entre dos individuos. Desgraciadamente, la simplificación de este principio en manos de los científicos nazis condujo al callejón sin salida de la telepatía por cable, que culminó con experimentos humanos en los cuarenta que trajeron la ignominia a la disciplina. Y aun así, el trabajo de la doctora Eva Ruff con prisioneros de Dachau muestra cómo una teoría equivocada puede desembocar en logros atroces.

No obstante, los verdaderos discípulos de Bergemaier están lejos del desánimo, y todavía hoy aplican nuevos métodos a viejas ideas con resultados notables. El trabajo de Jan Kuttner con animales está asimilando rápidamente las técnicas de la neurología establecida. En sus palabras, «la naturaleza eléctrica del pensamiento parece ser el principio correcto, pero nuestros predecesores omitieron el soporte bioquímico». Esta omisión se está enmendando ahora mismo. En la Alemania Oriental, Karl Hannemann empezó a reemplazar el arcaico alambre de cobre, primero con colágeno animal, y más tarde con el sofisticado gel desarrollado por W. Opfstau que generó el gran avance de 1967, en el que dos individuos compartieron una

imagen mental (un caballo rampante). Isaak Dänemarr (irónicamente, uno de los sometidos a los experimentos de Ruff) espera poder «proyectar» pensamientos en papel fotográfico. Si estos investigadores triunfan, no solo limpiarán el nombre de una ciencia desacreditada. Serán capaces de «transmitir ideas, fantasías o sueños, no por mediación de la palabra o el dibujo, lo cual es una mera sugestión, sino manteniendo la sustancia de la que están hechas las ideas» (Bergemaier, *Nachwirkungen*, 1955). Podrán implantar o eliminar ideas. Podrán grabar sueños. Será el amanecer de las memorias electrónicas.

DIARIO DE A.

Creo que hemos descubierto el lugar que inspiró a Wells y su Sociedad su peculiar manifiesto estético. Tiene que ser Midburg, Virginia.

La ciudad queda a dos horas en coche de Point Bless, pero el paisaje es tan diferente como una costa lo es de la otra. Point Bless tiene un aire sureño; Midburg es norte puro, antiguo, al estilo de Nueva Inglaterra. Las calles estrechas parecen aún más estrechas gracias a los árboles cuyas copas se reconcilian sobre nuestras cabezas y extienden una elegante alfombra de hojas de otoño sobre los adoquines. Edificios de ladrillo rojo nos ven pasar, desinteresados, tras las barandillas de hierro forjado. Los motores no eclipsan a los pájaros. Todo el mundo parece un bibliotecario y nadie presta atención a nuestro conspicuo coche.

Está claro por qué Ambrose eligió a una psicoterapeuta tan lejos de Axton House: aquí se sentía como en casa, entre otros hombres con sombreros y palomas civilizadas. Apenas hemos conducido un centenar de kilómetros, pero a juzgar por el paisaje urbano podríamos haber cruzado varios estados.

Quizá haya pasado, de hecho. Según Niamh, dormí casi todo el camino.

Localizamos la consulta de la doctora Belknap por el café de abajo referido en la carta de Ambrose: toldos verde oscuro y una manada de mesitas redondas tras las ventanas salpicadas de lluvia. Tenía que ser aquí.

Eran las dos y cuarenta y cinco de la tarde; puntual para mi primera sesión de psicoterapia.

GRABACIÓN DE SONIDO

A.: Bueno, no lo sé.

[*Sonido continuado de apuntes de fondo.*]

Supongo que todo empezó cuando jugaba a fútbol. Fútbol normal, no americano, quiero decir. Había un niño. Tampoco era demasiado bueno, pero le ponía ganas; no se sentía patoso como yo. Supongo que quería ser como

él. Una tarde, el entrenador se enfadó con nosotros por no sé qué, tal vez porque él me saludó con la mano desde el lateral y yo le devolví el saludo mientras se suponía que teníamos que estar defendiendo. Nos tuvieron dando vueltas al campo durante horas. Y estoy casi seguro de que él bajó el ritmo por mí. Total, que cuando llegamos al vestuario todo el mundo se había ido. Y... había estado lloviendo, así que estábamos mojados. Así que nos quitamos la ropa. Y... nos miramos el uno al otro. Y recuerdo el sonido de la lluvia. Y el silencio de los corderos. Recuerdo esos corderos.

[*El lápiz araña el papel como un gato estresado.*]

¿Estás escribiendo todo esto?

[*Se detiene el lápiz.*]

Qué... qué cojones; ¿se supone que ese soy yo? [*Alguien se palmea la rodilla.*] Estoy vaciando mi alma ante ti, y tú estás aquí dibujando un... ¿Por qué tengo alas? Espera, ¿eso son mis orejas?

[*La puerta se abre.*]

DRA. BELKNAP: ¿Señor Wells?

A.: ¡Ah! Hola.

DRA. BELKNAP: [*Unos tacones altos se aproximan.*] Soy la doctora Vanessa Belknap. Lamento mucho su pérdida.

A.: Gracias. Ehm, esta es mi amiga, Niamh Connell. Estábamos...

DRA. BELKNAP: ¿Haciendo el payaso en mi diván?

A.: Er... sí. Guao, es usted buena. Ya me siento como si me estuviera radiografiando.

DRA. BELKNAP: [*Los tacones se acercan más.*] Me lo tomaré como un cumplido. ¿Esto es suyo?

A.: Niamh, tu walkman está en la mesa de la doctora.

[*Una mano toquetea el micrófono. STOP.*]

*

[*REC. El siguiente fragmento suena amortiguado.*]

DRA. BELKNAP: —versión, que por supuesto no estoy autorizada a discutir.

A.: ¿Por qué no?

DRA. BELKNAP: Ética profesional. Me debo a la confidencialidad médica.

A.: Ya, pero Ambrose Wells está muerto. ¿Esto no es como en la ley masónica?

DRA. BELKNAP: ¿Perdón?

A.: Ya sabe, uno no está autorizado a decir que otro es un masón hasta que el otro ha muerto.

[*Un blanco incómodo.*]

DRA. BELKNAP: Sabe, da la casualidad de que soy francmasona y es la primera vez que oigo esa norma.

A.: [*A su debido tiempo.*] Oh. Bueno, pues... ¿no puede usted contarme de qué hablaban, en general?

DRA. BELKNAP: De lo que se habla con un psicoterapeuta.

A.: Ni siquiera estoy seguro de qué hace un psicoterapeuta, a decir verdad.

DRA. BELKNAP: Lo puede. [*Recostándose en una silla de cuero.*] No estoy segura de que Ambrose necesitara uno, de hecho. Supongo que agradecía que alguien le escuchara.

A.: La apreciaba a usted mucho. Esto lo sé.

DRA. BELKNAP: Me alegro. El sentimiento era mutuo.

A.: ¿Había algo entre ustedes?

DR. BELKNAP: [*Inclinándose hacia adelante.*] Señor Wells, no parece usted confiar en mi profesionalidad.

A.: Con todos los respetos, he venido a visitarla cuando el único paciente suyo que conozco se tiró por una ventana. Eso es un gran voto de confianza.

[*Silencio.*]

Vale, ya que no puedo arrancarle nada, presionaré: ¿le habló sobre su investigación? ¿Sobre quién era Leónidas? ¿Sobre sus sueños?

[*Lapso más largo.*]

¿Le contó cómo le arrancaban un ojo cada noche?

DRA. BELKNAP: ¿Cómo sabe eso?

A.: No lo sé; ¿cómo podría saberlo?

DRA. BELKNAP: ¿Llevaba un diario?

A.: No sé; ¿lo llevaba?

DRA. BELKNAP: ¿De qué otra manera iba usted a saber lo que él soñaba?

A.: Quizá lo soñé yo mismo.

DRA. BELKNAP: ¿Insinúa que usted y un hombre al que nunca conoció

comparten sueños?

A.: ¿Es lo más loco que se ha dicho en esta habitación?

[*Más despacio.*]

DRA. BELKNAP: Es curioso que lo sugiera. Su tío solía hablar de ello.

A.: ¿De qué? ¿De compartir sueños?

DRA. BELKNAP: Algo así.

A.: ¿Esto también está sujeto a la confidencialidad médica?

[*Un suspiro de resignación.*]

DRA. BELKNAP: El señor Wells a veces mostraba interés en la telepatía conducida. Oh, es... ¿Cómo decirlo con suavidad? Es una ciencia obsoleta, como la frenología; una aproximación supuestamente científica a la telepatía. Fue ampliamente desprestigiada en el siglo diecinueve, hasta que algunos doctores cuestionables en Alemania, interpretando muy libremente a Golgi, entendieron que ya que los pensamientos no son sino impulsos eléctricos, y la electricidad se puede conducir por cables, los pensamientos pueden conducirse por cables.

A.: Sí, he leído algo del tema. Experimentos nazis y eso.

DRA. BELKNAP: Sí, bueno, algunos de ellos retomaron el trabajo después de los nazis, espero que usando métodos más éticos. Hay gente que asegura haber obtenido resultados en Alemania Oriental.

A.: ¿Un tipo llamado Dänemarr? ¿Con doble erre?

DRA. BELKNAP: [*Admirada.*] Muy bien. Dänemarr trataba de grabar sueños. Ya, suena bien, ¿verdad? Por lo que sé, aún lo intenta.

A.: Hábleme de los sueños de Ambrose.

DRA. BELKNAP: No puedo. Confidencialidad médica.

A.: Vale, entonces hábleme de los míos; parece que son los mismos.

DRA. BELKNAP: ¿Está usted solicitando una sesión de terapia, señor Wells? Porque en ese caso, podría usted empezar por compartir su nombre real.

[*Nada.*]

A.: Niamh, ¿por qué no vas a la cafetería de abajo a por un trozo de tarta?

[...]

Por favor, ve. Yo vengo en un rato. Ey. No olvides tu walkman.

APUNTES DE LA DRA. VANESSA BELKNAP^[6]

Paciente n.º 0262

Nombre: #####

Sexo: Varón

FdN: 25/6/1972

FdL: 21/11/1995 (23 años)

Dirección: Axton House, Axton Rd., Point Bless, VA 26969

Teléfono: (755) 963-4000

PRIMERA IMPRESIÓN: El paciente es un recién llegado a Estados Unidos después de heredar una enorme finca de su tío abuelo tercero Ambrose G. Wells de Point Bless (no hay luto). Evita hablar de su pasado. No menciona a su familia, excepto a una tal tía Liza. Probable hijo único, o el menor por mucho. Ahora vive con una «amiga íntima» o «socia» (mujer, unos 17, irlandesa, muda, no de nacimiento) con la que comparte una casa donde cabrían seis familias. Su relación es complicada: el lenguaje corporal revela interés mutuo, sin sexo. Probablemente él se siente culpable o indigno, lo compensa con paternalismo. Ella se siente rechazada y no puede expresar sus sentimientos (por su discapacidad); él se aprovecha de ello. (*Nota: No he entendido si Liza es la tía de él o de ella.*)

Su primer contacto fue para informarme de que Ambrose G. Wells de Point Bless (paciente n.º 0178) se «defenestró» en septiembre de este año. Pese a la ausencia de luto, manifestó profundo interés por el perfil de su antecesor. En el curso de la conversación mencionó un sueño recurrente de Ambrose W., al que afirma no haber conocido. (Después, en la sesión, dijo que era su propio sueño.)

SESIÓN 1

21 DE NOVIEMBRE DE 1995, 15:30 A 16

Preguntas para romper hielo sobre antecedentes y relación con amiga Niamh. Admite dependencia. Ella conduce y cuida del perro. Evita hablar de su país. Visión idealizada de EE. UU. por películas y TV. Fan de *Expediente X*.

En su segunda noche en Axton H. se levanta, va al baño, ve «una sombra tras la cortina de la ducha». Las bombillas brillan cada vez más fuerte, hasta que explotan. No recuerda cómo volvió a la cama. Por la mañana tenía hemorragia subconjuntival grave. (*Nota: El ojo derecho no está curado*). Se rumorea que la casa es el hogar del fantasma de una esclava muerta en la Guerra Civil. (*Nota: Ambrose G. Wells vivía en la misma casa y confirmó la historia del fantasma. Dijo haber visto una sombra en el baño en su última sesión, abril del 95.*)

Preguntado por su creencia en fantasmas, declara que «quiere creer». Ha sentido la «presencia» en el baño varias veces. Ayer «la» vio otra vez con «más intensidad». Se encoge de hombros ante mi observación de que solo empezó a distinguir la forma

del fantasma después de saber qué aspecto tendría.

Sufre sueños muy vívidos. (*Nota: Jamás dice pesadillas.*) Relata el del ojo como sigue: él está atado a una mesa de operaciones en un sótano en África con un cirujano en una bata ensangrentada y un militar negro. Le sacan el ojo. Dolor extremo. Luego se libera y mata a ambos. (*Nota: ha narrado el sueño combinando primera y tercera persona.*) Preguntado, «simplemente sabe» que es África. Interrogado, conoce a alguien que está en África ahora.

Preguntado, no todos los sueños son tan malos; «esos son los menos agradables». Le pido uno agradable: está sentado en un coche en un atasco y está resolviendo un cubo de Rubik. (*Nota: primera persona todo el rato.*) La conductora es una chica en ropa interior, «guapa nivel escupirte en la cara». Interrogado, «no la toco». Interrogado, tiene otros sueños como ese: está andando por un tejado nevado y se cuelga en una habitación, dentro de la cama de una pelirroja, y siente «su aliento en mi cara». Comenta que, en ese sueño, él es una chica también. (*Nota: Explorar posible sexualidad reprimida.*) Pregunta: «¿No se supone que debo soñar lo que vivo?» Hablamos de los sueños. Le desmitifico a Freud. Buscamos las fuentes de los sueños. Revelación: duerme con Niamh. Nunca se tocan. «Nos hacemos compañía.»

Cambia el tema a Ambrose Wells. Preguntado, niega que Ambrose se suicidara. «Algo le pasó», y teme que lo mismo «pueda pasarle» a él. Niega tener pensamientos oscuros o ser sonámbulo (*Nota: Niamh lo sabría.*)

Le pregunto por qué adivinó que su tío tenía los mismos sueños: «Parece el tipo de cosa que haría que saltaras por una ventana.»

(*Nota: Ambrose G. Wells (n.º 0178) explicó una horripilante pesadilla extremadamente parecida sobre un cirujano que le arrancaba un ojo en su última visita, abril del 95. También mencionaba al militar negro y apuntaba al desenlace violento. Probable caso extraordinario de sugestión subconsciente provocado por algo en la casa. Ambrose mencionó otros sueños en la misma línea: noquear a dos policías y tropezar en una casa oscura escapando de un hombre con una horca. Las notas de esa misma sesión contienen una cita de Ambrose, hablando del suicidio de su padre: «Todo parece estar dispuesto ante ti como un camino a seguir, como cuando ves la solución de un cubo de Rubik.»*)

DIAGNÓSTICO PRELIMINAR: Trauma por pérdida inhibido, paranoia, delirios, fantasía patológica. MÁS DE LA MITAD DE SU HISTORIA NO ES CIERTA.

GRABACIÓN DE VÍDEO

BAÑO Mle 22-NOV-1995 01:33:03

Las luces parpadean y SE ENCIENDEN.

[A. se inclina sobre el lavabo, respirando fuerte. No toca el grifo.]

[Entra en plano el hemisferio superior del cráneo semiafeitado de Niamh. Está de pie junto a la puerta.]

A.: No pasa nada, Niamh; siento haberte despertado. Vete a la cama.

[Sus ojos vuelven al agujero del desagüe. Nada se mueve.]

[Sin mirar.] Vete a la cama, Niamh.

[Niamh se retira. La puerta se cierra.]

[A. se quita la camiseta y se gira, tratando de examinarse la espalda. Se vuelve a girar. Presiona tres dedos contra su esternón.]

[La luz de la bombilla zumba y aumenta la intensidad un par de segundos. A. mira hacia la bañera.]

Cállate.



22 DE NOVIEMBRE

BITÁCORA DE SUEÑOS

El bebé se agita, con la cabeza hundida en el pecho de la mujer latina, y espero que mis latidos no perturben su sueño mientras mi otra mano apunta con la recortada a los cajeros que siguen manos arriba tras las ventanillas. Moscas estúpidas revolotean cruzándose en la trayectoria prevista de la bala.

Me arranco los tubos del brazo. Un pequeño Estigia de sangre resbala por mi muñeca. Azulejo industrial verde.

La estudiante china se sienta al piano, tocando las teclas de una en una y escribiendo ideogramas en una libreta.

Y las cuatro notas fluyen por una riada ultravioleta de bailarines, moteada de sonrisas blancas y tiras blancas de sujetador. Y soy disparado como un torpedo hacia la superficie a lo largo de un rayo de sol y escupido fuera del mar encrespado a una tormenta de nubes cromadas, y la tabla de surf bajo mis pies corta como un escalpelo una ola abovedada como un anfiteatro de mil millones de toneladas de agua salada enroscándose sobre mi cabeza y siento que soy *Dios*.

(Luego viene lo del ojo, y luego la horca otra vez.)

GRABACIÓN DE VÍDEO

SALA DE MÚSICA Mle 22-NOV-1995 10:57:38

A. duerme hecho un ovillo en el sofá.

[Entra HELP al trote, directo al bulto que respira. Trepa por el sofá y olfatea el cuerpo. Con la cabeza ladeada, contempla a A. y le da un suave toque con la pata. A. no se mueve.]

[Help se va por la puerta del salón de baile.]

*

BIBLIOTECA Mle 22-NOV-1995 10:59:01

NIAMH está sentada en el despacho, con la carta cifrada ante ella. Con un

lápiz, rodea grupos de caracteres, como en una sopa de letras.

[HELP llega deambulando desde la galería y se sienta junto al escritorio, expectante.]

12:51:13

[Niamh, en un ataque de frustración, arroja el lápiz contra la librería de enfrente.]

[Help recoge raudo el lápiz y se lo ofrece a su ama.]

LIBRETA DE NIAMH

(Gordon's, almorzando, con la carta cifrada.)

—Creo que es una rejilla.

—¿Qué es una rejilla?

—Como en Misterios de Pekín?

(Hago agujeros en una servilleta y la pongo sobre la carta.)

—Ya veo: las letras que se ven por los agujeros son el mensaje. Así que Caleb ha de tener una tarjeta perforada para leerlo.

—Y Ambrose también.

—¿No es muy obvio, tener una tarjeta perforada por ahí?

(Me encojo de hombros.)

—Y además, la carta ya es bastante corta. Si solo cuentan unas pocas letras, ¿cómo de largo es el mensaje real? ¿Tres palabras?

—Strückner no necesitó más.

—Ya, supongo.

—Crees que me equivoco.

—No, no creo que te equivoques. Quizá sea una rejilla. Solo digo que Ambrose no tendría una tarjeta perforada en su escritorio. En ninguno de ellos. Para empezar, la

habríamos encontrado.

—La destruyó?

—No, porque tampoco es un objeto de un solo uso. Caleb necesita la misma rejilla para leerlo, así que es algo que ambos tienen, o saben. Quizá no sea un objeto físico, sino una regla. Tipo: lee cada cinco letras, o tres adelante y dos abajo, o como el caballo en el ajedrez. Mira los pasatiempos del periódico; igual hay más ideas.

(Encuentro un artículo en periódico. Se lo enseño.)

—Sabíamos ESTO?

UN ARTÍCULO EN EL *SOUTH VIRGINIA COURANT*, 22 DE NOVIEMBRE DE 1995

100 muertos al mes en secuelas del genocidio en Ruanda

Meredith Cohen, Associated Press

KIGALI— Alrededor de cien tutsis ruandeses son asesinados cada mes por refugiados hutus asentados en el este del país vecino, Zaire, desde donde hacen incursiones a Ruanda y amenazan con socavar el joven gobierno.

Pese a que la llegada al poder del izquierdista Frente Patriótico de Ruanda (FPR) en julio de 1994 puso fin, teóricamente, a cien días de genocidio, las tensiones étnicas no han disminuido entre la mayoría hutu y los diezmados tutsis bajo el gobierno conciliador del nuevo presidente ruandés, Pasteur Bizimungu.

Los *génocidaires* que huyeron del país, supuestamente por temor a represalias, se han asentado en masivos campos de refugiados al este de Zaire, desde donde continúan lanzando ataques contra los tutsis en la provincia de Kivu del Sur y realizando violentas incursiones en territorio ruandés.

«[El dictador zaireño] Mobutu no solo permite y apoya esos ataques, sino que planea debilitar nuestro nuevo estado para conquistarlo», denunció Henri Umutoni, portavoz del gobierno de Kigali.

El genocidio ruandés de 1994, perpetrado por miembros de las FAR (Forces Armées Rwandaises) y milicias de hutus extremistas (Interahamwe), acabó con la vida de entre medio millón y un millón de tutsis y hutus moderados en todo el país.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1

Querida tía Liza,

Perdona el silencio. Me acabo de dar cuenta de que A. no ha escrito en los últimos 2 días. Apenas le veo escribir. Lee y duerme casi todo el día. Las noches se están haciendo difíciles. Ayer fuimos a Midburg para visitar a la psicoterapeuta de Ambrose. No me cayó bien. A él sí. Pagó por una sesión y todo. No ha mejorado de momento. Dijo que era masona. Hay mujeres masonas?

Me ha dejado a mí a cargo de descifrar el mensaje en clave a Caleb (te contó lo del mensaje, verdad?) y él se dedica a leer sobre lo que hablaban las cartas de Ambrose y la Dra. Belknap (ese es su nombre): alemanes chalados intentando transmitir pensamientos con cables y tal; telepatía conductiva, dijo la Dra. B. Encontró la bibliografía en la biblioteca, pero casi todo está en alemán. Ojalá Strückner estuviera aquí. Me cayó muy bien. Podría ayudarme a cuidarle. Él no me deja ayudarle. Me despierta por la noche hablando en sueños y no me atrevo a despertarle porque se cabrea conmigo, como si interrumpiera. No descansa nada y luego se va durmiendo por la casa y su ojo aún está todo rojo y no quiere que le haga fotos. Le propuse cambiar camas y me dijo que me fuera yo al 2º piso! Deberías decirle algo. A ti te escuchará.

Te echo mucho de menos. Ojalá estuvieras aquí.

Besos,
Niamh

DIARIO DE A.

Pues claro que es insoportable que te arranquen un ojo y te empalen contra el suelo cada noche. Joder, es una agonía.

Pero anhelo el resto. Deseo la mirada de orgullo de la chica en lencería al volante. Deseo la paz del lector árabe que muere. Deseo el calor de piel de albaricque de la pelirroja bajo las mantas, y oír su amor a oscuras.



23 DE NOVIEMBRE

BITÁCORA DE SUEÑOS

Suaves olas recorren el campo de hierba alta, meciendo las flores de papel rojo a la deriva, rompiendo tiernamente en mi cintura y la de ella, vestida con una camiseta incolora anudada sobre el ombligo.

Elijo una amapola grande y fofa y se la doy, y ella la lleva entre dos dedos hasta su cara, pero la brisa desensambla los pétalos tan pronto como sus labios de terciopelo la tocan. Hay algo raro en ella. En la manera en que su piel de chica normal brilla bajo el sol como una polaroid quemada.

Estoy sentado leyendo una revista bajo el repicar de cacharros de cocina meciéndose al viento. Mi parada es un insecto entre mastodontes de vidrio y acero. En el mostrador, ante un bol de fideos, al yupi se le acaban de caer los palillos.

El libro se me cae de la mano.

Caigo. Y el monstruo viene tras de mí blandiendo su horca, y me encojo, esperando que esta vez no duela mucho, pero siempre duele muchísimo.

CÁMARA DE SEGURIDAD: INFORMÁTICA Y ELECTRÓNICA RAY'S

23-11-1995 JUE 10:01

Una chica con una sien rapada y un montón de metal colgando de la oreja explora las estanterías de atrás. La MUJER con el chaleco de plumas y el gorro de lana se pone detrás del mostrador.

MUJER: Oh, mira quién hay aquí.

NIAMH: [*La saluda con la mano, continúa mirando cajas.*]

MUJER: [*Llamando dentro.*] ¡Sam, es la chica de Axton House otra vez! [*A NIAMH.*] Hace días que no veo a tu hermano; ¿cómo le va?

NIAMH: [*Se limita a asentir con la cabeza.*]

[*SAM, bajo una gorra y taza de café en mano, se une a la mujer.*]

SAM: ¡Ey, qué tal! Comprámonos un nuevo juguetito, ¿eh? NIAMH: [*Flashea una rápida sonrisa en su dirección.*]

[Finalmente elige una caja, se aproxima al mostrador, empieza a rebuscar en su cartera. Sam le pasa la caja a la mujer.]

SAM: ¿Y qué tal ese kit de seguridad que te conseguimos?

NIAMH: *[Una mano eleva un pulgar mientras la otra saca unos cuantos billetes.]*

SAM: Sí, yo tengo el mismo desde hace seis meses. A todo color, sonido, una cinta al día...

MUJER: *[En la caja registradora.]* Doscientos noventa y cinco, cielo.

NIAMH: *[Empieza a contar dinero sobre el mostrador.]*

SAM: *[Inspeccionando el producto.]* ¿Otra cámara? Tengo ganas de ver esa peli que estás haciendo. Va a ser un taquillazo.

MUJER: *[Cogiendo el dinero.]* Muchas gracias.

SAM: ¿Habrá fantasmas?

[Niamh se detiene; mira al hombre.]

[Un segundo indeciso se queda ahí, rezagado, ponderando si transcurrir o no, y finalmente lo hace.]

SAM: *[Entregándole el producto.]* Era broma.

NIAMH: *[Coge la bolsa, sonriente, les dice adiós con la mano y emprende el mutis.]*

MUJER: Hasta otra. ¡Saluda a tu hermano!

SAM: *[Juntos.]* ¡Disfrútala!

[Esperan, siguiéndola fuera de plano hasta que la campanilla de la entrada se oye dos veces.]

MUJER: *[Ahora fría.]* Eres imbécil. SAM: ¡Estaba siendo amable!

CÁMARA DOMÉSTICA

Una acuarela borrosa de objetos indecisos se transmuta laboriosamente en Virginia, con una gran casa en primer plano y un invernadero y la brisa soplando sobre el micrófono. Entonces el paisaje oscila livianamente y la cámara se mueve hacia adelante con el sonido quejumbroso de tierra hollada por unas Converse, y así como de paso hace zoom sobre la enredadera artrópoda que se desliza por las ventanas, y sobre las muchas lamas rotas en las persianas de madera podrida, pero la calidad de la imagen no llega a capturar la belleza de su fealdad. Así que la cámara sigue

planeando por la explanada de charcos de lluvia resacosa rumbo al muro verde que hay al fondo del jardín, luego vira a la derecha hacia el patio desierto de la casa antaño alegre que mira cansada a la cámara como una abuela cascarrabias sonriendo fugazmente solo para el álbum, hasta que la cámara se vuelve de nuevo, hechizada, hacia la verde mancha magnética del seto que traza el perímetro del laberinto, y es atraída hacia la entrada en el centro, más y más cerca, hasta distinguir cada pedacito de pintura blanca descascarillándose del arco de hierro que sostiene el dintel de seto sobre ella.

Y al otro lado, la cámara comprueba los dos pasajes a la izquierda y los dos a la derecha y, abajo, la miriada de hojas muertas y carcasas de insectos allí donde las zapatillas Chuck Taylor de Niamh se encuentran con el suelo al entrar en plano por primera vez y empiezan a andar, tomando el primer pasaje a la derecha.

Allí un túnel de paredes verdes se extiende como un largo callejón sin salida, pero la cámara se adentra en él de todos modos, con la esperanza de descubrir una rendija en uno de los muros, cosa que ocurre, y entonces rodea el muro por la izquierda, descubriendo otro pasillo verde, y la cámara pana a lo largo de este, hojas discurrendo en un batiburrillo, como un enjambre de abejas verdes, pasos de goma cogiendo ritmo; luego dobla a la derecha antes del final, mira a la derecha, elige la izquierda, dobla a la derecha otra vez y aminora mientras avanza balanceándose al vaivén. Luego una media vuelta a la izquierda. Luego la cámara, cabizbaja, mira al suelo, micro acercándose al sonido apetitoso de hojas crujientes, suelo discurrendo en un zigzag demasiado rápido para el enfoque automático, hasta llegar a una plaza donde la cámara se postra ante escultura helada que hay en medio.

Es Ariadna, sentada contra la pantalla del cielo desintonizado, su piel de mármol ennegrecida entre los labios por el moho, y sus dedos deshaciendo un ovillo de lana petrificada. [Stop.]

Mira arriba al arco de hierro de la entrada. La cámara se agacha. Una mano de venas suaves entra en el encuadre, con pulseras de macramé colgando de la delicada muñeca, y esa mano coge una ramita y dibuja una flecha en la tierra, señalando a la izquierda. Entonces las Chucks siguen la flecha, recorren la longitud de un largo pasillo. Doblan a la derecha al final, y la cámara vacila ante la opción múltiple que se le ofrece a cada lado. Y mira abajo otra vez, y la ramita dibuja una flecha a la izquierda. Las Chucks siguen la flecha. [Stop.]

Una Chuck borra la flecha. La rama, como el índice de una Baba Yaga, traza otra flecha en el dulce y pútrido suelo, apuntando en dirección contraria. Las Chucks la siguen, corren a lo largo de otro túnel verde y se detienen ante una nueva bocacalle a la izquierda. La ramita dibuja una flecha apuntando a esta. [Stop.]

La Chuck borra la flecha, luego pivota ciento ochenta grados y corre hasta el fondo

del siguiente callejón sin salida. [Stop.]

La ramita dibuja una flecha en alguna parte. [Stop.]

La Chuck borra una flecha distinta, da media vuelta. [Stop.]

La cámara mira al cielo, anhelando otro color. [Stop.]

Respiración agitada satura el micro. [Stop.]

Una libreta yace en el suelo, mostrando un fragmento del laberinto inacabado a lápiz en la página de arriba, tras la pared en miniatura de hojas ocres en alta definición, sus bordes nítidos mordisqueados por insectos del tamaño de granos de azúcar. Los muros paralelos de un pasillo verde desenfocado se pierden en la distancia. Entonces Niamh silba, rozando el rojo del audio, y cuando las ondas de sonido se asientan, puede oírse una urraca echando el vuelo, temiendo que la arrolle la locomotora.

Lentamente el silencio cubre la escena, como la sombra de una nube de lluvia madura entrando por el norte. Niamh silba de nuevo. Esta vez no intimida al silencio por mucho tiempo.

Niamh salta dentro del plano, corriendo, y alcanza el punto en el pasaje por donde Help llega atravesando el muro verde de la izquierda, y abraza al perro, le besa la cabeza, y Help le corresponde lamiéndole la cara, y sigue a Niamh felizmente cuando ella corre de nuevo hacia la cámara, que tiene tiempo de enfocar el barro en la punta de las Chucks como el moho en los labios de Ariadna antes de que Niamh la agarre, y confusamente registre los últimos momentos en el laberinto mientras Help y Niamh reptan por el boquete en el seto donde— [Stop.]

GRABACIÓN DE VÍDEO

BIBLIOTECA JUE 23-NOV-1995 13:02:26

NIAMH sentada en el suelo, acariciando a HELP, mientras A. refunfuña.

A.: ¡Pero te lo he dicho, y te lo sabes de memoria! ¡Es derecha, derecha, izquierda, derecha, recto, derecha, y llegas al centro!

NIAMH: *[Estampa la libreta en el suelo, escribe con ira. Muestra la página.]*

A.: *[Después de leer.]* Quieres hacer un mapa del laberinto entero. ¿Por qué?

[Niamh se levanta, va hasta el escritorio, coge el mensaje cifrado dirigido a Caleb, y con el dedo traza un camino imaginario por las letras.]

A.: *[Dándose cuenta.]* ¡Oh! *[Luego, más suave.]* Oh. *[Más perplejo que*

interesado.] Vale. Buena idea.

NIAMH: *[Escribe.]*

[Un buen rato.]

[Luego lo muestra.]

A.: Sí, ya veo lo que dices. Y tener un mapa de tu propio laberinto en casa no es sospechoso.

[Ella se relaja. Le mira como esperando instrucciones.]

Vale, así que deberías... hacer una foto aérea. ¿Se ve el laberinto desde la torre?

NIAMH: *[Niega.]*

A.: No. Podríamos atar una cámara a una paloma; lo hacían en la Primera Guerra Mundial.

NIAMH: *[Escribe. Luego lo muestra.]*

A.: Niamh, te he dicho que era una buena idea; ¿qué más quieres? ¿Que me haga una paja con ella?

[Tras una elipsis, Niamh se gira irritada y se va por el oeste, dando un portazo.]

[Help la sigue poco después.]

[Ante la marcha del perro.] Sí, claro, ponte de parte de tu madre.

CÁMARA DOMÉSTICA

Un amplio cielo novembral llena la pantalla, su margen inferior agrietado por las falanges de árboles distantes como los bordes de un espejo muy antiguo. El aire impertinente sopla sobre el micro. De vez en cuando se oye el aleteo de una bufanda ondeando al viento.

La cámara alza la vista al ser levantada y ve una columna de ladrillo, con una cuerda atada alrededor, y después retrocede para mostrar que la columna de ladrillo es en realidad una chimenea, tan alta como el cámara, brotando del tejado en el punto mismo en que el alero de doble pendiente se inclina aún más, cayendo a un ángulo aproximado de sesenta grados. La cuerda que sobra, saliendo del nudo en la chimenea, se mece al viento, y la cámara pana al este, donde la pendiente más suave del alero le permite ver todo el tejado: un campo de pizarra azul puntuado de

chimeneas incoloras y la silueta de una torre al fondo. Y mientras tanto, la cuerda es pasada por encima de un pararrayos, y la mano de Niamh tira suavemente de ella, haciendo que el cáñamo frote el metal con un sonido ronco como de serrucho, pelando la herrumbre, y la cámara se gira, y a apenas medio palmo de la punta blanca de las Chucks, el tejado cae en picado. [Stop.]

La cámara reposa ahora más baja, fija en los estratocúmulos que velan el cielo por el oeste, con la bufanda de Niamh azotando la lente de vez en cuando, agitada por el viento ululante; y entonces, como un vagón de montaña rusa encaramado al punto más alto y enfrentándose por primera vez a la caída más honda, la cámara se asoma al borde del tejado, justo antes de la pendiente. Está sentada en la falda de Niamh, detrás del par de Chucks temblando de emoción al final de dos piernecillas en leggings a rayas.

Las zapatillas en primera fila reptan lentamente, descendiendo por las tejas azules que ahora llenan el plano picado mientras—

CLANG. El trineo entero, compuesto de piernas y Chucks y bufanda y cámara, baja disparado en una línea oblicua, enfila el lomo de una buhardilla, salta, el cielo vacío llena el plano por una fracción de segundo, aterriza en el tejado de nuevo y baja aún más hasta que los talones de Niamh se clavan en el borde de la fachada del edificio que sobresale un centímetro por encima del canal de desagüe al final de la pendiente, y milagrosamente las Chucks y las piernas y la bufanda y la cámara se paran.

Y el pararrayos roto llega poco después dando tumbos, no se para, cae del tejado y se oye cómo rebota en el suelo, muy lejos.

*

SALA DE MÚSICA JUE 23-NOV-1995 14:46:08

[A. deja de escribir al oír un CLANG procedente del exterior. Abre la cristalera y llama, asomado al porche.]

A.: Niamh, ¿estás haciendo algo estúpido?

*

El aire permanece boquiabierto. La cámara es levantada, y sostenida en vilo por encima del tejado como Simba en las manos del mono y registra los abedules descoloridos del fondo, y un laberinto color esmeralda. Zoom in.

*

(En el vestíbulo, yo con un pararrayos.)

—¿Estabas en el tejado ahora mismo?

(Asiento.)

—¿Tú sola?

(Asiento.)

—Guao. Buen trabajo.

GRABACIÓN DE VÍDEO

SALA DE MÚSICA JUE 23-NOV-1995 22:37:15

EL fuego crepita en la chimenea. Platos sucios en el suelo. A., NIAMH y HELP tumbados boca abajo en la moqueta, viendo *Urgencias*.

A.: Oh, venga ya. *Expediente X* es mucho mejor que esto. Scully está enamorada de Mulder y no necesitamos escenas con música de piano para saberlo. Está ahí. Está en la manera en que le dice «Mulder, estás loco»; sus ojos dicen «te follaría el alma». Eso es tensión sexual. No esto. Esto es porno emocional.

[*Sorbe de su Cherry Coke.*]

Scully es toda la subtrama romántica que necesito.

[*Siguen viendo la tele.*]

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA VIE 24-NOV-1995 05:13:14

Las luces SE ENCIENDEN con un bostezo.

(La cocina: *Streamline Moderne* en acero inoxidable y electrodomésticos plateados, alineados hombro a hombro con vigas de madera y ventanas con paneles y un horno de ladrillos rojos.)

[A. llega desde el vestíbulo. Abre la nevera. Coge un vaso del escurrerplatos. Se sirve leche, de pie junto a la encimera.]

[Las luces parpadean de nuevo. A. alza la vista.]

[Las luces se vuelven más brillantes.]

A.: *[Cansado.] ¿Ahora qué?*

[El brillo zumbante satura todos los blancos de la imagen, creciendo en un aura luminosa como ascuas heladas.]

[Un tubo fluorescente al fondo explota, salpicando chispas, y se hace trizas en la encimera. A. se gira en esa dirección mientras el vídeo se inunda de blanco ardiente y el audio quema con un zumbido atronador. A. se tapa los oídos, grita.]

¡¿Pero qué coño te pasa?!

[La imagen está quemada, enteramente blanca, devorando la última sombra que se distinguía, vagamente humana. No donde estaba A.]

[Los fluorescentes estallan como disparos.]

[La luz y el ruido reculan, dejando a su paso un charco de leche y cristal y a A. tendido en el suelo, inconsciente.]

05:20:00

[No ocurre nada más.]



24 DE NOVIEMBRE

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

[...] El médico ha llegado a las 9am, mucho después de irse los de emergencias. Él estaba medio inconsciente durante el examen. Le ha mirado los ojos, y yo no se los había visto bien porque apenas los abre, pero ahora están del todo rojos, todo lo blanco manchado de sangre y extendiéndose al iris, y cuando ha empezado a hablar se ha atragantado y ha tosido sangre por la boca y la nariz. Y el médico ha dicho que no podía estar en el sofá, así que lo hemos llevado a la habitación porque el médico ha dicho que estaba ciego y que era mejor que estuviera en una habitación conocida. Así que está otra vez en el maldito dormitorio y ahí el médico le ha mirado los cortes de vidrio en los pies y todo ese rato él estaba tranquilo, pero luego cuando estábamos fuera le hemos oído gritar «Ah, joder» y estaba levantado como si le hubiera dado un ataque y he tenido que calmarle y meterlo en la cama otra vez. Y el médico ha dicho que le daría somníferos porque no paraba de frotarse los ojos y le estaba volviendo a salir el borde escarlata y parece que tenga ascuas bajo los párpados, y le he preguntado si con las pastillas soñaría y le he pedido que le diera algo para inhibir la fase REM, porque he recordado la carta de Prometeo donde decían que hay pastillas para eso, y me ha dicho que vale pero me ha advertido que con esas pastillas solo se calmará, no descansará, y me ha dado una receta, que iré a buscar a la farmacia cuando te envíe esto si él está mejor, y de momento le he dado un somnífero normal. No quiero dejarle solo pero tardaría años en explicar todo esto a los Brodie, y Help es de muy poca ayuda ahora mismo. Y no sé qué más hacer pero estoy súper asustada así que te mando esto urgente y espero que te pongas en contacto antes de que la cosa empeore.

*

DORMITORIO VIE 24-NOV-1995 11:23:04

El ángulo, no tan alto como en otras habitaciones, sugiere que la cámara descansa en algún mueble, con el zoom cerrado sobre la cama desordenada del fondo. A. y NIAMH parecen dormir allí, ella encima de la colcha, él debajo.

HELP está tumbado en la moqueta. Todo está tranquilo.

11:24:04

[A. se alza de repente, haciendo añicos el silencio; todo el mundo es arrancado del sueño.]

[Él se agarra el pecho, con la boca apretada y las fosas nasales devorando oxígeno. Luego se palpa bajo la camiseta.]

[Todo este tiempo, Niamh le mira como si le diera miedo tocarlo. Cuando finalmente lo intenta, él se encoge asustado al principio, luego ve que es ella, luego permanece en guardia, como si esperara otro golpe.]

[Ella coge su libreta y su lápiz.]

LIBRETA DE NIAMH

—Puedo hacer algo?

(Él entrecierra los ojos.)

—No puedo leer.

—PUEDO HACER ALGO?

—¿Has llamado a emergencias?

(Asiento.)

—En nombre de Harpo Marx, ¿cómo coño lo has hecho?

GRABACIÓN DE VÍDEO

SALA DE MÚSICA VIE 24-NOV-1995 06:35:50

La mañana entra sigilosamente en la habitación por entre las persianas de

las ventanas francesas.

06:36:44

[NIAMH entra como un tornado en la habitación, saltando por encima de la banqueta del piano, directa al teléfono. Pulsa tres botones. HELP llega galopando tras ella, mientras la chica aguarda nerviosamente una respuesta. Tras apretar el botón de manos libres, se oye el tono de llamada; ella suelta el teléfono y empieza a manipular frenéticamente la grabadora que lleva consigo, echando constantes miradas de reojo a la puerta por la que acaba de entrar.]

[Alguien contesta el teléfono.]

OPERADOR: Nueve uno uno, ¿cuál es su emergencia?

[Niamh toquetea la grabadora a toda velocidad.]

¿Hola?

[Pulsa un botón y coloca el aparato junto al teléfono. Suena la voz grabada de A., con un débil hilo musical de fondo.]

A.(GRABADO): Help. ¡Help, ven aquí!

[Help, al oír su nombre, ladra a la grabadora.]

OPERADOR: ¿Señor? ¿Señor, puede decirme cuál es su emergencia?

[Niamh acaba de teclear algo; vuelve a pulsar play. Help todavía ladra.]

A.(GRABADO): *[En un tono completamente distinto.]* Axton Road, número uno, Point Bless, Ponopah, dos seis nueve seis nueve.

[Help continúa ladrándole al aparato, frenético.]

OPERADOR: ¿Hola? Señor, ¿sabe que hacer bromas telefónicas al nueve uno uno es un delito federal?

[Desesperada, se agarra la cara, dedos deseando arrancarse los ojos... Luego se pone esos mismos dedos en la boca y silba, «¡HELP!», mientras Help sigue a lo suyo con el teléfono. Pulsa un botón de la grabadora, sube el volumen.]

A. (GRABADO): *[Fortissimo.]* ¡HELP! ¡HELP, VEN AQUÍ!

OPERADOR: Dios... De acuerdo, voy a avisar a su policía local; más vale que esto no sea broma.

[Niamh cae de rodillas, liberada del pathos. Help, desconcertado, se encarama a la mesa olisqueando el teléfono, buscando alguna explicación de lo ocurrido.]

*

[Cont.]

La policía de Point Bless ya nos conoce; saben que soy muda, así que se lo tomaron en serio.

Ahora son las 3pm. Ha estado consciente e inconsciente las últimas horas; los sueños le despiertan, pero el Starnox le vuelve a dejar KO al poco rato. Ahora voy a comprar Hypnogog. He puesto la cámara del baño en el dormitorio para poder verle desde el piso de abajo.

Por favor haz algo. Te lo suplico.

Con cariño,
Niamh

BITÁCORA DE SUEÑOS

La mujer del campo de amapolas que besa la flor desensamblada es también un fantasma.^[7]

*

Las Chucks se apuntalan contra el saliente de la pared al final de la rampa del tejado, y un pararrayos muerto yace abajo, en el patio de tierra. La cámara lo ignora y alza el plano hacia el laberinto, la parte superior de sus setos trazando una intrincada jungla de caminos elevados.

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO VIE 24-NOV-1995 16:32:44

Una lámpara de banquero en primer término ilumina el plano, mientras que el

ocaso en la ventana de la derecha aporta apenas un toque de violeta. NIAMH se sienta en la mesa, justo bajo la luz eléctrica, equipada con escuadra y regla, entretenida con un dibujo inspirado en lo que ve en la pantalla de la cámara doméstica.

Al fondo, A. es una mera colina en la confusa orografía de sábanas.

[Niamh manipula la cámara con los ojos fijos en la pantalla. Pulsa play. El sonido está demasiado bajo para oírse, excepto un «clang» en cierto momento. En el que Niamh esboza una sonrisa privada.]

16:33:01

[Un terremoto sacude la cama. Niamh corre hacia allí y llega hasta A. justo cuando este emerge de entre las sábanas y se agarra a su brazo.]

[A. mira al vacío con ojos paranoicos. Sus manos ciegas arañean por el brazo de Niamh hasta llegar a su hombro. Entonces mira hacia arriba, encontrándose con su cabeza medio esquilada.]

*

(Parece colocado. Sus ojos están más que rojos, pero ve.)

—¿Sabes qué me gustaría comprar?

(Niego.)

—Un cubo de Rubik. ¿Has tenido alguno?

(Niego.)

—¿No crees que molaría?

(Asiento. Se relaja, vuelve a tumbarse.)

—¿Tengo mal aspecto?

—POR QUÉ?

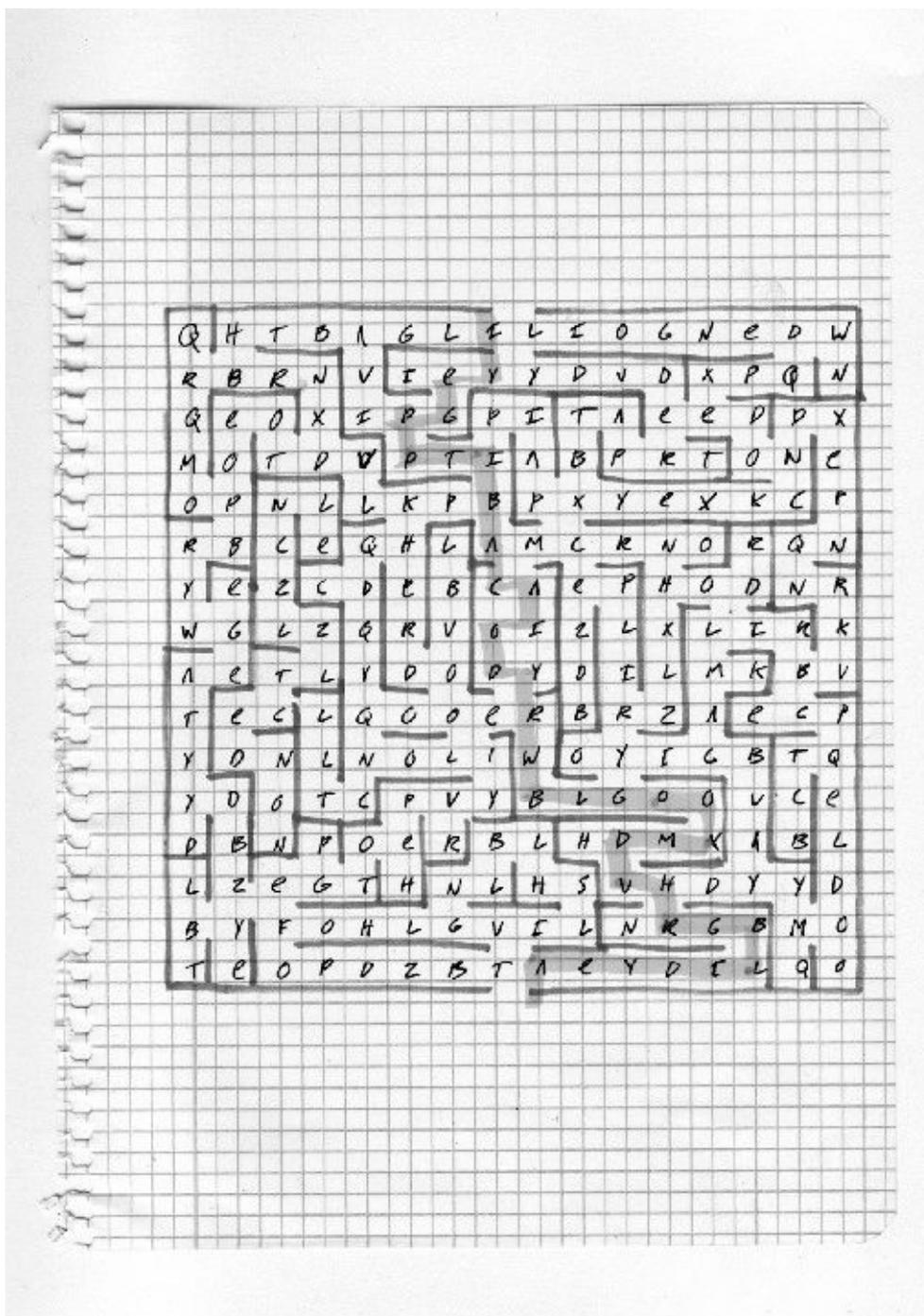
—Me miras como si tuviera mal aspecto.

—HAS ESTADO MEJOR.

—Lo siento. Siempre quiero estar bien para ti. Siempre lo intento.

(Se duerme.)

DEBERES DE NIAMH



GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO VIE 24-NOV-1995 21:43:20

Está oscuro, pero alguien ha dejado la puerta abierta y las luces del pasillo están encendidas. La cortina de la cama en ese lado está echada para proteger al durmiente del resplandor amarillo.

21:43:45

[A. se despierta con un bufido, mano aferrándose al pecho como si se intentara arrancar el corazón. Se mira la mano agarrotada mientras todo su cuerpo palpita violentamente.]

[...]

[Poco a poco, el latido de su corazón se estabiliza.]

[Alza la vista. Parece fijarse en algún punto al lado derecho de la cámara, junto a la puerta del vestidor.]

A.: *[Impaciente.]* ¡¿Qué?!

[No hay respuesta. A. sigue mirando.]

Lárgate.

[...]

¡HE DICHO QUE TE LARGUES! ¡¿ME OYES?! ¡FUERA!

CÁMARA DOMÉSTICA

La sala de fumar es toda caoba y verde, y la vigilan las cabezas de animales disecados sobre la chimenea que arde tras la mesa de billar, cubierta de hojas de papel de calcar, sobre las que el mismo diseño laberíntico ha sido trazado a lápiz una y otra vez, como el que se ve en primer término sobre una copia manuscrita de la carta cifrada en el secrétaire que Niamh ha convertido en su nuevo espacio de trabajo, alumbrado por la lámpara de banquero del dormitorio. Su atención se vuelve hacia los cuatro pequeños monitores en columnas de a dos sobre el vídeo, y más concretamente, al monitor en que un hombre sentado en una cama le grita a alguien que se largue de una vez.

Y entonces Niamh gira un dial y el monitor enmudece, pero los gritos todavía se oyen desde otra habitación en otro piso, muy lejos. Y entierra la cara en las manos y un sollozo enorme sacude su torso minúsculo, pero ningún sonido brota de él, y su cuerpo y su ropa se estremecen con cada secuela de ese primer terremoto, y las

*lágrimas corren por su mejilla izquierda, su perfil izquierdo vuelto hacia la cámara.
El rapado.*



25 DE NOVIEMBRE

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO SÁB 25-NOV-1995 07:07:52

El alba corroe las persianas.

07:08:00

[Una violenta sacudida hace volar las sábanas; Niamh se incorpora aterrorizada, con una mano en el pecho, la otra en la espalda, respirando más fuerte que nada que haya hecho nunca.]

[A. se remueve, perezoso. Apenas se incorpora. Niamh se palpa el espinazo y mira bajo su camiseta de fútbol. Intercambian miradas. Ella aún tiene la boca abierta.]

A.: *[Vagamente interesado.] ¿Has notado eso?*

TELEGRAMA

De: Niamh Connell
Point Bless, Ponopah, VA

NECESITO AYUDA AHORA STOP NOCHE PASADA FUE HORRIBLE STOP LE ESTOY PERDIENDO
STOP ENCUENTRA SOLUCIÓN POR FAVOR!

BITÁCORA DE SUEÑOS

He pasado el punto de no retorno. Lo sé. Apenas veo esta página; manchas rojas se ciernen sobre mi campo de visión, persiguiendo mi escritura, acorralando la palabra que escribo. Pero cierro los ojos y puedo ver la forma exacta de las letras árabes doradas en el lomo del libro que el lector sostiene antes de que su mano pierda las fuerzas y el volumen caiga en la alfombra mientras su cabeza se ladea hacia la ventana morisca de donde viene el chorro de música. Ya no puedo leerle los labios a Niamh, pero en cuanto me acuesto veo a la mujer en lencería al volante, dirigiéndome una sonrisa que me derrite el alma por haber resuelto el cubo de Rubik, y me enorgullezco de que semejante diosa se enorgullezca de mí. Ya no siento el calor de

Niamh, pero sí el aliento de la pelirroja bajo la manta secándome los miembros helados y su cabello acariciándome hasta dormirme. Y paso más tiempo durmiendo que despierto. Pertenezco más a ella que a esto. Pronto Niamh y Axton House dejarán de existir y solo quedarán las zapatillas Puma cayendo hacia la mota de arena en el océano, las ciudades nevadas, el campo de amapolas. Ya no seré yo; seré el vagabundo en el parque, el surfista en la tormenta, el lector moribundo, la estudiante de piano, la *tomboy* en la cama de la pelirroja. Seré el esqueleto que juega a póker. Seré el monstruo que esgrime la horca.

Y la triste verdad es que quiero ser toda esa gente. Prefiero morir atravesado mil veces en esa casa que despertar en un mundo sin monstruos ni diosas. Prefiero hacer de monstruo yo.

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO SÁB 25-NOV-1995 11:21:58

El dormitorio está en penumbra. Un centelleo del sol se cuele entre las persianas. HELP yace a los pies de la cama.

[Help levanta una oreja. Luego, toda la cabeza, atento al bulto que se menea bajo las sábanas.]

TELEGRAMA

De: Tía Liza
Londres, Reino Unido

¿DE QUÉ ESTÁ HECHO EL DOSEL?

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO SÁB 25-NOV-1995 11:22:10

[Un seísmo hace volar las sábanas por los aires. HELP rompe a ladrar. A. se convulsiona en la cama; un grito fortísimo, áspero, sangrante, rompe por fin el nudo en su garganta.]

TELEGRAMA

De: Niamh Connell
Point Bless, Ponopah, VA

LATÓN!

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO SÁB 25-NOV-1995 11:22:17

[HELP ladra, frenético, viendo cómo A. se incorpora de un espasmo, peleando contra la goma elástica que le ata a la cama.]

TELEGRAMA

De: Tía Liza
Londres, Reino Unido

DESTRÚYELO. AHORA.

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO SÁB 25-NOV-1995 11:22:24

[El dosel y la cama entera se estremecen bajo el último foganazo en la mente de A., el que hace que la goma elástica se parta. Gritando por su vida mientras Help pide auxilio, A. rueda fuera de la cama, y de una zancada alcanza la ventana y salta al vacío.]

A decorative horizontal frame with ornate, symmetrical flourishes at both ends. The frame contains the text "PARTE II" in a bold, black, sans-serif font, centered within the frame.

PARTE II



Backyard
Palace

ABOVE-GROUND POOLS
GAZEBOS, PERGOLAS
OUTDOOR FURNITURE
1236 East Hwy. Clayboro 28900
Tel. (755) 983 4881 Fax (755) 963 4898

PURCHASE & INSTALLATION NOTICE

INVOICE NO.
1790N-21038N

SHIPPING ADDRESS

1 AXTON RD. POINT BLESS 26969
SOLD TO
NIAMH S. CONNELL

QTY.	ITEM	PRICE
1 (ONE)	TANGANIKA 76IN. ABOVE-GROUND POOL KIT SIZE XL (10' X 32' X 76IN.)	\$4,795.00
1 (ONE)	SAND FILTER	\$399.95
1 (ONE)	ATTACHABLE LADDER	\$229.95
1 (ONE)	CLOWNFISH FLOATING CHLORINATOR	\$0.00
TOTAL		\$5424.90

11-17-95

CUSTOMER'S SIGNATURE

DEALER'S SEAL (ON PAYMENT)

Customer Copy

«PALACIO DEL JARDÍN / FACTURA DE COMPRA E INSTALACIÓN

»Dirección de envío: Axton Road 1, Point Bless 26969. Vendido a: Niamh S. Connell. Artículos: Piscina desmontable modelo Tanganika talla XL (5 m × 10 m × 193 cm). / Filtro. / Escalerilla. / Clorador flotante modelo Clownfish.

»Fecha: 17-11-1995.»

CARTA

[...] Fue Help quien dio la alarma: la caída apenas se oyó. El agua se cerró sobre mi cabeza tan pronto como me estrellé en ella y me desperté. Antes de que pudiese siquiera adivinar dónde estaba, tentáculos de hielo me agarraban los brazos y las piernas, inyectándome plomo en los músculos, abortando cualquier posibilidad de nadar.

Niamh no necesitó más de diez segundos para esprintar al jardín, trepar a la

piscina, zambullirse vestida, cogeme y sacarme la cabeza del agua. Y cuando lo hizo, la inmersión debía de haberme lavado casi toda la sangre de los ojos, porque veía perfectamente las paredes de plástico azul de la piscina y la piedra de la fachada norte de Axton House y la cara de Niamh, a átomos de la mía, sus pestañas salpicadas de rocío, los párpados en ultra alta resolución sobre sus ojos cerrados mientras nos apretábamos uno contra el otro y sus labios púrpuras congelados besaban los míos de puro cansancio.

Y entonces los ladridos cesaron porque Help saltó o cayó (muy probablemente cayó) desde el alféizar del dormitorio. Y tuvimos que pescarle.

Corrimos dentro, empapados, castañeteando los dientes (no sabía que los dientes de los perros podían castañetear), dejando un rastro de tablones hinchados del recibidor a la sala de música, donde encendimos un fuego, nos quitamos la ropa mojada, y Niamh se puso una muda nueva antes de correr escaleras arriba a buscar una para mí. (Obsérvense las ventajas de contaminar una casa de tres plantas con prendas de ropa dejadas al buen tuntún.)

LIBRETA DE NIAMH

(Junto al fuego.)

—Buen trabajo, Niamh. Jodidamente brillante.

(Abrazo.)

—Tus ojos?

—Veo bastante bien. ¿Qué pinta tienen?

—Mejor que hace 1 hora.

—Bien.

—Mandé telegrama a tía Liza; me dijo que destruyera la cama.

—A la cama no le pasa nada. No debería pasarle nada. Algo falla.

*

Inspeccionamos la cama. Ya te la hemos descrito: está hecha de madera tallada, con un dosel de latón vestido de seda color salmón, y es lo bastante grande para tener su

propio código postal. Hicieron falta cuatro brazos para apartarla unos centímetros de la pared. Quitamos las sábanas, comprobamos el colchón, gateamos debajo con una linterna. No le pasa nada. Sí, ya sé que estás leyendo esto en diagonal esperando el párrafo que empiece con una conjunción adversativa, así que aquí va.

Pero. Niamh tuvo el segundo pronto de genialidad del día y trajo el voltímetro que el electricista se dejó hace dos semanas. Escaneó el dosel. Al tocar la estructura de latón, el aparato crepitó. Movimos la cama, lo que requirió un esfuerzo titánico, y examinamos la pared de detrás. No hay cables visibles, pero en la esquina izquierda encontramos la boca de una tubería de cobre. Creo que es un conducto de gas; la casa tiene electricidad desde hace décadas, pero el técnico dijo que las tuberías de agua no se habían renovado; supongo que la instalación de gas tampoco. Niamh midió la corriente en la parte expuesta de la tubería; daba cuatro o cinco voltios de más.

*

—¿Qué hay justo debajo de esta habitación?

—Biblioteca?

—Pero la biblioteca no tiene ventanas. ¿Cuál es la ventana de abajo?

—Guardería?

*

El ala norte del segundo piso es mayormente *terra incognita*. Como dije, la biblioteca ocupa la mayor parte de la planta y solemos atajar a través de ella para ir de las escaleras en el lado oeste a la galería en el este. El ala sur es una zona reformada que consta de dos dormitorios y un baño (una de las habitaciones la ocupaba Strückner). El lado norte comprende, desde las escaleras, la sala de fumar donde tenemos los monitores del circuito cerrado, una guardería o cuarto de los juguetes, un dormitorio pequeño para una niñera, un dormitorio más grande para un niño o adolescente, y la galería este otra vez.

Nuestro dormitorio debe de estar encima de la biblioteca y la guardería. Contamos los pasos hasta las ventanas en la tercera y segunda plantas. Encontramos una cinta métrica y medimos las distancias. Empezamos a golpear las paredes, Niamh desde la guardería y yo en la biblioteca, desalojando falanges de libros de las estanterías que forman el perímetro de la habitación.

Inútil. No nos oíamos el uno al otro. Había una habitación escondida en medio.

*

—Déjame coger un hacha y tirarlo todo abajo.

—Qué violenta estás hoy. ¿Qué hay de lo de ser dignos del misterio?

—A la mierda el misterio; casi te pierdo por su culpa!

*

Al final Niamh tuvo que conformarse con vaciar las estanterías.

La *Geografía* de Estrabón ofreció resistencia. Niamh palpó tras el volumen; encontró un pestillo. Tiró de él. Algún mecanismo despertó detrás del estante con un clac. Las librerías están separadas por pilastras de madera donde van las lámparas; la pilastra a nuestra izquierda se había abierto, dejando un resquicio. Tiramos de ella; eso le dio espacio a la librería para pivotar sobre una bisagra. Me pregunté quién construiría esa entrada secreta: ¿Axton, o quizá los Wells? Si fue Axton, razón de más para que los Wells compraran la casa; si fueron los Wells... solo puedo decir que esta familia mola muchísimo.

La habitación secreta es larga y estrecha y cabe entre la biblioteca y la guardería. Un mueble de compartimientos para guardar pergaminos se pudre en un lado, una desolada mesa de trabajo en el otro. Incluso para los estándares de Axton House ambos eran viejos.

Antes de encontrar el interruptor de la luz ya intuimos el tesoro. Quizá fue un reflejo en la oscuridad, como el que emitiría un objeto de cristal, pues era un objeto de cristal. Quizá fue esa sensación como cuando estás en el exterior y el aire se queda quieto, y miras hacia arriba y encuentras la tormenta perfecta justo encima de tu cabeza. Y parecía una nube de tormenta atrapada en una bola de cristal.

La curiosidad venció a la prudencia, y la toqué.

Recuerdo cómo la doctora Belknap se refirió a la telepatía conductiva como una «ciencia obsoleta». Dijo que Dänemarr y sus predecesores «aún» intentaban grabar sueños. Ahora me gustaría coger esa bola de cristal y hacer todo el camino hasta Midburg solo para demostrarle que se equivocaba. Porque lo habían hecho: un artefacto para grabar pensamientos. Y cada criatura de pesadilla que me ha perseguido desde mi primera noche en Axton House, cada cara, cada letra, cada objeto afilado y cada fenómeno meteorológico me esperaba dentro de esa bola de cristal para darme el golpe de gracia, y tan pronto como el átomo de proa en la punta de mi dedo chocó con su superficie, abordaron mi cuerpo y me atacaron: el

vagabundo que noqueó a los dos policías, el chaval que tiró la granada, la estudiante china al piano y la DJ en Ibiza, el cocinero en su parada de fideos, el lector moribundo y el trino de la fuente, la atracadora con su bebé y las moscas cruzándose estúpidamente en la trayectoria prevista de la bala, las gemelas en el bosque, la *tomboy* en el tejado, el fantasma en el trópico, el surfista en la tempestad, el torturado vengándose, la que besa la amapola, la jugadora griega de Scrabble, el que da la mano antes de la explosión, el asesino de la horca, el paciente intubado, el esqueleto, la mujer meteoro y sus zapatillas Puma golpeando el techo del búnker en una isla en un océano en ninguna parte, y después de que Niamh me hubiera apartado de un tirón y lanzado a la otra punta de la habitación, muchos milisegundos después, mientras se arrodillaba y dibujaba con los labios un qué pasa, aún veía en su expresión preocupada la inestimable sonrisa de la diosa en lencería al volante, mirando el cubo de Rubik en mi mano, orgullosa de mí, porque finalmente, sin la ayuda de nadie, lo había resuelto.

*

—Y ahora qué?

—No lo sé.

—Voto por enterrarlo.

—Tal vez es un poquito drástico.

—NUNCA demasiado drástico.

—Lo importante es mantenerlo aislado. Haz fotos para tía Liza; luego mételo de nuevo en la caja. Luego mete esa caja en una caja, y esa caja en una caja...

—Y al sótano.

—Y ponte guantes para manejarlo.

*

Encontramos otros objetos de interés (polaroids adjuntas). El más notable es una barra hexagonal de hierro, como una llave Allen enorme, cuya finalidad nos es desconocida. Entre los papeles enrollados en el armario hay planos de Axton House, que abarcan desde la época de Axton hasta los años sesenta. La cámara secreta es una

contribución de Horace en 1901. (Entiendo que los planos se guardaban aquí solo porque guardarlos en cualquier otro sitio revelaría la habitación.)

La bola de cristal, por cierto, la encontramos en el rincón de la mesa. Había llegado rodando desde una caja de cartón llena de cacahuets de espuma que se había volcado de un estante caído hasta el extremo norte de la habitación, donde se quedó tocando la tubería de cobre que trepa por los ladrillos desnudos. El resto es especulación.

*

—Qué más?

—Bueno, la llave Allen gigante es un nuevo cabo suelto. Llevamos dos llaves, y ninguna cerradura. Deberíamos encontrarlas. ¿Qué hay del mensaje en clave?

—Hice mapa del laberinto y traté de aplicar la pauta al mensaje y fracasé. No es una rejilla.

—Ya me lo pensaba.

—No lo dijiste!

—Estaba ocupado tirándome por ventanas.

—Deberías echarle un vistazo.

—Lo haremos. Juntos. Mañana por la mañana buscaremos manuales de criptografía en la biblioteca y lo resolveremos.

—Por la tarde.

—¿Por qué?

—DOMINGO.

—¿Otra vez? ¡Venga ya! ¡He estado a punto de matarme!

—Con más motivo!

*

En fin. Que volvemos a no echarte de menos. Pero gracias. Muchísimas gracias.

Te queremos,
A. y N.

P. D.: Nos hemos besado!

UNA SEMANA MÁS TARDE



3 DE DICIEMBRE

LIBRETA DE NIAMH

(En misa.)

—¿Soy yo o estas lecturas cada domingo son más largas?

—Calla y escucha. Esto te incumbe a ti.

—A mí no. No soy un tesalónico.

—No te rías. No se ríe en la iglesia.

DIARIO DE A.

Esta noche ha nevado.

Por la mañana nos hemos levantado con el cielo más azul en semanas. Niamh desenterró su vestidito de Barbie vagabunda del Dharma canadiense, con gorro de orejeras incluido para cubrirle las sienes rapadas desde el viernes, y seguimos a Help hasta el bosque. Los árboles se yerguen como esqueletos gigantes, sus ramas aferrándose al aire, calentándose bajo un sol más bien ineficiente. Y sin embargo ahora, en su austeridad invernal, parecen más vivos que nunca. Igual que el líquen y el musgo en los riscos de su corteza, esos abedules imponentes existen sobre una roca yerma en el espacio, como organismos microscópicos anhelando la luz.

Axton House sigue siendo gris y distante y sombría. Pero nosotros la llamamos hogar. Le guste o no.

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA DOM 3-DIC-1995 13:39:22

EL RUGIDO DE UN MOTOR en el exterior llena la banda sonora. No obstante, LOS LADRIDOS DEL PERRO, no sin mérito, logran hacerse oír por encima.

[A. va hacia el teléfono en la pared, marca el número en el teclado del

auricular mientras deambula dirección a la encimera.]

[Entra un HOMBRE a través de la puerta trasera abierta: chaqueta abultada, botas de faena.]

HOMBRE: Ey, ¿sabe dónde puedo lavarme las manos?

A.: *[Mira las manos del hombre.]* Eh... Bueno, se me ocurre un tanque de ácido sulfúrico, pero pruebe el fregadero.

[Al teléfono:]

Ah, hola, ¿señora Brodie? [...] Sí, soy yo.

[El hombre empieza a lavarse las manos en el fregadero. Sus ojos dan con la cámara en la esquina sureste. Esboza una sonrisa amplia y tontuna y cruzada por una cicatriz.]

[Tapándose el otro oído.] Sí, lo sé, hay mucho ruido; tengo una máquina quitanieves despejando la entrada. [...] No sé, unos tipos que trabajan los domingos. ¿Quiere que se los mande luego?

[El hombre se seca las manos en su abrigo y se va con un cabeceo dirigido a A. En la puerta se cruza con NIAMH, que viene tirando del collar de HELP. Help insiste en ladrar al hombre; Niamh frunce el ceño al pasar por su lado.]

Vale. Bueno, llamaba para confirmar la cita con su marido. [...] Claro, espero.

[Niamh deja ir a Help; el perro sale corriendo por la puerta sur. Ella chuta las botas de nieve que llevaba puestas y va derecha al armario de los cereales. A. la observa. Lleva las sienes y la nuca rapadas, y una gran maraña de cabello rizado sobre la cabeza. Se sirve una ración de Lucky Charms directos de la caja a su boca.]

Ey. ¿Qué ocurre?

[Niamh se encoge de hombros; su cara rellena de cereales indica claramente que ocurre algo.]

¿Qué? ¿Qué es?

[El MOTOR se desdibuja a medida que el quitanieves se aleja de la casa. Niamh escribe en su libreta; lo muestra.]

[*Lee; luego, confundido.*] ¿Te ha «pegado un repaso»? ¿Quién? ¿El pequeñajo de la cicatriz?

NIAMH: [*Mímica: «No; el grande con bigote y complexión de gorila.»*]

A.: Ah. Ya. [*Incómodo.*] Eh... ¿Quieres que vaya y le pegue una paliza o algo?

NIAMH: [*Se burla. Lo descarta agitando la mano.*]

A.: Vale. Lo siento. Ojalá pudiera hacer algo. Serán las pegas de estar buena.

[*Niamh se detiene a medio camino de la puerta sur, gira sobre sus talones. A. está ahora distraído con unos papeles.*]

[*Se aproxima silenciosamente a la encimera otra vez, con la mirada fija. A. se da cuenta.*]

Eh... Quiero decir buena tipo heroína manga sin tetas y con peinado guay.

[*Intenta interpretar la expresión de ella mientras digiere la frase, pero Niamh se queda quieta, impertérrita, con la semilla de un niveo en los labios.*]

[*Ella escribe algo; él intenta desviar la mirada, haciéndose el impaciente, teléfono en mano, hasta que se lo muestra. Él lee.*]

Qué— no, Niamh; estoy siendo objetivo; tú eres, eh... digna de ser repasada. Solo procuro no mostrarme muy Nabokov al respecto.

[*Al teléfono.*] Ah, sí, ¿señor Brodie?

[*Niamh deja caer los hombros, derrotada. Luego empieza a escribir de nuevo.*]

Sí, acabo de hablar con Glew; ha dicho que no hay problema en venir hoy. Así que traerá las escrituras a las cuatro. ¿A usted le va bien?

[*Ella deja de escribir, le muestra la página, desafiante.*]

[*Mientras lee, al teléfono.*] Sí. Vale. [*Luego, comprendiendo.*] Eh... Espere un momento. [*Pone una mano encima del micrófono.*] No, Niamh, no «hicimos» nada; ¡lo hiciste tú! ¡Yo estaba inconsciente un segundo antes!

[*Ella le fulmina con una larguísima mirada que el código de tiempo del vídeo claramente confunde con solo tres segundos.*]

[Luego da media vuelta y sale, dejándole solo. El MOTOR es ahora inaudible.]

[A. aparta la mirada, resignado, luego habla al teléfono otra vez.]

Sí, ¿señor Brodie? Siento la espera. [...] Muy bien, a las cuatro entonces. Gracias. Hasta luego.

[Cuelga y sale en persecución de Niamh.]

*

SALA DE MÚSICA DOM 3-DIC-1995 13:41:01

[NIAMH entra desde el vestíbulo, por la puerta justo bajo la cámara.]

A.: *[Off.] ¡Niamh!*

[Ella se detiene al lado del piano y se gira, dando la cara a la cámara, herida. A. llega hasta ella; se para a pocos pasos.]

Mira, lo... *[La frase se queda sin terminar. Suspira.]* Niamh, ¿quieres que hablemos?

NIAMH: *[Desvía un poco la mirada al tiempo que traga un nudo en su garganta. Le muestra sus manos vacías como prueba flagrante mientras ejecuta un grito mudo: «¡SÍ!»]*

[Se va por la puerta doble al oeste.]

[A. no la sigue esta vez.]

[El halo amarillento de la lámpara de la pared parpadea tímidamente tras el aplique de vidrio pintado. A. se da cuenta, mira hacia arriba.]

A.: *[Con desdén, al techo.]* Oh, lo siento; ¿te he hecho enfadar a ti también?

[Pocas probabilidades de respuesta: no ocurre nada más. Las luces permanecen calladas.]

[A. se marcha, refunfuñando.]

Estas mujeres van a acabar conmigo.

DIARIO DE A.

[Cont.]

No sé. Quizá tiene demasiado tiempo libre. La semana pasada fue bastante tranquila ahora que me estoy quitando de saltar por ventanas. Lo cual es positivo, entiendo; a mí me venía bien el tiempo para reponerme, y ella se merecía las vacaciones.

Pero ya van siete días. Lo más emocionante que ha hecho en toda la semana fue cuando fuimos a Clayboro a ver *Jumanji* al cine y se comió su peso en palomitas. Necesita volver a estar ocupada. Al fin y al cabo, está aquí para protegerme; es lo que dijo tía Liza. Igual debería ir pensando en poner mi vida en peligro otra vez.

También podría dejar que se comprara un ordenador; lleva tiempo acumulando propaganda. Me temo que, muy a pesar de Ambrose Wells, Axton House acabará entrando en la era digital después de todo. Entre el frenesí tecnológico de Niamh y su nuevo hobby de atravesar la casa a la carrera y embistiendo las puertas como un rinoceronte loco mientras yo chilló «¡Estampida!», para el solsticio de invierno no habrá quien reconozca este sitio.

Pero oye, hasta la Sociedad de Ambrose está empezando a atrapar al siglo veinte. El fax de Los Angeles que recibimos el otro día, cuando Niamh enchufó el aparato, por ejemplo. ¿Quién hubiera dicho que Ambrose, el laureado redactor de telegramas, tendría un fax? Los noventa han llegado para quedarse.

*

NAMACORP 2121 Horton Avenue
Los Angeles, CA 90067
(312) 444-4948 FAX: 444-5002

October 30, 1995

From: Tique
To: Leonidas

Dear Leonidas,

I quit.

I tried calling on the phone, but I didn't get an answer. I hope it's because your fax is finally connected.

Anyway, I am eager to see you again next December, as usual.

All best,



«30 de octubre de 1995

»De: Tique / A: Leónidas

»Querido Leónidas: me retiro. He intentado llamarte por teléfono, pero no hay respuesta. Espero que se deba a que por fin has enchufado el fax. En cualquier caso, ansío verte el próximo diciembre, como es habitual. Con mis mejores deseos.»

*

(Por cierto, según el Libro Rojo del General Leónidas, donde se listan los nombres y direcciones de sus amigos, ese tal «Tique» debe de ser Ken Matsuo, quien al parecer es también la *ma* de Namacorp.)

GRABACIÓN DE VÍDEO

SALA DE MÚSICA DOM 3-DIC-1995 16:23:27

EL SEÑOR BRODIE mira por encima los papeles que GLEW repasa sobre la

mesa. Junto al piano, A. sirve tres vasos de bourbon.

SRA. BRODIE: En cualquier caso, si pudiera tener listos los papeles para entonces, sería perfecto.

GLEW: No veo por qué no. [*Cediéndole su pluma a Brodie.*] Bien, pues si firma aquí, por favor...

[*El señor Brodie rubrica ambas copias.*]

[*Coge una copia, le entrega a Glew la segunda.*] Señor Brodie, desde ahora es usted el legítimo propietario de Axton Creek.

A.: [*Llegando con los vasos.*] Je. Al viejo Axton le hubiera gustado oír eso.

SRA. BRODIE: [*Ríe, satisfecho.*] Bueno, con suerte no lo seré por mucho tiempo. Si conseguimos venderlo antes de Navidad, me gustaría llevar a la parienta de vacaciones para variar; ver un poco del país.

A.: Brindemos por ello entonces.

GLEW: Salud.

[*Beben.*]

[*Dirigiéndose a A.*] ¿Y ustedes? ¿Algún plan para Navidad con la señorita Connell?

A.: No gran cosa. Supongo que nos quedaremos en casa. [*Mirando a Brodie, cómplice.*] He oído que es cuando empieza la acción por aquí, de todos modos.

SRA. BRODIE: [*Ríe.*]

A.: No, en serio, no lo he pensado demasiado. He estado bastante ocupado estos días.

GLEW: ¿Ocupado? [*Divertido.*] ¿Ocupado haciendo qué?

A.: Bueno, ya sabe... siendo un millonario excéntrico y todo eso. ¿Se cree que lo de hacerse instalar una piscina en noviembre sale así como así? Se te tiene que ocurrir; ¡no es tan sencillo!

[*Y todos rieron.*]

FRAGMENTO DE *ARS CRYPTOGRAPHICA*, DE SAMUEL MANDALAY

Pese a llevar el nombre de su principal promotor, el político y científico escocés Lyon Playfair (1818-1898), el código Playfair fue concebido por el prolífico inventor Charles Wheatstone (1802-1875) en 1854. Ampliamente usado, es el código de

sustitución digráfica más famoso, y durante un breve periodo en la época victoriana se convirtió en el método estándar de encriptación. La Segunda Guerra Anglo-Bóer (1899-1902) supuso su primera aplicación en las fuerzas armadas, y aún se recurría a él durante la Segunda Guerra Mundial. Esta popularidad se debe a su casi óptima relación simplicidad / seguridad para un sistema manual (§ 2.7.1): el código Playfair es fácil de aprender, y tanto el proceso de cifrado como el de descifrado son muy rápidos, mientras que un ataque mediante fuerza bruta bien puede rayar los límites de la paciencia humana.

En la era de los ordenadores, como con cualquier método manual de encriptación rápido, el uso del Playfair está fuertemente desaconsejado para ocultar información estratégica, ya que los nuevos algoritmos, para los que el problema de la paciencia no existe, pueden descifrarlo fácilmente. Sin embargo, los amantes de lo artesano, los puristas de la criptografía o la gente sin acceso a recursos sofisticados continúan eligiendo el Playfair para el día a día, deleitándose en su elegancia y su seguridad casi garantizada contra cualquier adversario humano, por bruto que sea.

Para usar el cifrado Playfair, emisor y receptor tienen que haber acordado una palabra clave y unos cuantos detalles específicos respecto a pequeñas variantes. Nos centraremos en el Playfair británico, el empleado por el Imperio en la Primera Guerra Mundial. No requiere más que lápiz y papel.

La palabra clave se utiliza para llenar las primeras casillas de una cuadrícula de 5×5, la cual se completa a continuación con las letras sobrantes del alfabeto. A fin de encajar las 26 letras en 25 casillas, la *i* y la *j* se consideran una sola. (Una variante omite la *q*, pero la solución *ij* es mejor.) Para encriptar un mensaje, descártese cualquier puntuación o espacios, y sepárese el texto en bloques de dos letras, usando cualquier monograma sin sentido (normalmente *x*) para dividir parejas formadas por la misma letra. Localícense esos dígrafos en la cuadrícula y reemplácense con las dos letras situadas en las esquinas contrarias del rectángulo que forman.

Veámoslo en un ejemplo. De nuevo utilizamos nuestra palabra clave favorita, Mozambique, que ocupa las primeras casillas de una cuadrícula de 5×5. (Por supuesto, hemos omitido la segunda *m*: con una basta.) Ahora rellenamos el resto del cuadro en orden alfabético. Nótese que nos saltamos la *j*, puesto que la *i* ya está representada.

M	O	Z	A	B
I	Q	U	E	C
D	F	G	H	K
L	N	P	R	S
T	V	W	X	Y

En cuanto a nuestro mensaje, será un fragmento del famoso mapa del tesoro de

Legrand en *El escarabajo de oro*:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat.^[8]

Elimínese toda puntuación y procédase a partir el texto en pares de letras. El segundo par sería la *oo* de la palabra *good*, pero queremos evitar parejas con los mismos caracteres, así que las separamos añadiendo un comodín (*x*) y seguimos adelante. Este es el resultado:

AG OX OD GL AS SI NT HE BI SH OP SH OS TE LI NT HE DE VI LS SE AT

De haber obtenido una letra suelta al final, hubiéramos añadido otra *x*.

Procedamos ahora al encriptado: tómese el primer dígrafo, *ag*, y compruébese su posición en la cuadrícula. Imaginémoslos como las esquinas diagonalmente opuestas de un rectángulo. Tómense las esquinas opuestas de este rectángulo: *z* y *h*. Este es nuestro primer dígrafo encriptado: *ag = zh*.

A continuación viene el dígrafo *ox*. Las esquinas opuestas a este rectángulo son *av*. Respétese siempre el orden: la primera letra encriptada es la que está en la misma fila (no columna) que la primera letra del original. (Recuerde: en Occidente, leemos en horizontal, no en vertical.) Por lo tanto *ox = av*.

Permita el lector que saltemos ahora hasta el dígrafo *he*. Estas letras caen en la misma columna en la cuadrícula, así que la nueva norma es: escójense las letras de debajo de cada una de ellas. Así, *he = rh*.

Más adelante, el dígrafo *ls* cae en la misma fila de la cuadrícula. Aquí la norma es: escójense las letras a la derecha de cada una. Por consiguiente *l* pasa a ser *n*, y *s* no tiene ninguna letra a su derecha, así que damos la vuelta y en el extremo izquierdo encontramos *l*. Ergo, *ls = nl*.

Al redactar el texto encriptado, evítese presentarlo en bloques de dos letras a fin de esconder la naturaleza digráfica del código. He aquí nuestro mensaje en clave:

ZHAVMFDPBRLCLVRHMCRKZNRKBNXITDLVRHHITQNLRCMX

Úsese el proceso inverso para descifrarlo. Recuerde cambiar de palabra clave a menudo.

DIARIO DE A.

[Cont.]

Total, que es un Playfair. El trozo que dice «los amantes de lo artesano, los puristas de la criptografía» es una buena pista; grita «Wells» a los cuatro vientos. Pero hay una prueba más concluyente: llevo mirando ese mensaje cifrado toda la semana; la única letra que no aparece es la jota.

Por desgracia, me temo que a pesar de nuestros esfuerzos hasta la fecha para cumplir con las normas de Ambrose y ser dignos de sus secretos, no seré capaz de descifrar este puzle correctamente. Tendré que recurrir a la alternativa: romper el código. Cosa que, si la consigo, será motivo de orgullo. El manual dice que descifrar un Playfair por la fuerza bruta «raya los límites de la paciencia humana». Puedo entender por qué: he invertido dos horas en ello esta tarde y la galería ya está alfombrada de cuadrículas de cinco por cinco y dígrafos sin sentido.

Así que sí, se avecina una semana apasionante.

GRABACIÓN DE VÍDEO

SALA DE MÚSICA LUN 4-DIC-1995 01:34:59

La habitación está a oscuras. En un charco de luz proveniente del televisor al fondo, A. está tumbado en el suelo, escribiendo en su diario. NIAMH está acurrucada en el sofá, durmiendo en posición fetal. HELP está dando buena cuenta de la pizza que sobra.

APLAUSOS y sintonía de cierre de *Late Night with Conan O'Brien*.

[A. se levanta, desliza el diario en su bolsillo. Estira los brazos, y a continuación se gira hacia Help.]

A.: Despiértame cuando echen *Beakman*.

[A *Niamh*.] Niamh. Venga; hora de ir a la cama.

[No se mueve.]

¿Niamh?

[Nada. Él se agacha cerca de ella, apoya una mano en su costado.]

Niamh, mira, lo siento. Yo... [*Suspira*.] Tal vez... ¿Preferirías dormir sola?

[Sin abrir los ojos, alarga ambos brazos hacia él.]

Ya, me lo temía.

[Él la coge en brazos (los de ella se enlazan en torno a su cuello) e inicia el largo viaje hacia el dormitorio.]

[A medio camino de la puerta norte, farfullando:]

Estúpida casa de tres putas plantas del terror.

[Niamh ahoga una risilla mientras entran en el área oscura cerca de la puerta.]



4 DE DICIEMBRE

CÁMARA DE SEGURIDAD: OFICINA DE CORREOS DE POINT BLESS

04-12-1995 LUN 09:31

NO HAY AUDIO.

[Una chica mira directamente a cámara. Aros metálicos brillan en sus orejas expuestas; una madeja enmarañada de cabello brota de lo alto de su cabeza y se desmaya en una cascada de rizos, que ha de apartarse de la cara a soplidos dos veces en veinte segundos.]

[El empleado llega a la ventanilla y le entrega un sobre grande. La chica del mohicano lo coge, hace una reverencia y sale retozando cual Pippi Calzaslargas.]

EXPEDIENTE X

13 — EXT. — OFICINA DEL SHERIFF — DÍA

[MULDER sale de la oficina del sheriff hecho una furia; SCULLY le alcanza.]

SCULLY

¡Mulder!

[Atrapándole.]

Mulder, sé lo que estás pensando, y es una locura.

MULDER

[Se gira, enfadado.]

¿Por qué? ¿Por qué cuesta tanto de creer? Hay testigos de premoniciones en sueños desde—

SCULLY

¡En tabloides, Mulder! Los sueños son solo un producto derivado del subconsciente, que tiene su propia conciencia del entorno, pero no el don de la precognición.

MULDER

¿Entonces cómo explicas esto?
[Le tiende el expediente.]

*

SALA DE MÚSICA LUN 4-DIC-1995 10:44:29

A. de pie frente a NIAMH, con un brazo extendido hacia ella, tendiéndole un sobre abierto, mirándose el uno al otro.

*

SCULLY

[Tomada por sorpresa, calmándose.]

Estás invirtiendo la causalidad. Los sueños no provocan sucesos; los sucesos provocan sueños; son las experiencias lo que alimenta al subconsciente.

MULDER

¿Y qué experiencia le enseñó esto a su subconsciente? ¿Cómo puede soñar con algo que está pasando al otro lado del mundo?

*

10:44:53

Misma postura. Niamh pesca la libreta del interior de su jersey y escribe.

*

—Canadá no está tan lejos.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1

Querida tía Liza,

[...] No hay remitente en el paquete, pero el matasello es de algún lugar en Ontario. No hay mensaje escrito; solo fotografías, pero es lógico asumir que esto es lo que acompañaba al telegrama que recibimos el miércoles 29.

Adjuntaré fotocopias de algunas de las fotos. La postal de la finca estilo Nueva Inglaterra aparece etiquetada en el dorso como Sexton Hall, en Alder Parish, Sudbury. Creo que reconozco los árboles a la izquierda.

En la segunda imagen, las niñas gemelas vestidas como hadas para la función escolar son pelirrojas en el original.

En la tercera, la foto de familia en la boda, la pareja es irrelevante. Las mismas gemelas están en la fila frontal a la izquierda, junto al San Bernardo. Las del vestido turquesa.

UN TELEGRAMA

De: Daniel Vasquez
Alder Parish, Ontario, Canadá

ENCONTRADAS! STOP FOTOS EN CAMINO STOP NOMBRES EN DICIEMBRE STOP DIOSCUROS

*

Este es el segundo telegrama que recibimos de un miembro de la Sociedad. (A quién intento engañar; es el segundo telegrama que recibo en la vida.)

En cualquier caso, el primero llegó poco antes de la muerte de Ambrose, enviado por un tal Edward Cutler (o Sófocles) desde Ibiza. Lo acabo de releer; la estructura es similar: «¡Encontrada! Gracias. Ganas de vernos en diciembre.» También anunciaba que mandaba un CD (el que le prohibí a Niamh que volviera a poner, porque cada vez que lo hace soltamos literalmente lo que sea que tengamos entre manos, y hasta Help se pone tan contento que se mea en la alfombra). Luego está la carta de Prometeo (alias Silas W. Long), con fecha de 1 de noviembre, que empezaba con un rotundo «me retiro». Y en último lugar, el fax de Tique en Los Angeles, anunciando igualmente su renuncia. ¿No te dice algo tu sentido arácnido?

Ambrose escribió a Knox: «Como Anfitrión, convoco las reuniones. Los Miembros me informan a mí. Los Archivos los guardo yo.» Estos telegramas y cartas son sin duda los miembros informando.

Strückner dijo que durante la reunión de diciembre a cada miembro se le asignaba una tarea. Diría que Edward «Sófocles» Cutler y Daniel «Dioscuros» Vasquez han

completado la suya. Silas «Prometeo» Long, no.

Luego está la hoja de registro con los veinte nombres en clave. Se titulaba *Informe de campaña 1994*. El número 4, Sófocles, estaba marcado como ¡Encontrado! (La carpeta que contenía el CD y el telegrama de Long estaba rotulada con un 4.) Los números 7 (Cibeles) y 15 (Alejandro) también constaban como «Encontrado». Así que tendría que haber otras dos carpetas numeradas en algún lugar de la casa.

Registramos los escritorios de Ambrose una vez más, esta vez sabiendo qué buscar. Encontramos el número 7, Cibeles. Contenía, entre otras cosas, una copia de una ficha policial de México, con foto incluida.

Su nombre es Amelia Ramos. Es la mujer con el bebé y la recortada en mi bitácora de sueños.

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA LUN 4-DIC-1995 16:39:03

NIAMH concentrada en A., A. concentrado en los papeles y fotos esparcidos por la encimera, embobado.

[NIAMH escribe en su libreta, se lo muestra.]

Te creo.

[A. *sonríe, tristón.*]

A.: ¿Crees que esta gente está cazando sus sueños?

[*Suspira.*]

Bueno, se agradece... Pero claro, tú eres católica. Te crees cualquier cosa.

[*Ella esboza un grito silencioso, y luego tira varios papeles hacia él.*]

[*Riendo.*] ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Tenía que decirlo!

[*SUENA EL TELÉFONO. Ambos echan un vistazo al artefacto alienígena en la pared.*]

[*RING.*]

[*Intercambian miradas.*]

[RING.]

Vale, lo cojo yo.

[Al cuarto RING, él descuelga.]

Hola, residencia de los Wells. [...] Eh, no, señor, no está en casa; ¿desea dejar un mensaje? [...] No, señor.

NIAMH: [*Aproximándose, escribe a toda prisa.*]

A.: Soy Jones. [*Leyendo de la libreta de Niamh.*] Soy el nuevo... ¿aupair?

NIAMH: [*Lo pronuncia en un grito mudo.*]

A.: [*Leyendo sus labios.*] ¡Au pair! Soy el nuevo au pair. [...] Como desee, señor. Tomaré nota de su llamada. De nada, señor. Adiós.

[Cuelga.]

Ha ido bien, ¿verdad?

NIAMH: [*Escribe de nuevo, luego lo muestra.*]

A.: ¿Demasiado británico? ¿Cómo es eso?

NIAMH: [*Articula la palabra para él, sobreactuando salvajemente.*]

A.: [*Leyéndole los labios.*] Jones. [*De nuevo.*] Johns. [*De nuevo.*] Jawns. Jaaawns.

NIAMH: [*Pulgares arriba.*]

CARTA

[Cont.]

El caso es que no necesito alguien que me crea. Necesito a una Scully que me lleve la contraria. Y Niamh ya no puede hacer ese trabajo; está claramente cegada por mi verborrea paranoica a la par que sexy.

Podría recurrir a ti, pero necesitaría a alguien que me diera réplicas de más de tres líneas por carta o una carta cada dos semanas.

No hay problema. Conozco a la persona adecuada.

Besos,

A.



5 DE DICIEMBRE

UNA ENTREVISTA EN *NEUE WISSENSCHAFT*,

MAYO DE 1981 — PRIMERA PARTE

NEUE WISSENSCHAFT: **¿Y por qué bolas de cristal?**

ISAAK DÄNEMARR: ¿Por qué no?

NW: **Parece suscitar conexiones indeseables.**

ID: Entiendo. No lo sé; no le he dado demasiadas vueltas al diseño. Estoy todavía demasiado centrado en los aspectos funcionales para prestar atención a los estéticos. La bola solo es una unidad de contención.

NW: **Como un rollo de película.**

ID: Más bien como un disco de ordenador.

NW: **¿Cuál es la diferencia?**

ID: La película en realidad contiene las imágenes en miniatura. Tanto si usas un proyector como si las miras directamente, se ven. El disco contiene información digitalizada, unos y ceros. Sin un ordenador para procesarlos, no sirve de nada.

NW: **¿Y qué tipo de ordenador necesitamos para leer esto?**

ID: Un cerebro humano.

NW: **Por favor, explíquese. ¿Qué hay dentro de la bola?**

ID: Sin entrar en detalles, es un modelo a escala de una red neural. Por supuesto, «a escala» quiere decir más grande que una real. Contiene una especie de protoplasma sintético rudimentario basado en el colágeno de Opfstau y Hannemann; yo lo llamo neuroplasma. Es un compuesto coagulado formando una especie de tejido espumoso con poros microscópicos, que actúa como el cerebro según lo concibe la teoría reticular.

NW: **Solo para clarificar; ¿estamos hablando de tejido vivo?**

ID: Bueno... orgánico.

NW: **¿Vivo?**

ID: Algo así.

GRABACIÓN DE AUDIO

[*Contra un fondo de conversaciones y removedores de café.*]

A.: Buenos días, doctora.

DRA. BELKNAP: Buenos días. Buenos días. Gracias por venir desde tan lejos. A.: No hay problema. A Niamh le gusta conducir. Y a mí me gusta el sitio.

DRA. BELKNAP: A Ambrose también le gustaba. ¿Seguro que no quiere subir arriba?

A.: No. Ya no necesito terapia. Se lo dije, la tengo a ella.

[*Una ligera demora.*]

DRA. BELKNAP: Muy bien. Vayamos al grano. He leído la bibliografía que me recomendasteis. Suena un poco a... *taumaturgia*, a falta de una palabra mejor.

A.: No sé lo que significa *taumaturgia*, así que me parece una palabra perfecta.

CAMARERO: Buenos días, doctora.

DRA. BELKNAP: Hola, Justin. Café, por favor.

A.: ¿Sabía usted que esas cosas existían?

DRA. BELKNAP: ¿Bolas de cristal? ¿Que contienen sueños? No estoy segura de que existan ni siquiera ahora.

A.: Pero ha leído el artículo de Bianchi.

DRA. BELKNAP: No he visto el artefacto. ¿Lo habéis traído?

A.: No.

DRA. BELKNAP: ¿Lo tenéis?

A.: Sí. En una caja, dentro de una caja, dentro de una caja, en el sótano. Con otras cajas. Nunca entendí esa manía entre guardianes de tesoros y civilizaciones antiguas de poner el ídolo de oro en un altar en una habitación vacía. Es como decirle a Indiana Jones: «Hola, he aquí nuestra posesión más preciada, lista para que la robes.»

DRA. BELKNAP: ¿Como el sitio donde la guardaba Ambrose?

A.: Donde guardaba esta. Hay otras.

DRA. BELKNAP: ¿Dónde?

A.: En una cámara acorazada. La encontramos la semana pasada.

CÁMARA DOMÉSTICA^[9]

La cámara sigue a A. con el mapa, entre el eco de pisadas y los rayos de sol occidental que se escurren por los altos tragaluces. Rodean la bodega, de madera relativamente nueva, donde barriles de roble digieren sus contenidos y jirones de telarañas cuelgan tristemente de las botellas de vino, y avanzan hacia la nave más

oscura del sótano, adonde vienen a vivir los trastos viejos. Y un charco de agua de una fuga al fondo refleja la luz solar y dibuja líneas ondulantes en el techo, y el sótano es verdiazul y frío como una piscina cubierta profanada a medianoche.

A. se detiene junto a un aquelarre de muebles veteranos y cuadros jubilados en la pared sur, consulta el plano otra vez y lo deja caer, y este se enrolla como un pergamino al tocar el suelo. A. aparta un lienzo grande, tumbando otros objetos menores enmarcados que se apoyaban en él, y de detrás del lienzo surge, como la luna tras un eclipse, un círculo de acero inoxidable. Zoom sobre la cerradura startréka en el centro de la compuerta, un disco minimalista del mismo material bruñido, con un cerrojo cruciforme en el que A. encaja la llave cuadricéfala. La cámara acorazada se abre con un resuello hidráulico; A. tira de la enorme puerta y la abre del todo. Mira a cámara en un primer plano, su ojo aún ligeramente rojo como la niebla antes de una tormenta.

A. penetra en la boca abierta, y la cámara le va a la zaga, mirando por donde pisa, Chucks rebasando el alto peldaño de acero, y la imagen se funde a negro.

Clic de un interruptor. Decenas de bolas de cristal sonrían a cámara, sus superficies sombrías despejadas salvo por una pegatina en cada una, todas ellas anidadas en compartimientos cuadrados de las estanterías que cubren la celda circular, llena de viejos archivadores y cajones de madera en armazones de hierro negro, cada uno marcado por una etiqueta manuscrita en un marco de latón.

Una especie de baño para pájaros plano se erige en el centro como un altar.

GRABACIÓN DE AUDIO

DRA. BELKNAP: ¿Cómo sabíais que había una cámara acorazada?

A.: Estábamos seguros de que Ambrose guardaba archivos en algún lado. Además, teníamos los planos; estos delataban la existencia de la cámara.

[Una cucharilla baila en una taza de café.]

DRA. BELKNAP: Y dices que con quitar esa bola de cristal de la habitación, los sueños se acabaron.

A.: No; sigo soñando lo mismo. Más o menos. Pero ahora son sueños de verdad. Han perdido fuerza. Es como... como si mi mente recrease las mismas escenas. No como si le dieran las escenas hechas.

[Conversaciones de fondo.]

No me cree. Venga. Diga que estoy loco; ya no estamos en la consulta.

DRA. BELKNAP: No, no voy a decir eso. Solo que es... difícil de imaginar.

A.: Bueno, usted es psicóloga—

DRA. BELKNAP: Psicoterapeuta.

A.: Lo que sea; tiene que saber cómo funciona. Un artefacto que contiene... sensaciones puras, imágenes, sonido y dolor en crudo que el cerebro interpreta; ¿es una locura?

DRA. BELKNAP: No. Hace miles de años que existe. Se llama «libro».

UNA ENTREVISTA EN *NEUE WISSENSCHAFT*,

MAYO DE 1981 — SEGUNDA PARTE

NEUE WISSENSCHAFT: **Así que puede grabar sueños en esto.**

ISAAK DÄNEMARR: Bueno, está lejos de ser un prototipo refinado; pero sí, he sido capaz de grabar y reproducir. Imágenes vagas, al menos.

NW: **¿Como el caballo rampante de su mentor Karl Hannemann?**

ID: Mucho más que el caballo del profesor Hannemann. Nociones más grandes. Ideas complejas. Incluso cadenas de ideas complejas.

NW: **¿Por ejemplo?**

ID: Verá, es difícil manejar los pensamientos de la vigilia, porque los monólogos interiores tienden a ser dispersos. Pero, por ejemplo, puedo hacer que alguien escuche música, y grabar qué imágenes evoca en él esa música.

NW: **¿Hablamos solamente de vídeo o audio?**

ID: Vídeo, audio, olor, sabor, tacto... [*Sonríe.*] No hay que pensarlo en términos de pantallas o altavoces. No puedo reproducir esos pensamientos en un televisor. Lo he intentado. Se reproducen en el cerebro.

NW: **¡Esto es mejor que el cine!** ID: Lo es. Aunque solo sirve para cortometrajes, por ahora.

NW: **¿Cuál es la capacidad de una bola de cristal? En horas de sueño.**

ID: Segundos. Es difícil de precisar; hasta ahora apenas puedo reproducir nada aparte de los últimos diez segundos grabados. Todo el material previo se pierde. El protoplasma se remodela. Se sobrescribe, en jerga informática.

NW: **¿Quiere decir que el saber sí ocupa lugar?**

ID: Sin duda, claro. No obstante, el cerebro humano es un contenedor flexible, hasta cierto punto. No requiere nuevas neuronas para almacenar las nuevas ideas que recibe. Asocia las ideas viejas a las nuevas. Eso la bola no puede hacerlo; no puede organizar la información o seleccionar parte de ella; se queda con la última cosa que ha grabado. Alrededor de diez segundos.

NW: **Sin embargo, usted puede grabar los pensamientos de un hombre en una bola.**

ID: Sí.

NW: **¿Y transmitir los pensamientos de una bola a otro hombre?**

ID: Sí.

NW: **¿Puede copiar el contenido de una bola a otra?**

ID: Sí.

NW: **Esto es increíble.**

ID: Gracias.

GRABACIÓN DE AUDIO

[La Dra. Belknap y A. discutiendo; las voces se solapan.]

DRA. BELKNAP: Cuando digo «elefante», tú recreas un elefante en tu mente; tu cerebro dibuja un elefante, provocado solo por cuatro sílabas.

A.: No, no me vale; debería ver usted el elefante que veo yo, ¿no lo entiende? Si yo le digo: «Me han arrancado el ojo», y se lo imagina, y trata de experimentar el dolor, y se concentra en ese punto infinitesimal detrás del globo ocular, no sentirá ni siquiera la mitad de lo que le hace sentir la bola. Esos telépatas conductivos o lo que fueran rechazaban explícitamente la palabra. Decían que era solo una sugestión. La bola lo contiene todo. El nervio óptico partiéndose, como un cabello arrancado. La velocidad de un cuerpo cayendo a la Tierra desde la estratosfera. La temperatura dentro de la cama de una chica.

DRA. BELKNAP: ¡Duermes en la cama de una chica! A.: ¡No esta chica, otra!

[Silencio posclímax. Lápiz escribiendo. Un segundo vacío.]

Sí, claro. ¿Camarero? ¿Puede traer otro trozo de tarta de frambuesa? Gracias. *[Cambia; ahora más tranquilo.]* Esto es real; no es confuso como los sueños. ¿Sabe cuando en un sueño estás hablando con tu abuela y de repente se convierte en el cartero? ¿O cuando intentas leer pero las letras no se están quietas? Pues aquí no pasa. Los bordes no están borrosos; todo está perfectamente definido.

[Llega un plato. Se desliza por la mesa hasta el micrófono.]

DRA. BELKNAP: Aún quiero ver esa bola. Pero... de momento, le creo.

A.: *[Muy calmo de pronto.]* ¿En serio? Entonces usted es menos escéptica que yo.

DRA. BELKNAP: Bueno, he hecho mi propia investigación sobre Dänemarr. *[Rebuscando dentro de un bolso.]* Pensé que os interesaría esto. ¿Tenéis acceso a Internet?

A.: Estamos en ello.

DRA. BELKNAP: Esta dirección lleva a una entrevista con Dänemarr en una revista alemana. Formaba parte de una serie de intercambios científicos entre las dos Alemanias en los ochenta. Occidente pareció impresionado.

A.: Guay. Muchísimas gracias.

DRA. BELKNAP: ¿Qué tal lo demás?

A.: Bien. Bien, ya le conté por teléfono. Ni fiebre, ni malas noches...

DRA. BELKNAP: ¿El fantasma?

A.: Sin novedad. Aunque el fantasma era un tema totalmente aparte, creo. No está relacionado con nada de esto.

DRA. BELKNAP: También he repasado el archivo de tu tío. Ya que... ya no soy tu terapeuta, creo que deberías saber que en abril afirmó haber visto un fantasma. En la bañera.

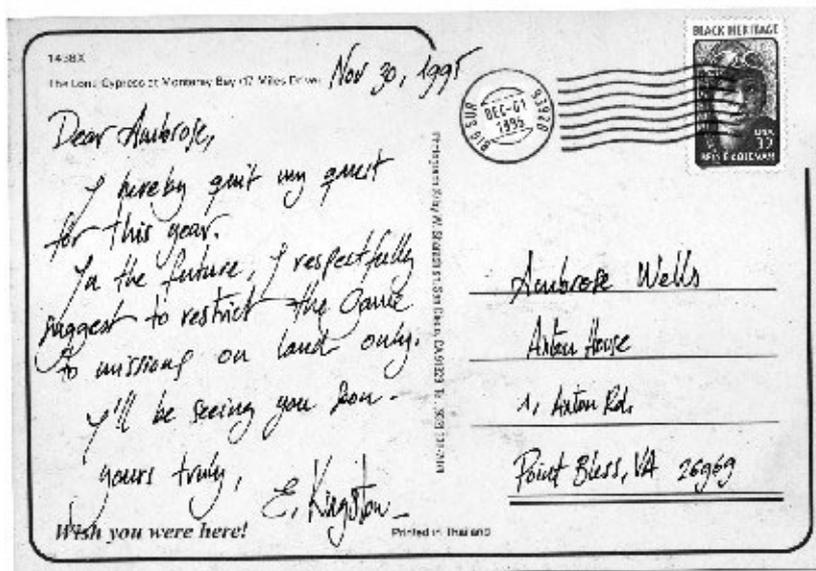
A.: Oh.

DRA. BELKNAP: Una extraña coincidencia.

A.: No crea. La gente que está cerca de morir a menudo los nota.



6 DE DICIEMBRE



«30 nov. de 1995

»Querido Ambrose, por la presente abandono mi búsqueda de este año. En el futuro, sugiero respetuosamente restringir el juego solo a misiones en tierra. Nos veremos pronto. Atentamente, E. Kingston.»

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO M1e 6-DIC-1995 11:37:21

La vista de la cama se encuentra bloqueada por cajas y una marejada de plástico de burbujas. En primer plano, NIAMH está enchufando el ordenador.

GALERÍA Mle 6-DIC-1995 11:37:26

Las ventanas a la derecha se multiplican hacia el fondo de la galería. La cámara está situada a ras de suelo. Un sotobosque de hojas de papel emborronadas, muchas de ellas mostrando conjuntos de cinco por cinco letras, recubre el suelo ajedrezado. En un pequeño claro descansan una libreta, el *Ars Cryptographica* de Mandalay, media botella de Yoo-hoo y A., en la posición del loto, sosteniendo un bate de béisbol detrás de la cabeza.

[*HELP ladra en alguna parte. A. despliega las piernas, se acerca a la ventana y mira a través.*]

A.: [*Moderadamente preocupado.*] Oh, mierda.

[*Se gira, enfrentándose a su maelstrómico espacio de trabajo.*]

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,
[...] Era Curtis Knox.

Servimos té en el comedor; la sala de música estaba muy desordenada. Fue incómodo al principio. Probablemente él no quería hablar con nosotros, y Niamh tampoco quería hablar con él: sigue convencida de que estaba detrás del intento de robo a principios de noviembre. Yo ya casi lo había olvidado —hace cuatro semanas y un defenestramiento de todo aquello— pero para Niamh, él seguía siendo el intruso al que vio huir en la oscuridad. Estaba tensa.

La dejé retirarse a los diez minutos de conversación. Todavía me niego a creer que ese hombre sea capaz de entrar en una casa por la ventana. Puedo imaginarle quitándose el chaleco y arremangándose si la situación lo requiere (por cierto, lucía un bronceado muy impropio para la época del año), pero no para cometer un delito. E incluso si hubiera estado detrás del asalto de alguna manera, estaba claro que pensaba darle otra oportunidad a la diplomacia. Casi seguro que no sacaría una pistola para exigirnos nada. Pagaría a otro por hacerlo.

Así que Niamh se fue arriba a seguir instalando el ordenador mientras nosotros conversábamos sobre el juego de té, el tiempo y la manera en que Internet iba a

cambiar nuestras vidas, entre otras frivolidades. Esperaba que Knox fuera un escéptico de los ordenadores; no lo es. Comenté entonces que me sorprendía que Ambrose no hubiera adoptado esa tecnología.

—¿Ambrose? —dijo—. ¿Por qué tendría que estar interesado en Internet, precisamente él?

—Bueno, para empezar ahorraría un montón en llamadas a larga distancia —contesté yo.

Esa era la señal de «fin de las frivolidades». Knox se inclinó, dejó la taza y el plato sobre la mesa, y su voz se volvió tres grados más británica.

—De hecho —empezó—, eso está relacionado en cierta manera con el motivo de mi visita.

Siguieron unos dos minutos de preámbulo zigzagueante que no conseguí memorizar.

—Lo cierto es que durante algún tiempo he estado esperando un... digamos mensaje póstumo de Ambrose Wells.

Fingí gran sorpresa y me incliné hacia adelante para demostrar lo godzilianamente interesado que estaba.

—Siga, por favor.

—Quiero decir, por supuesto, como resultado de una disposición en su testamento, un encargo, un pacto, si lo prefiere.

—Entiendo —dije, mientras mentalmente remontaba la colección de embustes mutuos que nos había llevado hasta aquí—. Por supuesto —seguí mintiendo—, la muerte de Ambrose fue un shock para todos.

—Usted ni siquiera sabía que existía.

—Lo que hizo mi shock aún mayor. Quiero decir que quizá no tuvo tiempo de disponerlo todo.

—Estoy bastante seguro de que de este asunto se cuidó bien.

—¿En serio? ¿Cuándo fue la última vez que se vieron los dos? —inquirí, a falta de una pregunta mejor.

—El veinte de junio —contestó—. Aun así, nuestros negocios eran más que puntuales.

—Negocios —repetí—. ¿Qué clase de negocios?

—Bueno, eh... estudios que dejó inacabados y que seguramente encomendó a otro que retomase.

—Solo para asegurarme... ¿hablamos de cosas de masones?

Me encantó su contraplano. Ahora hubiera necesitado apuntarme con una pistola muy grande para que le tomara en serio.

—Masones o lo que sea —aclaré—. Entiendo que Ambrose era parte de un círculo de eruditos ocupados en algún tipo de investigación.

—Sí lo era, sí —atajó él—. La investigación es la última de mis preocupaciones, por supuesto; dadas las circunstancias de su defunción, no pretenderé que su mente

no estuviera alterada por asuntos mucho más serios que nuestras tontas aficiones — dijo, y casi me reí antes de darme cuenta de lo inapropiado que hubiera sido eso.

—Ah, así que usted también está en el grupo.

—Bueno, sí, pero a diferencia de mí (y este es el punto que me preocupa), la posición de Ambrose en el grupo le garantizaba ciertos... —la siguiente palabra tardó su tiempo en salir— privilegios... que estaba obligado a ceder a alguien.

—¿Qué clase de privilegios?

—Bueno, una serie de responsabilidades, junto con la posesión de ciertos... instrumentos.

—¿Como una bola de cristal?

(Sí, bueno, tenía que decirlo. No íbamos a estar ahí sentados todo el día.)

Pasó volando un minuto o así, durante el cual Knox se limitó a mirarme fijamente mientras reformulaba su estrategia. Finalmente dijo:

—La habéis encontrado.

—Sí. —Improvise una mentira basada en la verdad—. Encontramos un mensaje de Ambrose referente a esta... «Sociedad». Supongo que aún eran ustedes parte de sus preocupaciones después de todo. Supuse también que esta Sociedad fue la razón de la última visita de usted.

—No me lo había dicho.

—Se lo estoy diciendo ahora. Ese mensaje iba dirigido a la persona que él había designado para retomar sus funciones.

—¿Guarda aún ese mensaje?

—No, lo tiene la persona a quien iba dirigido. Caleb Ford.

Si aquello fue una sorpresa desagradable, no lo dejó ver demasiado.

—Ambrose tenía una dirección suya en Kigali —continuó.

—¿En África? —preguntó. Lo hizo con el tono exacto de Michael Palin en *El sentido de la vida*: «¿Un tigre, en África?»

—Todavía estamos esperando respuesta.

—Pero Kigali solo es una escala en el viaje. Podría estar en cualquier parte de la zona de los Grandes Lagos.

—Lo sé, pero, ¿qué iba yo a hacer si no?

—¿Está usted al caso de lo que está ocurriendo en esa región?

—Eh... Bueno, no vemos la CNN, pero—

—¡Hay una guerra civil! ¡Hay ataques genocidas!

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Knox?

Se aseguró de respirar hondo antes de contestar esta.

—Estoy diciendo, y me apena profundamente hacerlo, que es muy probable que Ford esté muerto.

No parecía muy apenado. Ligeramente contrariado, a lo sumo.

Y a pesar de eso, una vez hube despejado su lenguaje corporal y escuchado su teoría, fui yo el que quedó afectado. Nunca se me había pasado por la cabeza, pero el

escenario no era inverosímil. Ford no había contactado con nadie desde abril. Había algunas llamadas a Ruanda en las facturas de teléfono que examiné hace semanas, pero la mayoría eran breves; probablemente, un mensaje dejado en un hotel, nada más. Y luego estaba la noción de lo que debe de ser hoy en día un hotel en Ruanda. ¿Habría un mostrador con un timbre? ¿Desconchados en las paredes? ¿Hay un hombre uniformado en recepción, o un niño drogado empuñando un AK-47?

—Ya ve —interrumpió Knox—, han pasado ocho meses sin noticias de Caleb Ford. Me temo que tenemos que asumir lo peor. —Bajó la mirada un segundo, logrando al menos parecer honesto—. Modestia aparte, creo que conocía a Ambrose Wells lo bastante para saber que hubiera pensado en mí como segunda opción.

—Jamás consideró esa eventualidad.

—Aun así, si la considera usted, creo que convendrá en que lo más sensato es darme lo que Ambrose pretendía darle a Caleb.

—No sabemos si Caleb está muerto. Si lo estuviera, nos lo habrían dicho. Hasta que no averigüemos qué ha sido de él, mientras no se le declare muerto, acato las instrucciones de Wells.

—Es África. No habrá un certificado de defunción.

—Por lo que sé, hay un gobierno ruandés estable ahora mismo. Hay autoridades; pueden identificar un cadáver.

—¡Debe de haber un millón de cadáveres tirados entre Kigali y Zaire!

—¿Caleb Ford es blanco?

—Sí.

—Entonces su cadáver destacará.

Se levantó de la silla.

—¡Oh, esto es intolerable!

—Cuidado. Está hablando de la voluntad de tío Ambrose.

—Ah, ¿ahora es «tío Ambrose»? ¿Qué fue de lo de «tío abuelo tercero»?

—¡Me regaló esta casa! ¡Le llamaría «papito» si me lo pidiera!

Intercambiamos un par de frases más, pero ninguna tan buena como esa, así que lo dejaré aquí. Knox se marchó prometiendo que se pondría en contacto con Glew, el abogado, para hacerme entrar en razón. Puedo imaginar, sin embargo, lo que dirá Glew: teniendo en cuenta que el mensaje para Caleb se firmó sin testigos, y por tanto no tiene valor jurídico, el testamento de Ambrose prevalece, y este dice que yo heredo Axton House «y todo su contenido». Y la bola de cristal estaba dentro de Axton House.

La pregunta es: ¿por qué quiere *esa* bola de cristal? Por lo que sabemos, solo es un dispositivo de grabación; hay muchos más en el sótano. ¿Qué hace especial a esta bola precisamente?

O mejor aún, ¿*de qué* bola estaba hablando?

Por otro lado, si Caleb está muerto, este puzle que estamos intentando resolver podría

volverse irresoluble. Ambrose seguramente no contaba con esta eventualidad. Quizá ya sospechaba que Caleb estaba en apuros en septiembre, pero no cuando escribió las cartas en febrero, incluido el mensaje cifrado para Caleb. La cadena podría haberse roto del todo.

Nuestra única esperanza es descifrar el código de una vez, y rezar por que la carta nos dé pistas reales. Por ejemplo, ¿qué abre aquella llave Allen gigante que encontramos, qué contienen realmente las bolas de cristal y qué pasa en esta casa al llegar el solsticio de invierno? Sin eso, estamos atascados.

Pero no desesperemos. Nos quedan muchos enigmas por resolver.

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO M1e 6-DIC-1995 23:01:15

NIAMH y A. sentados frente al ordenador, pensando, concentrados.

Muy concentrados.

Mucho rato.

A.: [*De repente, chascando los dedos de la mano que sostenía el mentón.*]
Usa el pollo de goma con una polea en medio.

[*Niamh ejecuta la orden en un par de clics. Ambos miran la pantalla, expectantes.*]

[*Y el público enloquece.*]

¡Síiii! ¡Soy un temible pirata!



7 DE DICIEMBRE

DIARIO DE A.

Sinceramente, creo que hemos probado todas las palabras clave concebibles.

La primera y más obvia era *Caleb Ford* (o *Caleb* o *Ford*), del mismo modo que el mensaje de Esquilo utilizaba el nombre del receptor como clave. Pero tras intentar aplicarla y fracasar, me di cuenta de lo estúpida que hubiera sido esa elección, puesto que cualquiera que interceptara la carta (como nosotros) sabría el nombre de Caleb por el sobre.

Con todo, probamos otras soluciones fáciles, solo por descartarlas: *Ambrose*, *Wells* y *Axton House*.

Por supuesto, igual que el nombre en clave de Strückner era Esquilo, Caleb debe de tener uno también. Sabemos todos los nombres en clave de la Sociedad gracias a aquella hoja de registro; nos falta saber cuál es Caleb. Así que los probé todos: *Leónidas*, *Héctor*, *Arquímedes*, *Sófocles*, *Zósimo*, *Sócrates*, *Cibeles*, *Dioscuros*, *Anquises*, *Elpénor*, *Corebo*, *Fénix*, *Anfiarao*, *Tique*, *Alejandro*, *Asterión*, *Cronos*, *Prometeo*, *Heracles* y *Zeus*. No era ninguno.

También probé *sociedad*, *veinte*, *esfera de cristal*, *bola de cristal*, *sueño*, *pesadilla*, *fantasma* y *Ngara*. Ah, y *Belknap*. Eh, quién sabe.

E incluso probé suerte con *pelirroja*, *horca*, *ojo*, *granada*, *surf*, *cubo de Rubik* y *zapatillas Puma*. En vano.

Así pues, basta de sutilezas: habrá que hacerlo a la fuerza.

*

—Cómo?

—Bueno, según el manual, lo único que necesitamos para atacar el mensaje es una brecha. Un fragmento de texto descifrado.

—Que no tienes.

—No, pero sabemos qué esperar. Más o menos. Había otra carta, la que era para Knox, escrita probablemente el mismo día, para ser leída en el mismo caso, sin cifrar. Debería servirnos de inspiración.

(Meditando.)

—Las cartas se empiezan por la fecha. Primera palabra = «Febrero»?^[10]

*

Pasé la mayor parte del lunes poniendo a prueba esa teoría. Falló. Para medianoche había topado con varios callejones sin salida. Contemplé la posibilidad de que *febrero* se hubiera abreviado en *feb.*, pero esta línea de ataque parecía igual de imperfecta. Además, el método Playfair no ofrece una manera estándar de encriptar números, así que si la fecha está ahí, tiene que escribirse en letras. Y el mensaje solo tiene 256 caracteres; si empiezas con «Quince de febrero de mil novecientos noventa y cinco», casi te has quedado sin espacio antes de empezar.

Por supuesto, Ambrose pudo haberse saltado la fecha. En ese caso, la carta estaría encabezada por la dirección del remitente, «Axton House». Ese camino me llevó medio martes antes de atascarme.

También probé a asumir que las primeras palabras fueran *Dear Caleb* («Querido Caleb»). Ahí se fue la otra mitad del martes.

*

—No creo que empiece como una carta convencional: está obligado a ser breve.

—Pero puede que acabe como una carta. La habrá firmado.

—¿Así que la última palabra es Wells?

—O Ambrose? A.G.W.?

*

De hecho, probé las tres. Más *Leónidas*, el nombre en clave de Ambrose.

Y así desperdicié el miércoles.

GRABACIÓN DE VÍDEO

GALERÍA JUE 7-DIC-1995 11:04:25

Una alfombra otoñal de hojas de papel blancas y sepia se extiende por la galería como propaganda de guerra enemiga.

Un derrotado A. se sienta bajo las ominosas ventanas, haciendo rebotar una pelota de béisbol contra la pared opuesta mientras estudia el mensaje cifrado con su mano libre.

Cuadrículas de cinco por cinco se multiplican por los papeles esparcidos por el plano.

HELP mira la pelota en su ciclo sin fin, de la mano de A. a la pared, de la pared al suelo y de vuelta a la mano.

NIAMH está tocando *Cockles and Mussels* a la harmónica.

[Niamh se guarda el instrumento en el bolsillo, se dispone a pescar libreta y lápiz.]

A.: No te molestes en sugerir nada; no voy a escucharte. *[Tira la bola.]*
Asúmelo, este no es tu campo. Quédate ahí siendo adorable y ya está.

NIAMH: *[Risita muda.]*

[A A. se le escapa la bola. Help la atrapa inmediatamente y se la ofrece a su amo, meneando la cola. A. ignora al perro y se levanta.]

A.: Vale, ¿qué palabras tienen que aparecer en la carta? Es Ambrose dirigiéndose a su mejor amigo, Caleb, desde la tumba; ¿qué palabras es probable que use?

[Niamh comienza a escribir de inmediato; él empieza a andar arriba y abajo, pisando los papeles sin ningún cuidado.]

«Muerte.» «Sociedad», supongo. «Secreto.»

NIAMH: *[Muestra la libreta.]*

A.: *[Leyendo.]* «Bola de cristal», sí, bien. También «amigo». Tiene motivo para ponerse sentimental; con Knox lo hizo. «Te quiero.»

NIAMH: *[Muestra un nuevo vocablo.]*

A.: «Perdón», sí, no está mal. Pero ninguna de estas palabras ayuda; mira.

[Recupera el mensaje, se lo enseña.]

Fíjate en la primera línea; mira cómo empieza. Este dígrafo, LI, se repite.

QH TB AG LI LI OG NE DW ...

Cada dígrafo en un Playfair se codifica de la misma forma, así que esta palabra también contiene una serie de dos letras repetidas, como... «coco». Piensa en palabras como esa.

[Niamh parece considerarlo, pero pronto se desentiende, encogiéndose de hombros. A. reemprende su caminata.]

Está justo al principio; ¿cómo empiezas? No pones la fecha, ni la dirección; no dices «Querido Caleb»; vas directamente al grano.

NIAMH: *[Empieza a escribir.]*

A.: «Ven de inmediato.» O «te necesito».

NIAMH: *[Muestra su frase.]*

A.: *[Parando para leer.]* «*I am dead*», estoy muerto. Vale, tal vez no tan directo. *[Continúa.]* «*If I am dead*», si estoy muerto. *[Se detiene, señala a Niamh.]* No, «*If you read this*», si lees esto, estoy muerto.

NIAMH: *[Dibuja una frase con los labios.]*

A.: Correcto, «*If you're reading this*», si estás leyendo esto. «*If you are...*»

[EPIFANÍA.]

«*If you ARE... READING this!*» *[Frenético.]* ¡Re-re! ¡Eso es! ¡Así es como empieza!

*

Es probable que la frase siga con «estoy muerto / habré muerto» o algo similar, pero la secuencia *if you are reading this* ya es lo bastante larga: tenemos ocho parejas para empezar.

i	f	y	o	u	a	r	e	r	e	a	d	i	n	g	t	h	i	s	?
Q	H	T	B	A	G	L	I	L	I	O	G	N	E	D	W	R	B	R	N

Sabemos que cada dígrafo se ha codificado usando la misma cuadrícula de cinco por cinco letras (que debemos reconstruir), siguiendo estas reglas:

1) Si ambas letras caían en la misma fila de la cuadrícula, Ambrose eligió las de la derecha de cada una. (Regla horizontal.)

2) Si ambas letras caían en la misma columna, eligió las de debajo de cada una. (Regla vertical.)

3) Si no compartían ni fila ni columna, eligió las letras diagonalmente opuestas a

ellas. (Regla diagonal.)

Ahora bien, una propiedad de la regla diagonal es que codifica cada par de letras en dos letras totalmente distintas. O sea que no puede generar la pareja número 3 de nuestra lista, $ua = ag$. Esta tiene que haber seguido o bien la regla horizontal o la vertical, lo que significa que u , a y g compartían o una fila o una columna en la cuadrícula. Lo mismo vale para la pareja número 6, $in = ne$.

Otra propiedad de la regla diagonal es que siempre coloca la primera mitad del dígrafo encriptado y sin encriptar en la misma fila. Un ejemplo: la pareja 5, $ad = og$, sigue la regla diagonal.^[11] Esto significa que a y o comparten fila, y también lo hacen d y g . Por lo tanto, la pareja 5 demuestra que a y g no comparten fila; ergo, la pareja 3 no puede seguir la norma horizontal; tiene que seguir la vertical. Esto nos da un fragmento de la cuadrícula.

FRAGMENTO I

u		
a		o
g		d

(Podría haber otras columnas entre esas dos —de ahí la línea— pero eso no es importante por ahora.)

De forma similar, la pareja 4 ($re = li$), que también está codificada diagonalmente, demuestra que i y e no comparten columna. Por tanto, la pareja 6 sigue la regla horizontal, y así nos da una segunda porción de la cuadrícula.

FRAGMENTO II

r		l

i	n	e

Combinemos el primer fragmento de la cuadrícula con la pareja 7 ($gt = dw$). Esto ubicará las nuevas letras t y w relativas a g y d .

Si la pareja 7 es horizontal

u				
a	o		t	w
g	d			

Si la pareja 7 es diagonal

u		
a		o
g		d
w		t

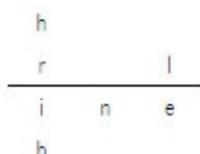
(No puede ser vertical, porque eso requeriría que g y d compartieran columna, y ya sabemos que no lo hacen.)

Vayamos más allá: si lo combinamos con la pareja 2 ($yo = tb$), las letras y y b encajan solo en el segundo caso (el primero queda descartado porque si no, la pareja 2 no seguiría ninguna regla: o y t han de compartir o una fila o una columna).

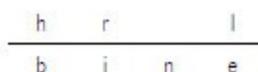


Ahora combinemos el segundo fragmento con la pareja 8 ($hi = rb$). Esto colocará las letras h y b relativas a i y r .

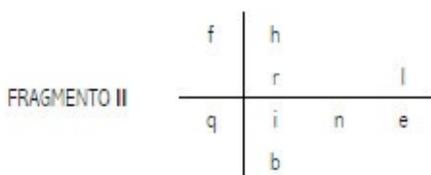
Si la pareja 8 es horizontal



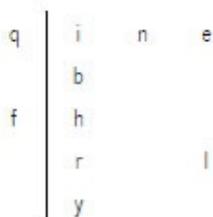
Si la pareja 8 es diagonal



Si combinamos esto con la pareja 1 ($if = qh$), solo el primer supuesto es aplicable. (El segundo no lo es, porque i y h no comparten fila ni columna.)



Ahora podemos fusionar estos dos fragmentos usando su única letra en común: b . Esto es delicado por culpa de las líneas: solo las letras no separadas por líneas están realmente juntas, así que no sabemos cómo están ordenadas. Pero sí sabemos las cinco letras que comprenden la columna de la b : b, h, i, r, y . ¿Cuál queda justo debajo de b ? No puede ser y (el primer fragmento muestra claramente un hueco entre b e y); no puede ser i (está encima de b); no puede ser r (está debajo de h); por lo tanto, es h .



Puesto que hemos establecido que las letras *i*, *n*, *e* van juntas, pero no siguen el orden alfabético, es lógico asumir que forman parte de la palabra clave, así que las ponemos en la fila superior. Y la letra *q* también está en la palabra clave. Y la *q* normalmente va seguida de *u*. En nuestros fragmentos, sin embargo, *u* acarrea *a* y *g*. Así que:

q	u	i	n	e
	a	b		
f	g	h		
		r		l
		y		

Y esto basta para sacar la palabra clave.

LIBRETA DE NIAMH

—Hay algo a lo que doy vueltas desde que hablé con Knox ayer. Le pregunté cuándo fue la última vez que vio a Wells vivo, y contestó que el veinte de junio. Tal cual. Mes y día. ¿Cómo es que recordaba la fecha exacta?

—Cumpleaños?

—Tal vez. Pero hay una respuesta que mola más.

—Solsticio de verano!

—Exacto. Creo que la Sociedad celebraba otra reunión fija; una con los colegas más cercanos de Ambrose: Ford y Knox. Este año, Ford estaba en África, así que solo asistió Knox. Sin embargo, si mantienes reuniones regulares cada solsticio, y has de convocar una reunión de emergencia en medio... ¿Qué hay entre solsticios?

—Equinoccio.

—Lo que significa «reunión no prevista, alerta roja». *Equinox* es la palabra clave.

e	q	u	i	n
o	x	a	b	c
d	f	g	h	k
l	m	p	r	s
t	v	w	y	z

CARTA (DESCIFRADA)

IF YOU ARE READING THIS, I QUIT THE GAME. I ENCOURAGE YOU TO FOLLOW MY EXAMPLE, IN A LESS DRAMATIC FASHION IF POSSIBLE. IT IS NOT A BOURGEOIS PASTIME ANYMORE. SHOULD THE OTHERS FAIL TO SEE THIS, YOU AS THE SECRETARY HAVE THE LAST WORD. AXTON HOUSE, THIRD FLOOR, STUDY DESK, RIGHT THIRD DRAWER. I SHALL TALK TO YOU THERE.

(SI ESTÁS LEYENDO ESTO, HE DEJADO EL JUEGO. TE ANIMO A SEGUIR MI EJEMPLO, DE MANERA MENOS DRÁSTICA A SER POSIBLE. ESTO YA NO ES UN PASATIEMPO BURGUÉS. SI LOS DEMÁS NO LO VEN ASÍ, TÚ COMO SECRETARIO TIENES LA ÚLTIMA PALABRA. AXTON HOUSE, TERCERA PLANTA, MESA DEL ESTUDIO, TERCER CAJÓN DE LA DERECHA. TE HABLARÉ ALLÍ.)

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,
Estamos jodidos. [...]

Un papel en blanco. Eso es lo más parecido a un mensaje que encontrarás en el tercer cajón de la derecha del estudio de la tercera planta.

Hemos puesto patas arriba la habitación —que, por cierto, es una sala más bien oscura, color borgoña, raramente explorada y decorada con grabados sórdidos rollo Gustave Doré—. Representa el último de los espacios de trabajo de Ambrose, el dedicado a sus asuntos personales. Ya lo registramos hace semanas, cuando buscábamos la agenda roja con los veinte nombres. Y eso es lo que me escama: tanta encriptación, tanto secretismo, ¿solo para hacernos mirar en un cajón que ni siquiera estaba cerrado con llave?

Obviamente, Ambrose confiaba en que cualquiera que tropezase con lo que escondía en ese cajón no lo consideraría información vital. Nadie lo hizo después de su traspaso. Strückner tenía su propio mensaje en clave, y si Glew, el abogado, hubiera buscado documentos legales aquí, habría desestimado esta hoja por lo que parece: un papel en blanco, apenas escondido bajo un directorio telefónico, entre un álbum de fotos, una baraja de cartas y un surtido de grapas y clips; aparentemente vacío y, sin embargo, poseedor de una información digna de toda esta conspiranoia.

FRAGMENTO DE *ARS CRYPTOGRAPHICA*, DE SAMUEL MANDALAY

Por mucho que los algoritmos informáticos estén llamados a abrir una nueva era de la criptografía —y seguro que no nos defraudarán— los ordenadores aún tienen un

obstáculo por superar: son conspicuos. Los códigos generados por algoritmos a duras penas pueden ser camuflados o disfrazados de texto llano, y siempre que haya un código visible, eso avivará la curiosidad del enemigo.

Lo que los métodos tradicionales (incluso los más pueriles) aún hacen mejor que los ordenadores es cumplir con la tercera de las reglas de sir Francis Bacon: esconder el código, no solo la información. Acrósticos, rejillas de Cardano, tinta invisible y otras técnicas se han venido usando desde la Antigüedad para ocultar incluso la existencia del texto a ocultar. Los mensajes secretos pueden camuflarse en mensajes más largos, o en el entorno. Hay infinitos patrones de escritura escondidos a nuestro alrededor. Es la imaginación humana la que encuentra nuevas vías, no la inteligencia artificial.

En consecuencia, los ordenadores todavía no pueden garantizar la aplicación simultánea del ABC de la criptografía (aleatoriedad, brevedad, camuflaje; §4.1.1). Mientras sigamos estas normas, los mensajes cifrados manuales seguirán suponiendo un reto tanto para atacantes humanos como mecánicos.

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA JUE 7-DIC-1995 18:11:45

Varios objetos se congregan en la mesa: el papel en blanco preside; sentados alrededor, un platillo con rodajas de limón, un cuchillo, algunas bolitas de algodón, un secador de pelo, y NIAMH.

A., en un taburete, coge una tajada de limón y exprime unas gotas sobre un pellizco de algodón. Entonces, acercándose lo bastante para oler el papel, frota el algodón en él. Niamh aplica calor cuidadosamente con el secador.

[Se echan atrás, como para hacerle sitio a lo que pudiera emerger del papel.]

[Suspense.]

[Rayano en tedio.]

A.: Bah, a la mierda.

[Estruja medio limón con la mano, rociando de jugo todo el papel y media encimera, luego restriega varias bolas de algodón por encima, mientras Niamh subministra calor a máxima potencia.]

[Finalmente, ella apaga el secador y él se aparta del papel, esperando que haya aprendido la lección.]

[No la ha aprendido.]

[SUENA EL TELÉFONO DE LA PARED. Se miran.]

[RING. Ella nivea. Él se levanta a cogerlo.]

[Cascarrabias.] ¿Cómo es que puedes llamar a una ambulancia, pero no puedes decirle a alguien que se vaya a cagar?

[Lo coge al tercer RING.]

¿Sí?

[Mira el auricular. Luego, a Niamh.]

Han colgado.

[Él hace lo mismo. Niamh acaba de escribir algo; se lo enseña.]

*

—Cada vez llaman + a menudo.

—Me he dado cuenta. Añade presión.

—?

—Porque se acerca el solsticio de invierno. Y no estamos ni remotamente cerca de averiguar qué ha de pasar en esta casa. Seguramente vamos con retraso. Y los miembros empiezan a preguntarse si va todo bien.

—Y? Si no lo averiguamos a tiempo, no vendrán. No pasará nada.

—Empiezo a temer que algo pasará de todas formas. Con una bola de cristal o con cualquier otro chisme diabólico escondido por ahí. ¿Y si está previsto que pase en el solsticio de invierno, y no estamos preparados?

*

[Ambos están callados un segundo.]

[O dos.]

A.: [De repente.] Vale, a ver qué tiene que decir Internet sobre esto: maneras de revelar tinta invisible. ¡Ya!

[Niamh salta de la encimera y sale.]

* [Cont.]

Probamos con yodo. De hecho, probamos con Betadine, que debía de hacer el mismo efecto. Pero no hizo ninguno.

Probamos con vapor de amoníaco: llenamos un cubo en la carbonera con dos botellas de amoníaco y le añadimos lejía para hacer subir los vapores, sin resultado. Luego Help asomó la cabeza sin ponerse una mascarilla y vomitó.

Probamos con luz ultravioleta: cogimos el coche, fuimos hasta Clayboro, nos tomamos algo, le conté al barman que el otro día me habían llevado a una disco por ahí cerca que tenía luz negra y no recordaba dónde era, obtuve los nombres de tres clubes entre Clayboro y Virginia Beach, condujimos sesenta y cinco kilómetros hasta el más cercano, pagamos las entradas, nos abrimos paso a codazos hasta el escenario, miramos el papel, nos cagamos en todo, nos tomamos dos chupitos y nos fuimos. El peinado de Niamh causó sensación.

No sé. Tengo teorías, pero no me apetece escribirlas. Pero oye, intervén cuando quieras, eh. No hace falta que esperes a que me tire por una ventana; tus aportaciones siempre son bienvenidas.

Tendrías que abrirte una cuenta de email; mejoraría nuestra comunicación. En cuanto la tengas, házmelo saber a AhoraMeLlamanSrWells@lycos.com. Te echamos de menos aquí en el siglo veintiuno.

Besos,

A.



8 DE DICIEMBRE

LIBRETA DE NIAMH

(En Gordon's.)

—Quizá le estemos pidiendo peras al olmo.

(Se queda mirando mi frase.)

—No tengo ni idea de qué significa eso, pero creo que estamos intentando sacar una respuesta de algo que no puede dárnosla.

—Quizá había un mensaje de verdad y alguien se lo llevó.

—Pero ¿por qué esconderlo en un vulgar cajón sin llave?

—Doble fondo?

—No, ya lo miramos. No tengo hambre; cómete mi tostada si quieres. Ah, ya te la has comido. Bien por ti.

—Quizá Ambrose no es tan listo.

—Si había un mensaje de verdad y lo cogieron, ¿qué hacía allí la hoja en blanco?

—Dónde más guardarías una hoja en blanco?

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA VIE 8-DIC-1995 09:39:25

[RING.]

[HELP trota diligente hacia el teléfono de la pared.]

[RING.]

[Se queda mirando el aparato, ladeando la cabeza.]

[RING.]

[Pasa del teléfono, se acerca a su bol de agua.]

[RING.]

[Slurp, slurp, slurp.]

[No hay ring.]

*

SALA DE MÚSICA VIE 8-DIC-1995 16:24:53

Lluvia salpicando las ventanas, y el suave sonido de naipes patinando sobre la mesa mientras NIAMH prepara una partida de solitario.

[A. entra desde el sur, pasa por su lado sin mediar palabra, se tumba en el sofá al fondo de la habitación, al lado de donde Help descansa acurrucado junto al fuego.]

[El juego sigue.]

16:25:30

[A. reubica las manos enlazadas, de su estómago a detrás de la cabeza.]

[NIAMH coloca el último as que le quedaba en el mazo.]

16:26:04

[La Tierra sigue rotando.]

16:26:05

[A. se catapulta desde el sofá, salta por encima de HELP, cruza la habitación en tres zancadas y colisiona contra la mesa, deteniendo a Niamh con una mano extendida, generadora de gran expectación.]

A.: Dime. Que. No. Has. Barajado. Esas. Cartas.

NIAMH: [Aterrorizada, niega con la cabeza.]

A.: [Jacknicholsonianamente tranquilo.] Bien. Ahora, ponlas exactamente en

el mismo orden en el que estaban.

[*Niamh contempla los naipes sobre la mesa. Coge un as de la primera pila, duda... lo devuelve a una de las columnas. Coge otro as...*]

[*Consulta a A., impotente.*]

A.: [*Hundiendo la cara en la mano.*] Mmmierda.

[*Niamh le mira a él, luego a los naipes, preocupada. Luego, por casualidad, a la cámara.*]

[*Agita el brazo de su compañero.*]

6:44:48

[*NIAMH termina de reagrupar la baraja. A. está ahora de pie.*]

A.: Vale, ahora escucha. El papel en blanco era una pista falsa. Tiene sentido. Es una progresión. Cada código es más difícil que el anterior. El primero fue el mensaje de Aeschylus: nivel básico, pensado para que Strückner lo entendiera. Luego vino el acertijo de «tumbado a la sombra de un árbol», un código personalizado. El tercero fue el Playfair: código profesional usado en la Segunda Guerra Mundial. Y por último, el código invisible, uno que ni siquiera puedes ver. El Playfair solo decía: «Tercer cajón de la derecha.» Y el manual dice que «hay infinitos patrones de escritura a nuestro alrededor». Como una baraja de cartas. Una baraja sin comodines tiene cincuenta y dos cartas, veintiséis negras y veintiséis rojas. Hay veintiséis letras en el alfabeto; ese es el patrón: ¡una baraja contiene dos alfabetos, suficiente para ocultar un mensaje corto!

NIAMH: [*Libreteando.*]

—Me pones TANTO cuando haces eso.

A.: [*Después de leer, divertido.*] Lo sé. Pégate una ducha larga después; ahora escucha.

[*Con una risita, coge un papel en blanco (EL papel en blanco, muy probablemente), mientras A. va pasando las cartas.*]

Vale, estaba pensando en alfabeto negro y alfabeto rojo, pero eso requeriría demasiadas conjeturas si no se ha establecido el orden de los palos. Así que probablemente sea negro para una mitad del alfabeto, y rojo

para la otra. Y... el as de picas normalmente es la primera carta en una baraja nueva, así que digamos que las negras son la primera mitad, de la A a la M, y las rojas van de la N a la Z.

[*Niamh ya está componiendo una tabla de equivalencias.*]

Bien, la primera carta en la baraja tal como la encontramos es la reina de picas. Eso es... la letra L. Luego viene el tres de corazones, que es la N, O... P. «L-P.» Luego, el nueve de tréboles, que es la... ¿J?

NIAMH: [*Doble silbido de advertencia mientras sigue escribiendo.*]

A.: No, la I. Luego, el rey de corazones: Z. «L-P-I-Z.»

[*Niamh le consulta, suspicaz.*]

No pasa nada; son cartas que sobran; no vas a tirar los naipes que no necesitas. Diez de tréboles... Tres de tréboles... Rey de picas...

*

Q♠	3♥	9♣	K♥	10♠	3♣	K♠	9♦	6♠
5♦	7♠	10♥	8♣	Comodin	10♠	A♠	K♣	5♠
6♦	6♥	A♠	3♠	5♥	5♣	4♠	6♣	2♥
8♦	A♥	7♥	2♠	4♦	9♥	Comodin	J♣	2♦
9♠	A♦	J♥	8♠	2♠	Q♥	7♦	7♠	8♥
Q♣	K♦	10♦	3♦	J♠	Q♦	4♣	J♦	4♥

LPIZJCMVFRGWJH[comodin]JAMES SACR
EDFOUNTBQV[comodin]K O I N X H B Y T G U L Z
W P K Y D X Q

*

[*Ambos centrados en el ex papel en blanco; incluso Help parece involucrado.*]

A.: Aquí está; los comodines marcan dónde empieza y acaba el mensaje. Es la única parte que tiene sentido. [*Frunce el ceño.*] Más o menos.

[*Agarra el papel para un zoom in.*]

James, sacred, fount... B-Q-V. ¿Qué significa?

[*Niamh explota de repente, y su silla piafa en el suelo como un caballo loco;*

escribe frenéticamente en su libreta; lo muestra.]

A.: [Lee.] «*La fontana sagrada*, de Henry James.» ¿Eso es un libro?

NIAMH: [Asiente.]

A.: ¿Cómo sabes eso?

NIAMH: [Ni pestañea.]

A.: [De vuelta al papel.] Vale, entonces quizá B-Q-V no son letras; deben de ser los propios números de las cartas. Dos, cuatro, nueve. ¡Eso será la página!

[Niamh brinca sobre la mesa y sale disparada, esparciendo papeles a su paso.]

A.: [Voz de locutor de tráiler.] ¡JUMANJI!

[Todos corren a la biblioteca.]

PÁGINA 249 DE *LA FONTANA SAGRADA*, DE HENRY JAMES^[12]

Querido Caleb,

Siempre encuentro gran consuelo en las palabras de aquel *shifu* de Yunnan que nos contó que el mejor sitio para esconder una hoja es un bosque. Y cuanto más repaso estas páginas en particular más convencido estoy de que esta carta está bien escondida, pues ningún lector en su sano juicio pasaría de la página cien de esta locura momentánea que escribió James. Aquí podemos hablar sin ser oídos. También, dicho sea de paso, con excesivo dramatismo, pero para eso fue creada la Sociedad: para hacer más novelescas nuestras vidas.

Desgraciadamente, en toda historia hay personajes que han de caer por el camino. Si estás leyendo estas líneas, amigo mío, tú eres el protagonista de nuestro relato y yo soy el secundario cuya muerte servirá de ejemplo. Con suerte, no ignoraréis este como hice yo con los de Spears, Dagenais o Wells padre.

No me arrepiento de mucho. Hemos tenido vidas fascinantes, todos. Los lugares que visitamos, la gente que conocimos, las cosas que *vimos*, todo ello está muy por encima de lo que el hombre medio atestiguará jamás. También pagamos el precio: todos sufrimos trastornos del sueño; diecisiete nos sometimos a terapia en algún momento; muchos sufren ataques de ansiedad; algunos han tenido ataques de epilepsia. Esas cicatrices no se irán con el tiempo, pero tampoco la experiencia.

No estoy recomendándoos que lo olvidéis todo. Solo os pido esto: no dejéis que consuma el resto de vuestras vidas. Ya las ha enriquecido y consumido bastante. ¿Qué más iluminación podéis esperar? Durante tres generaciones, mi familia ha

participado en este ritual mágico, lo ha contemplado con asombro y miedo, y yo, con cincuenta años, no estoy una pulgada más cerca de entenderlo que mi abuelo cuando le cayó este regalo del cielo. Jamás dejará de sorprenderos, aunque vivierais mil años. Jamás reparará en vosotros. No hay meta en esta carrera. Podríais parar ahora mismo, descansar; reuniros antes de Navidad y compartir buenos recuerdos. Ojalá nuestra Sociedad viva en paz muchos años.

La reliquia de los Wells es tuya; dispón de ella libremente. Estrabón guarda el año pasado y la llave del corriente. El pasado es competencia de nuestro Historiador; el presente, solo tú sabes dónde encontrarlo.

No hay instrucciones para ti, Caleb. Solo estas palabras de mi parte, escritas con buena fe. Los muertos no pueden dar órdenes; solo susurran.

Ha sido un placer vivir esta aventura contigo. Adiós, amigo mío.

Ambrose G. Wells

LIBRETA DE NIAMH

(Tras unos 5 minutos.)

—Qué ES Estrabón?

—Un geógrafo griego del siglo uno. El libro de la biblioteca del que tiras para abrir la puerta secreta era un volumen de la *Geografía* de Estrabón, pero eso ya lo sabíamos.

—Y?!

—Y... nada. Eso es todo.

*

GALERÍA VIE 8-DIC-1995 17:30:23

Las muchas ventanas lloran gotas de lluvia. HELP, NIAMH y A. están sentados en el suelo playfaireado, esperando a que la página 249 de *La fontana sagrada* de Henry James les diga algo más.

*

—Todas estas pistas conducían a NADA?

—Bueno, conducían a la habitación secreta de la biblioteca, pero ya reventamos esa sorpresa. No seguimos los pasos en el orden que tocaba.

—Quién es Historiador?

—Curtis Knox. Esos son los rangos de la Sociedad: Ambrose es el anfitrión; Caleb, el secretario; Knox, el historiador.

—«Pasado y presente»?

—Cuando el anfitrión murió, dividió el legado entre secretario e historiador. Lo hizo porque quería acabar con la Sociedad: un imperio dividido es más difícil de perpetuar. «El año pasado» es la bola de cristal que encontramos en la habitación secreta. Pertenece a los archivos, es decir la cámara acorazada del sótano, donde están las demás bolas de cristal, las cuales son el pasado, el cual es para Knox. Pero ya hemos estado allí también. No sirve de nada; es un catálogo de pesadillas. La llave al presente debe de ser aquella especie de llave Allen que encontramos en la habitación secreta, pero no sabemos qué abre. Caleb lo sabe.

—Entonces esperamos a Caleb?

—Empiezo a pensar que Knox tenía razón, Niamh. Caleb no salió de África.

CARTA

Axton House
Axton Rd. 1
Point Bless, VA 26969

Querida tía Liza,

[...] En resumen, volvemos a estar jodidos.

Como siempre, estoy abierto a tus sugerencias. Si por un casual estuvieras interesada, digo. No es que todo esto te concierna ni nada.

Besos, A.

GRABACIÓN DE VÍDEO

GALERÍA VIE 8-DIC-1995 18:06:29

HELP apoya la cabeza en la pantorrilla de su ama, compartiendo la

depresión. Una ociosa mano derecha de NIAMH le rasca suavemente, mientras la izquierda mantiene *La fontana sagrada* abierta para que uno de sus ojos lo lea por enésima vez. (El otro está escondido tras el mechón de cabello que se derrama sobre su cara.)

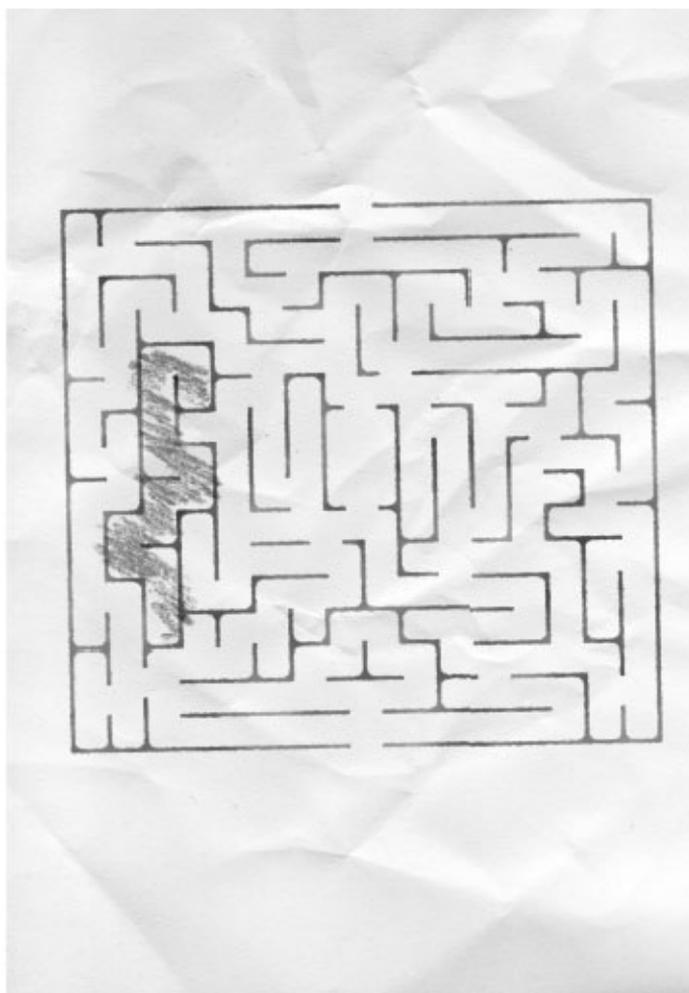
Mientras, la línea visual de A. hace tiempo que ha descendido en espiral cual F-16 tocado hacia la ciénaga de papel malgastado que cubre el ancho entero de la galería: docenas y docenas de hojas con cuadrículas de cinco por cinco, párrafos infestados de consonantes y mapas especulativos de un laberinto. Las gotas de lluvia espían a través de las ventanas góticas.

[A. pesca un papel. Uno de los mapas.]

A.: Niamh... ¿Has dibujado tú este laberinto?

NIAMH: [Asiente.]

A.: [Su dedo apuñala el dibujo.] ¿Cómo llega uno aquí?





9 DE DICIEMBRE

CÁMARA DOMÉSTICA

Jirones de nubes fantasmagóricas pasan buceando frente al ojo de la cámara, entre las figuras en movimiento y los pasillos verde eléctrico del laberinto. A., en cazadora roja, va en cabeza, con la cámara espiando por encima de su hombro el mapa dibujado a mano, mientras Help pasa trotando por su lado, ávido de aventuras, cruzando sin ninguna ceremonia la entrada, olisqueando el seto. La cazadora roja llega a una abertura, señala a la izquierda y luego sigue su propio índice, cámara en ristre, y la bruma va retrocediendo según avanzan, y un silbido admonitorio, muy cerca del micro, ordena a Help no entretenerse, y así la cazadora roja, la cámara, el cuadrúpedo y la calle de muros verdes transcurren en silencio hendiendo la niebla, pero la cámara teme, y más tarde confirma, ojeando por encima de su hombro embufandado, que la niebla solo finge franquearles el paso, pues les acecha y vuelve a cubrir los metros que ya han caminado, como el mar Rojo cerrándose después de pasar Moisés y su pueblo. Y en otra intersección, la cazadora roja apunta a su izquierda y sigue, y poco después gira a la izquierda y llegan todos a un callejón sin salida. Donde el hombre consulta un mapa y la cámara espera y el perro huele y reclama por micción la tierra que acaban de conquistar.

«Teóricamente ha de estar al otro lado de este muro», dice A.

DIARIO DE A.

Tiramos la bufanda de Niamh por encima del seto y atamos un extremo a una rama. Luego caminamos alrededor, manteniendo la misma pared a nuestra derecha. Tras lo que parecieron kilómetros, nos reencontramos con la bufanda; el extremo atado. Así que sí: hay una zona cerrada dentro del laberinto.

Aún tenemos que descubrir por dónde solían entrar los miembros de la Sociedad. Debe de haber un hueco entre dos árboles en algún lado, pero Help sugirió que era más rápido arrastrarse.

La sección cerrada resultó ser frustrantemente parecida al resto: más opresivos muros verdes y un solo corredor. Este serpentea entre el follaje, inundado de niebla que siempre acecha una esquina más allá.

Zigzagueamos en dirección oeste. Parecía más corto en el mapa. Hacia el final, el camino describe una media vuelta y termina en un callejón sin salida, pero la pared

en ese giro oculta algo más que árboles. Alguien ha abierto un agujero en el seto, pero no hasta arriba, para evitar que el hueco se vea desde el cielo. Y en ese umbral se erige otra estatua erosionada, una con el atractivo de haber sido menos contemplada: un hombre con cabeza de toro.

No hay inscripción en el pedestal. No hay espacio para pasar entre la estatua y el seto, pero se puede completar la media vuelta para verle la espalda. Aquí es donde nos dio un vuelco el corazón: al descubrir un discreto agujero hexagonal entre los omóplatos del minotauro.

Fue la recompensa perfecta a nuestra fe. Y al hecho de haber traído aquella llave Allen gigante que encontramos en la habitación secreta.

Niamh introdujo la llave en el agujero. Un cerrojo hizo clac en el interior del torso de mármol. Giró la llave un cuarto a la derecha. Los engranajes se pusieron en marcha dentro del esqueleto del monstruo. La piedra gruñó.

Cuando corrimos a la parte frontal de nuevo, se había abierto un resquicio en el pedestal. Tela de araña y moho lo mantenían sellado. Quitamos la losa y la tiramos al suelo. Un objeto esperaba dentro del pedestal.

Niamh lo tocó.

Al milisegundo siguiente había sido lanzada como un maniquí sobreabrigado contra el seto a su espalda, atravesándolo literalmente con la cabeza.

La desincrusté y la ayudé a levantarse; le temblaban las piernas. Me miró, en shock, a través de un millón de sombras atrapadas en sus pupilas.

Utilicé mi chaqueta para extraer el tesoro; para entonces ya había adivinado que se trataba de una bola de cristal. Para el shock eléctrico, sin embargo, no tenía explicación. Niamh me contó que en realidad no había notado electricidad; no le dolía la mano; solo había sentido un espasmo. No hizo falta mantener a Help apartado de la bola; la rehúye.

La envolví en mi chaqueta y volvimos para casa.

CÁMARA DOMÉSTICA

El hombre camina más pegado a la cámara esta vez, demasiado para que esta le enfoque, y la niebla también está cerrando filas, dejando ver apenas cinco metros de corredor verde más allá. Entonces Help sale corriendo, esfumándose entre la bruma, y cuando el crujido de patas sobre hojas secas casi se ha extinguido en la distancia, estalla en ladridos furiosos.

Entonces el hombre dice «mierda» y la cámara y él echan a correr, doblan a la derecha en el zaguán del laberinto y se asoman a la salida, donde por fin el seto desaparece, y la niebla recede, y los ladridos continúan, y la gris mansión gótica se divisa al fondo, así como el jardín desnudo, y un coche blanco aparcado enfrente, y un hombre victoriano esperándoles, apuntando un revólver a la cámara.

*

Una llovizna helada escogió acompañarnos.

Era una situación verdaderamente incómoda, estar allí de pie, ambas partes obviamente poco deseosas de disparar o ser disparadas. Solo los ladridos de Help nos distraían de la tensión.

—Suelta lo que tienes en la mano —dijo el hombre al fin.

—Se puede romper.

—No se romperá.

Lo solté, junto con la chaqueta, que echaba mucho de menos ahora, bajo la lluvia.

—Tal vez deberíamos hablar —sugerí.

—¿Dónde está Ambrose? —preguntó. Su bigote se crispó al pronunciar el nombre.

Señalé Axton House con la barbilla.

—Saltó por la ventana del dormitorio en septiembre.

Su rostro ascendió a un nuevo nivel de tensión. Era rubio y con los ojos azules, con un aire juvenil, aunque cansado.

Añadí:

—En serio creo que deberíamos hablar, señor Ford.

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA SÁB 9-DIC-1995 11:14:01

El té está listo. Un servicio para tres espera en una bandeja sobre la encimera.

NIAMH le da galletas a HELP.

A. consulta el reloj, de brazos cruzados, recostado en el fregadero.

DIARIO DE A.

Le dejamos en la sala de música, leyendo la página 249 de *La fontana sagrada* junto al fuego mientras preparábamos té. Le debíamos eso, al menos: una carta del difunto, y cinco minutos a solas para llorarlo.

Entramos en la sala carraspeando (los que tenemos esa habilidad) para darle tiempo a recomponerse, cosa que hizo visiblemente. Tenía el tipo de cara infantil donde la tristeza suele dejar una huella más profunda. Al principio, me pareció una especie de Dr. Watson, ingenuo con un fondo heroico. Ahora acababa de descubrir

que su Sherlock Holmes había fallecido.

Un poco por crear conversación, inquirí:

—¿Qué tal África?

—El infierno en la Tierra. Gracias por preguntar —contestó.

(Más tarde supe que se había pasado ocho semanas en una embajada sin apenas personal ni, de hecho, paredes, esperando la repatriación.)

Una cucharilla cayó tintineando de la mano de Niamh mientras servía el té. Le pregunté si se encontraba bien. Ella empezó a andar, trató de apoyarse en el piano, no lo consiguió y cayó dulcemente de bruces al suelo, con su mano inútil tocando una coda dramática en el teclado.

Corrí hacia ella, le hablé, pero apenas intentó mantener los ojos abiertos.

—Tranquilo —dijo Caleb desde la mecedora donde se había acomodado—. Solo necesita dormir. La ha tocado, ¿verdad?

—¿Qué importa eso? ¿Cómo puede hacer que te quedes frito?

—No es el Ojo el que lo provoca; es un mecanismo cerebral de autodefensa. Ha visto demasiado; su cerebro está exhausto.

—Me ha dicho que no había visto nada.

—Es justo lo contrario. Ha recibido una cantidad tan formidable de información tan rápidamente que no se ha dado cuenta. Pero su memoria a corto plazo está al límite de capacidad. Su cerebro tiene que detenerse y entrar en fase REM para hacer limpieza. Échela en el sofá y ya está; tendrá sueños más bien agitados.

Para entonces Niamh había perdido el conocimiento completamente, así que la llevé al sofá. Help se sentó a su lado y no se movió durante toda la conversación, una de las más largas que he tenido en la vida.

—¿Cómo sacasteis el paradero del Ojo a partir de esto? —preguntó Caleb, refiriéndose al libro de James.

—No lo sacamos. Niamh dibujó un mapa del laberinto; notamos que había una sección cerrada. Nos colamos.

—¿Y la llave?

—Estaba en la habitación secreta.

—¿Cómo encontrasteis la habitación secreta?

—Mismo método: trazando un mapa del piso.

—Qué poco ortodoxo —fue su comentario.

—Ya, bueno, encuentro sus protocolos un poco excesivos. Se toman ustedes muchas molestias para esconder sueños.

—¿Perdón?

Por primera vez aparté la vista del rostro de Niamh.

—Grabaciones de sueños. Lo que guardan en esas bolas de cristal. Esferas. Ojos —aventuré.

Se me quedó mirando una vez más, mientras su bigote se retraía con una mezcla

de interés y escepticismo a la que me estaba acostumbrando.

—Los dos habéis hecho un montón de trabajo —destacó— y, sin embargo, no creo que hayáis captado ni la mitad.

—Por favor, ilumíneme. Estoy sinceramente interesado.

Él dejó pasar su turno.

—Por otro lado, podría averiguarlo yo mismo —pensé en voz alta—. Si algo tengo, es tiempo.

—No tanto —señaló.

—Oh, ¿quiere decir hasta la reunión del solsticio? Bueno, si no se me permite saber de qué va, no veo por qué debería tener lugar en mi casa. Quizá deberían buscarse una nueva mansión. Y nuevos artefactos.

—Pero esta carta me lega los artefactos a mí.

—Una carta no sellada sin testigos ni valor legal.

—Ambrose quería que yo los tuviera.

—Ambrose quería que usted llegara antes que yo. Ambrose quería que Strückner interpretara las instrucciones correctamente. Pensándolo bien, tampoco es que tuviera tan bien planeado todo esto de la sucesión. Ahora soy el propietario de Axton House y de todo su contenido. Eso incluye la llave, el archivo del sótano y las bolas de cristal.

—Esa no —dijo, señalando a lo que se sentaba en su propia silla, aún envuelta en mi chaqueta.

Niamh emergió de su coma como un delfín arponeado. Corrí a tranquilizarla, para disuadirla de intentar gritar. Diez segundos más tarde se me había vuelto a caer dormida en los brazos. Caleb permanecía totalmente impasible. Le estudié una segunda vez. Era difícil imaginarle en una zona de guerra en África. Me recordaba a uno de esos personajes de los *westerns*, probablemente el relojero del pueblo o un chupatintas de la compañía del ferrocarril: alguien que viste de *tweed* en el desierto y del que la gente se ríe porque lleva las uñas limpias. Apuesto a que las llevaba limpias en Ruanda. Y pese a todo ello, pese a su cara redonda y sus maneras suaves, estaban esos surcos profundos alrededor de sus ojos azules que lo confirmaban: yo *estuve allí*.

—Vale, me rindo —dije—. Por favor, cuéntemelo. ¿Qué hace distinta esa esfera?

Empezó a contestar apresuradamente, entonces se detuvo en la primera sílaba. Lo reescribió mentalmente, y luego lo descartó. Intentó una nueva estrategia, buscó una ruta alternativa. Esta le eludió. Yo mantuve mi cara más receptiva todo el rato.

Entonces se acordó de su maleta, el único objeto que había traído de su coche después de devolver el revólver a la guantera. Se la puso en el regazo, abrió la cremallera, sacó una carpeta. Había un post-it en la cubierta, con el número «12». Rebuscó en su interior y decidió compartir una fotografía.

—¿Te resulta familiar este hombre?

Era un varón negro con el pelo corto en una foto cutre de carné de conducir, con

una pared blanca de cal al fondo.

—No.

Asintió, comprensivo, mientras me quitaba la foto y me daba a cambio una de diez por quince en blanco y negro.

—¿Qué me dices del de la derecha?

Vi a dos hombres blancos en un embarcadero. El de la derecha. *El cirujano con la bata empapada de sangre fuerza las pinzas entre el ojo y la cuenca.*

Me encogí de dolor y me cubrí el ojo derecho en un acto reflejo.

—Veo que le conoces.

Creo que tartamudeé por primera vez en mi vida desde la pubertad.

—¿Cómo coño...?

—Era un sudafricano de ascendencia bóer; estudió medicina en Bloemfontein. A principios de los ochenta se unió a una comunidad de jóvenes afrikáners que pretendían asentarse en el norte. En la práctica acabaron viviendo de la hospitalidad tribal y acumulando drogas chamánicas. No sé cómo, él acabó en Ruanda con psicosis permanente. Aprovechó el genocidio del año pasado para practicar cirugía creativa.

Me incorporo y agarro el cráneo del cirujano y le hundo la cara en una gradilla llena de jeringas con las agujas para arriba.

—¿Eso ocurrió de verdad?

—Vi su cadáver. Quiero decir el del médico. Jamás encontré el cuerpo del torturado, pero no creo que viviera mucho más después de eso. Los Fénix rara vez ganan más de un par de minutos de prórroga.

Siento la brisa a través de mis dedos dentro de la cavidad, me abro paso a tiros por el pasillo, soldados negros con kalashnikovs desparraman sus sesos inútiles por las paredes.

—Esto es imposible.

—Supongo que tienes otras carpetas como esta —dijo.

—Sí —mi mente estaba descentrada, distraída por recuerdos atroces de guerrilleros quemados vivos—. Números 4 y 7. Y creemos que el 15 está aquí en algún lado, pero no lo hemos encontrado.

—El 15 llegó temprano este año; ya estará archivado —fue su comentario, como quien habla del tiempo—. El número 4 era la chica de la música tecno, ¿verdad? Pegadiza. ¿Así que Cutler la encontró?

—Mandó un CD. —Yo seguía frotándome los ojos, tratando de apartar las interferencias—. El número 7 —balbuceé— era una mexicana con un bebé. Alguien mandó una ficha policial. Una mujer exactamente igual que ella.

—Igual que ella no. Debía de ser ella.

Bajé la vista hacia Niamh; se retorció en mi regazo.

—¿Qué le ha pasado? —volví a preguntar—. ¿Qué ha visto dentro de la esfera?

—Nada. No se mira dentro de la esfera; la esfera mira al exterior. Es un ojo.

Y señaló, y yo miré, el objeto espantoso que habíamos rescatado del minotauro, espiando desde su escondite bajo mi chaqueta.

—Siempre tiendo a dar más crédito a las cosas cuando las leo impresas —dijo, levantándose—. Permíteme; Ambrose tiene buena bibliografía sobre el tema.

FRAGMENTO DE *RELIQUIAS DE UN MUNDO MAYOR*, DE G. L. BURGESS. NUEVA YORK, 1957

Sin embargo, como decía Berkeley, «la historia, no solo el mito, desafía el materialismo». El pasado que se describe en las crónicas antiguas está poblado por ideas, no objetos ni sujetos. Es mera especulación abogar por la existencia de tales objetos a partir de alusiones en libros. Ese espejo que todo lo ve, que el historiador bizantino Georgios Hamartolos creía en posesión de Alejandro Magno, puede ser o no ser el mismo que Herodoto y Dion Crisóstomo atribuyeron a Gaumata el Mago. O el espejo de Gaumata podría ser de hecho la «ventana omnividente» en lo alto de la Torre de los Gobernantes cerca de Erzurum, que según Plinio el Viejo (*Historia Natural*, xxx.103) permitía divisar el universo entero «sin empequeñecerlo». (Esta torre, por cierto, podría ser la que Galland ubica en Etiopía.) En 1666, Borellus (*Alquimia*, XIII) tomó de Plinio el adjetivo *omnividens* para describir una bola de cristal en el ignoto palacio de Amber, dentro de la cual «morán los reflejos de todas las criaturas vivas del universo». Aquí el francés podría estar citando a Zósimo de Panópolis, quien afirmaba haber visto un objeto así en un templo escita; o a Abulfeda, que lo situó en Amr, Iberia, y aseveró que era «el ojo de un dios pagano». Avicena retomó esta leyenda y la enlazó con la del Aliph, un orbe «del tamaño de una mota, que contiene el universo entero en su interior». En la era moderna, sir Richard Burton y von Slatin aún registran la mezquita de Amr en el noreste de Turquía. La idea de un cristal que todo lo ve ha sobrevivido siglos y mutaciones para irrumpir en el presente en forma de ruinas. Pero en palabras de Berkeley, «las ruinas pueden haber sido siempre ruinas; algunos esqueletos humanos jamás fueron hombres».

FRAGMENTO DE *DE LOS CÍRCULOS EXTERNOS*, DE V. LAURENTIS. LUCERNA, 1679

Y de entre estos aparatos empleados por hechiceros, espejos y bolas de cristal pueden ser usadas cuando sus dueños quieren vigilar á sus enemigos; pero algunos artefactos tienen mente propia. Los cristales son usados para ver á través, mientras otros cristales son ojos y ven por su voluntad. Y de estos ojos algunos no espían solamente á hombres, sino á demonios y ángeles y cosas prohibidas que á los hombres no se los permite ver. Y por esta razón *El libro de Yael* avisa: «Condemnación á aquel que ve á través del Ojo, pues el Ojo ve adentro de su alma y pesa el bien y el mal que hay en

ella. Y si encuentra mal en su corazón, las pesadillas lo perseguirán y el conocimiento del mundo secreto trepará por su alma como arañas.»

FRAGMENTO DE *DIARIOS DE UN VIAJERO*, DE F. RAYNAL. LONDRES, 1908

25 de septiembre— Por la mañana temprano, mientras Iskandar y su hijo discutían la ruta, hice un bosquejo del ominoso cielo amarillo sobre el mar Negro. Se decantaron por guiarnos tierra adentro a lo largo de la frontera, que en esta escarpada región de montañas afiladas como cuchillas no es más que una línea en el mapa, traspasada libremente por contrabandistas turcos y gitanos rusófonos.

Habíamos andado apenas unas yardas cuando el camino se volvió dolorosamente inclinado, pasando de valles sombríos a vistas magníficas en cuestión de minutos. Desde una de estas últimas divisamos otra aldea de cuevas al otro lado del río Yavits, e insistí en explorarla. Tan pronto como abordamos la larga cuesta arriba, los habitantes emergieron de incontables agujeros en las paredes de roca, como termitas corriendo a defender su nido, y a nuestra llegada los niños se lo pasaron en grande acariciándonos las ropas y parecieron inmensamente divertidos por mis anteojos, mientras mujeres sin velo nos ofrecían comida y agua. No pudimos sino rendirnos a su hospitalidad, así que nos quedamos para el almuerzo, que consistió en puré de legumbres, queso, pan y té. Gaumont ofreció whisky a los ancianos, pero estos rehusaron. Todavía acataban algunas tradiciones islámicas, y sin embargo muy pocos chapurreaban algo de árabe.

El aire se estaba enfriando cuando vadeamos el río y volvimos a la ruta principal a través de la cordillera de Samzic. Gaumont divisó unas ruinas claramente bizantinas y de nuevo hablamos de las muchas culturas afluentes que han moldeado este país, desde el imperio Romano de Oriente, tan distinto a su homólogo occidental, a los persas, otomanos y rusos. Una hermosa prueba de este colorido substrato la encontramos en el paso de Azidz: era la Mezquita de Amr, mencionada por sir Alistair Boleskine en el último volumen de sus *Viajes asiáticos*. La mezquita (el nombre es excesivo) no es sino un peristilo cuadrado santificado dentro de las ruinas de un palacio bizantino más grande. El imán estuvo encantado con nuestro interés en la rota y, sin embargo, poderosa arquitectura, y nos guio escaleras abajo hasta los cimientos: restos de una obra más antigua sobre la cual se construyó el palacio. Gaumont quedó patidifuso al contemplar esos arcos protoislámicos, claramente anteriores a Mahoma y a Jesucristo.

Entonces el guarda me cogió de la mano y me guio hasta el extremo más profundo. Confieso que me sentí incómodo deambulando entre aquellas arcadas y pilares, cuyo número era estimable en infinito en la oscuridad, a ciegas salvo por el vacilante halo de luz de la antorcha del guía. El techo resquebrajado vertía incesantes chorros de arena dentro de la cámara, hasta el punto de que en ese extremo el suelo se

había elevado y los capiteles habían descendido al alcance de mi mano y las bóvedas estaban ennegrecidas por las frecuentes visitas de antorchas. El imán se detuvo junto a un pilar y me indicó que apoyara la mano en el capitel. Aunque en aquel momento era ya consciente de un extraño sonido vibrante en la oscuridad, no recordé hasta más tarde la mención de sir Boleskine sobre el prodigio inexplicable que estaba a punto de presenciar: mi mano palpó tan solo piedra antigua, y sin embargo dentro de esa piedra sentí lo que solo puedo describir como el latido frenético de un corazón. Mi guía lo llamó el Orbe de Alá, y explicó que se mantenía dentro de la piedra para que ningún hombre pudiera ver a Dios a través de él. Pero una vez al año, en el amanecer del día más corto, el Orbe se toma un minuto de descanso. Entonces un hombre puede mirar dentro y el Orbe rememora a veinte personas de su elección, y esos veinte algún día serán recibidos por Alá en el paraíso.

*

Había otros dos libros, que Caleb había traído sobrestimando claramente mi dominio del latín. Me limité a hojearlos por encima y echarlos al montón.

—Chorradas —concluí.

—Sé cómo suena.

—No hablo de cómo suena; hablo de lo que es. Suena peor.

—¿Crees en Dios?

—No, ese es el departamento de Niamh. Yo soy el racional.

—¿Crees en fantasmas?

Suspiré, ni que fuera para aminorar el ritmo.

—Es difícil no hacerlo, en esta casa.

—Oh, así que le has visto.

—*La* —corregí—. Es una chica.

Se levantó, en la manera resuelta de un profesor de historia. El fuego en la chimenea le conjuntaba bien. Yo seguía en el sofá, con la delicada cabeza de Niamh sobre el regazo. Mi mano derecha jugueteaba con los *piercings* de su oreja.

Pidió permiso para fumar, se lo concedí y comenzó a llenar una pipa.

—Esa esfera —empezó, señalando la silla con mi chaqueta y el enigmático objeto brillante debajo— llegó a Horace Wells en 1892.

—¿La desincrustó del pilar?

—¿Qué? Oh, no, la que estaba debajo de la mezquita sigue allí, hasta donde yo sé. Hay más de una. La Suda habla de cinco; nosotros sabemos de tres. Esta se la trocó por un revólver a un preso fugado en Bombay, donde estaba destinado su padre. Advirtió que el intocable la había traído envuelta en ropa y llevaba guantes; en cuanto Horace la tocó con los dedos desnudos entendió por qué. Se pasó un año entero

acarreándola por toda la India, hasta que, al regresar a Bombay, un erudito le contó lo que era.

Encendió su pipa. Apestaba de forma muy elegante.

—Esa es la versión de los Wells. En la que contaba mi abuelo, el fugitivo le habló del Ojo; luego Wells erró durante un año buscándolo, y a su regreso a Bombay conoció al erudito. En ambas versiones esto sucedió el veintiuno de diciembre. Es cuando vio a los primeros Veinte.

—¿Veinte qué?

—Veinte personas. Veinte visiones. Veinte sueños, tal como has dicho, que le obsesionaron para siempre. Puedes leer sus notas sobre ellos si lo deseas; están en el archivo. Los Wells guardan notas de cada Veintena desde 1892.

—¿Qué veintena? —insistí—. ¿De qué está hablando?

—Los elegidos por el Ojo —contestó pacientemente, y señaló la bibliografía a mis pies—. Los recuerdos del Orbe de Alá mientras se toma su minuto de descanso anual. Durante el año, el Ojo no muestra más que destellos y sombras. Tocarlos no causa más que un calambrazo, y luego eso. (*Señalando a Niamh.*) A través de un aislante, puede percibirse una secuencia atropellada de imágenes y sonidos y olores a una velocidad inimaginable; luego, segundos después, ocurre eso también. (*Señaló a Niamh de nuevo.*) Pero cada año, en el alba del día más corto, el Ojo detiene su frenética actividad durante un minuto, y en ese momento puedes tocarlo. Entonces escoge veinte acontecimientos del año pasado; veinte hitos a lo largo del camino (al menos, según su criterio enigmático) protagonizados por veinte personas en cualquier parte del mundo. Una DJ en Ibiza. Un traficante de armas en Liberia. Una atracadora de bancos en México. Una víctima del genocidio en Ruanda. La mayoría son remarcables, de un modo u otro. Muchos parecen triviales. Algunos son deliciosos para los sentidos. Otros son tan atroces que eclipsan al resto. El Ojo, al parecer, les olvida enseguida y vuelve a su vigilancia meticulosa. Pero el hombre que ve lo que los Veinte vieron, que siente lo que los Veinte sintieron, no olvidará tan fácilmente.

—Espere, espere, espere, espere un momento —le corté—. ¿Me está...? ¿Está diciéndome que todo lo que la bola muestra ocurrió de verdad?

—En algún lugar del mundo, en algún momento de 1994.

—Vi... a una persona caer desde como cincuenta mil metros, estrellarse en una isla tropical y levantarse y andar, como si tal cosa. ¡Vi un esqueleto jugando al póker! Caleb se limitó a asentir y fumó, en paz.

—Durante siglos —empezó— las fuentes que hablan del Ojo describían perplejas sus visiones como criaturas o monstruos. Por supuesto, si el Ojo escogía a un esquimal, un sioux o un aborigen australiano, para los peregrinos musulmanes en el templo de Amr eso debía de parecer metraje de otro planeta. Ahora el mundo ya está totalmente cartografiado, o eso cree el profano. Así que por cada veintena, incluso dentro del reino de lo extraordinario, solo hay tres o cuatro que parezcan prodigiosos.

—Señor Ford —insistí—. Un. Esqueleto. Jugando. Al póker.

—Lo mejor del Ojo es que no es solo una cosa extraordinaria. Es una ventana a cosas extraordinarias.

Supongo que esperaba que mi sentido común sencillamente se derrumbara bajo el peso de los muchos argumentos que podría esgrimir en contra de eso.

—Así que ya está —dije—. Una bola de cristal lo muestra, así que debe de ser verdad.

—Tu tío no necesitaba más —replicó, triunfal—. ¿Sabes por qué estamos aquí? Porque Horace Wells consiguió localizar una casa encantada que le mostró el Ojo. La niña Ngara fue el número diez en 1896.

Con eso se volvió a sentar, antes de añadir:

—Los dieces son todos fantasmas, por cierto. ¿Ese chico en África, este año? ¿El que mira por encima de su hombro? Eso que sintió era un fantasma.

No dije nada. Y él se meció en su silla y siguió fumando como un feliz hobbit.

—Una hazaña notable, a decir verdad —divagaba ahora, como cabría esperar de un sabio mucho más viejo—. Encontrar a un diez. Los Elpénores se retiran temprano.

Yo tampoco entendí una sola palabra.

—O sea que es verdad —dije, para reconducir la conversación a niveles de absurdidad más tolerables—. Los Wells compraron esta casa porque estaba encantada.

—Entre otras razones. Ya en 1900, Horace Wells se había dado cuenta de que consagraría su vida al Ojo, a intentar resolver el misterio de los Veinte. Necesitaba un lugar tranquilo, un bastión para mantener seguro el Ojo y medios para financiar su investigación. Así que se mudó a América, tierra de fortunas rápidas.

—Y escogió la casa que traía un fantasma de serie.

—¿Tú no hubieras hecho lo mismo?

—Sí —respondí sin dudarlo.

—¿Y por qué? —interrogó, acusándome con su pipa como un fiscal.

—Porque conocer a la niña Ngara es lo más interesante que me ha pasado en la vida.

—Ahora hablas como un Wells —dijo, arrellanándose en su asiento—. Ahora entiendes por qué el Ojo obsesionó a Horace, por qué nos obsesiona a nosotros. Es una de las pocas cosas en el mundo que traspasa las fronteras de nuestra comprensión, que escapa abiertamente al consenso humano de lo que es real, lo que es posible. No una nubecilla invisible de ectoplasma ni un fenómeno abstracto cuestionable: un objeto real, palpable, que desafía la lógica. Es un intruso salido de los mitos. Una reliquia del pasado mágico que ha sobrevivido hasta nuestra era.

»Horace Wells no tenía ningún reto en su vida. Hijo de un oficial británico, cultivado, remotamente religioso. Su camino estaba pautado; su vida sería completamente mundana; no esperaba sorpresas. Y entonces la India le dio una. Un objeto divino. *El ojo de un dios*, dicen algunos; ¡como si el ojo de una deidad no

fuera una deidad en sí! Puso el universo de Wells patas arriba. ¡Le permitió atisbar lugares extraordinarios, gente imposible, cosas trascendentes!

—Y naturalmente, quiso algo más que atisbos.

—¿Y quién no? El Ojo no solo ve; hacia el final del año, juzga. Por primera vez se oye a una entidad superior al hombre, un dios, *hablando*. ¿Cómo ignorarlo? Cualquiera haría lo que hizo el viejo Wells: consagrar su vida a buscar a los que el Ojo eligió, a participar de su grandeza, quizá incluso a merecer la atención del Ojo. Por primera vez, alguien fuera de un antiguo libro sagrado está diciéndonos lo que espera del hombre.

—Que tan pronto es resolver cubos de Rubik o entregarse al amor homosexual como robar, matar o mutilar —apunté yo.

—El Ojo no conoce moral —citó él, no sé a quién—. No es como ninguna de las religiones conocidas. No es un objeto sagrado convertido en instrumento de poder por sacerdotes que se inventan normas para mantener a la gente encadenada. Es el objeto sagrado y punto. Es un dios... y un puñado de seguidores intentando entender lo que quiere decir.

Pausamos.

—Por como lo explica, empieza a parecer menos una sociedad secreta que una secta.

—Podría serlo —admitió—. El Ojo de Amr, el descrito por Raynal, se encuentra en un templo. Tenemos motivos para creer que todos los ojos existentes están relacionados con ese; se dispersaron en algún momento de la historia. Deben de haber sido venerados en algún momento. Hoy son poco más que una leyenda, y ni siquiera una conocida. Algunos miles en el mundo deben de haber leído sobre ello, unos pocos cientos lo han visto... y por lo que yo sé, solo veinte personas han registrado sus veredictos anuales durante el último siglo.

—Que es cuando Horace Wells fundó la Sociedad.

—No la *fundó*, en realidad. La Sociedad del Ojo se formó sola. Creo que al principio Horace solo quería compartir la revelación. El tesoro era demasiado grande para un hombre solo. Así que cada solsticio de invierno, había alguien nuevo asistiendo al momento decisivo; es decir, la resolución, el momento del año en que el Ojo habla. Mi abuelo estaba entre los primeros. Spears y Dagenais también: nuestras familias zarparon juntas de Inglaterra. Pero por aquel entonces no era una sociedad: el Ojo era solo la excusa para una reunión navideña. Por supuesto, vieron la conveniencia mágica de expandir el grupo a veinte personas. Era un buen número: un número elegido. Lo alcanzaron en 1908.

—Y supongo que en ese momento pareció lógico distribuir las tareas: veinte visiones para veinte miembros.

—Insisto, en esa época probablemente no las llamaban tareas. Pero sí, antes de 1910 los deberes habían empezado. A cada miembro se le daba una visión con la que trabajar; su objetivo era ponerla en contexto, encontrar dónde en el mundo, quién en

el mundo. Igual que Horace Wells hizo al encontrar Axton House.

—¿Había un premio?

—No. Supongo que la perspectiva de conocer a un elegido, hablar con él o ella, ya era bastante atractiva. No es que él o ella fueran a tener mucho que decir; no son conscientes de su relevancia cósmica. Hoy en día, sin embargo, ya ni nos planteamos conocerles; si llegas a fin de año con un nombre, ya es una victoria.

—Parece todo un reto.

—Y una adicción. Se convierte en una actividad a tiempo completo. Apenas puedes reducir las horas que le dedicas; además, soñarás con ello igualmente. En cuanto pudo, Wells dejó su trabajo de ingeniero de ferrocarril, vendió sus acciones en alza (cosa que, por cierto, le salvó de la Depresión), compró tierras aquí y se convirtió en uno de esos personajes ociosos de Jane Austen cuyo único trabajo es escribir cartas. Otros miembros hicieron lo mismo. He ahí por qué la Sociedad no se fundó: sucedió. El Ojo se quedó con sus vidas, así que ¿por qué no formalizarlo al menos? Algunos aún eran británicos, al fin y al cabo.

—Así que la Sociedad es solo... un intento de racionalizar una obsesión.

—Y nuestra obsesión es racionalizar el Ojo. En la Sociedad unimos fuerzas para resolver nuestro problema común: ¿Qué es este objeto, qué nos está diciendo? La Sociedad es como una terapia de grupo. Compartimos la admiración y la aversión que nos produce el Ojo. Le quitamos hierro.

—¿En serio? —intercalé yo—. Porque vistos desde aquí, con sus códigos y su secretismo, parece más bien que se recreen un poco.

—Al contrario —se opuso dócilmente—. El secretismo es necesario, por supuesto; un objeto extraordinario sigue siéndolo solo en la medida en que no es divulgado. El resto solo es nuestra vena melodramática. Nos divertimos a la manera británica, con reuniones sociales y normas estrictas. Para los fundadores, hacía la obsesión más fácil de gestionar. La convirtieron en un juego.

—Un pasatiempo burgués —citó.

—Ciertamente. No todo el mundo puede permitirse un juego que consuma tanto tiempo. O recursos. O salud.

Niamh se estaba agitando en sueños, su cabeza en mi regazo, las yemas de mis dedos rozando el vello tras sus orejas. Help yacía a su lado, con la cabeza gacha y los ojos fijos en ella.

Caleb se encendió una nueva pipa. Su tono había caído una octava o dos.

—¿Sabes esa gente joven que parece más mayor, como si estuvieran gastados? —preguntó amargamente—. Es un rasgo típico en nuestro grupo.

Me hizo gracia que lo mencionara, ya que yo había resuelto, en algún pasaje no muy interesante de su exposición, que Caleb Ford parecía un anciano de cuarenta y dos años. Él culpaba al cansancio. Yo diría que su ropa ayudaba.

—Pero irónicamente —continuó—, la fatiga nos da más ganas de volver aquí

cada año; si no por el Ojo, por el consuelo de estar entre colegas. Luego, habiendo brindado con viejos amigos, repetido antiguos ritos, expresado nuestras preocupaciones y cenado copiosamente, consultar el Ojo parece lo más natural.

—Ah, ¿sí? —Estaba recordando la carta de Prometeo. Decía que tenía ganas de ver a Ambrose de nuevo, pero no mostraba mucho entusiasmo por la reunión.

—El Ojo solo habla un minuto al año. La ocasión es demasiado excepcional para ignorarla. Nadie en toda mi vida ha declinado una invitación a una reunión —dijo con una sonrisa.

—Al menos, no verbalmente —contraataqué, sin sonrisa alguna.

Sus ojos volvieron a *La fontana sagrada*. Los míos, a Niamh.

—¿Qué pasa cuando alguien deserta? —pregunté, escogiendo con cuidado la palabra.

—Tenemos una lista de candidatos, por así decirlo, personas a quienes los miembros recomiendan, basándose en la relación personal y la disponibilidad. En el caso de Wells o el mío, la pertenencia es hereditaria. Pero eso ya es infrecuente. La mayoría no tenemos familia. El juego nos roba demasiado tiempo.

Este aire de derrota le echó encima algunos años de más. Como la pipa, y la mecedora.

—¿Cómo lo permiten? —me pregunté.

—Oh, es inmensamente gratificante cuando ganas. Créeme. No estoy saltando de alegría ahora mismo porque acabo de saber que mi mejor amigo se tiró por una ventana. Pero tener una visión, saborearla, diseccionarla, extraer una pista de ella, situarla en el espacio y en el tiempo; luego viajar a un país, una región, y finalmente encontrar a la persona correcta... compensa. Mirarles y maravillarse por su singularidad, que pasa inadvertida a todo el mundo a su alrededor, incluso a ellos mismos. Justifica las pesadillas, lo justifica todo. Es como una pequeña victoria sobre el Ojo. Designó a alguien en el mundo; señaló a un hombre entre seis mil millones. —Se giró y señaló su maleta—. Y yo le he encontrado. Se llamaba Julien Mugiraneza.

—La víctima de tortura —dije, recordando el carné de conducir que no había conseguido identificar—. Era un tutsi. Pero dice usted que ahora está muerto.

—No importa. He encontrado a una persona especial. He ganado.

—Igual que... ¿los números 4, 7 y 15?

—Sí. Cuatro victorias este año.

Entonces se quedó callado. Después de un rato añadió, dedicándole una mueca a la ironía:

—Hubiera sido un buen año después de todo.

—¿Alguna vez han encontrado a los veinte?

—Ni en sueños —dijo, con una risa ahogada y triste—. Seis es el récord actual. Y ahora es más fácil que nunca. Antes no había bolas de cristal.

—¡Oh! —exclamé, atisbando el inicio de un nuevo subcapítulo—. Así que las otras son solo bolas de cristal.

—Sí, no tienen nada de místico. Son artefactos para grabar creados por el hombre; contienen cada visión desde 1973; algo por lo que nuestros padres hubieran matado. Todo empezó cuando el Ojo llevó a Ambrose y a Curtis al Bloque del Este. Tú quizá no lo sepas, pero no era nada fácil viajar allí por aquel entonces; tenías que tener un muy buen motivo. En fin, en Berlín Este conocieron a un grupo de neurocientíficos—

—¡Dänemarr!

—Muy bien —reconoció, ciertamente impresionado—. El doctor Dänemarr estaba buscando un medio para transmitir señales eléctricas que suscitasen ideas concretas en el cerebro, sensaciones sin estímulos, como lo que ves, oyes y hueles en sueños. Ambrose y Curtis le escucharon y pensaron que el Ojo encajaba en esa descripción. Por supuesto, el secretismo prohibía hablar de ello, pero concluyeron que hacer una excepción beneficiaría a la Sociedad. Intercambiaron cartas con Dänemarr, y le recomendaron algunos libros, como el que acabas de leer. Dänemarr visitó a Ambrose en el 72. Ambrose le devolvió la visita en el 73 y Dänemarr le mostró un prototipo. Una bola de cristal. Con sus recursos jamás llegó mucho más allá; no puede grabar más que un minuto de actividad onírica, y de una forma caótica, siendo generosos. Sin embargo, resulta idóneo para nuestras necesidades. Quizá porque la señal eléctrica del Ojo es más clara que la del flujo de pensamiento humano, las visiones quedan registradas hasta el más ínfimo detalle. Así que Ambrose elogió su trabajo y se ofreció a comprarle más bolas de cristal.

—O sea, que Ambrose patrocinó la investigación de Dänemarr.

—En cierto modo, sí. Sus prototipos no han evolucionado mucho, pero tampoco han empeorado. Han supuesto una ayuda incalculable. Antes del 73, solo podíamos volver a ver las visiones en sueños, pero los sueños, como sabrás, favorecen únicamente las imágenes más impactantes de cada veintena.

—Mucho asesino de la horca y poca colegiala *tomboy* en el tejado —susurré tristemente.

—En aquel entonces nos poníamos el despertador a intervalos entre sesenta y noventa minutos, el tiempo habitual entre fases REM, a fin de rescatar los episodios más sutiles tal y como los soñábamos. Eso era todo lo que teníamos: sueños y apuntes. Los primeros minutos tras la resolución eran cruciales. ¿Has leído alguna vez una bola de cristal?

Me costó un rato entender que se refería simplemente a tocar una. Recordé la primera que encontramos, en la habitación secreta, cómo le acerqué un dedo y las imágenes me asaltaron.

—Eso era una grabación —dijo, señalando mis pensamientos—. Leer el Ojo es más intenso. Imagina despegarte de eso, coger papel y bolígrafo y empezar a

escribirlo antes de que se desvanezca. Todavía lo hacemos, pero tener una copia de seguridad es muy tranquilizador. Luego comparamos notas; si a alguien no le salen veinte, es que se ha perdido uno en un parpadeo, o ha mezclado dos. Entonces los discutimos mientras aún están frescos: ¿alguien ha reconocido un punto de referencia claro, un idioma, quizá una cara? Rara vez una persona pública se cuele en la lista; pasa con los quince muy de vez en cuando. Y finalmente, cuando los veinte están claros, se hace el sorteo.

—¿Sorteo?

—De tareas. Para asignar los roles.

—Roles —coreé. Tenía ganas de llegar a este punto—. ¿Se refiere al anfitrión, al secretario, y todo eso?

—No, eso son más bien cargos. Yo soy el secretario, vitalicio o hasta que renuncie. Los roles cambian cada año.

—Leónidas, Héctor, Arquímedes, etcétera —volví a suponer.

—Correcto. El rol que te toca decide en qué visión trabajas: Leónidas coge la primera, Héctor coge la segunda, y así sucesivamente. Los nombres son una aportación relativamente moderna. Una de las primeras de Ambrose, de hecho; él era el que tuvo la educación clásica.

—Sé que Ambrose era Leónidas; ¿cuál es usted?

—El duodécimo. El Fénix —respondió, como si yo tuviera que haberlo inferido. Supongo que podría haberlo hecho. Solo dos días antes le había dado por muerto en África. Ahora estaba aquí, en mi sala de música, volviendo a prender su pipa, que tendía a extinguirse en los monólogos más largos.

Luego caí en el significado real: Fénix. *Estoy en la oscuridad un millón de años oyéndoles reírse de mi ojo. Entonces despierto y los mato.*

—Exacto —dijo Caleb. Yo no era consciente de haber dicho nada en voz alta—. Los números doce son invariablemente de los peores. Por eso hacemos el sorteo; nadie quiere ser el Fénix. Aunque todos compartamos y soñemos con todos y cada uno de los Veinte, es bastante distinto centrar tus esfuerzos en la colegiala o en el hombre torturado.

—Espere, espere, espere, espere otra vez —rogué, con mi mente pulsando el botón de pasar rápido las escenas de la fuga kalashnikov en mano y la explosión del tanque de gasolina—. ¿Quiere decir que... todos los números doce son lo mismo?

—Pásame ese libro —dijo Caleb, con un suspiro que parecía indicar que por fin se estaba apiadando de mi desconcierto—. El de las correas metálicas.

Se trataba de uno de los libros en latín que yo había fingido leer. Recordaba haber reparado en él en la biblioteca hace días, compartiendo anaquel con otros volúmenes megalíticos. Las tapas de cuero estaban rematadas con correas; las páginas, gastadas, se habían vuelto finas como piel de cebolla, y de un color no muy distinto. La tipografía era pequeña y gruesa, con esas minúsculas en forma de gancho.

—Los Wells eran los que convivían con el Ojo, así que lo estudiaron de cerca. Antes de que la Sociedad alcanzara veinte miembros, Horace había descifrado algunos patrones, como «la décima visión siempre es alguien que no puede ser visto»: la niña Ngara en 1896. Los números doce son personas al borde de la muerte que de repente escapan: el tutsi, el año pasado. Los números trece son personas vivas que pueden ver fantasmas.

—La pareja en el campo de amapolas —dije—. Ella era un fantasma.

—Te diste cuenta. Con el tiempo, Horace desentrañó el criterio del Ojo.

Giró el libro hacia mí, abierto por un punto con texto en la página izquierda y un grabado en la derecha. Este mostraba a un hombre desnudo sosteniendo una lanza. El estilo me recordó a los cuadros en el estudio de arriba.

—Los Veinte de cada año se corresponden con los veinte signos de un canon milenario descrito en fuentes bizantinas y persas, como una especie de zodíaco, derivado del brahmanismo hindú, en cuyo contexto representaba las distintas etapas en la senda de la evolución espiritual. Primero, el Guerrero.

Noqueo a los dos policías en menos de cinco segundos.

—El Guardián.

Cojo la granada. Le falta la anilla.

—El Sabio.

Toco el piano, pulsado las teclas de una en una, y escribo ideogramas.

—El Genio.

Presido el altar entre la multitud líquida y las luces ultravioletas.

—El Mago.

Leo bajo el repicar de cacharros de cocina. Al yupi se le caen los palillos.

—El Noble.

El libro cae de mi mano. Oigo el trino de una fuente por la ventana.

—La Madre.

Moscas estúpidas revolotean entre mi recortada y los cajeros.

—Los Gemelos.

Lanza la piedra a los dientes del hombre repulsivo que me sujeta.

—El Amante.

Huelo su cabello, la nieve en las plantas de mis pies se derrite en el interior de la cama.

—Alma.

El hombre africano se gira de golpe, ve a través de mí; su piel me siente.

—Huesos.

El océano nos escupe a mí y a mi tabla de surf a la tempestad de nubes cromadas.

—El Fénix.

Disparo al tanque de gasolina; la bola de fuego engulle a los guerrillas.

—El Oráculo.

La amapola se desensambla con un beso de su piel diáfana.

—La Fortuna.

Coloco una palabra griega de trece letras sobre el tablero de Scrabble.

—El Rey.

Estrecho su mano negra; un hotel explota entre las azoteas desvencijadas.

—El Monstruo.

Le clavo en el suelo con la horca, veo reventar sus órganos.

—El Lobo.

Me arranco los tubos; un pequeño Estigia de sangre resbala por mi muñeca.

—El Cangrejo.

Sostengo dos cincos. Cara de póker.

—El Coloso.

Impacto sobre la isla como un meteorito. El cemento se quiebra.

—Y el Dios.

Resuelvo el cubo de Rubik. Ella me sonrío.

Caleb cerró el libro.

Sentí una inexplicable alegría.

—¿Alguna pregunta más? —concluyó.

Mi mente estaba abarrotada. Sentí que había tenido un sueño lúcido estando despierto. Sentí que estaba alucinando. Sentí que había demasiada gente en mí. Tenía que esperar a que se desvanecieran.

—¿El esqueleto era *Huesos*?

—No, *Huesos* es el número once; era el surfista. El esqueleto era el Cangrejo. No preguntes por qué.

—¿Por qué?

—Mira, llegamos hasta donde podemos, ¿vale? Solo es un canon; el número y el orden general encajan, pero algunas correspondencias son obvias y otras no. El Rey siempre es alguien con poder; los Sabios son científicos; los Genios son artistas. La Madre es una madre, raramente un padre; los Gemelos son gemelos, a veces solo hermanos. Las Almas son invisibles. Los Lobos suelen ser gente despertándose. Los Cangrejos son... probablemente no humanos. Y los Colosos y los Dioses... jamás les hemos encontrado sentido, la verdad.

Para deleite de Help, Niamh estiró las extremidades como una montañita monísima y se forzó a levantarse. Escribió en su libreta, en una caligrafía inclinada como si las letras se estuvieran durmiendo o cayendo como fichas de dominó: «*Me he perdido mucho?*»

Le mostré la grabadora. Niveó.

Puesto que llevaba unas horas bastante tranquila, le recomendé que se fuera a la cama. Antes de salir, escribió una frase de despedida para Caleb. Él se levantó y se inclinó.

—Es usted muy amable, señorita —dijo—. Yo también estoy contento de haber vuelto. Por favor, váyase a la cama; se sentirá mucho mejor en un par de horas.

Help la escoltó hasta la habitación.

Caleb y yo nos quedamos en la sala de música. Aunque nuestra conversación había ocupado la mayor parte del día, según el carrillón, yo aún no estaba satisfecho. Caleb no se había vuelto a sentar; estaba de pie junto a una de las ventanas francesas. Mirando la ventana, no a través de ella.

Se giró y apoyó una mano en una silla cercana. No para sostenerse, más bien para reconfortar a la propia silla.

—Debería contactar con Curtis Knox de inmediato.

Me di cuenta de que llevaba semanas reteniendo un mensaje de Ambrose a Knox. Tendría que arreglar eso. E inventarme una excusa.

—Knox está convencido de que usted ha muerto —dije mientras tanto.

—En ese caso, le traeré noticias del más allá —contestó, con una expresión vicepresidencialmente vacía—. Un mensaje de Ambrose. Tenemos mucho de que hablar.

—¿En serio? ¿De qué hay que hablar? Knox parecía decidido a seguir adelante. ¿No piensa usted igual?

Se volvió hacia mí.

—¡Por Dios, Ambrose está muerto!

La observación, aunque obvia, merecía un silencio. Me quedé en el sofá, impertérrito.

—Discúlpeme si me paso de la raya —empecé—, pero esto debe de haber ocurrido antes. ¿Cuántos suicidios, solo desde que usted es miembro?

Bajó la mirada, vergonzoso.

—Dos confirmados. —A continuación, resuelto—: Pero esto es distinto. Ambrose quiere que paremos.

—Claro; a los demás les daba igual.

—Ahora te estás pasando de la raya —me reprendió.

—Espere, puedo pasarme aún más: Ambrose no se suicidó. Lo dice en sus cartas. Esto fue un accidente. Una esfera grabada en la habitación secreta cayó de un estante y rodó hasta la pared, haciendo contacto con una tubería de gas. Las esferas tienen una carga eléctrica de cuatro a cinco voltios; lo medimos. La carga se transmitió por la tubería hasta el dormitorio de arriba y al dosel de latón. El dosel actúa como una especie de antena, irradiando a quien esté en la cama. Ambrose no soñaba como los demás miembros: recibía subliminalmente las grabaciones una y otra vez. Él pensó que sus pesadillas se estaban volviendo más vívidas este año, y sentía el fin cerca porque tenía la edad de su padre cuando dio el salto, pero fue la sobreexposición lo que le mató.

Por débil que pareciera como consuelo, la idea pareció echar raíces en la mente de

Caleb. Él también se dio cuenta; trató de rebelarse.

—Poner fin a la Sociedad con su propia vida no fue un impulso espontáneo. Lo tenía planeado desde siempre. Eligió no casarse. Eligió no tener hijos. Quería cortar el hilo.

—Eso pensaba en febrero, cuando escribió esas cartas —luché—. Pero murió en septiembre. Tuvo siete meses para cambiar de idea.

—¿Cómo sabes que lo hizo?

—¿Qué demonios estoy haciendo yo aquí si no!? —exclamé—. Si quería cortar el hilo, ¿por qué acudió a mí? ¿Por qué de repente empezar a buscar un familiar en otro continente? ¿Por qué legármelo todo a mí después de haberle dado las llaves a usted? Él quería esto. ¡Quería que tuviéramos esta discusión!

Con esto acabé mi exposición.

Caleb cogió una silla, esta vez para sentarse en ella. Yo le sustituí de pie junto a la ventana, y no dije nada.

Unos dos minutos más tarde, le oí pescar un papel de entre el caos de rejillas de cinco por cinco y naipes que polucionaba la mesa. Había recuperado la hoja de registro con los nombres en clave.

—Esto tiene que actualizarse —dijo, al tiempo que se sacaba una estilográfica del bolsillo del chaleco.

Espié por encima de su hombro mientras rellenaba algunas casillas con su caligrafía decimonónica.

—Prometeo... quiero decir, Silas Long mandó una carta diciendo que se retiraba —le chivé—. Y también Tique, Ken Matsuo. Y un tipo llamado Kingston; mandó una postal esta semana.

—Kingston... —reflexionó—. Era Corebo, creo; buscaba al surfista. Marcado.

—Aparte, un tal Vasquez mandó fotos de las gemelas pelirrojas. Las encontró en Ontario.

—¿Vasquez encontró a los Gemelos? Un buen año, ciertamente.

El documento ha quedado así:

Informe de campaña 1994, diciembre

1	Leónidas		<i>Fallecido</i>
2	Héctor		<i>En el terreno</i>
3	Arquímedes		
4	Sófocles		<i>ENCONTRADO Ibiza, España</i>
5	Zósimo		<i>En el terreno</i>
6	Sócrates	<i>(Caído)</i>	
7	Cibeles		<i>ENCONTRADO Sonora, México</i>
8	Dioscuros		<i>ENCONTRADO Ontario, Canadá</i>
9	Anquises		
10	Elpénor		<i>Retirado</i>
11	Corebo		<i>Retirado</i>
12	Fénix	<i>(Caído)</i>	<i>ENCONTRADO Kamembe, Ruanda</i>
13	Anfiarao		
14	Tique		<i>Retirado</i>
15	Alejandro		<i>ENCONTRADO Monrovia, Liberia</i>
16	Asterión		<i>En el terreno</i>
17	Cronos		
18	Prometeo	<i>(???)</i>	<i>Retirado</i>
19	Heracles	<i>(Betty)</i>	<i>Retirado</i>
20	Zeus		<i>Retirado</i>

—«En el terreno» significa que el buscador está viajando al paradero probable —explicó Caleb—. «Retirado» significa que ha abandonado. Siempre te queda esa salida si estás totalmente perdido o exhausto. Mucha gente abandona sin más por esta época del año. Es como tomarse unas vacaciones. Ocuparte con otras cosas, en teoría, hace las noches más llevaderas.

—Los Elpénores se retiran temprano —citó—.

—Eso es argot de la Sociedad —reconoció—. El Alma es siempre una visión muy breve; apenas puedes rascar nada de ella. Así que aquel al que le toca acaba tomándose un año sabático. Este año fue en el oeste de África, creo.

El hombre descamisado se gira de golpe. Me siente.

—¿Qué significa «caído»? —pregunté, señalando la sexta línea.

—Que el sujeto probablemente esté muerto. A menudo, tu acto final es por el que el Ojo te nomina.

El libro cae de mi mano. Oigo el trino de una fuente por la ventana.

Señalé el triple interrogante en la fila de Prometeo.

—Prometeo es el número 18. —*Sostengo dos cincos. Cara de póker*—. El esqueleto, ¿verdad?

—Verdad. Difícil de decir, ¿no?

Tuve que sonreír ante la resignación de sus palabras.

—Pero... ¿cómo acepta eso?

—No tengo motivo para no hacerlo. Acabo de encontrar a un Fénix. Entré en la barraca y todo; lo que queda de ella, al menos. No fue el sueño de un dios; ocurrió. El Ojo ve todo lo que pasa en la Tierra. Más lejos, incluso: un astronauta en la Luna fue el Noble en 1969; jamás supimos si era Armstrong o Aldrin. Sabemos quién fue el

asesino de Kennedy: Rey, 1963. Hay ríos subterráneos de acontecimientos discurriendo bajo nuestros pies que ni tú ni yo percibimos; una historia paralela con sus propias batallas y villanos. Y héroes: hace poco, una niña evitó la explosión de una bomba en una estación de Londres; nadie se dio cuenta; probablemente salvó cientos de vidas: Guardián, 1991. Así que si el Ojo dice que en alguna parte, ahora mismo, hay gente jugando a póker con un esqueleto... Sí, lo acepto.

Volví a consultar la hoja de registro.

—¿«Betty»? —señalé.

—Ah, sí. Betty. Es una de las favoritas del Ojo. También una de las más traumáticas casi cada año. «Heracles siempre abandona» —sentenció—. Las visiones del Coloso siempre son demasiado rebuscadas como para ponerlas en contexto. En especial las de Betty. Sus actos, su vida, su... universo es tan extraordinario que uno no sabe por dónde empezar.

Caigo en picado hacia la Tierra. La mayor altitud que un par de zapatillas Puma ha alcanzado jamás. Impacto como un meteorito sobre la isla.

—¿Cómo pueden estar tan seguros de que es una mujer? Yo no consigo verle la cara.

—Ya la hemos visto antes. Además, reconocimos sus zapatillas.

—¿Cómo es que veo esa visión en primera persona, igual que cuando me sacan el ojo, pero luego, en la visión del Monstruo, siento que soy la víctima y no el asesino? Y en la de las gemelas, las veo a las dos. Es como si la cámara fuera alternando.

—No debes pensar en términos cinematográficos; es... bueno, no es una cámara. Puedes verlo todo, en realidad; con la práctica, adquieres la habilidad de centrarte en los detalles que quieres. Creo que, por defecto, el cerebro asume el rol con el que se identifica. Y la mayoría de gente, cuando presencia un asesinato, empatiza con la víctima, no con el asesino. Hemos visto la cara de Betty otros años; supongo que este año no hubo testigos de su acción salvo ella misma.

—¿Por qué la llamáis Betty?

—Los más veteranos dicen que se llama así. Según la leyenda, un año, en una visión, alguien decía «Betty», y ella se giró. Es un caso peculiar. Curtis, nuestro historiador, tendrá datos más precisos, pero no creo que hayamos visto más de dos o tres personas que se hagan un hueco entre los Veinte más de una vez en la vida. Mientras que Betty... si no me equivoco, ha sido el Coloso sesenta y seis veces desde 1900.

—Eso significaría que tiene como cien años —objeté.

Me volvió a mirar, arqueando ingenuamente las cejas.

—Como he dicho: ríos subterráneos que ni tú ni yo percibimos.

El reloj dio las tres. Caleb guardó su pluma y se levantó.

—Tanto si celebramos la reunión de este año como si no —dijo—, hay que contactar con Curtis Knox inmediatamente.

—Por supuesto.

—Y si acabáramos celebrándola, las invitaciones deberían estar en el correo desde hace una semana.

—Ya puede empezar, pues.

—Y hay que averiguar la hora exacta del solsticio para calcular el momento de la resolución.

—Adelante.

—Y hay que encargarse de la logística.

—Niamh y yo nos ocuparemos de todo.

—Y esto no significa que el juego no haya terminado —apuntó, acercándose unos centímetros más—. Una vez se haya informado a todo el mundo, la Sociedad decidirá.

—Si el juego se acaba, yo me quedo con el Ojo —dije—. A usted no le hará falta. Deliberó durante 2,83 segundos.

—Trato hecho.

Y estrechamos las manos.

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO SÁB 9-DIC-1995 23:59:00

NIAMH sentada en la cama, sola, con la grabadora en su regazo. HELP acurrucado a sus pies.

CALEB (GRABADO): Y esto no significa que el juego no haya terminado. Una vez se haya informado a todo el mundo, la Sociedad decidirá.

A. (GRABADO): Si el juego se acaba, yo me quedo con el Ojo. A usted no le hará falta.

[2,83 segundos en blanco.]

CALEB (GRABADO): Trato hecho.

[Niamh tira del cordón del silbato de una locomotora imaginaria.]



PARTE III



UNA SEMANA DESPUÉS

CÁMARA DE SEGURIDAD: SALA DE INTERROGATORIOS

POLICÍA DEL ESTADO DE VIRGINIA-COMISARÍA DEL ÁREA 35,
EMPORIA

22/12/1995 14:02

Una CHICA rapada se sienta sola, de cara a la puerta. Viste un anorak abultado sobre una camiseta interior y botas. Lleva las piernas desnudas. Un sándwich de máquina expendedora espera, ignorado, en la mesa frente a ella.

[La puerta se abre; entran el ayudante TED Miller en uniforme y el detective MORGAN Summers en ropa de calle, leyendo de un atestado.]

MORGAN: ... pusieron controles de carretera, pero tardaron demasiado.

TED: Eh, hemos hecho lo que hemos podido. Al *sheriff* de Ponopah esto le iba muy grande. *[Se apoya en la mesa, dando la espalda a la chica.]* Quizá habría que confiar en las patrullas; no me apetece arrancarle una declaración a Miss Quimioterapia aquí presente.

MORGAN: Cállate.

TED: Lo digo en serio. ¿Sabes que tenían cámaras de seguridad por toda la casa? Bueno, pues dice que se olvidó de cambiar las cintas esta mañana.

MORGAN: No hace falta ser borde.

TED: No pasa nada; no puede leerme los labios. Es sordomuda.

[La chica se sube a la silla y le lanza el sándwich a Ted a la cabeza. La mayor parte del pan rebota, pero la lechuga y el jamón se quedan pegados al cogote gracias al poder adherente de la mayonesa industrial. Él a duras penas parpadea, apreciando su metedura de pata al mismo ritmo al que el tomate se le mete por la camisa.]

MORGAN: *[Leyendo, en voz baja.]* En realidad, no es sorda; es muda, a secas.

TED: *[Suspira, paciente.]* Sí, ya veo.

MORGAN: Quizá debería encargarme yo de ella.

TED: Por favor.

[Ted abandona la habitación sin mirar atrás siquiera. La puerta se cierra tras él.]

[La chica se vuelve a sentar. El detective coge una silla y la recoloca a la izquierda de la sospechosa. Se sienta y deja el atestado y otro montón de papeles que traía consigo.]

MORGAN: Muy bien, Niyam... ¿Se pronuncia así?

NIAMH: *[Sin mirar, agita la cabeza y mueve los labios.]*

MORGAN: ¿Perdona?

NIAMH: *[Ahora alzando la cabeza, dibuja su nombre con los labios.]*

MORGAN: «Neev.» «¡Nif!» Vale. Entendido. *[Leyendo el informe.]* Bien, Nif, entiendo que has renunciado a tus dos llamadas... *[Mentalmente confirma la absurdidad de lo que acaba de decir, luego sigue.]* En fin; se supone que hemos de asignarte un abogado, pero el de menores libraba hoy; está en camino. Y tampoco tenemos un intérprete de signos, pero... necesitamos una declaración cuanto antes.

[Él espera una respuesta. Ella se limita a mirar la mesa.]

Tengo una hija de tu edad. *[Pausa.]* Tampoco me habla.

[Él se reclina en el asiento y desliza hacia ella el montón de papel que acarrea; resulta ser un paquete entero de folios, que corona con un boli.]

En resumen, Nif, creo que tienes una buena cantidad de prosa por escribir. ¿Crees que podrías ir haciendo, y que tu abogado lo repase luego?

NIAMH: *[Suspira: primer sonido que emite. Luego accede y empuña el bolígrafo.]*

MORGAN: Bien. Gracias.

[Ella empieza a escribir. Al principio, el detective parece seguir su mano durante un rato. Luego se levanta, optando por ser útil.]

Te traeré otro sándwich. Y unos pantalones.

[Morgan abandona la habitación. Ella sigue escribiendo.]



«Caleb K. Ford, Secretario de la Sociedad del Ojo, en nombre Ambrose G. Wells, anfitrión, solicita su asistencia a nuestra Reunión y Resolución Anual, que tendrá lugar a las 00:44 h EST del 22 de diciembre de 1995 en Axton House, Point Bless, Virginia. Está usted invitado a acompañarnos a partir de las 17 h de la víspera. Rogamos confirme asistencia.»

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA JUE 21-DIC-1995 17:00:00

La encimera está poblada por un colorido banquete de platos ornados, como estrellas desfilando por la alfombra roja. Un mamotreto de recetas está abierto entre las patatas gratinadas y los huevos rellenos. El horno está encendido. En los fogones hierve la pasta, junto con otras dos ollas humeantes. NIAMH está amasando las albóndigas. Su pelo, totalmente esquilado, no es más que una sombra cenicienta en su cráneo.

A sus pies, con la cola superando las noventa pulsaciones por minuto, HELP espera a que cualquier cosa comestible caiga al suelo.

[Niamh le tienta con una albóndiga y emite dos silbidos cortos. Help se yergue sobre sus patas traseras, anticipando el bocado.]

[TIMBRE.]

[Help se olvida completamente de la tapa, ladrando enloquecido. Niamh trata de hacer que se siente, sin resultado.]

DIARIO DE A.

Después de Edward Cutler llegó un hombre asiático, Ken Matsuo. Es un miembro de segunda generación y el segundo más joven, con treinta y ocho años. También parecía el menos victoriano hasta el momento. Mientras que los trajes de Caleb y Cutler parecían remontarles atrás en el tiempo, el de Matsuo le daba un aire sofisticado, como de invitado a una fiesta post-Oscars. Me arrepentí de no tener nada mejor que tejanos para la gran noche.

—Eres solo el segundo en llegar; ¿qué demonios te pasa? —saludó Caleb, abrazándole.

Por lo que sé, los ganadores suelen llegar los primeros, impacientes por compartir su éxito.

—Y usted debe de ser el nuevo señor Wells —dijo Matsuo, inclinándose cortésmente antes de ofrecer la mano. Su sonrisa conciliaba un recordatorio por el difunto anfitrión y una actitud optimista hacia el nuevo. Me cayó bien—. Este año me tocó una tarea fácil y difícil a la vez —explicó—. Yo era...

—Tique, lo sé. Recibimos el fax. Buscaba a la jugadora griega de Scrabble. No había mucho para empezar.

—Hasta los países pequeños parecen enormes cuando la única pista es una cocina.

Cutler se unió a nosotros y les guie al comedor. Niamh y yo queríamos estar seguros de que nuestros preparativos estaban a la altura de mi predecesor. No les decepcionamos. La mesa estaba espléndida con las luces bajas y el anochecer tras los ventanales, más el exótico resplandor azul tras la cuarta ventana, que bloquea la piscina.

—Este es Help —anuncié a la llegada del huracán con patas, invitando a los huéspedes a que le dejaran olisquear sus pantalones y se familiarizaran con él—. Tendrán que excusarle; se pone nervioso en presencia de otros vertebrados. Y esta es mi socia, Niamh Connell.

Si les desconcertó su nuevo peinado (o la ausencia del mismo), que adoptó ayer mismo, lo ocultaron bastante bien. A Cutler le pilló un poco desprevenido, creo; pareció quedarse paralizado un segundo, con la mano extendida, como si hubiera visto la última cosa que esperaba encontrarse aquí esta noche. Y tal vez lo era: una menor, una mujer y una cocinera, todo en la misma persona. Pero luego, mientras le estrechaba la mano, su amabilidad fue sincera. Me había dado la impresión de ser el

típico *gentleman* estirado que refunfuñaría al cruzarse con los hippies de San Francisco, de donde proviene, pero no fue ningún desafío para el encanto natural de Niamh. Tenía aspecto de haber superado hacía tiempo los sesenta; era bajo, pero fornido, y estaba de muy buen humor. Probablemente porque había ganado.

—¿He contado mal, o hay veintiún asientos? —advirtió Matsuo.

—No ha contado mal —contesté—. Este año no echamos a la cocinera. De todas formas, ya lo sabe todo.

Niamh pasó a una página nueva de su libreta:

No se preocupen. No hablaré.

El timbre volvió a sonar, y Help cayó de nuevo en el paroxismo. Caleb fue a abrir la puerta y volvió acompañado de Curtis Knox. He aquí un momento tenso que no me apetecía mucho afrontar.

—Bueno, creo que vosotros dos ya os conocéis —dijo Caleb cuando nos encontramos en el recibidor.

—Hola, qué tal —dije, estrechándole la mano—. ¿Recibió ese mensaje que estaba esperando?

—Recibo muchas cosas interesantes estos días, sí —reconoció—. Gracias por preguntar.

Niamh le saludó también y luego se excusó, gesticulando que tenía que poner algo en el horno, o tirar de un carricoche japonés. Caleb le preguntó a Knox por Philip Beauregard, quien todavía no había confirmado; era la mayor preocupación de Caleb en ese momento.

—Me temo que no tengo noticias —dijo Knox—. Yo no había contactado a nadie hasta hace dos semanas; había estado esperando alguna señal de Ambrose. Acababa de avisar a Kingston, Stillwall y Black para exponerles la situación cuando volviste.

—Ha sido un año peculiar —admitió Caleb. La eufemística elección de la palabra no compensaba su tono—. Y aun así, ha sido bueno —nos explicó a todos—. Cinco encontrados este año.

Hubo ohs y ahs de aprobación, salvo por parte de Knox, que divisó aquí el momento perfecto para sacar a la luz la carpeta que llevaba.

—Seis. Añadid un Noble.

La ovación subió de volumen. Nos desplazamos a la sala de música, donde Knox esparció el contenido de la carpeta por el piano. Entre otras cosas, vi la foto de una lápida con una luna creciente, otra de una casa morisca con arcadas de herradura, algunos periódicos árabes y un libro.

—Se llamaba Yusuf el-Tahtawi, profesor de matemáticas en Alejandría, Egipto. Murió en su casa a los sesenta y nueve años tras leer el último verso de una compilación de poesía de Al-Andalus. Su edición era distinta, pero creo que es esta.

Fui incapaz de descifrar un solo carácter.

—¡Seis! —exclamó Matsuo—. ¡Hemos igualado el récord!
—¿Son muy frecuentes los Nobles? —preguntó Cutler.
—Creo que Beauregard encontró uno hace como diez años.
—¿Cómo es que no había enviado usted esto hasta ahora? —le pregunté a Knox.
—Bueno, sabía que Ambrose no estaba, así que por qué molestarme.
—El hallazgo es bastante reciente, entonces —terció Matsuo.
—Sí, estuve en el terreno el mes pasado. Encontré la esquila en Internet.
Me excusé mientras los demás alababan la nueva era de la información.

Me encerré en el despacho de Ambrose, cogí su agenda roja y el teléfono y marqué un número de Lawrenceville. Esperaba que Knox también tuviera criados.

—¿Sí?

—Hola. ¿Podría hablar con Curtis, por favor?

—Lo lamento, el señor Knox no estará en todo el fin de semana. ¿Quiere dejar un mensaje?

—Ah, supongo que todavía está en Egipto.

—No, volvió de Egipto hace dos semanas. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo ha estado fuera entonces?

—Un mes exactamente. Del seis de noviembre al cinco de diciembre.

—Entiendo. Gracias. Por favor, dígame que he llamado.

—Señor, no me ha dado su—

Colgué.

Y probablemente mascullé un taco.

*

COCINA JUE 21-DIC-1995 17:43:28

NIAMH está removiendo una olla al fuego.

[A. entra paseándose mientras echa un vistazo a la comida; se apoya en el fregadero, pensativo. Ella le ofrece una cucharada de caldo.]

[A. ignora la invitación.]

A.: Sé amable con Knox. No es el malo.

NIAMH: *[Pasmada; deja de nivear en el acto. Niega con la cabeza, disconforme.]*

A.: Knox se fue a Egipto el día después de su primera visita, el seis de noviembre, y volvió un mes más tarde. El intento de robo fue el siete de noviembre. No lo hizo él.

NIAMH: [*Tira la cuchara de madera dentro de la olla, va a por su libreta.*]

A.: Lo sé, dijimos que podría haber contratado a alguien, pero no. ¿Contratarías a un ladrón para que robara algo el mismo día en que te vas de viaje? Es absurdo; esperarías a volver; está más seguro aquí, en nuestra casa, que en las manos de un caco de alquiler.

NIAMH: [*Inmóvil; no ha tenido tiempo para escribir una sola línea.*]

A.: Necesitamos otro sospechoso. [*Pausa corta.*] No pasa nada; no paran de venir candidatos; pronto tendremos el comedor lleno. NIAMH: [*Empieza a escribir de nuevo, muestra la libreta.*]

*

—Yo quizá soy suspicaz, pero Help está NEURÓTICO.

—Sí, me he dado cuenta. Deberíamos darle una habitación a él también. Enciérralo en el despacho, por si alguien quiere meter mano a la caja fuerte otra vez.

GRABACIÓN DE AUDIO

[*De fondo: tintineo de vasos y cubiertos y varias conversaciones al final de la mesa.*]

CUTLER: —das formas, pero... me di cuenta de que es el público lo que la hace la mejor canción del mundo. El disco es una experiencia distinta, una evocación. Pero cuando fui al club y la vi en persona, y vi a la gente bailando a su ritmo, como un... bueno, era el éxtasis. Como una ceremonia vudú. Entonces lo entendí. No es un genio por el mérito de su composición, sino por la manera en que llega al alma de la gente, a su esencia primitiva.

MATSUO: Aún estoy haciéndome a la idea de que tú hayas estado en un club en Ibiza, Cutler.

A.: Yo también. Si supero esa imagen, el Ojo no me deparará sorpresas.

[*Carcajada plural.*]

KNOX: Pero Edward, sabes que el público no tiene nada que ver. Recuerda al Genio de Nueva Zelanda.

FORD: [*Aparte.*] Hace unos años, el Genio fue una adolescente escribiendo un poema en su diario; no encontramos ni el poema ni a ella.

KNOX: Estaba sola en su habitación y, probablemente, a día de hoy nadie ha

leído ese poema. ¿Qué lo hizo la mejor obra de arte de ese año? No puede ser la reacción popular. Tiene que ser el poema en sí mismo. Su belleza, su perfección técnica. Lo mismo se aplica a la DJ.

STILLWALL: [*Nueva voz: varón mayor, acento sureño.*] ¡Por favor! ¿Insinúas en serio que un ritmo electrónico con notas robadas de aquí y de allí puede originar una composición musical perfecta?

MATSUO: ¿Qué hay de malo en esa idea?

STILLWALL: ¿Qué hay de malo? ¿Compararías a Mozart con una ladrona de notas?

MATSUO: ¡Sí! ¡Como decía Bob Dylan, los tiempos están cambiando!

FORD: [*Suspira.*] Ya empezamos.

MATSUO: ¿Sabes lo que cuesta componer eso? La única diferencia es que un compositor clásico le dice a la orquesta qué hacer, mientras que ella tiene que usar instrumentos pregrabados. ¡A sus estudios los llaman «laboratorios»!

STILLWALL: Ken, Ken, por favor, tienes treinta y ocho años. Deja de comportarte como el *enfant terrible* de la mesa.

MATSUO: Y tú tienes solo sesenta y nueve; ¡deja de actuar como si hubieras conocido a Mozart! Deja que te diga una cosa de Mozart: tocaba para que le escucharan. Si hubiera nacido hoy, no estaría escribiendo sinfonías; estaría en la MTV. ¡La música evoluciona!

STILLWALL: ¡Ah, o sea que ahora tienes que ser viejo para apreciar a Mozart!

MATSUO: Pues... ¡Sí!

[*Indignación general y abucheos.*]

FORD: Caballeros, caballeros, están ustedes demostrando el axioma básico de la música: toda generación cree que lo que escuchan sus hijos es basura.

A.: Mis padres tendrían razón. Yo escucho a Garbage.^[13] [*Matsuo ríe, él solo.*] Perdón, chiste de MTV.

MATSUO: Tú eres el más joven de la mesa; ¿qué piensas?

A.: Er... bueno, estoy seguro de que el Ojo escogió a Mozart... en algún momento de mil seiscientos lo que sea.

KNOX: Yo no lo creo.

MATSUO: Demasiado *mainstream* para el Ojo.

KNOX: Apuesto a que escogió a Salieri.

FORD: Por favor, creo que no entendéis lo que quiere decir nuestro anfitrión. El caso es que el arte evoluciona, y también lo hace el gusto del Ojo. Pero es lo que es: su gusto. El hecho de que le agrade una canción no significa que a

nosotros nos tenga que gustar. El Ojo mira el presente a medida que fluye. Así que está al tanto de las últimas tendencias; ergo, evoluciona como nosotros. Eso no lo convierte en una verdad objetiva. Es simplemente una opinión muy bien informada.

A.: Pero tú dijiste que el Ojo era un objeto divino.

FORD: Bueno, los dioses pueden equivocarse.

A.: Ah. ¿En serio? ¿Tu Dios puede equivocarse, Niamh?

NIAMH: [*Un golpecito en la mesa, cercano al micro.*]

A.: Vale. No lo sabía. Relájate; eres la cocinera; no deberías disfrutar tanto.

[*Risas.*]

CUTLER: Todo está delicioso.

MATSUO: Me juego lo que sea a que esto es mejor que los fideos de Kuala Lumpur.

KNOX: Coincido.

A.: ¿Fideos de Kuala Lumpur?

FORD: ¿El Mago de este año? ¿El cocinero en un puesto ambulante en Kuala Lumpur?

MATSUO: El cocinero está leyendo una revista mientras un cliente come fideos en el mostrador y se le caen los palillos de gozo tras probar la comida.

A.: Ah sí. Con una especie de cucharas de madera repicando sobre su cabeza.

MATSUO: Ese es.

A.: Apenas me acuerdo de ese. No destacaba mucho.

MATSUO: De hecho, los Magos son fáciles, ¿verdad, Knox?

KNOX: Es el segundo más frecuente después del Rey.

CUTLER: Sabio, Genio y Mago son el trío de la suerte; siempre es agradable trabajar en ellos.

FORD: El Mago es casi siempre un cocinero, presuntamente el autor de la mejor comida del mundo.

KNOX: Y jamás es inglés. [*Ríen.*]

FORD: [*A través de una sonrisa.*] Si lo dice el historiador, será verdad. KNOX: Las estadísticas no mienten.

A.: ¿Cómo supisteis todos que era Kuala Lumpur?

MATSUO: Se veían las Petronas al fondo. ¿Sabes las torres Petronas? ¿Con aquella pasarela que las une? Estaban detrás del cliente a la derecha. Sí, tenías que buscarlas. Es normal; ya le cogerás el tranquillo.

VASQUEZ: [*Lejos del micro, barítono joven.*] ¡Desde esta noche, la señorita Connell será el nuevo Mago! CUTLER: ¡Brindemos por ello!

[*Vasos tintineando.*]

A.: [*Susurrando.*] ¿Quién era ese?

FORD: ¿Quién? ¿El del pelo largo? Vasquez; encontró a las Gemelas.

A.: Ah, sí. Eso explica el buen humor.

MATSUO: [*Alto.*] Eh, Vasquez, ¿te apuntas a un chapuzón en la piscina después de la cena?

A.: Lo siento; la vaciamos la semana pasada. El hielo podía dañar la estructura.

MATSUO: ¡Oh, qué pena!

VASQUEZ: [*Lejos.*] ¡Yo lo haría!

KINGSTON: [*Más lejos, con una voz seca y áspera.*] Te morirías congelado en el instante en que tocaras el agua.

VASQUEZ: Al revés, el frío me preservaría hasta que los de la ambulancia me reanimaran, como el Huesos del noventa y dos. KINGSTON: ¿Quién dice que llamaríamos a una ambulancia?

[*Risas y aplausos.*]

A.: [*Susurrando.*] Ese era... ¿Charlie?

FORD: Kingston. Corebo. Te mandó una postal.

A.: Cierto.

CUTLER: [*Alto.*] ¿Quién se queda el último huevo relleno?

FORD: Vamos a ver; ¿quién se pasó ocho meses en África persiguiendo a un Fénix? Oh, fui yo. Gracias.

[*Protestas divertidas.*]

MATSUO: ¡Oh, venga ya!

CUTLER: Nos va a estar machacando todo el año con eso.

KINGSTON: Hagámosle Fénix vitalicio, ya que se le da tan bien.

FORD: No, eso va en contra de las normas.

CUTLER: O Asterión, a ver cómo te apañas.

VASQUEZ: Eh, ¿dónde está Philip, por cierto? ¡No me puedo creer que se esté perdiendo esto, precisamente él!

A.: [*Aparte.*] ¿Por qué va en contra de las normas?

FORD: No puedes tener el mismo rol dos años seguidos.

KNOX: Sería injusto: algunos son mucho más difíciles.

NIAMH: [*Silbido de aviso.*]

A.: ¿Qué? Oh. Teléfono. Disculpadme.

[Una silla chirría en el suelo; pasos se alejan corriendo de la mesa.]

*

Lo cogí en el despacho, para de paso comprobar que Help estuviera bien.

—¿Diga?

—Buenas noches, me gustaría hablar con el señor Ambrose Wells, por favor.

—¿De parte de quién?

—¿Es este el domicilio de Ambrose Wells?

No vi motivo para no sincerarme.

—Ambrose Wells falleció el pasado verano. Soy su sobrino.

Se tomó una pausa casi intolerable antes de continuar.

—Señor, soy el cabo Lowe, trabajo con el *sheriff* de Pennaniket, Luisiana. ¿Es usted...? ¿Le suena el nombre de Philip Beauregard?

Trago saliva.

—Sí, es un amigo de mi tío.

—Me temo que tengo muy malas noticias, señor. Le llamo porque el amo del Motel Dixie aquí en Pennaniket encontró el número de usted entre el equipaje no reclamado de un tal Philip Beauregard que desapareció después de registrarse. Acabamos... acabamos de encontrar su cuerpo —tartamudeó—. Lo siento mucho, señor.

—¿Cómo murió?

—Le encontramos en las afueras, en el bosque—

—¿Cómo murió? —insistí.

—Le asesinaron. Estaba en una fosa común en una vieja granja. Es... difícil de decir; creemos que llevaba tres meses allí; pero...

—¿Cómo?

—Le atravesaron el pecho con una horca.

Y caigo. Y mi caja torácica revienta en una explosión de sangre.

Dije «Dios» o boqueé; no lo distinguí ni yo. La voz del cabo tembló de miedo o de vergüenza.

—Según parece, llevaba pasando desde hace años. El viejo Asa asesinaba a autoestopistas y enterraba sus cuerpos allí. Ahora estamos contactando...

—¿Está muerto?

—¿Qué?

—El asesino, ¿le han matado?

—Sí —contestó. Me imaginé al hombre uniformado al teléfono devolviendo una lágrima a su ojo, con la cabeza bien alta—. Abrió fuego contra los agentes que iban a arrestarle, así que le devolvieron los disparos.

—Gracias —susurré.

Tras una pausa ahora intolerable, respondió:

—No hay de qué.

Colgamos poco después de eso.

*

VASQUEZ: ¡Eh, podríamos estar ante el primer Mago inglés! NIAMH: [*Doble silbido corto de protesta.*]

MATSUO: No es inglesa, Vasquez; ¡es irlandesa!

CUTLER: [*Aparte.*] ¿Irlandesa? ¿De dónde exactamente?

[*Pisadas se acercan al micro.*]

A.: Caleb. Tenemos que hablar.

DIARIO DE A.

Decidimos contárselo a los miembros tras la cena.

Sus caras eran indescriptibles. La muerte de un amigo siempre es un golpe. Pero una pesadilla hecha realidad, eso, eso es devastador.

Nadie dijo nada, más allá de la primera exclamación en voz baja. Ni siquiera Caleb. Se congeló justo después de comunicar la noticia.

Como un minuto más tarde, Daniel Vasquez, el portorriqueño, pronunció el pensamiento impertinente que había estado conteniendo en la punta de la lengua:

—Hemos batido el récord.

Otros invitados le miraron. Era un hombre atractivo de cuarenta y pocos, afable, con media melena, y el único en toda la habitación que no llevaba corbata, aparte de mí.

—Philip encontró al Monstruo. Eso hace siete —explicó—. ¿Te han dado un nombre?

—Sí. Viejo Asa —dije, y la multitud lo saboreó como una palabra prohibida.

—Ahí está. Hemos batido el récord.

—¡A quién le importa! —gritó Silas Long, o Prometeo, el que abandonó por carta a principios de noviembre. Era un hombre bajito sentado al otro extremo de la mesa; no había alzado la voz hasta ahora—. Por Dios, Beauregard ha muerto, ¿y en lo único que pensáis es en estadísticas?

Nadie rebatió la acusación.

—¡Este juego está acabando con nosotros!

—No es más que otro accidente —arguyó Knox.

—¡Oh, cállate!

—No me voy a callar.

Eso nos cogió por sorpresa. Demostraba una notable autoridad sin alzar la voz.

—Philip fue víctima de un asesino en serie. Un psicópata. El juego no tiene nada que ver.

—No se hubiera metido en la boca del lobo si el Ojo no se lo hubiera mostrado, ¡si nosotros no le hubiéramos dicho que lo hiciera!

Caleb intervino:

—Silas, no somos responsables de esto.

—Ya, ya, lo sé; fue el azar. Cualquiera de nosotros podría haber estado en su lugar si hubiera sacado la bola mala hace un año. —Escaneó la habitación en busca de reacciones. La gente de su extremo de la mesa no parecía estar en desacuerdo. Entonces me di cuenta de que la mayor parte de ganadores de este año se sentaban en mi lado. Vasquez era la única excepción.

—¿Y ahora qué? ¿Seguimos echándolo a suertes un año más? —exclamó Long—. ¿A ver a quién le toca conocer al próximo Monstruo?

—En realidad, no podemos —dijo Eli Kingston, el que mandó la postal desde California—. Somos diecinueve.

Vasquez señaló a Niamh:

—¿Y la cocinera?

—¿Una mujer? —protestó alguien.

—¡Ya sería hora! —insistió Vasquez.

—¡Por Dios, escuchaos! —gritó Long—. ¡Estáis corriendo hacia vuestro final!

Al menos dos personas expresaron en voz alta su adhesión. Uno de ellos fue Jeff Stillwall, uno de los más viejos del grupo. Venía de Tennessee y había sido Anquises este año, el que buscaba a la colegiala lesbiana correteando por el tejado nevado. Lo recordaba porque me había parecido afortunado: era una visión en la que no me hubiera importado centrarme.

—No os dais cuenta de lo que os está haciendo el Ojo —continuó Long—. Yo también estaba ciego, pero ahora veo con claridad. No estoy dispuesto a seguir con este juego otro año.

—Deberíamos votar —dijo Stillwall.

Caleb respondió:

—¿Por qué no dejamos que el anfitrión decida qué hacer?

—¿Quién le ha nombrado a él nuevo anfitrión?

—Desde luego, usted no —le espeté.

Nadie dijo una palabra. Eh, si Knox puede hacer callar a la gente de un moco, yo también.

—Miren, pueden discutir sobre normas y moralidad tanto como quieran. Pero en cuatro horas, el Ojo va a hablar de nuevo, y eso no pueden evitarlo. Yo, por mi parte, puesto que va a ser mi primera resolución, he decidido no perdérmela. Caballeros,

son ustedes libres de hacer lo que les plazca. Mi hospitalidad no les ata a ningún juego, ni a las reglas de un hombre ni a decisiones democráticas. La cámara acorazada se abre a las doce y media de la noche. Mi casa es su casa.

Con eso me fui, con Niamh a la zaga.

*

—Macho alfa!

—Cállate.

GRABACIÓN DE VÍDEO

COCINA JUE 21-DIC-1995 23:46:45

Una plétora de platos sucios y sobras ocupa cada superficie horizontal de la habitación.

Dos caballeros victorianos: CUTLER (sesentón, bajo aunque fornido, medio calvo), sentado en un taburete, y VASQUEZ (cuarenta y pocos, pelo largo, perilla), de pie frente a la encimera. Vasquez mira fijamente algo que acaba de salir de la boca de Cutler. Posiblemente una palabra.

Durante mucho rato.

VASQUEZ: No puede ser.

CUTLER: Es.

[Un segundo más tarde, Vasquez suelta una risita, incrédulo.]

*

SALA DE FUMAR JUE 21-DIC-1995 23:47:05

Tres caballeros victorianos jugando al billar: STILLWALL (el más mayor, patillas y bigote blancos), REDBY (gordo, con barba), KINGSTON (cuarentón, peinado César). Un cuarto (Silas LONG) se sienta con su lado derecho hacia la chimenea, vaso en mano.

STILLWALL: Al menos no lo he hecho mal este año. *[Se inclina para tirar,*

lentamente.] Yo tenía al mío localizado.

[*Tira. Una bola rayada va directa al agujero.*]

REDBY: No era difícil. Probablemente Noruega, o Finlandia. STILLWALL: No. Arkhangelsk, Rusia.

[*Tira de nuevo. No acierta.*]

LONG: ¿Cómo lo averiguaste?

STILLWALL: Identifiqué el edificio. ¿A quién le toca?

KINGSTON: Espera un momento. ¿Tenías el edificio? ¿El de la *tomboy* brincando por el tejado?

STILLWALL: Sí. Verás, a juzgar por la hora a la que ponían a dormir a las niñas, el sol y la nieve, determiné que era algún lugar a lo largo del círculo polar ártico. Así que encargué libros de fotografías de ciudades cerca del paralelo sesenta y seis, esperando reconocer la silueta: Fairbanks, Reikiavik, Tromsø, Múrmansk... Resultó ser Arkhangelsk. Santa Úrsula, un internado para chicas.

LONG: [*Muy interesado.*] ¿Y entonces qué?

STILLWALL: Nada. Ahí me quedé.

KINGSTON: ¿Tenías el nombre de la escuela, y te rendiste?

STILLWALL: ¿Qué más iba a hacer?

KINGSTON: ¿Que qué más ibas a hacer? ¡Vas a la escuela, miras las fotografías de clase, buscas en los archivos y consigues el nombre!

STILLWALL: No puedo presentarme en un internado en Rusia y decir: «Hola, *tovarich*, ¿me deja consultar sus archivos?» Y aún menos: «¡Oh, espero que traigan fotos de las niñas!» ¡Y era otoño! ¿Queréis que vaya al norte de Rusia en otoño por una maldita foto?

REDBY: Yo hubiera ido.

LONG: Yo también.

STILLWALL: Bueno, pues siento defraudaros; ¡tengo sesenta y nueve años!

KINGSTON: Dios, y pensar que yo estaba atascado con un surfista en medio del océano sin ningún punto de referencia. Me tiré dos meses recorriendo las playas más populares del sur de California, esperando toparme con una cara, ¡mientras tú lo tenías todo!

STILLWALL: ¡Uy, dos meses en el sur de California! ¡Te compadezco!

[*Kingston contempla el sarcasmo durante un segundo.*]

[*Luego todos estallan en carcajadas.*]

LONG: *[Divertido, saliendo con un decantador vacío.]* Iré a por más brandy.

*

SALA DE MÚSICA JUE 21-DIC-1995 23:48:54

Caleb FORD, Curtis KNOX, Ken MATSUO, NIAMH y A. sentados en la mesa de la esquina, cerca de los licores. Otros hombres victorianos forman dúos y tríos en el remoto fondo de la habitación. Conversaciones y vasos dispersos por todas partes.

A.: La poli quería enviarnos el equipaje de Beauregard. ¿No tiene familia?

FORD: *[A Knox.]* ¿No tenía una hermana en Boston?

KNOX: *[Exhala una calada de tabaco egipcio.]* No estoy seguro de que se hablaran.

MATSUO: ¿No estaba saliendo con una psiquiatra en—

KNOX: Rompieron. *[Una segunda calada.]* Philip era un *high roller*.

A.: *[Después de una breve pausa para dar tiempo a alguien de explicarlo.]*

¿Lo que significa...?

KNOX: Que vivía para el juego. Sin tiempo para relaciones a largo plazo.

FORD: Era bastante joven, tenía dinero... Viajaba casi cada año... Ha estado aquí diez años y ha ganado... ¿tres veces?

KNOX: Y dos más estuvo a punto. Jugar así es incompatible con tener una familia.

[Una tercera calada. El humo se disipa en bucles barrocos.]

A.: ¿No puedes compartir la carga?

KNOX: No es solo eso. Es una actitud. A la larga, la exposición al Ojo te convierte en un cínico. Muestra lo mejor y lo peor de la humanidad, pero se decanta claramente por lo peor.

FORD: *[Derrotado.]* Maldita sea, Curtis, harás que me sirva otra bebida.

KNOX: *[Distraído, a A.]* ¿Sabías que el Ojo no cree en el matrimonio?

MATSUO: Oh, Dios.

KNOX: ¿Te has fijado en que los Veinte son de hecho veintiuno? Porque los Gemelos son dos. Es la única categoría plural. El Amante, sin embargo, es singular. El Ojo se centra en un miembro de la pareja. O sea que el mayor amante es solo uno de los dos. No importa lo bien que lo haga, jamás será plenamente correspondido.

[*Caleb Ford se levanta.*]

FORD: ¿Alguien quiere bourbon? [*Mira en la cubitera.*] No queda hielo.

[*Arranca hacia la puerta, pero Niamh le indica por gestos que se quede y parte en dirección a la cocina.*]

A.: [*A Knox, tras comprobar que Niamh se ha ido.*] ¿Qué es el amante más a menudo, hombre o mujer?

MATSUO: Diría que está bastante equilibrado.

KNOX: Yo diría que el amado es más a menudo una mujer.

A.: Tiene sentido.

*

COCINA JUE 21-DIC-1995 23:51:02

CUTLER y VASQUEZ, en la misma posición que los hemos dejado.

[*Entra LONG, con un decantador vacío.*]

LONG: Caballeros. [*Se dirige hacia las botellas.*] VASQUEZ: Eh, Silas, tienes que oír esto.

LONG: [*Indiferente.*] Ya lo he oído. Es una locura. CUTLER: ¡No lo es! ¡Pero miradle la cara!

LONG: Edward, en serio, déjalo. Es imposible.

VASQUEZ: Yo no le vi la cara.

CUTLER: Oíd, llevo jugando a este juego treinta y tres años. Tengo mucha práctica. Sé enfocar. ¡Le vi la cara entonces, y se la he vuelto a ver hoy!

VASQUEZ: ¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Cuánto tiempo hace, cinco años?

CUTLER: Cuatro. Yo era Leónidas; iba tras aquella cazadora-recolectora sonriente en el desierto, ¡y justo después iba ella!

LONG: Edward. Por favor, escúchame. ¿Sabes cuál es la probabilidad de que alguien a quien has visto a través del Ojo aparezca por pura casualidad?

CUTLER: Bueno, he visto a unos cuantos: a veinte por año, durante treinta y tres años, son...

LONG: [*Interrumpiendo.*] ¡Son veinte por treinta y tres contra SEIS MIL MILLONES! ¡Es imposible!

[Entra NIAMH. La conversación se interrumpe. Sonríe a los invitados de camino a la nevera.]

VASQUEZ: Hola.

[Los otros se limitan a saludar con la cabeza, formalmente; Cutler y Vasquez picotean de las sobras. Niamh coge una bolsa de hielo del congelador y se va con una nueva sonrisa de despedida.]

[Una vez fuera, la conversación continúa.]

VASQUEZ: ¿Quién fue Héctor ese año?

CUTLER: Hyde me lo acaba de recordar: fue Beauregard.

VASQUEZ: Maldición.

CUTLER: *[A Long.]* Oye, si no te lo crees, consultemos los archivos.

VASQUEZ: ¿Para qué? Su informe estará incompleto: no la encontraron.

CUTLER: Habrá una grabación.

[Long comprueba la hora en su reloj. Luego mira a Cutler.] LONG: Los archivos. Abajo, en la cámara acorazada.

[Cutler se queda en un silencio afirmativo. Long suspira y se sirve otro brandy.]

*

SALA DE MÚSICA JUE 21-DIC-1995 23:52:33

FORD, KNOX, MATSUO, A. y NIAMH sentados en silencio, con bebidas en las manos.

[Una puerta se abre fuera de plano. Entra un nuevo grupo de caballeros victorianos. Uno de ellos lleva un taco de billar.]

CÁMARA DOMÉSTICA

Como buscadores de amontillado, los hombres victorianos fluyen por los flancos contra las luces del jardín filtradas por las ventanas del sótano, pasos redoblando sobre el suelo de hormigón. La vanguardia gira a la izquierda, rodeando los botelleros, cerrando filas, abriéndolas de nuevo poco después según llegan a la

puerta de acero de la cámara acorazada y forman un semicírculo en torno a esta, junto a la acuosa luz verdiazul del extremo inundado del sótano.

La cámara tunela entre la multitud para situarse en primera fila, frente al distraído general de mostacho rubio de pie junto a la puerta de acero, observando solemne la formación de caballeros trajeados, y escanea a los hombres tras el general, haciendo zoom y una panorámica por las patillas a lo Coronel Mostaza de Stillwall y la melena corsaria de Vasquez y los ojos sesgados de Matsuo, que mediosonríe y guiña un ojo a la cámara antes de devolver su atención al general, que en estos momentos recibe de A. la llave cuadricéfala.

Y la llave es colocada y gira dentro de la cerradura cruciforme, y la compuerta emite un tosido hidráulico y rápidamente los hombres del flanco derecho se afanan a tirar de ella y la cámara escudriña la negra profundidad del interior a la vez que A. y el general penetran en la negrura, y apresurándose a seguirles las Chucks saltan el escalón, y fundido a negro.

La luz se enciende con un chasquido. Y el ejército, ahora apergaminado a la luz medieval del habitáculo esférico, se alinea de nuevo en torno al pilar central cubierto por una sábana, de la que el general tira, presentando el Ojo a un suspiro colectivo de admiración, y la bola de cristal emite un zumbido continuo y sordo, respirando imperceptiblemente, y una bruma de océanos oscuros y galaxias dibuja espirales en su superficie. Y por encima del Orbe, los ojos azules de Knox miran a cámara y dice: «Bienvenido al resto de tu vida en vela.»

*

Knox, en calidad de historiador, o quizá independientemente del cargo, era el responsable de transferir el veredicto a una esfera virgen, para la cual se había preparado otro soporte (otro baño para pájaros boca abajo, diría yo). Para grabar, alguien ha de estar tocando ambas esferas a la vez.

Caleb miró la hora e indicó a los demás que se acercaran. Es fácil distraerse en una habitación que pisas solo una vez al año; Cutler y Vasquez y algunos más se habían puesto a hojear unos documentos junto al archivo.

—Caballeros —advirtió Ford—, el sol saldrá en Amr exactamente a las...

Y, de pronto, algo en el Ojo se fundió.

¿Sabes esa sensación cuando un ruido de fondo del que no eras consciente cesa de golpe? Pues eso es lo que ocurrió, pero no solo en la cámara acorazada. Fue como si un sonido que llevara años ahí, que hubiera oído inconscientemente toda mi vida, hubiera sido usurpado de la Tierra.

—Rápido, las manos.

El Ojo es más o menos del tamaño de una pelota de vóley, de modo que en ningún caso cabrían veinte manos sobre su superficie; las yemas de los dedos

tendrían que bastar (han bastado todos estos años, supongo). A codazos, logré hacerme un hueco entre Matsuo y alguien más; luego Niamh se coló entre nosotros, tras dejar la cámara apoyada fuera del círculo, en un pequeño escritorio destinado al manejo de los archivos. Su mano diminuta vaciló cerca de la esfera; sus ojos me consultaron; le señalé que no había peligro en tocarla. La carga eléctrica era mínima, del tipo que da al metal el tacto del terciopelo. Era raro, pero no molesto. Frente a nosotros, Knox, puesto de lado, alargó el brazo izquierdo hacia atrás para tocar la esfera virgen.

Caleb llama a este lapso «fase de recapitulación». Pasamos la mayor parte en silencio.

Yo estaba a punto de sacar a colación lo que Ambrose Wells escribió en su carta póstuma a Knox: «Que algún año, quizá no este, quizá no el siguiente, pero algún año será tan horrible que no duraremos ni una sola noche.»

—Cincuenta pavos a que este año el Coloso no es Betty —dijo Vasquez.

—Hecho —dijeron tres voces a la vez.

—Cincuenta a que la Madre está en Yugoslavia —dijo Kingston.

—Hecho.

—Cincuenta a que el Noble es estadounidense.

—¿Eso es improbable? —susurré a Matsuo.

No obtuve respuesta; el Ojo habló antes.

*

—la descarga los sacude, tensándoles el espinazo, repeliéndolos y a la vez atándoles las manos aún más fuerte, y se estremecen otra vez durante el primer segundo, y las piernas de Niamh casi ceden, cráneo rapado echado atrás, pero su brazo extendido sigue anclado al centro del círculo como los demás, ojos cerrados, y nadie se mueve, o quizá sí; quizá están temblando ligeramente, como en un escalofrío, o puede ser que la cámara esté en pausa y el cabezal detenido esté leyendo el mismo fotograma en bucle, o puede que no porque si te fijas, se ve cómo A. tira un poco más hacia atrás en cierto punto y separa los labios, y entonces hay como un suspiro colectivo en el que todos parecen darse cuenta a la vez de que aún tienen pulmones y algunos optan por acumular algo de oxígeno rápidamente hasta que un boqueo general les corta la respiración, y el brazo de A. ahora tiembla claramente entre su torso congelado y el centro del círculo, del cual brota un nuevo jadeo. Y luego una sacudida de dolor. Y un resuello. Y otra sacudida. Y de pronto un grito icosafónico. Y luego nada. Y luego—

*

La corriente nos escupió contra las paredes.

Todo el mundo se frotó la cara, plegado sobre sí mismo. De pronto vi claro por qué estaban ahí los cubos.

—¡Caleb, cabrón! —grité—. ¡Dijiste que solo duraría un minuto!

—Ha durado un minuto —dijo Matsuo, mirando su reloj—. De hecho menos, unos cincuenta y cinco segundos.

—Parece más porque tu cerebro recibe más estímulos por segundo de los que suele recibir de los sentidos —aleccionó Knox.

Las manos de Niamh se aferraban a su cabecita como arañas trepando una roca.

Por suerte, nadie sintió la necesidad de usar los cubos. La gente se aclaraba la garganta, se enjugaba el sudor, acogía de nuevo el aire en sus pulmones.

—Era Betty, ¿no? —sondeó Vasquez, repeinándose con los dedos.

—Sí.

—Me lo temía —y se sacó el billetero.

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 02:55:36

A. escribiendo en la cama.

[Entra NIAMH, cierra la puerta tras ella.]

A.: ¿Has cambiado las cintas?

[Ella asiente. Él continúa escribiendo. Niamh se sienta en su lado de la cama, se quita los zapatos, la falda, los leggings, el jersey y la camisa, y se queda en camiseta interior, sonriendo para sí misma, particularmente despierta y sin ganas de descansar.]

[A. se da cuenta.]

¿Tú no tomas notas?

NIAMH: *[Se encoge de hombros, indiferente, y luego señala las notas de él.]* A.: *[Entendiendo.]* Claro, ya tienes las mías. Deberías ir a la universidad algún día; tienes la actitud. ¿Hay algo que reconocieras? NIAMH: *[Se encoge de nuevo, niega con la cabeza.]*

A.: Ya. Tenía que intentarlo.

[Él continúa escribiendo. Ella mira a cámara con una risita traviesa.]

[Luego le quita el boli y, estirándose sobre A., apaga la lámpara del lado de él.]

[A. se masajea el puente nasal, cansado, mientras Niamh se mete en la cama. Se tapan con las sábanas. Sus ojos se encuentran.]

[Citando.] «Bienvenida al resto de tu vida en vela.»

[Niamh se queda quieta un momento. Un niveo avisado empieza a florecer.]

No.

[Ella salta de la cama para echar el pestillo en la puerta. Se gira, ahora con una sonrisa sin matices en la boca.]

Niamh, ya hemos hablado de esto. No.

[Ella apaga su lámpara. OSCURIDAD.]

[Un repentino gruñido de los muelles. Una agitación de sábanas.]

¡Niamh, NO! [Más bajito, recordando los invitados.] Niamh, se lo diré a tía Liza.

[Las sábanas vuelven a posarse lentamente.]

[...]

Vale, esto no se lo voy a decir.



LA MAÑANA SIGUIENTE

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 06:24:28

La cámara aún debe de estar sobre la cómoda, medio volcada sobre un libro o algún otro soporte bajo, puesto que la imagen está ladeada unos grados a la derecha, y toda azul. La luz del crepúsculo rezuma entre las persianas, mitigando un poco la oscuridad en la mitad derecha del dosel y el colchón.

[Un cuerpo se agita; la onda expansiva sacude la cama hasta los cimientos.]

[Respiración fuerte.]

A.: ¿Qué hora es?

[La pantalla de cristal líquido de un despertador gusilucea en la oscuridad.]

[Sábanas removiéndose; chasquido de un interruptor.]

[Otro.]

[Otro otro otro otro.]

Prueba tu lámpara.

[Un único chasquido igualmente improductivo.]

[La silueta azul de A. se levanta, abre la ventana, empuja los postigos. La luz de la madrugada dibuja en tiza el resto del cuarto: dosel, sábanas desbandadas, una lámpara inútil en cada mesita de noche, todo salvo algunas regiones de sombra profunda en los rincones, junto con el perfil completo de A. cerca de la ventana y la chica de cabeza rapada sentada en la cama.]

NIAMH: *[De repente alerta.]* ¡Shh!

[Dedo índice erguido como las orejas de un perro.]

A.: Yo no he oído nada. *[De pronto advierte la cámara; la señala.]* ¿Cómo es que eso está funcionando?

NIAMH: *[Recupera su libreta de la mesita, escribe, muestra.]*

A.: *[Después de leer.] ¿Tenemos corriente de emergencia? Mola.*

[Se frota la cara, pero se detiene a medio gesto.]

[Mirando alrededor.] Eso sí lo he oído.

[Él y Niamh intercambian miradas.]

[Niamh, resuelta, se baja de la cama y corretea hasta la cómoda, en braguitas y una camiseta sin mangas holgada. En no más de una maniobra y media, se mete en una de las camisas de A., enciende su grabadora y se la coloca en el bolsillo del pecho; coge la cámara doméstica.]

No te olvides la mochila de protones.

[Ella ríe una muda y amplia carcajada, salta dentro de unos zapatos y sale retozando hacia la puerta; intenta abrirla, se acuerda del pestillo, lo intenta de nuevo y sale.]

CÁMARA DOMÉSTICA

Oscuro.

Modo visión nocturna activado. El vídeo evoluciona a una impresión en verde de un pasillo, empujando la oscuridad hacia las escaleras del desván, más allá de la puerta del estudio, a la que A. está llamando. Espera una respuesta, resistiendo el escalofrío, vestido solo con tejanos y camiseta. Llama en voz baja:

«¿Caleb?»

y arrima el oído a la puerta, los ojos consultan la cámara, el suelo de madera gimotea bajo sus pies descalzos, y entonces dice:

«Aún está fuera de combate. Comprobemos los plomos»

al pasar frente a la cámara, que gira ciento ochenta grados y planea hacia el otro extremo del pasillo hasta la enorme sala donde empiezan las escaleras, sumergida en la heure bleue vertida por los ventanales,

«y tú tendrías que sacar a Help antes de que se mee en la silla de Ambrose.»

Y el suelo de mármol hace un sonido como de ventosa bajo los pies descalzos de él, pero cuando alcanza los escalones de madera, estos rechinan ligeramente, así como bajo las Chucks, descendiendo hacia la tiniebla absoluta que la visión nocturna debería ahuyentar. Y en cuanto lo hace, A. aparece inesperadamente cerca, manos en las paredes, dedos de la derecha descubriendo por fin una esquina y guiando al cuerpo por los últimos peldaños al rellano del segundo piso. Y el rellano no tiene ventanas, pero las puertas de la biblioteca están abiertas, y también lo están las del otro lado, y también las persianas de la galería, así que la visión nocturna se

desactiva otra vez y el tinte verde se disipa, y los colores naturales hacen lo que pueden por brillar en la luz roma del alba invernal, y la cámara intenta espolearles, acercándose a la librería, dejando atrás las pisadas de ventosa y haciendo zoom sobre los anaqueles más cercanos y los lomos de cuero, pero las letras se ven astigmáticas y desordenadas como suelen verse en sueños, así que la cámara se aleja y deja a los libros dormir. Y regresa al rellano, más oscuro, y mira a ambos lados, primero hacia el tenue resplandor en la sala de fumar, luego hacia el negro umbral que da al pasillo del ala sur donde duermen los huéspedes más afortunados, y después continúa hacia las escaleras. Y entonces, tras una pisada intrascendente, se para.

Y sigue parada.

Y ella respira.

Entonces la cámara, quizá más despacio, emprende el descenso por la escalera, pero la visión nocturna tarda más que antes en reaccionar, y la tiniebla resiste y susurra pensamientos macabros al micrófono, y la respiración a este lado es lenta, humana, pero más honda, más vacía, como suaves olas rompiendo en una playa de arena muy fina. Y por fin la visión nocturna se activa, revelando la mano abierta en la pared, manga holgada colgando del brazo; entonces la cámara desciende hasta el descansillo entre ambos pisos y se asoma al distribuidor donde empieza la escalera, que está demasiado oscuro para permitirse colores a esta hora, y que es demasiado solemne el resto del día de todos modos, y la cámara, despojada de visión nocturna otra vez, es incapaz de descifrar el alto techo, y al fin y al cabo desiste al alcanzar la planta baja.

«¡Eh, Niamh!»

dice una voz a lo lejos.

«¿Qué le ha pasado a la cámara de la cocina?»

Ahora la cámara tiene que arrimarse más a la pared para distinguir la puerta cerrada bajo las escaleras, camuflada entre los paneles de madera, pero al realizar un examen aún más minucioso, exprimiendo el máximo de lumbre de hasta el último fotón perdido en este rincón de la casa, resulta que la puerta está abierta unos centímetros, y con solo un tímido empujón cede y se abre con un quejido de madera muy vieja, derramando un poco de crepúsculo al exterior. Y del suelo enmoquetado brota una breve serie de escalones, pero las Chucks vacilan antes de hollarlos, y la respiración se ahonda.

Una ventana muy pequeña en lo alto de los escalones ilumina este pasillo de las dependencias del servicio, y cuando la cámara se vuelve hacia un corredor afluente a su izquierda, la visión nocturna otra vez se toma su tiempo para volver; solo después de tres o cuatro olas/inspiraciones, el sensor se despierta, pero las sombras asediantes apenas retroceden tres o cuatro metros, suficiente para revelar las dos primeras puertas a izquierda y derecha. Y si la cámara avanza unos centímetros, la tiniebla los cede de mala gana. Pero si la cámara se echa atrás, la tiniebla los

reconquista.

Y las Chucks se han dado cuenta, y ahora andan muy despacio, con miedo a pisar fuera del tenue charco de luz en el centro del plano, y no hacen sonido alguno sobre la moqueta, aunque el oleaje de la respiración suena ahora ligeramente más alto, si no más rápido, como si costara más mantenerlo a raya. Y mucho antes de alcanzar la primera puerta de la derecha, la mano se adelanta y llama dócilmente y espera una respuesta, no mucho rato, antes de llamar de nuevo, ahora con los cuatro nudillos. E impaciente, el puño se desenrosca y la mano resultante toma el pomo, quizá esperando que un pestillo la frene, pero no lo hay —respira— solo oscuridad y algunas franjas de luz tamizada tras las cortinas; cortinas azules, por cierto, después de que la visión nocturna se haya vuelto a dormir por motivos claramente insuficientes. Y la cámara escruta la tiniebla, suplicando algo de luz, pero no la hay, y solo con mucho empeño la cámara logra discernir las siluetas de gente ocupando las camas gemelas.

Y entonces vuelve la luz, una lamparada de ella, brillando amarilla y postiza en el crepúsculo azul, dibujando toda la habitación, las camas ensangrentadas y los hombres sin vida durmiendo con los ojos abiertos clavados en la cámara.

Y el patrón del oleaje se rompe en pedazos. Las olas se aceleran, se enroscan, chocan unas con otras y la cámara da media vuelta, sale disparada hacia el pasillo, olas sucumbiendo al pánico, mano empujando otra puerta, portazo retumbando como el primer sonido real en décadas, y entonces se enciende la luz y el cuerpo de Vasquez yace desmadejado sobre la moqueta, una mano muerta anhelando el pomo, boca abajo, ahogado en su propia sangre, y la respiración, al máximo volumen, en la máxima histeria, intenta desesperada inhalar bastante aire para por fin lanzar un SILBIDO estruendoso que satura el micrófono y revienta los tabiques, y la cámara sale de nuevo al corredor, pies redoblando sobre la moqueta, SILBIDO, más largo, y luego al pasillo, escalones abajo, encuadre rebotando entre las paredes y la moqueta y el techo sin saber dónde está, y SILBIDO, y la voz de A. a lo lejos y el rellano y el mercenario en pasamontañas y BANG.

Y la cámara cae al suelo.

GRABACIÓN DE AUDIO

A.: ¡Niamh! ¡¡NIAMH!!

HANK: ¡ALTO! ¡Quédate ahí!

A.: ¡Niamh! ¡Niamh, ¿estás herida?! [Ropa frotándose contra el micro; voz muy cercana.] Niamh. ¡Estás bien!

HANK: Ven aquí—

A.: [Forcejeando.] ¿Qué cojones—

HANK: ¡Cállate!

DONNA: [*De fondo.*] ¡Dieciocho! ¡Tengo a dieciocho!

HANK: ¡Aquí! ¡De rodillas aquí!

A.: ¡¿Quién eres?!

HANK: ¡Tengo a los otros dos!

A.: ¡¿Quién...?!

HANK: Ah, perdón, ¿quieres verme la cara? Ahora no hay problema.

[*Un segundo digno de silencio.*]

A.: Espera... Cicatriz... ¡¿El quitanieves?!

DONNA: [*Más cerca ahora.*] ¡Todo despejado! [*Pistola cargando.*] ¿Eras tú la que silbaba? ¡Se supone que eres muda!

A.: Pero qué— ¿Qué estáis haciendo aquí?

KRAUS: [*Más lejos: protestas del parque, botas acercándose.*] Relájate, chaval.

[*Ahora más cerca: un mechero. Papel quemado. Una calada.*]

La mayoría ha muerto mientras dormía. Un lujo que tú no te podrás permitir.

A.: ¿Có—

¿Qu—

[*Traga.*] ¿Por qué?

KRAUS: Por qué, por qué...

DONNA: No es nada personal, cielo. Solo hacemos el trabajo por un precio razonable.

[*Una puerta se abre en algún lugar distante. Amartillan otra arma, mucho más cerca: esta vez suena como un revólver.*]

KRAUS: Sin silenciador; este quiero oírlo. GLEW: Espera.

[*Pausa. Para que todos se fijen en quién acaba de hablar.*]

A.: ¡USTED!

GLEW: Como era de esperar, la has cagado. Has cogido la esfera que no era.

KRAUS: ¿Hank?

HANK: Estaba en la cámara acorazada, exactamente donde él dijo que estaría. Hay una colección entera.

GLEW: Me da igual dónde estuviera; no es esta. La que yo quiero es ligeramente mayor y se supone que emite un zumbido.

A.: ¡Glew!

KRAUS: Vale, vuelve a probar la caja fuerte. Última puerta a la izquierda.

HANK: Voy a volar esa mierda de una vez. [*Botas militares se alejan.*]

A.: ¡GLEW! ¡Míreme!

[*Un blanco sin palabras.*]

GLEW: Oh, cállate. ¿Alguien muere, y a un criajo en Europa le toca la lotería? Era cuestión de tiempo que las tornas cambiaran.

A.: [*Cabreado.*] ¿Por qué? ¡Solo dime por qué!

GLEW: [*Impacientemente tranquilo.*] Por favor, ahórrame el patetismo. Dejémoslo en que hay gente dispuesta a pagar sumas inimaginables por lo que creen ser una prueba de que Dios existe. Y yo voy y me entero de que un millonario ocioso que acaba de estirar la pata tenía un objeto de estos. Lo busqué por todas partes. Y no lo encontré. Ni siquiera Kraus pudo, después de lo que él llamó «una incursión ninja». KRAUS: Fue una incursión ninja. La zorra silbadora esta tiene el oído de Daredevil.

DONNA: Y, sin embargo, no ha oído dieciocho disparos con silenciador.

GLEW: Ya, bueno. Dicen que el primer sueño después de la resolución es bastante profundo.

A.: [*Exasperado.*] Pero... ¿A TODOS?

GLEW: Sí, ya ves; había que esperar al único día del año en que el tesoro sale del cofre, aunque entonces la casa estuviera llena de—

A.: ¿Quién te lo contó? ¿Knox?

GLEW: Sin nombres. De todas form—

A.: ¿Entonces quién? Nadie fuera de la Sociedad sabía nada, y nadie ha abandonado la Sociedad hasta hoy.

GLEW: Joder, no puedes estar callado, ¿eh? Estoy en medio de mi monólogo de villano y tú— A.: ¡¿Dänemarr?!]

[*Todos callan.*]

[*Entonces, muy lejos, muy alto:*]

HANK: ¡Ah! ¡Hostia!

[*En la distancia: un cuerpo cayendo a tierra, gruñidos salvajes, gritos de dolor.*]

GLEW: ¡¿Qué demonios es eso?!]

HANK: [*Lejos.*] ¡Agh! ¡Dios! ¡Mi cara! ¡AAAAH!

[Los gruñidos se aproximan a gran velocidad, patas con garras galopando por el parque.]

[DISPARO.]

NIAMH: *[Intranscribible.]*

A.: ¡NO, HELP!

DONNA: *[Estalla en carcajadas.]*

KRAUS: ¡¿Tío, has oído eso?!

GLEW: ¡Joder, mira lo que has hecho! ¡Tengo el pantalón lleno de sesos de perro!

A.: *[Sollozando.]* ¡Oh, Dios!

KRAUS: ¿Esa has sido tú? ¿De verdad que esa es tu voz? ¿Ese chirrido? *[Riendo.]* ¿Lo habéis oído? ¡Hazlo otra vez! ¡Venga! ¿De verdad sueñas así? ¡Joder, eres asquerosa!

A.: ¡¡¡CIERRA EL PICO, SACO DE MIERDA HUMANA!!!

[DISPARO.]

[A. lanza un aullido borboteante de dolor. Sigue gritando durante las siguientes réplicas.]

GLEW: *[Calmo.]* ¿Esto es realmente necesario? Yo ni siquiera tendría que estar aquí, menos aún ver esto.

KRAUS: ¿Has visto? No ha dicho ni pío. Ha chirriado por el perro, pero no ha rechistado cuando te he reventado la rótula. ¿Qué se siente?

[Pausa, manchada de sangre y lágrimas.]

Eh. He preguntado ¿qué se siente?

A.: *[Jadea, más bajito que su propia respiración.]*

KRAUS: ¿Cómo? Perdona, no puedo oírte.

A.: *[Sigue jadeando; las palabras intentan salir a flote de una piscina de saliva. Segundos más tarde, como restos del naufragio de un barco hundido, las consonantes empiezan a emerger en una frase sombría.]*... car por tu vida.

KRAUS: Perdón, ¿cómo has dicho?

A.: *[Traga.]*

[Ahora las palabras vuelven a salir a borbotones, con más volumen.]
Morirás suplicando clemencia, muñeca hinchable de tu padre.

KRAUS: Vale, ya he tenido bastante. [*Revólver amartillado.*] GLEW: ¡Espera!

[...] [*Espera.*]

Todavía no tenemos el Ojo.

KRAUS: [*Aburrido.*] Está en la caja fuerte.

DONNA: [*Lejos.*] ¡No está en la caja fuerte!

KRAUS: Joder, qué día.

DONNA: [*Más cerca.*] Hank tampoco tiene muy buen aspecto.

KRAUS: Bah, tendrá una nueva cicatriz que enseñar.

DONNA: Sí, pues necesitará también una nueva nariz. Y un labio superior, de paso.

GLEW: [«¿*Hola?*»] ¿Señores?

KRAUS: Sí, perdón. Tú. Para de llorar. ¿Dónde está la bola?

A.: [*Resopla.*]

KRAUS: Dónde está la bola o le vuelo la cabeza a tu amiga.

A.: Dormitorio. [*Traga.*] En el baúl.

DONNA: Debe de ser la puerta cerrada de arriba.

KRAUS: Muy bien, levántate; vas a enseñármelo.

A.: [*Grita en agonía.*]

DONNA: No puede subir escaleras; no tiene rodilla.

KRAUS: [*Voz de la resignación.*] Dios, un día de estos...

[*Brainstorming.*]

Vale. Tú, Chirridos, ven conmigo. Enséñale al tito Kraus tu habitación.

A.: ¡Quítale las putas manos de encima!

DONNA: Tío, venga.

KRAUS: [*Con calma.*] ¿Qué? Vamos a pillar lo que quiere el cliente. Él no puede subir arriba, pero ella tiene un par de piernecitas perfectamente operativas.

DONNA: Sí, pero... O sea, vamos. ¿Cuántos tiene? ¿Catorce?

KRAUS: ¿Y qué? Solo voy a ir arriba. Además, tiene más bien... quince. ¿Puedes chirriar tu edad, nena? En cualquier caso, catorce, quince, ya sangra.

GLEW: Estupendo, muy glamuroso. No me extraña que fuerais los más baratos de la lista.

KRAUS: Tú también vienes; comprueba las bolas de dragón por ti mismo.

DONNA: Tío, deberíamos irnos de una puta vez.

KRAUS: Está bien; saldremos en un minuto. Lleva a Hank a la furgoneta: ahora venimos. Venga.

A.: Si te atreves a tocarla—

[¡ZAS!]

KRAUS: ¡CÁLLATE!

GLEW: ¿Puedes... ¡Contente hasta que tenga la bola!

KRAUS: ¡Vale, vale! Donna, llévalo al sótano. No podrá subir escaleras, pero puede bajarlas rodando. Me encargaré de él cuando el cliente esté satisfecho.

A.: Puto—

DONNA: ¡Arriba!

A.: [*Grita a través de dientes apretados.*]

*

—acercándose, y entonces la mujer, aún más cerca: «Sí, por favor, avísame si te hago daño», y los pasos se aproximan al muro liso donde los paneles de madera son interrumpidos por el resquicio de la puerta del sótano, que ahora está abierta —«¡agh, Dios!»— y desenfocada, y alguien coge la cámara —«¡Arriba, he dicho!»— y soban el micro y STOP.

GRABACIÓN DE VÍDEO

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 06:45:13

La lámpara del lado de la cama de Niamh está encendida.

En la mitad derecha del encuadre, GLEW sostiene una bolsa de deporte. KRAUS —enorme, vestido de excedentes militares— sujeta un revólver en una mano y a NIAMH en la otra.

Esta última mira al abogado con la rabia con que solo los abogados pueden ser mirados.

El baúl está abierto.

[*Glew, usando una bufanda como aislante, mete la mano en la bolsa de deporte.*]

GLEW: Aquí está.

[Cierra la cremallera.]

KRAUS: Bien. Ve bajando, enseguida voy.

[Glew se detiene a medio camino de la puerta. Mira inquisitivamente al mercenario. Su mano en el hombro de Niamh es el doble de grande que su cabeza pelada.]

GLEW: ¿Va en serio?

KRAUS: [Con calma.] Sí, ve con Donna y Hank. Yo me encargo de estos dos y os seguiré en uno de los coches de fuera. Nos vemos en el punto de encuentro.

[Glew espera una risa que confirme que es broma.]

¿Prefieres ver cómo los ejecuto ahora?

[Pero no. Va en serio.]

GLEW: Dios santo.

[Sale.]

*

Micro sobado y manchas de color; la lente despierta y se sacude la borrachera, y finalmente distingue su cara magullada, con un gran hematoma manifestándose en su pómulo izquierdo, ahora más nítido, poros abiertos brillantes de sangre, luego hace zoom out y se eleva, mostrando su muñeca derecha esposada a lo alto de una estantería metálica en el sótano, jadeando de pánico.

Sus ojos enfocan la cámara, uno de ellos aún rojo.

«Niamh.»

La lengua limpia la sangre del labio inferior. Fuera, las gotas de agua cuentan atrás los segundos.

«Si llegas a ver esto...»

Un patrón de ondas verdiazules se refleja en su piel.

«... lo que viene ahora habrá valido la pena.»

La cámara se posa en un estante, ahora observándole desde su flanco derecho. Una cañería gotea segundos de agua sobre su cabeza. Tendrá que levantarse para

alcanzarla, pero se cae hacia su izquierda cada vez que lo intenta. Jadea.

«Vamos»

susurra, ya no para la cámara, y trata de encaramarse por la pared, con la espalda pegada a ella, levantándose sin ponerse de pie, porque la rodilla que acaba de entrar en plano está abierta en dos, y hace una mueca de dolor al colocar el peso sobre ella, así que ha de dar un salto de fe y agarrarse a la cañería y quedarse colgando, dejando el cuerpo suspendido, lo que es un breve alivio hasta que la cañería se rompe con un carraspeo metálico y él vuelve al suelo y un chorro de agua cae sobre su cabeza, y grita y reprime un segundo grito, porque el agua está tan fría como el diciembre de fuera, y sus jadeos aumentan en ritmo y volumen, pues necesita reunir fuerzas para estirarse a su izquierda y arrimar una caja que lleva ahí todo el rato, e inclina el cuerpo hacia ella, extiende el brazo hacia ella, su mano crispada se retuerce ansiando la maldita caja, sus labios la invocan, empezando a teñirse de azul violáceo. Pero al final los dedos la tocan, tiran de ella, logran volcarla y luego acuden al borde superior otra vez y la vuelcan de nuevo, la hacen rodar hasta que por fin puede arrastrarla hacia él, y entonces la abre y de ella extrae una caja más pequeña. Y apuñala frenéticamente la cinta adhesiva con las uñas antes de que el frío le cuaje la sangre y la adrenalina deje de fluir, y los dedos desgarran el cartón, y hace jirones la caja; destroza la caja. Y dentro encuentra una tercera caja.

*

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 06:48:43

KRAUS de pie junto a la ventana, pendiente del sonido de coches arrancando en el exterior. Tendones como cables del Golden Gate le anclan el cuello a los hombros.

NIAMH de pie, con la espalda girada tres cuartos, la cabeza bien alta, las piernas desnudas bajo una camisa abierta. Cuarenta kilos, siendo generosos.

[Kraus la mira desde arriba.]

[Se guarda el revólver, asegurándose de que Niamh comprenda el gesto. Se quita la boina.]

KRAUS: Vale, este es el trato.

NIAMH: *[Ni parpadea.]*

KRAUS: Haz ese sonido otra vez. El chirrido. Y no le mataré.

[Niamh se lanza hacia la puerta; el soldado la intercepta en menos de un segundo y ambos caen al suelo; la cámara tiembla.]

*

Y una bola de cristal sale rodando de los restos de la última caja, y él la coge, pero sus dedos rebotan del calambrazo al tocar la esfera empapada en agua helada, superficie del color de una esmeralda gigante, cargada como un táser, ahora se da cuenta, y tiene que respirar hondo tres veces para comprender que no debería importarle, y la agarra de nuevo, grita en consonantes, ordena a sus dedos pegarse a ella y a su mano levantarla, sostenerla en el aire, estamparla contra el suelo gritando «RÓMPETE» —nervio óptico partiéndose— y levantarla otra vez —un escupitajo cayendo hacia el planeta— «RÓMPETE» —horca a través de la caja torácica— levántala —la máxima altitud que un par de zapatillas Puma ha alcanzado jamás—, «RÓMPETE» —el hotel explota— levántala —en caída libre a una velocidad como para desgarrarme la piel—, «RÓMPETE» —dos policías noqueados— «RÓMPETE» —una isla tropical y gaviotas mirando—, «¡RÓMPETE!» —ven a Betty cayendo como un meteorito y ¡BOOM!

La bola está rota en pedazos.

Y mientras coge una esquirla de cristal esmeralda, entre los restos de visiones en sus ojos al fin lo ve: a través de los ojos de una gaviota.

Y entonces llega la epifanía.

«Hostia puta.»

Y una sonrisa tardía y enfermiza brilla en su rostro.

«¡ENCONTRADA!»

Y la chica en lencería sonrío.

*

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 06:49:17

[KRAUS y NIAMH peleando en el suelo, la espalda de ella contra la pared, rezumando bilis entre los dientes apretados.] KRAUS: ¿Qué, enfadada? ¡¿Crees que asustas a alguien con la cabeza rapada?! ¡¿Crees que pareces dura?!

[Niamh consigue liberar una mano, le raja la cara.]

¡Gaaah!

*

Y con la sonrisa de victoria aún en la boca, empuña una esquirra de cristal y se apuñala la muñeca esposada, una, dos, tres veces, riendo como un psicópata, hasta que un chorro de sangre brota de la vena cortada, y el frenesí aún le dura lo bastante para ponerse la esquirra entre los dientes y rajarse la otra muñeca, rociando la lente con el primer borbotón, todo esto en apenas diez segundos antes de que la adrenalina abandone el cuerpo y él se quede sentado en un rincón del sótano, esposado a las estanterías, agua fría ardiente chorreando sobre su cabeza, camisa empapada ensangrentada pegada a su pecho, transparentando la piel azul, flujo sanguíneo decelerando, órganos echando la persiana, pulmones y cuerdas vocales funcionando ya por pura inercia, recitando un mantra automático y exhausto: «Vamos, vamos, vamos.»

*

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 06:50:03

KRAUS de espalda a la cámara; NIAMH, acorralada contra el pie de la cama. Ha perdido la camisa. Pero no el coraje.

KRAUS: Última oportunidad. Haz el ruido. NIAMH:

[Kraus se levanta, resoplando.]

KRAUS: Como quieras. Te lo sacaré yo.

[La agarra y la tira contra el colchón.]

*

El reflejo ondulante parece más excitado a medida que crece el charco en el suelo, y el agua chapotea sobre su cabeza gacha, ignorando la cámara.

La sangre ha dejado de manar de su brazo esposado hace rato.

Las luces parpadean.

La cabeza se mueve. Los fluorescentes zumban ahora más alto, relucen más fuerte, brillan en las riadas de sangre sobre su piel. Abre los ojos a una vista esperada. Sus labios púrpuras nivean.

La primera vez que articulan las palabras no producen sonido. Se da cuenta. Lo intenta otra vez.

«Ayúdala.»

El agua sigue saliendo a borbotones, como un chorro de música por una ventana morisca.

«No te quedes ahí parada. Puedes hacer algo. Por favor.»

La luz se hace más intensa; la pared ondulante es azul eléctrico.

«Ya has hecho esto antes. Ve.»

Los labios siguen moviéndose entre frase y frase.

«Ve. Te lo suplico. Ve.»

La cabeza ya no puede aguantar su propio peso.

Los labios murmuran «ve» por última vez.

Y se hunde un poco más en el charco verdiazul.

*

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 06:50:32

El colchón chilla; NIAMH se retuerce bajo el peso de Kraus, aporreándole la espalda.

La luz de la mesita de noche parpadea.

KRAUS: [Amortiguado.] Estate quieta, maldita—

[La lámpara de la mesita de noche se ilumina, un hilo de sonido apenas a este lado del espectro audible crece tanto de pronto que ensordece a la cámara. Kraus levanta la vista, e inmediatamente se cubre los ojos.]

¿Qué—

[La luz palpita, como intentando brillar aún más, hasta que Kraus se acerca en tromba a la mesita de noche y barre la lámpara de un guantazo; la bombilla estalla.]

[La lámpara del otro lado de la cama (que estaba apagada) está cobrando vida.]

¿Qué cojones...?

[Y también la lámpara del techo, despertando primero con un parpadeo, y haciéndose más brillante, silbando al borde del ultrasonido—]

¡¿Quién hay ahí?!

[—el blanco de las sábanas soldándose al de las paredes, extendiéndose por toda la habitación en llamas, en plasma, en reacción nuclear, en supernova, y en el fulgor de energía liberada que devora los cuerpos se intuyen los esqueletos difusos de las tres personas en la habitación: Niamh escurriéndose debajo de la cama, el mercenario mirando por encima del hombro a la tercera, y esta, una sombra residual manchando el lado izquierdo de la imagen.]

¡Alto ahí!

[Una bombilla estalla.]

[El mercenario desenfunda el arma: DISPARO en dirección a la cámara, que hace añicos el espejo del tocador; da un paso atrás: DISPARO a la izquierda del fotograma, DISPARO, DISPARO, luz expandiéndose y rodeándolo, ruido aumentando, cinta ardiendo.]

[CRASH.]

*

No sale más agua. Olas de color cian danzan grácilmente sobre su piel. Tiene el pelo empapado. Los brazos, surcados por gotas de sangre.

Los ojos, cerrados.

*

DORMITORIO VIE 22-DIC-1995 06:51:10

La lámpara del techo yace muerta en el suelo, un charco reluciente de fragmentos de vidrio y metal. Arriba, brotan chispas de los cables cercenados. KRAUS sigue agarrado al dosel, al que ha trepado para

arrancar la lámpara de un tirón. Sigue ahí colgado como un simio gigantesco, con un revólver inútil en su mano libre.

Mira al vacío en el área general de la cámara. Tiene los ojos rojos.

KRAUS: Pero ¿qué cojones...?

[NIAMH sale rodando de debajo de la cama; empuña la lámpara rota de la mesita, que aún vomita electricidad.]

[Kraus se da cuenta, aprieta el gatillo: CLICK.]

[Ella electrocuta la cama: ZAP.]

[El calambrazo lanza a Kraus por la ventana. CRASH.]

[Sale humo de la parte del dosel donde la mano de Kraus se agarraba; un golpe sordo llega del jardín.]

[Niamh sale corriendo de la habitación.]

[Reaparece, coge el revólver, sale.]

*

El sonido de sus pasos la precede sus buenos diez segundos, hasta que entra en plano en un sprint, Chucks chapoteando en el agua, y aún tiene bastante control sobre la

BATERÍA BAJA

situación como para tomarle el pulso antes que nada. Pero él ya no se mueve, y está aún más sumergido en el agua helada, con el cuerpo entero colgando de su muñeca esposada y rajada, lo cual es una postura muy poco adecuada para la reanimación, así que ella sale un momento de plano, roba algo de las estanterías,

BATERÍA BAJA

regresa con un hacha, hace además de romper las esposas, se detiene, apunta primero, luego corta las esposas, le deja caer y empieza a hacerle el masaje cardíaco sobre el torso casi completamente sumergido, lo bastante frío como para que quizá los órganos vitales se hayan conservado y quede esperanza; le aporrea el pecho con todo su peso —uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve,

BATERÍA BAJA

diez— y pone sus labios en los labios púrpuras de él y le insufla aire en los pulmones y otra vez, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, venga, ocho, vive, diez, prueba el boca a boca otra vez, insufla aire en sus pulmones, fuérsalo, reinicia el corazón, uno, dos, venga, cuatro, nada, seis, venga, ocho, vive, diez, hazle respirar

despierta masajea el corazón mira alrededor es eso una bola de cristal rota son eso sueños y pesadillas por el suelo

Tenía mala pinta.

Por supuesto, la piscina estaba pensada para evitar una tragedia en caso de que alguien saltara desde la ventana del tercer piso. Pero tenía que estar llena de agua para cumplir ese propósito. Y en estado líquido, preferiblemente. Esa mañana contenía unos diez centímetros de nieve derretida del día anterior, que durante la noche se habían congelado hasta formar una capa de hielo comprimido, dura como el diamante. Kraus se rompió las dos piernas al caer. Y no limpiamente. Se podían ver las astillas del hueso asomándole por las pantorrillas. Ni siquiera él se atrevía a mirar.

La verdad es que el panorama era desesperado mirase a donde mirase, atrapado en el fondo de una piscina azul vacía de un metro noventa de hondo, con las dos piernas rotas, arrastrándose por el hielo. Había perdido el revólver. Había peldaños en el extremo menos hondo de la piscina, pero estaba por ver si sería capaz de treparlos usando solo las manos. Su mano izquierda, por cierto, se había quemado de una forma muy peculiar; no era algo que se vea a menudo. Tenía la carne de la palma asada, como hecha al microondas. En el dorso se dibujaban venas arácnidas negras en relieve. Olía a pollo. Y no tenía tacto. Así que tendría que trepar con una sola mano. Y si lograba salir de la piscina, aún tendría que rodear la casa a rastras y meterse en un coche antes de que llegara nadie.

Cabría pensar que al menos el frío, de algún modo, aliviaría el dolor. Pero no. Estaba llorando. Su mano buena estaba arañando el hielo cuando Niamh colocó la escalerilla y se encaramó al interior. Parecía haber pasado una eternidad, pese a que los dos rastros paralelos de sangre demostraban que solo había reptado algo más de medio metro.

Niamh saltó adentro, aterrizando firmemente sobre sus Chucks, avanzó dos pasos, se sacó una bala del cinturón y cargó el revólver.

Quizá por culpa de la agonía insoportable y todo eso, Kraus no advirtió la ironía de su última frase:

—Por favor.

La fuerza del retroceso hizo volar la pistola de la mano de Niamh. Los sesos de Kraus quedaron esparcidos por el hielo.

CÁMARA DE SEGURIDAD: COMISARÍA DE POINT BLESS

07:59 AM

[Un ligero alboroto hace mirar hacia la calle al agente Linney, apartando la vista un segundo del mostrador. Afuera, una peatona lo ha juzgado digno de detenerse ante la ventana; su línea visual apunta al Audi negro que acaba de

pasar como una exhalación desde Market Street y debe de haber aparcado cerca de Musgrove, pero LINNEY no le concede tanta atención y regresa a su papeleo. Pone un nuevo formulario en la máquina de escribir y empieza a teclear.

La puerta se abre de golpe: una CRÍA con la cabeza rapada, enfundada en un anorak, entra hasta el centro de la sala, y allí se detiene, indecisa entre Linney en el mostrador y la mesa del cabo JACKSON, y en ese lapso, el ímpetu que la ha traído hasta ahí se disipa. Linney y Jackson y la peatona al otro lado de la ventana se quedan mirándola. Va en ropa interior bajo el anorak, y la lleva manchada de sangre.

Justo antes de que Linney y Jackson reaccionen y corran a ayudarla, cae sobre sus rodillas, rostro desfigurado en un grito incendiario (pero no hay audio en la grabación).]

CÁMARA DE SEGURIDAD: SALA DE INTERROGATORIOS

POLICÍA DEL ESTADO DE VIRGINIA-COMISARÍA DEL ÁREA 35,
EMPORIA

22/12/1995 20:14

Un rebaño de vasos de papel y envoltorios de chocolatinas paca por el extremo de la mesa donde NIAMH espera de brazos cruzados a que el detective MORGAN Summers (de pie, apoyado en la mesa) termine de leer su declaración. Un banco de colillas ha quedado varado en el cenicero.

[Morgan aplasta el último cigarrillo (no en el cenicero, sino en la mesa, un palmo más allá, pero no se da cuenta) mientras recorre las últimas líneas.]

[Inconmovible, comprueba de nuevo el grosor de la declaración y la deja caer sobre la mesa.]

[Solo entonces se dirige a la testigo.]

MORGAN: No está mal. Me ha gustado el desarrollo de los personajes.

[Entra a escena el ayudante TED Miller con un puñado de papeles en la mano, para demostrar que tiene algo que decir.]

TED: Acabo de hablar con el *sheriff* de Franklin, Carolina del Norte. Tienen a un tal Hank S. Blagowitz, alias *Scar Bee*. Al parecer, sus amigos le abandonaron en un hospital, donde le arrestaron. *[A Niamh.]* Tu perro le arrancó la nariz. Al menos tendrá una buena historia que contar tras esa cicatriz.

MORGAN: *[Leyendo por encima los papeles que traía Ted.]* Siempre que omita que el perro era un collie.

TED: Hay otra cosa. Las cintas de seguridad de anoche muestran a dos hombres y una mujer en pasamontañas cruzando la cocina a las doce y cuarenta y cuatro de la madrugada; entonces uno dispara a la cámara. Según los CSI, se escondieron en la carbonera durante la noche.

NIAMH: *[Chasca los dedos pidiendo atención, luego traza una letra P en el aire.]*

MORGAN: ¿Qué?

NIAMH: *[Otra vez.]*

MORGAN: Pe, ¿qué? Ah, pis. Perdón. *[Hacia la puerta.]* ¿Anderson? Acompañe a la testigo al lavabo, por favor.

[UNA AGENTE ha aparecido en el umbral; Niamh se va con ella.]

[Morgan le cede la declaración al ayudante, pero el grosor del mamotreto le echa para atrás.]

TED: Así, ¿está limpia?

MORGAN: [*Suspira.*] Hombre, es buena. Mataron a todo el mundo salvo a ella porque dio la casualidad de que echó el pestillo de su habitación, y disparó a uno de ellos.

TED: [*Se encoge de hombros.*] Vale. El caso está claro, ¿no?

MORGAN: Tal vez.

TED: [*Menos reflexivo.*] Tenemos imágenes de la banda de Kraus entrando por la fuerza en la casa.

MORGAN: Circunstancial.

TED: Tenemos el arma de Hank. Podremos conectarla con la mitad de los cuerpos por lo menos.

MORGAN: Ya, y las huellas de ella en un revólver explicarán por lo menos uno más.

TED: En defensa propia.

MORGAN: A bocajarro en la cabeza.

TED: En su propiedad.

MORGAN: En realidad, le empujó por la ventana y luego bajó y le disparó.

TED: [*Sin ver adónde quiere llegar.*] ¿Y qué? Venga ya, ¿«menor blanca discapacitada dispara a un mercenario y pederasta ex convicto»? ¡El jurado le pondrá un altar!

MORGAN: [*Ríe.*] Espera, que ahora viene lo bueno: el tema es que no pisará un juzgado. Es una menor con nacionalidad irlandesa.

TED: ¿Y? Es residente en Estados Unidos.

MORGAN: No, no lo es.

TED: [*Perplejo.*] ¡Tiene un permiso de residencia!

MORGAN: [*Sonríe.*] No, no lo tiene. Él sí. Ella le acompañó con un visado de turista que expira en enero.

TED: Entonces su tutor es el responsable.

MORGAN: Esto te va a encantar. [*Consulta otro papel.*] El padre está muerto, la madre no es apta, así que la custodia recae sobre una tal tía Liza, que ya está moviendo hilos para hacerla volver. Y cuando el abogado de menores oyó eso, llamó a la embajada tan fuerte que casi se esguinza el dedo de marcar.

TED: Eh, eh, eh, para el carro. Si no puede hablar por teléfono, ¿cómo se ha enterado su tía de Irlanda de todo esto?

MORGAN: [*Añadiendo la guinda, satisfecho.*] Le envió un *email* antes de acudir a la policía.

[*Ovación silenciosa.*]

TED: [*Cruzándose de brazos.*] Guao. Sí que es buena, sí.

[*Aún de pie, se reclina en la mesa, imitando al detective.*]

Así pues, ¿qué tenemos?

MORGAN: Oh, muchas cosas. Un montón de preguntas sin responder, para empezar. Por ejemplo, quién iba a contratar mercenarios para robar cuatro joyas, o cómo puede una chica de cuarenta kilos lanzar a Hulk Hogan por la ventana. Más un sospechoso sin nariz, un criminal muerto buscado en seis estados, un fugitivo, un abogado desaparecido, diecisiete personas en la morgue, dos en el quirófano y mucho papeleo.

[*Ted se enciende un cigarrillo, le ofrece uno a Morgan.*]

TED: ¿Se salvarán los que están en el quirófano?

[*Una calada.*]

MORGAN: Si Dios quiere.

Pasó la Navidad, y luego la nieve se derritió, así como los nubarrones en el cielo, y siguieron unos días de invierno de un aire azul sobrenatural, demasiado puro para el consumo humano. Y el bosque parecía aún petrificado, pero en las copas de los árboles, en lo alto de sus miembros extendidos, las yemas de sus dedos ya soñaban con la primavera y anhelaban mecerse en los rayos de sol.

Unos metros antes del bosque, lo bastante lejos para parecer monumentales, dos ramas formaban una cruz en el jardín. Niamh había cavado la tumba ella sola, junto a la losa de mármol en el suelo que señala el solsticio de invierno cuando la roza la sombra de la veleta. Había envuelto los restos de Help en su propia manta y había dejado el bulto en un rincón a la sombra en la nieve, a la espera del funeral. Le quedaba tan grande la fosa. Un héroe había muerto, pero sería enterrada una mascota.

Lo cubrió de tierra antes de las plegarias; incluso amortajado, no era fácil de mirar. Luego, le dedicó unas palabras. Deben de seguir ahí, clavadas a la cruz, si aún está en pie, en una página de su libreta.

HELP

Guardián del Guardián

Se quedó allí, no llorando, un rato largo, hasta que el sol hubo caído detrás de la casa, y su resplandor en el cielo se hubo esfumado, y una cinta roja y violeta de anochecer ondeaba en el oeste como la música de un lejano concierto de rock.

Entonces la llamé para que entrara a hacer el equipaje.

GRABACIÓN DE VÍDEO

SALA DE MÚSICA 31-DIC-1995 17:12:51

Anochecer.

Un montón de bolsas y maletas acechan entre las sombras en primer plano. La única lámpara encendida es aquella del piano que sirve para iluminar la partitura. Ahora alumbra a A., sentado en el taburete, leyendo de una carpeta.

[Entra NIAMH, llevando algo en la mano detrás de la espalda: la cámara lo capta; A. no.]

A.: Ey.

[Él cierra la carpeta, se gira hacia ella, se frota la pierna izquierda. Lleva un vendaje en la rodilla, que es dos veces tan gruesa como la derecha.]

[*Sus ojos permanecen fijos en los de ella un rato.*]

Sabes, todo este tiempo me preguntaba por qué se suponía que debías protegerme. Acabo de entenderlo.

[*Abre la carpeta de nuevo, esparce unas cuantas fotografías y páginas mecanografiadas sobre el piano.*]

La gracia es que Caleb mencionó el caso. «Una niña evitó la explosión de una bomba en una estación de Londres.» Debió de ser un lapso de su subconsciente, porque no fue más allá. Pero luego, cuando estaba en el hospital, me acordé de cómo te miró Edward Cutler cuando os conocisteis. Por supuesto, hace muchos peinados y una pubertad de aquello, pero uno de veinte tenía que reconocerte. Fue Cutler. Recuerdo que él y Vasquez y alguno más estaban rebuscando en los archivos de la cámara acorazada antes de la resolución. Vengo de allí. Creo que esto es lo que buscaban.

[*Niamh mira por encima las fotografías, apenas interesada. A. lee del expediente.*]

Bla, bla, bla, «la niña tira la maleta en la fuente y desaparece entre la multitud... Nadie se da cuenta». «Guardián, 1991.» «Búsqueda asignada a Philip Beauregard, retirado.»

[*Su mano libre señala las fotografías. Lleva otra venda alrededor de la muñeca.*]

Encontró el lugar: Estación de King's Cross, en Londres. Incluso identificó al terrorista: Dan O'Bailey, un ex miembro del IRA que trataba de prorrogar el conflicto. Pero jamás te identificaron a ti. [*Tras una pausa.*] Eres un Guardián. ¿Sabías algo de esto?

NIAMH: [*Agita la cabeza, indiferente.*]

A.: Pero tía Liza sí.

NIAMH: [*Se encoge de hombros: «Supongo.»*]

A.: [*Advirtiendo el objeto que ella esconde.*] ¿Qué llevas ahí?

[*Niamh enseña una cajita de regalo que cabe en su palma de porcelana.*]

[*A. se queda quieto, no trata de cogerlo.*]

[*Sereno.*] Guao. ¿A qué se debe?

[Los dedos de ella tocan las teclas del piano: «Na-vi-dad / Na-vi-dad / Dul-ce Na-vi-dad.»]

Oh. Tienes razón; se nos pasó.

[Ella sigue tocando con un solo dedo, «la alegría de este día...», pero las notas se convierten en la apertura de la marcha nupcial de Lohengrin de Wagner: «Treulich geführt / ziehet dahin...»]

[Estupefacto.] ¡¿Qué?!

[Niamh deja de tocar, se arrodilla, su mano tendiéndole la cajita con el lazo, sonrisa exultante brillando en la penumbra.]

[A. la mira, mudo.]

Niamh. Estás de coña, ¿no?

NIAMH: *[Sostiene su mirada atónita.]*

A.: No, no puede ir en serio. ¿Verdad?

NIAMH: *[Agita la caja en su mano: «Venga, ábrela.»]*

[Unos segundos pasan volando.]

A.: Niamh, hay civilizaciones primitivas en el Cuerno de África que saben que esto está mal.

NIAMH: *[Se levanta, le agita la caja en la cara: «¡Que la abras, capullo!»]*

A.: Vale, vale.

[Él coge el regalo, desata el lazo, abre la caja del anillo...]

[...Luego hay una pausa dramática...]

[...Luego se ríe.]

A: Dios.

[Coge el objeto hexaédrico que llena la cajita hexaédrica; luego gira una de las piezas, y la vuelve a girar, y durante un rato simplemente contempla el pequeño cubo de Rubik entre sus dedos. Y luego a Niamh.]

Muchas gracias.

[Ella abre los brazos. Se abrazan.]

[*Muy fuerte.*]

[*Dentro del anorak de ella.*] Gracias, Niamh. Te quiero mucho.

[*La noche ha caído.*]

ARTÍCULO EN *THE RICHMOND SUN*, 31 DE DICIEMBRE DE 1995

Los vecinos atribuyen a fantasmas la matanza de Point Bless

Alison Cullen

CLAYBORO.— La comunidad de Point Bless, que amaneció con la noticia del homicidio múltiple en la cercana Axton House el día 21, sigue en estado de *shock*, hasta el punto de estar exhumando viejas leyendas e historias de fantasmas para explicar la tragedia.

«Hay algo turbio en esa casa», dice Sam Mitchel, de 51 años, propietario de una tienda de electrónica, quien afirma haber visitado la escena del crimen hace solo unas semanas. «Se olía el mal en el ambiente.»

La aislada mansión, que recientemente saltó a la fama como escenario de la llamada matanza de Point Bless, había pertenecido a una familia de traficantes de esclavos, cuya brutalidad era conocida en todo el condado de Ponopah. A principios de siglo, la mansión pasó a manos de una larga dinastía de académicos interesados en «materias oscuras». Mitchel describió a los inquilinos actuales como «poco habladores» y asegura que «tenían un aire sombrío».

«Los vecinos habían denunciado ruidos nocturnos y luces en la casa», declara el *sheriff* Joel M. Harris. Según los rumores, la casa estaba habitada por el espíritu vengativo de una joven esclava, «la niña de Angola».

Por su parte, la policía estatal procura no tomar en cuenta el «folclore local», en palabras del inspector Ted Miller, de la comisaría de Emporia, mientras prosigue la investigación de los sucesos del 21, en que murieron 18 personas, incluido un sospechoso. El único detenido hasta ahora está negociando evitar la pena de muerte a cambio de colaborar en la detención de un tercer sospechoso.

Los habitantes de Point Bless, sin embargo, rehúsan reducir la masacre a un crimen común, y aluden a fuerzas espirituales. «Existen poderes ocultos con los que es mejor no meterse», dice Monique Brodie, de 62 años, granjera local que también vinculó a las víctimas con la francmasonería.

A decorative horizontal frame with ornate, symmetrical flourishes at each end. Inside the frame, the word "EPÍLOGO" is written in a bold, black, serif font.

EPÍLOGO



ENERO

—Ken Matsuo sobrevivió —empecé, con mis manos rodeando al fin una taza de café no americano—. Sigue ingresado, pero va a mejor. El tercer intruso, la chica, sigue a la fuga. Glew huyó del país el mismo día.

Niamh estaba sentada junto a la ventana con una taza de chocolate blanco. Parecía concentrada, menos infantil en espíritu, pero tan ansiosa de aventuras como al principio.

—En cualquier caso, tenemos motivos para creer que Glew estaba metido solo por dinero, haciendo de director sobre el terreno. El verdadero cerebro es otro. Probablemente Isaak Dänemarr. Es el tipo que inventó los grabadores de sueños. La Sociedad le habló de la leyenda del Ojo, en la que se inspiró para su invento, pero supongo que al final se hartó de crear réplicas y se obsesionó con el original. Seguramente dedujo que Wells y sus amigos tenían uno, o a lo mejor el mismo Ambrose se la mostró.

Niamh abofeteó una palabra en su libreta solo para mis ojos: *Pasta!*

—Sí, cierto; lo único que no me cuadra de esta teoría es que a un científico del antiguo bloque comunista no me lo figuro capaz de manejar las sumas de dinero que Glew mencionaba. Así que quizá él es otro peón y tiene un patrocinador detrás. De todas formas, seguro que Glew recortó gastos contratando a matones de tan baja estofa como esos.

Los ojos de tía Liza cayeron sobre la muleta apoyada en mi silla.

—Lamento mucho que hayáis tenido que pasar por todo esto.

—No pasa nada. La verdad es que la Sociedad se hubiera vuelto a reunir para la resolución de este año, y Glew habría mandado a los asesinos, estuviéramos ahí o no. Eso no se podía prever.

—Estaba lo de la cama, sin embargo. Eso fue peligroso.

—Tenía a Niamh para protegerme.

—Podría hacer algo por tu rodilla, lo sabes.

—Estoy convencido —aseguré—. Pero no, gracias. Me apañaré. Tengo un año de rehabilitación por delante. Pero, eh, mi fisioterapeuta es un pibón muy considerable. —Sentí una patada en la espinilla buena—. Y por «pibón muy considerable» quiero decir un siete en la escala del uno al Niamh.

Liza rio. Tenía una piel perfecta, tanto ahora a sus presumibles treinta años como a cualquier edad que quisiera aparentar. Era guapísima, saliéndose de la escala Niamh. Perennemente hermosa como algo esculpido en la proa de un galeón.

—Habéis hecho un gran trabajo —dijo—. Los dos.

—Perdimos el Ojo —lamenté.

—Eso no era importante. Nunca quisimos el Ojo. No sabíamos nada de ojos ni de bolas de cristal cuando empezamos.

—Pero tú sabías que era una bola de cristal lo que me proyectaba los sueños a través del dosel metálico.

—Me lo imaginé después de leer la bibliografía sobre telepatía conducida. A diferencia de ti, yo sí leo alemán. Pero no sabía que existían bolas de cristal u ojos. Solo sabía que alguien, o alguna cosa, o algunas cosas, nos observaban. Y que una observaba desde Axton House. Vosotros descubristeis qué. Estoy contenta de haber confiado en vosotros. Fuisteis la opción acertada.

—Sí, bueno, no hace tanto que empecé a entender tus opciones. Me llevó mi tiempo entender por qué Niamh era la encargada de la protección.

—Era la única Guardiana que tenía a mano —dijo Liza.

—*Okay*. Eso explica por qué ella. Pero ¿por qué yo?

—Te escogió ella.

Niamh y Liza nivearon a la vez.

Me volví hacia Niamh.

—Bueno, pues gracias. Ha sido... muy iluminador.

Afuera, el mundo de calles realmente viejas, timbres de bicicleta y edificios sin escalera de incendios fluía gris y ajeno a nuestra presencia. Era reconfortante mirarlo.

—Lo que peor me sabe —dije— es que nunca le pedimos disculpas a Knox. Sospechábamos de él todo el rato porque él sospechaba de nosotros, y mientras, no reparamos en Glew, porque él nunca sospechó de nuestra tapadera. Nadie lo hizo, en realidad. Strückner mencionó que alguien había contactado con Ambrose en mayo para hablarle de algo relacionado con su familia en Europa; contó que Ambrose se había entrevistado con esa persona en Clayboro, pero su discreción le impidió preguntar más. A veces creo... No sé, es como si incluso Ambrose hubiera creído que de verdad era mi tío abuelo.

—Estoy segura de que no le hubiera importado —dijo Liza—. Cuando quedé con Ambrose en mayo estaba convencido de que iba a morir pronto y nada podía hacerse para evitarlo. Sí podía, como demostrasteis más tarde, pero en aquel momento él estaba resignado a seguir los pasos de su padre. Moriría como una víctima más del juego, y sus amigos le llorarían un día y seguirían jugando, ignorando sus últimos deseos. Por eso aceptó este trato: yo vigilo a la Sociedad, o mando a alguien a vigilarla por mí, y a cambio me entero de todo. Quién está espiándome, cómo y por qué.

—Lástima que la parte de vigilarles no se nos diera muy bien —dije amargamente—. De todos modos, el trato que te propuso era muy bueno. Debía de estar contentísimo de haber dado contigo.

—En realidad, no dio conmigo. Estuvo husmeando, y yo di con él. Pero sí, pareció encantado de conocerme. —Liza apartó la mirada sonriendo, modesta—. Al fin y al cabo, había visto ya mucho de mí. Lo mejor de mí.

—Lo sé —dijo, maravillado de sus muchas facetas desconocidas—: sesenta y seis veces desde 1900. Por cierto, vuelves a ser el Coloso este año. Felicidades, Betty.

—Gracias —dijo tía Liza, jugando con un tirabuzón de cabello castaño—. Procuero ser digna de ello.

[1] Niamh a menudo se come palabras al escribir. Además, acaba las frases con un interrogante siempre que espera *feedback*. <<

[2] Algunos párrafos de las cartas se han omitido para ahorrarle al lector información redundante. Todas las exclusiones se indicarán así.<<

[3] Esto aparece escrito por Niamh en el margen.<<

[4] Las iniciales del remitente en el sobre de esta carta eran S. W. L. <<

[5] El fragmento resaltado estaba subrayado en lápiz en la copia de Axton House.<<

[6] Esta es una transcripción del archivo de la Dra. Belknap. Sus anotaciones a mano se incluyen en cursiva.<<

[7] Esta entrada aparece manuscrita en letra extremadamente rápida.<<

[8] Un buen vaso en la hostería del obispo en la silla del diablo.<<

[9] Este vídeo lleva fecha de 28 de noviembre.<<

[10] En inglés, las fechas empiezan por el mes. (*N. de los t.*)<<

[11] Prueba rápida: si no fuera así, todas las letras de las parejas 3 y 5, *u a g d o*, ocuparían una columna/fila entera. Esto convertiría la pareja 7 en imposible.<<

[12] Niamh a menudo se come palabras al escribir. Además, acaba las frases con un interrogante siempre que espera *feedback*. <<

[13] *Garbage*, literalmente, significa «basura». (N. de los t.)<<